



COMEDIA
ROMÁNTICA

Tú serás mi

CELO

ARIADNA BAKER
CARLOTA MANZANO

Tú
serás mi

CEO

Primera edición.

Tú serás mi CEO

©Ariadna Baker. Carlota Manzano

©mayo, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



En ningún momento he dudado de mi capacidad para enfrentar cualquier desafío que se presente en mi camino. Sin embargo, nunca se está preparado, al menos yo no lo estoy, para dar sepultura a la persona que más ejemplo y valores me dio en la vida, mi padre.

—Alonso, si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme —murmuró Carlos cuando me dejó en la puerta de mi casa, mientras me daba un abrazo.

No se había separado de mí en las últimas veinticuatro horas, manteniéndose a mi lado durante todo el velatorio y entierro. Al igual que sus padres, Mariano y Cata, que estuvieron unas horas por la noche y luego habían vuelto para estar presentes en el último adiós.

—Ahora lo único que necesito es descansar. —Sonreí tristemente y asentí antes de entrar.

Carlos era mi mano derecha desde hacía diez años. Coincidió con el momento en el que mi padre, por mi treinta cumpleaños, depositó todo su imperio en mis manos. Lo hizo con la serenidad de que desde hacía mucho tiempo me preparaba para ello ya que, estuve trabajando codo con codo con él.

Llevaba casi toda la vida junto a Carlos. Cuando empecé mis estudios en un colegio privado, con seis años, conocí al que se convertiría en mi gran amigo, el que había estado en cada momento vivido junto a mí y continuaba estándolo. Era en la única persona en la que confiaba plenamente, lo consideraba como un hermano y el sentimiento, sobra decir, que era recíproco.

Seguimos los mismos pasos y con veinticuatro años finalizamos el doble grado de Dirección de Empresas y Derecho. Si en algo nos caracterizamos en nuestra etapa de estudiantes, es que fuimos ejemplares en todo momento. Y eso que no nos faltó ningún fin de semana de fiesta, pero nunca nos permitimos bajar el rendimiento.

Siempre tuvimos claro que cuando terminásemos la carrera íbamos de cabeza a trabajar en la empresa de mi padre, el que siempre nos alentó con pasión a ocupar un buen puesto. A ambos, porque a Carlos siempre lo consideró como a un hijo más, aunque él tuviera a sus padres, los que a mí me querían también muchísimo y me trataban de igual manera.

Y lo conseguimos, nos sacamos nuestros estudios con honores y pasamos a formar parte del imperio de mi padre. Cada vez que recuerdo la primera vez que nos pusimos un traje... fue en la tienda a la que fuimos ilusionados para emprender nuestra nueva etapa. Según palabras de la vendedora, que no mías, porque no me gusta ensalzar mi presencia, nos quedaban como un guante con las perchas que teníamos. Así era, genética todo, sumándole que nos gustaba cuidarnos y obteníamos ese resultado, el que terminó con Carlos perdiéndose en un probador con la chica, con la excusa de que necesitaba ayuda para quitarse la ropa. Ella más que encantada, que conste.

El imperio al que me refiero es una multinacional a gran escala, una de las aerolíneas más fuertes y reconocidas a nivel mundial. Las oficinas centrales estaban ubicadas en un edificio impresionante, de diez pisos de altura, acristalado por completo y con un toque moderno y vanguardista. Todo el que pasaba cerca, se paraba a admirarlo. Las dos últimas plantas eran en las que trabajábamos los dos, os podéis hacer una idea del espacio inmenso que teníamos diariamente a nuestra disposición porque eran de uso exclusivo y particular para nosotros.

Ambos éramos hijos únicos, la única diferencia estaba en que él tenía a la mejor madre del mundo y yo, fui abandonado por la mía nada más nacer. Lógicamente mi padre entró en el lote. Fue un duro golpe porque él la amaba con todo su corazón, motivo por el cuál nunca fue capaz de rehacer su vida. Lo dejó tocado emocionalmente por completo.

De ella solo sabía que era veinte años menor que mi padre y que el mismo día en el que parió, se escapó del hospital dejando una nota en la que decía que la situación le quedaba muy grande y no podía soportarlo. No dio más explicaciones y no se volvió a saber jamás de ella. Mi padre siempre me había explicado que se volvió loco y la buscó hasta debajo de las piedras, dándome a entender que le fue imposible encontrarla. Por aquel tiempo Joana, mi madre, contaba con la edad de dieciocho años y Francisco, mi padre, treinta y ocho.

Una diferencia de edad considerable. Ella era una niña por así decirlo, empezaba a vivir y él, era un hombre asentado y con la vida muy bien encaminada. La edad solo es un número, pero cuando uno de los dos implicados es tan joven, las mentalidades son difíciles de unificar en una misma dirección. Quizás al comienzo sí porque todo es maravilloso, pero una vez pasada la fase en la que todo lo ves de color de rosas, eso ya es otro cantar...

Recuerdo que una vez le pregunté cómo se enamoraron, a pesar de la diferencia de edad. Su respuesta no fue otra que decirme que: «creo que tu madre me merodeó por mi dinero, hijo». Mi padre venía de una familia acomodada y en aquellos entonces ya había creado su imperio. Él se enamoró perdidamente de ella porque le pareció la chica más bonita que jamás habían visto sus ojos.

Obviamente, al haberse ido el mismo día que nací, solo me pudieron registrar con los apellidos de mi padre, así que de ella no tenía ni siquiera eso.

He de reconocer que nunca me faltó ni la más mínima muestra de cariño junto a él y me educó para ser un hombre de valores. Si algo me aportaba paz en estos instantes tan dolorosos, era el saber que mi padre se había marchado de este mundo orgulloso del hijo que tenía.

A pesar de lo que me encontré al venir a la vida, la figura materna nunca me faltó. Cata, la madre de Carlos, siempre se portó muy bien y bonito conmigo, haciéndome sentir en todo momento que podía contar con ella, como si de mi madre se tratara. Era tanto el amor que sentía por ella y por su marido porque hacían un equipo perfecto, que cuando yo tenía quince años y a Cata la atropelló un coche, la pena y el dolor me consumieron. Fue un sufrimiento que me costó mucho superar, por la repercusión que tuvo.

Como consecuencia del accidente se quedó en silla de ruedas, pero si algo la caracterizaba era su fortaleza. Gracias a esa cualidad, digna de admirar, nos enseñó a Carlos y a mí que, a pesar de las circunstancias en las que se vio envuelta, también se podía ser feliz y disfrutar de la vida, con valor y firmeza. Unas palabras que siempre repetía eran que: «ocurra lo que ocurra, te encuentres en la situación en la que encuentres; el poder está en cada uno para cambiar la perspectiva de los acontecimientos». Cada vez que coincidía en que su marido estaba cerca y la escuchaba, todo de él mostraba lo que la admiraba y amaba.

Mariano, el padre de Carlos, era un reputado cirujano, un referente en su especialidad. Aparte de ejercer de su profesión, la que le apasionaba, se dedicaba a dar conferencias en las que todos los interesados por la materia hacían colas interminables para tener el privilegio y la gran suerte de escuchar de cerca todo lo que explicaba bajo su experiencia y profesionalidad. Trabajaba en un hospital de prestigio, el más importante en muchos kilómetros a la redonda. Eso era su vida, junto a su familia en la que me incluía. Referente a Cata, la cuidaba como si fuera la única flor de la tierra.

Una vez leí y los identifiqué al instante, haciendo referencia a lo de la flor como similitud, la diferencia que hay cuando alguien ama de verdad. Esa diferencia la marca el querer y la necesidad de cuidar. Las palabras exactas de lo que leí fueron que, «cuando ves una flor hermosa que llama tu atención tienes dos opciones: hay quiénes la cortan felices y egoístamente por tener en sus manos algo tan bonito, lo que provocará que con el paso de los días se marchite y deje de importar; y después están los que, en vez de hacer lo anterior, riegan esa flor, día a día, con mucho mimo y cuidado, para que siempre esté florecida y muestre su mejor versión».

En cuestiones de amores yo siempre había sido una bala perdida que no me afianzaba con ninguna mujer. No había encontrado la adecuada que me hiciera sentir que era con ella con quién quería estar cada día. Necesitaba esa flor que he detallado antes, pero no había dado con ella y simplemente vivía el momento sin querer responsabilidades.

Sin embargo, Carlos sí que tuvo una relación de tres años. Terminó porque supuestamente ella no aguantaba su ritmo de trabajo y, sobre todo, que quedase conmigo constantemente para comer y cenar. ¿Quién quiere de verdad a alguien y no acepta eso? Excusas, porque lo eran, con las que él no partía peras, como decía.

Reconozco que solo dos veces había caído en el amor; la primera realmente no tuve la oportunidad de experimentarlo, ni saber si podía considerarse como tal, solo me baso en lo que sentí. Me explico, cuando era joven una vez una chica me tocó un poco más el corazón, cuando cursábamos juntos bachillerato. Pero esa pequeña ilusión, emoción, interés, o como queráis decirlo, terminó por evaporarse con el tiempo porque jamás aceptó ninguna de las citas que le propuse, de mil maneras porque puse todo mi empeño.

La segunda me enamoré sin verlo venir. Muchas veces he pensado en ello, porque fue algo que me llenó el corazón y me lo acarició de una manera... Como también saltaba a los pensamientos opuestos, diciéndome que ojalá hubiera podido prevenirme a mí mismo porque fue una etapa crítica en mi vida, una que me pasó mucha factura, por cómo se dio.

La aludida era Amanda, un nombre que hoy en día, todavía me provocaba rechazo al escucharlo, no por ella, sino por lo mal que lo pasé. Fue una etapa que me costó mucho superar porque por motivos ajenos a mí y muy concretos, tuve que alejarme forzosamente. Hasta ahí, punto final, ya no me quedaron más ganas de volverlo a intentar, ni había aparecido nadie para hacerme dudar.

Fuera de eso, yo era un hombre de cuarenta años que disfrutaba de mi trabajo, de los viajes que hacía y de una vida en la que me sentía de lo más cómodo. Solo lamentaba la pérdida de mi padre, al que abracé por última vez hacía apenas veinticuatro horas.

Parado en mitad del salón, recorrí con la vista todo lo que me rodeaba. Ahora la casa me parecía fría y vacía sin la sonrisa de él paseando por los jardines, donde se sentaba a tomar un café o una copa de vino. Hasta el último día de su vida me tuvo a su lado y bajo su techo, jamás vi motivo alguno por el que independizarme y perderme el poder pasar tantos momentos a su lado. Al igual que le sucedía a mi amigo que continuaba junto a los suyos.

Desmoralizado fui hacia la cocina, directo a la cafetera para prepararme un café. Era lo único que aceptaba mi estómago. No me preocupaba, era consciente de que era cuestión de tiempo, por mucho que costara, que poco a poco y con el paso de él, mi cuerpo y yo que íbamos al compás, iríamos avanzando.

Cuando tuve el café hecho me dirigí hacia el jardín. Me encantaba estar en la cocina, era muy grande y espaciosa. Una isla ovalada en forma de barra ocupaba parte de la zona central y en ella podía pasarme horas, tranquilo y relajado. Pero en esa ocasión opté por salir al jardín, con añoranza por mi padre, como solía hacer él.

Donde vivíamos siempre hacía buen clima y la intensidad del sol contrapuso a cómo me sentía interiormente. Me dirigí hacia la mesa que decoraba el porche y ocupé una silla dándole un sorbo al café, dejando en la mesa la taza con un suspiro. Gran parte de mis recuerdos estaban concentrados en la casa, unos que en ese instante atesoraba más que nunca y pesaban demasiado.

La casa era de medidas muy considerables. La planta principal se componía por la cocina que quedaba hacia la derecha, un baño completo en el que podías hacer varias piruetas desde la puerta y, aun así, no llegabas a tocar la pared, tres habitaciones triples porque pasaban de las medidas habituales, un inmenso salón con todo tipo de detalles para no tener que salir de él si no te apetecía. Daba al jardín que tenía las mismas dimensiones que la casa, donde el verde predominaba, junto con una piscina, las hamacas que le hacían compañía y una barbacoa hacia el extremo opuesto. Un lujo que te hacía desconectar de la rutina, aislándote del mundo exterior. Todo el terreno estaba protegido por muros de piedra de gran altura, proporcionando la intimidad necesaria.

En la parte central del salón se encontraban las escaleras que llevaban a la segunda planta, donde había varias habitaciones. Cada una de ellas contaba con su propio baño en su interior. Aparte

había una sala que tenía habilitada como sala de cine y de juegos y, hacia el otro extremo, detrás de una de las puertas, se escondía un gimnasio para mantenerme en forma, con todo tipo de material para llevarlo a cabo.

No era la única vivienda de la que disponía. Junto a Carlos, siendo los dos los propietarios, adquirí un chalé en la playa. Hasta ese momento era nuestro refugio de desconexión cuando lo necesitábamos, al vivir con nuestros padres. Refugio, picadero, vivienda del pecado... sí, todo eso también porque para qué nos vamos a engañar, echábamos mano de él para cualquier necesidad por las circunstancias limitadas que disponíamos al no vivir solos. Más Carlos que yo, porque desde la fallida relación que tuvo, no perdía una oportunidad para disfrutar, y bien que hacía. Para mí eso ya había cambiado, ya no tenía necesidad porque estaba solo, bajo un techo que se me caía encima.

Capítulo 2



Un mes y medio después...

Me serví una copa de ron con cola mientras esperaba a Carlos ya que, por primera vez desde que se fue mi padre, habíamos hecho planes. La apatía había sido mi compañera fuera del entorno del trabajo, ni una sola noche me había animado a quedar. De fiesta me refiero, porque muchos días nos escapábamos después de las obligaciones para ir a comer o cenar, antes de encerrarme en casa.

Sinceramente tenía ganas de salir y desconectar de todo un poco, ya iba siendo hora de volver a coger el ritmo. Mi padre es lo que hubiera deseado, verme disfrutar de la vida y no sumido en la tristeza por su pérdida.

Miré la hora en el móvil y justo en ese momento sonó el timbre exterior, el de la reja que daba acceso a la finca. Me acerqué a la entrada que era lo que me pillaba más cerca, para desbloquearla y darle paso a Carlos. Podía hacerlo desde varios puntos estratégicos de la casa. Venía con su coche, pero ninguno de los dos íbamos a conducir. Nos moveríamos en taxi, hacía unos minutos que había hecho la reserva desde la aplicación. Ya que nos habíamos animado, sobre todo yo, que había empezado por mi cuenta a beber, queríamos despreocuparnos de todo para poder disfrutar como necesitábamos.

—Espero que no estés tomándote esa copa sin haberme preparado una. —Señaló la mía mientras se acercaba a mí.

—No me atrevería a hacerlo. —Carraspeé y le di un abrazo.

Daba igual que nos hubiéramos visto el día anterior, siempre nos saludábamos de la misma manera.

—Tienes mejor cara que estos días atrás. —Me dio unos golpecitos en el hombro, satisfecho.

Me siguió hasta la cocina donde tenía todo preparado para terminar de prepararle el cubata, lo había dejado a medias para que el hielo no se lo aguara.

—Gracias. Cada día es un esfuerzo, pero poco a poco lo voy consiguiendo. Por cierto, estoy bastante rallado, hoy he recibido cuatro llamadas desde un número oculto. Cada vez que descolgaba escuchaba como si alguien suspirara, repetitivamente, pero nadie hablaba.

—Joder, esas cosas no me pasan a mí. —Rio—. A ver si estaban haciéndose algo a costa de tu voz y de tu persona, tío. Con lo profundo que tienes el tono, lo potente que es y lo que transmite... seguro que quien estuviera al otro lado de la línea te ha utilizado para satisfacer sus necesidades.

—Lo tuyo es muy fuerte, todo lo diriges hacia lo mismo. —Reí negando—. Ha sido raro, por más que preguntaba quién era, no he obtenido nada más que lo que te he dicho.

—Es extraño, sí, pero quién sabe, con la de locos que andan sueltos. —Se encogió de hombros quitándole importancia.

—Algo me dice que era una mujer, no sé... —aclaré pensativo.

—Pues seguramente. Te recuerdo que eres un hombre que levanta pasiones, el que muchas mujeres quisieran tener. Y amigo, a estas alturas de la vida no dudo de que sabes diferenciar perfectamente los jadeos femeninos.

—Al igual que tú, será que no caen rendidas a tus pies con solo mirarlas. —Volteé los ojos y cogí un cuenco para acompañar la bebida con unas aceitunas—. He dicho suspiros, no jadeos, que te vienes arriba muy rápido —negué divertido mientras lo llenaba.

Estuvimos charlando un poco mientras terminábamos la copa y llegaba el taxi a recogernos, para llevarnos a un club del que éramos socios desde hacía mucho tiempo.

Nos encantaba el lugar porque era la zona de desconexión perfecta para nosotros, dado que estaba ubicado a las afueras de la ciudad, en una cala privada. Tenía todos los ingredientes para conseguir que sintieras una desconexión completa, en un ambiente que te transportaba como si estuvieras en otra parte del mundo.

En el club había dos restaurantes; uno en la parte de las instalaciones y otro en la playa. Ambos tenían bar de copas tipo chiringuito. Había una piscina infinita que quedaba en lo alto de la ladera y daba a unas vistas espectaculares, con su propia barra acuática. Por no hablar de las zonas ajardinadas con sofás exteriores, mesas y camas balinesas.

Era todo un lujo al alcance de pocos ya que la cuota anual era bien alta. Contaba con pistas de pádel, a las que íbamos de vez en cuando a jugar. No cerraba, estaba abierto las veinticuatro horas y lo más sorprendente es que siempre había gente, independientemente del momento que fuera.



El taxi nos dejó en la puerta y entramos haciendo todo el recorrido que llevaba hasta el restaurante de la playa. La noche invitaba a ello y nos apetecía cenar allí, hacía una temperatura

ideal y qué mejor que poder disfrutar de ella.

Nada más ocupar la mesa un camarero se acercó para tomarnos nota. Pedimos pescado al horno con guarnición junto con una botella de vino blanco para acompañarlo.

—¿Qué tal llevas los preparativos del cumpleaños de mamá? —Yo me refería siempre de esa forma a su madre, Cata.

—Pues mira, ya tengo avisada a la familia y a su círculo de amigos. Todo está en marcha, espero que fallen pocos o ninguno.

—Y ella sigue sin imaginarse nada.

—Correcto, absolutamente nada.

Lo íbamos a celebrar en nuestro chalé de la playa. Ya habíamos contratado a los camareros y el catering para el evento, a través de una empresa que se encargaba de todo y que tenía muy buena fama.

Cata se merecía tener un cumpleaños por todo lo alto y nosotros no íbamos a escatimar en esforzarnos para que no le faltase ni el más mínimo detalle.

Estábamos charlando mientras cenábamos cuando de repente sonó mi teléfono. En la pantalla apareció «número oculto», como las anteriores veces en las que no me respondió nadie al otro lado. Descolgué poniendo el altavoz para que lo escuchase Carlos.

—Hola...

Silencio absoluto, solo se escuchó la misma respiración entrecortada y ahogada.

—Si quieres un saludo, pulsa uno, si quieres una cita, pulsa dos —habló Carlos acercándose al móvil, lo sujetaba con la mano. Lo miré reprendiéndolo antes de colgar—. Es una tía que no se atreve a hablarte, te lo digo yo —asintió convencido.

—Acabas de descubrir el mundo. —Sonreí bajando la mirada al plato—. No sé ni para qué he descolgado, me toca las narices de una manera... Me dan mala espina estas llamadas. La próxima vez voy a cortar de raíz, si no lo he hecho ya, es porque tengo la sensación de que quién está al otro lado quiere decirme algo, pero no se atreve. Qué puñetera idea sé yo. —Bufé.

—No te agobies, tío, bastante tienes. Si es lo que necesitas hazlo y pasa de cogerlo la próxima vez —asentí—. ¿Seguro que no dejaste algún hijo descarriado por ahí? Mira que esa pichita brava tuya da mucho juego —dijo divertido.

—No, que yo tenga constancia —negué por sus ideas, sonriendo.

Lo que buscaba con sus últimas palabras lo consiguió, que mi expresión cambiara y me relajara. A pesar de decirlo en tono de humor no dudaba de que había sido un pensamiento real, uno que

pasó fugaz por su mente. Era consciente de que fallos podía haber, por mucho que uno se protegiera al practicar sexo. Pero vamos, en mi cabeza esa opción quedaba descartada, ni siquiera había recurrido a ella.

Llamé al camarero para que nos trajera otra botella de vino. La primera cayó enseguida y sin darnos cuenta, ni media hora tardamos en vaciarla en nuestras copas. La noche empezaba fuerte, parecía que después de tanto tiempo sin salir estábamos dispuestos a recuperar el tiempo perdido y que nuestras gargantas estaban sedientas y sin fin.

Tras la cena y después de bebernos la segunda botella, fuimos al chiringuito que estaba a unos metros del restaurante. Se accedía a él por un lateral que llevaba al interior de la cala. Camas balinesas y hamacas eran lo que separaban a uno del otro.

—Chicos, ¡qué sorpresa! —nos saludó sonriendo Hanna— ¿Qué tal estás, Alonso?

Era una de las camareras, muy simpática y agradable. Por su pregunta directa hacia mí, di por hecho de que se había enterado de lo de mi padre. También era muy conocido allí.

—Bien, adaptándome. Intento volver a la normalidad. ¿Y tú qué tal?

—Paso palabra. Mejor no me preguntéis porque como me ponga a contaros mis líos nos echamos a llorar los tres.

—¿Estás bien, Hanna? —le preguntó Carlos preocupado ya que le teníamos mucha empatía.

—Bien jodida. —Sonrió con una tristeza que se nos atravesó y nos hizo ponernos en alerta—. ¿Qué os pongo?

—Dos rones con cola, por favor —le pedí—. ¿Podemos ayudarte en algo? Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea.

—La verdad es que alguien como vosotros sí podríais ayudarme, pero el caso es que yo no lo aceptaría. Os pongo las copas. —Nos hizo un guiño.

—Hanna, por favor —le insistió Carlos, preocupado de que pudiera estar en algún problema—. En la vida hay que aceptar las cosas para poder avanzar. Todos hemos necesitado ayuda en algún momento, sea del tipo que sea.

—Mi pareja... bueno ya no lo es porque está con otra. Lo he descubierto y al decírselo, su respuesta ha sido que me quiere fuera de la casa en la que vivimos antes de que acabe el mes.

—Pero tenéis un bebé... ¿Cómo narices te pide esa mierda? —sisé cabreado e incrédulo.

—A él también lo quiere fuera. No quiere saber nada de nosotros. —Se le saltaron las lágrimas y no pude controlar el puñetazo que di en la barra—. Tengo un marrón muy grande con mi niño de ocho meses. No dispongo de nada ahorrado y en todas las opciones de alquiler que he mirado me piden una fianza que no puedo asumir. Estoy muy jodida, no veo la salida por ningún lado. —Se

retiró las lágrimas de las mejillas.

—De eso nada, la salida y solución, las dos, las tienes delante de ti. Alonso y yo somos tus amigos y no te vamos a dejar tirada, ¿me oyes? —le dijo Carlos con rabia, pero no dirigida hacia ella— Anota mi número de teléfono. —Le hizo un gesto para que cogiera su móvil. Lo hizo emocionada y se lo grabó, haciéndole una llamada perdida para que quedara registrado en el de él.

»El lunes te llamaré y te haré llegar la ayuda necesaria para que no te agobies con el tema. Podrás comenzar desde cero sin ninguna dificultad. Piensa en positivo, en el lastre de persona que te has quitado de encima. Es un indeseable por la manera que ha actuado con vosotros.

—No sé qué decir, muchísimas gracias. —Lloró más—. Yo sabía de un tiempo a esta parte que no me quería, que todo había cambiado —empezó a contarnos, desahogándose mientras preparaba las copas en la barra—, pero por nuestro hijo luché con todas mis fuerzas. Quería salvar la relación. —Se secó más lágrimas—. Tengo que asimilar que todo quedó atrás y que ahora estoy sola con mi bebé.

—Ánimo, Hanna —le dije con tristeza porque me provocaba dolor verla así—. Ya verás como de ahora en adelante todo lo que te pase serán cosas bonitas, las que os merecéis.

—Gracias, chicos. Os las daré cada vez que os vea. —Lloró y rio al mismo tiempo.

Después de unos minutos en silencio, los que necesitó para recomponerse, nos hizo un gesto para ir a atender a otros clientes.

—Qué rabia tengo... —murmuró Carlos cuando nos quedamos solos, con la vista fija en la copa que movía.

—Lo sé. —Fue mi respuesta escueta porque todavía estaba digiriendo las emociones que me había provocado la situación y las sensaciones que me había transmitido ella. Si tuviera al alcance en ese momento a ese desgraciado...

Con un gesto le pedí que nos moviéramos y nos dirigimos hacia la zona en la que había sillones acolchados, repartidos por la arena. Nos sentamos en dos de ellos dejando las copas encima de una mesa, junto a una gran vela encendida que daba la armonía perfecta frente al mar. Exactamente lo que necesitábamos en esos instantes, para calmar los nervios.

Nos tomamos varias consumiciones antes de que decidiéramos irnos, pero justo cuando íbamos a hacerlo, mi teléfono volvió a sonar mostrando en la pantalla «número oculto», de nuevo.

—¡No me jodas! ¿A estas horas también? —preguntó sorprendido Carlos, pero de la sorpresa pasó a las risas nerviosas— Tío —agrandó los ojos—, no hemos caído, pero a ver si va a ser tu padre desde el más allá que intenta comunicarse contigo —insinuó convencido, motivado por los efectos del alcohol.

—Hace un rato me has dicho que te ha sentado estupendamente la bebida. ¡No te lo crees ni tú! Te ha llegado directa a las neuronas y te las ha fulminado por completo. ¡Estás loco! —Solté una

carcajada sin poderme contener, afectado también.

Ni borracho a mí se me ocurrían esas cosas, solo podían salir de su mente prodigiosa. No me afectó que hiciera referencia a mi padre porque bien sabía que las palabras las dijo sin ánimo de burlarse. Siempre intentaba darle su toque de humor a las situaciones y más como íbamos, después de tanto alcohol.

—Ya no suena, se ha cortado —dijo concentrado en mi móvil, casi sin pestañear.

—Normal, no he descolgado.

—¿Y si vuelve a pasar? —Buscó mi mirada mientras nos levantábamos para irnos.

—Obtendrá el mismo resultado. —Me encogí de hombros—. No voy a jugar al juego de nadie sin saber a qué me estoy enfrentando.

—Eres mi ídolo, tío. —Se abrazó con fuerza a mí y volví a reír—. Cómo me gustaría actuar como tú. Yo hubiera atendido la llamada y si se hubieran repetido los jadeos, los habría igualado a través de la línea, hasta superar la intensidad y ganar sobre la otra persona. —Más me reí al imaginarlo jadeando como decía, a saber, hacia quién.

—Suspirosss... —Lo rectifiqué.

—Lo que tú digas, para mí jadeosss... macho déjame soñar que ya que esta noche no ha caído ninguna...

Doblados de la risa salimos del recinto, despidiéndonos de Hanna que lo hizo sonriendo hacia nosotros, mientras movía una mano en el aire desde la distancia. Llegamos al taxi que ya nos esperaba y nos montamos en él, hacía un rato que lo había reservado por la hora que era.

Capítulo 3



Lunes por la mañana y me levantaba de nuevo con dos llamadas perdidas, con «número oculto». Con reticencia hice desaparecer de la pantalla las notificaciones, como había hecho anteriormente, desde hacía dos días.

Cada vez que sucedía me cambiaba el carácter. Podía bloquearlo para que dejaran de molestarme, era consciente, pero todavía no lo había hecho. Ni yo mismo sabía a qué estaba esperando. Hasta que se me hincharan ciertas partes del cuerpo y cortara por lo sano las tonterías.

Me levanté de la cama dejando el móvil encima de la mesita de noche y fui a elegir qué ropa ponerme para cuando saliera de la ducha. Me encantaba el orden y muestra de ello es cómo lo tenía todo colocado en el vestidor. Los colores que predominaban en los trajes que utilizaba en mi día a día, eran el negro, el azul marino y los grises, aunque había alguno más informal para ocasiones concretas. Las camisas seguían en línea a los trajes, y al igual que ellos, estaban colocadas por orden de color y de temporadas, colgado todo en sus perchas, quedando a la vista.

Tenía una gran variedad, no os digo el número para que no os llevéis las manos a la cabeza. Con esta aclaración o no, ya os hacéis una idea de la imagen. Al igual que pasaba con las corbatas, los cinturones, la ropa interior, los zapatos, la ropa más informal... todo lo que os imaginéis que compone un armario de hombre, era lo que llenaba el gran espacio en el que entré.

En un extremo del vestidor había expositor donde tenía toda clase de perfumes y colonias, las que eran indispensables para mí y no podían faltarme. El conjunto lo completaban varios espejos de cuerpo entero, un sillón y cajones, en los que tenía colecciones de relojes, gemelos, gafas de sol...

Cuando tuve claro qué ponerme, lo dejé extendido en la cama y me dirigí hacia el baño. Apenas eran las siete de la mañana, normalmente salía hacia la oficina a las ocho, puntual, a pesar de que podía llegar a la hora que quisiera. O no ir, directamente, tampoco debía darle explicaciones a nadie.

Me metí en la ducha y me recreé debajo del agua, quitándome todas las sensaciones que había tenido nada más despertar. Cuando salí, con la toalla enrollada en la cintura fui hacia la cocina, necesitando un café. Me lo tomé con calma y sin moverme de allí. Sentado en la isla, lugar que

como ya he dicho en alguna ocasión me encantaba, me entretuve mirando las noticias de última hora.

Salí de casa dejándolo todo recogido. Mi control del orden lo tenía bien integrado, mantenía la casa impoluta y para rematarlo, una vez por semana, durante un día completo dadas las dimensiones de la casa, venía Emma a hacer una limpieza a fondo.

Media hora después estacionaba en el aparcamiento de las oficinas. Me dirigía hacia la entrada metido en mis pensamientos cuando la voz de una mujer que se dirigió a mí me frenó en seco.

—Buenos días, Alonso —murmuró.

—Buenos días. ¿La conozco? —pregunté amablemente, pero extrañado.

—No. —Sonrió casi forzosamente—. Te he estado llamando estos días, pero en ninguna de las veces fui capaz de hablarte —confesó provocando que saltasen todas mis alarmas—. Necesito hablar contigo.

El vello se me erizó ante una sensación que me costó controlar. La mujer tenía la expresión decaída y los ojos brillantes, me miraba como si estuviera a punto de llorar.

—Desde un número oculto. —Quise asegurarme para no meter la pata anticipadamente, aunque no había otra explicación.

—Sí —susurró confirmándolo.

—No lo entiendo. ¿A cuento de qué? Acabas de afirmar que no nos conocemos, pero en cambio te has dirigido a mí por mi nombre. ¿Cómo lo sabes? ¿Cuál es el interés que te ha llevado a hacer las llamadas? Y lo que más me inquieta, ¿por qué en ninguna de las ocasiones, que no han sido pocas, te has dignado a hablar como has dicho? ¿Qué querías conseguir?

—Me gustaría poder explicarme. —Se removió nerviosa.

—¿Por qué tendría que permitirlo?

—Porque he encontrado las fuerzas para estar aquí, delante de ti —dijo en tono bajo.

Me tomé unos segundos sin apartar los ojos de ella. Tenía tantas preguntas...

—¿De qué me conoces?

—¿Puedo invitarte a un café? —Medité la respuesta.

Mi primer impulso fue negarme porque no la conocía y dado lo que acababa de confesarme... pero, por otro lado, estaba la incertidumbre y el deseo de saber qué había propiciado su insistencia, qué la había frenado a hablar en las llamadas y, sobre todo, qué narices tenía que explicarme... Vamos, que las palabras salieron solas de mi boca antes incluso de pararme a

pensar en ellas.

—Sígueme —le pedí. No se me ocurrió decirle de tomarlo en mi despacho porque necesitaba asegurarme de varias cosas, sobre todo, de sus intenciones.

Llegamos a una cafetería con terraza y nos sentamos en ella, sin intercambiar ninguna palabra. Pedimos los cafés mientras yo terminaba de atender una llamada urgente. Cuando colgué me centré en ella, para saber qué quería decirme.

—Mi nombre es Joana. —Empezó a hablar y me sorprendió que se le saltaran las lágrimas. En ese instante, fue automático, me dio la mayor corazonada del mundo, intuyendo de que sabía de quién se iba a tratar—. Te di a luz hace cuarenta años —confesó causando que a mí se me bloqueara la garganta por completo—. No he podido aparecer antes por proteger a una persona, pero llevo toda tu vida esperando este momento. Hace poco que me he enterado de que tu papá ha fallecido y fue lo que me hizo dar el paso.

—¿A qué viene esto ahora? ¿Después de tantos años? No entiendo nada, nunca quisiste saber de mí. Cuando me tuviste se te quedó todo grande y jamás, en todos mis años de vida, has hecho el intento de un acercamiento. ¿Qué significa lo que has dicho? Lo de proteger a alguien y, por qué esperar a que mi padre esté muerto —le recriminé con los sentimientos removidos mientras no podía dejar de fijarme en ella, al detalle.

—Cuando te tuve, no naciste solo.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? Repítelo —le exigí mientras me inclinaba hacia la mesa.

—Que no eres hijo único —susurró tragando saliva. Intenté controlarme, hice muchos esfuerzos por conseguirlo porque acababa de caer al vacío por su afirmación y necesitaba que continuara —. Aquel día también vino al mundo tu hermana, Violeta. Sois mellizos. —Se removió inquieta en la silla.

—¿Qué me estás contando? —pregunté incrédulo porque mi padre jamás me contó nada al respecto y con la calidad humana que tenía, no me cabía ni la más mínima duda de que no hubiera permitido perder a una hija y, mucho menos, no saber nada de ella a lo largo de los años.

—Solo necesito que te hagas una prueba de ADN, con las dos, para que no te quede ninguna duda de la veracidad de lo que te estoy contando. Te pido por favor que lo llesves a cabo, y una vez tengas los resultados, para conocer la verdad porque no has vivido sabiendo la realidad de nuestras historias, me permitas contarte todo lo que pasó, el motivo de mi decisión y las consecuencias que tuvo. —Las lágrimas le caían a borbotones.

—No tengo ninguna obligación de hacérmela. —Apreté la mandíbula, mostrándome reticente.

—No la tienes, no —negó varias veces—, pero espero que algo dentro de ti te haga tomar la decisión correcta.

Si hubiera algo de verdad en lo que había dicho... Era consciente de que mi padre no me había

contado ciertas cosas, me estoy refiriendo detalles de lo que pasó por aquel entonces. No entendía nada por el choque que me había llevado. Me costaba creer algo tan importante de una persona que, hasta hoy en día, había sido una extraña para mí, pero tampoco podía dejar pasar el tema porque sabía que la duda de la posibilidad me atormentaría y si era cierto, que existía mi hermana...

Quedamos en que ella y su hija se pasarían por una clínica privada. La elección de la cual fue mía, facilitándole la información y localización porque necesitaba hacerlo en mi territorio, era una de las que entraban dentro del seguro que tenía. Allí iría yo también a que me extrajeran la muestra, para saber a qué atenerme. Le pedí que hasta que no tuviera los resultados no se comunicase conmigo, cosa que aceptó sin dudarle, pero sin dejar de llorar.

Cuando me recompuse me levanté sin terminarme el café, ni dos sorbos le había dado. Imitó mi gesto y me despedí de ella. Antes de tomar caminos diferentes le pedí el número de teléfono para tenerla localizada, comentándole que la llamaría cuando llegase el momento. Todo fue tan frío... pero es que sin saber si me la estaba jugando y los sentimientos contradictorios que me recorrían...

Una madre y a sumar una hermana, ¿sería posible? Sobre lo primero me fiaba de mi intuición, dando por hecho que era correcto por su comportamiento y reacciones, pero referente a lo segundo... ¿Qué mierda sabía yo? Por mucho que quería pensar con lógica y aferrarme a algo, no lo conseguía. Las creencias de toda una vida me las habían tumbado en el suelo, dejándome desconcertado por completo. ¿Sería posible que mi padre tampoco lo supiera? Quizás cuando dio a luz eligió, en el sentido de que la situación le quedó muy grande, eso era más que sabido, y por eso decidió irse con uno de los bebés y dejar al otro atrás. ¿Y por qué esperar hasta que mi padre no estuviera? ¿Cuál era motivo oculto? Mierda de pensamientos y más pensamientos que no frenaban.

Entré en el edificio de oficinas con la intención de dirigirme directamente hacia el despacho de Carlos, necesitando desahogarme con él mientras lo ponía al día de la situación. A ver si desde su visión podía aclarar la mía.



—¿Tu madre? ¿Una hermana? ¿No vendrán buscando su parte de la herencia? Esto es muy raro, sinceramente, tío —dijo pensativo—. Además, tu padre que como tal ha sido ejemplar, ¿crees que se hubiera ido de este mundo sin contarte que tenías una hermana? —negó— Y lo más sorprendente si fuera verdad... ¿No habría luchado por dar con ella y hacer todo lo posible por estar en su vida? No me cuadra, son muchas dudas que no hay por dónde cogerlas.

—Todas esas preguntas me las he hecho varias veces desde que me ha soltado la bomba, y más —recosté la espalda en la silla, manteniéndome en silencio unos segundos—, pero quieren hacerse las pruebas de ADN. Puede que me resulte extraño, que interiormente rechace la situación que he vivido, pero algo me dice que tanta insistencia es por algo, Carlos.

»Tengo la sensación de que se nos están escapando muchas cosas. No se ha presentado imponiendo, ni reclamando, ni con la intención de hacerlo, simplemente quiere que por mí mismo sepa la verdad, supuestamente. Por eso he aceptado hacer las pruebas en nuestra clínica

de confianza.

—Pues ni lo pienses, háztela. Que sea lo que Dios quiera y si es que sí, veremos qué hay detrás de todo esto. Estoy flipando.

—A bote pronto parece una mujer humilde, sin malos sentimientos, no sé, no me ha dado la sensación de que haya venido con maldad ni la ha mostrado. Todo lo contrario, porque se me ha encogido el estómago al verla llorar con tanto sentimiento. Pero tampoco sé si es mi madre. Esto me está comprimiendo el pecho. —Solté el aire con fuerza. Asintió preocupado.

—¿Cuándo vas a ir a la clínica?

—Puedo ir en cualquier momento, no lleva mucho tiempo realizarlas. Me pasaré luego, cuando salgamos de aquí. Ya he llamado y he puesto en antecedentes a la chica para que a ellas no les pidan nada, solo para que tengan constancia de que irán. Me hago cargo de todo.

—¿Y qué tal si vamos ahora? ¿Para qué vas a esperar? La cabeza te va a estallar como sigas pensando en ello. Te acompaño, te lo quitas de encima y después vamos a por dos cervezas que las vamos a necesitar, así hacemos tiempo para comer. Como si nos tomamos el día libre y damos un paseo, todo menos quedarte encerrado. Sabes que no pasará nada, nunca faltas a tus responsabilidades. Ahora mismo necesitas que te dé el aire.

—Por primera vez, voy a aceptar el no hacer ni el huevo. Lo necesito, pero es muy temprano, apenas son las nueve menos cuarto.

—Me llaman el «solución». —Rio levantándose—. Vamos a empezar por un buen desayuno, luego vamos a la clínica para que te saquen la descarga de soldaditos y hacemos todo lo que te he dicho, o un poco de *shopping* y nos vamos al club a comer. Decidido, opto por la última opción; nos vendrá genial darnos un bañito en la piscina. Siendo lunes no habrá tanta gente.

—¿Qué dices de soldaditos? —Solté una carcajada— ¿Tú sabes cómo se hacen esas pruebas? Por lo visto no, manda narices. A ver si lo que quieres es cebarme antes de ir para que me salgan más fuertes, como si lo viera —negué incorporándome.

—Joder, alguna idea tengo, pero vamos, no es que vaya haciéndomelas cada dos por tres. No soy un entendido. —Se hizo el ofendido—. ¿Entonces no hay descarga a la vista?

—No. —Reí más cuando se puso a mi lado, después de recoger.

—Menos mal, tío, te había imaginado en una tesitura que quiero borrar de mi mente. —Bufó.

—Cállate ya, anda. —Le di una pequeña colleja, reímos—. Salgamos de aquí que me has animado con el plan, suena muy bien y es lo que necesito.

En cuanto nos montamos en los coches, fuimos por separado para no tener que regresar, nos dirigimos al centro a desayunar, justo al lado de la clínica. Con el calorcito que hacía apetecía disfrutar de la terraza, por lo que ocupamos una mesa en ella. Se estaba genial, pero no conseguía

relajarme, tenía la cabeza como una olla exprés a punto de estallar.

Carlos aprovechó la espera para llamar al asesor, para que le hiciera una donación de diez mil euros a Hanna, nuestra amiga y camarera del club. Íbamos a ponerlo entre los dos. Era obvio que para ella iba a ser un mundo esa cantidad y para nosotros no suponía nada, por muy feo que suene, pero era la realidad.

También habló con ella para pedirle el número de cuenta y le explicó todo, con el altavoz activado para que yo pudiera intervenir. Lloró muchísimo, diciéndonos que era demasiado. Según sus palabras quería devolvernos el dinero poco a poco, intención que le quitamos rápido diciéndole que no lo íbamos a aceptar. No dejó de recalcar que con tres mil euros ya tenía suficiente para arrancar, pero hicimos caso omiso y le traspasamos los diez mil.

Nos dirigimos a la clínica y apenas tuvimos que esperar para que me dieran paso, para hacerme la extracción de saliva. Me despedí con la confirmación de que en unos días me notificarían los resultados. Hecho, se terminó, ahora quedaba la incógnita de saber qué me iba a encontrar.

Como había planteado Carlos, al estar cerca del centro, caminamos hacia una de las calles principales en las que se agrupaban varias de las tiendas de ropa a las que solíamos ir. No nos volvimos locos comprando, por mi parte me adjudiqué un traje, lo sé, cómo si ya no tuviera bastantes, ¿no? Pero lo que estábamos haciendo es como cuando te dicen no vayas al supermercado ni a ninguna tienda de alimentación cuando tengas el estómago vacío porque terminas pecando. Pues llevarlo al terreno textil y a mis ánimos y tenéis el resultado. Puse rápido los ojos en el traje, junto a una camisa y también cayeron unos zapatos deportivos. Carlos fue a mi par, pero esa vez comprando varios pantalones informales junto con varios polos que le servían de conjunto para ellos.

Satisfechos con las nuevas adquisiciones y con los ánimos más arriba, nos despedimos antes de llegar a los coches para ir cada uno a nuestras casas, para cambiarnos de ropa. Y, sobre todo, para coger los trajes de baño porque la intención era terminar dentro de la piscina. Nos despedimos quedando directamente en el club.

Capítulo 4



Carlos estaba sentado en la terraza que había junto a la piscina, tomando una cerveza cuando llegué. Se levantó para darme un abrazo, efusivo, como si hubiera pasado tiempo desde la última vez que nos vimos. Tuve que reírme ya que esa manía la tenía siempre, a pesar de no hacer ni media hora que nos habíamos despedido.

Antes de sentarme le hice un gesto al camarero para que me trajese otra cerveza.

—¿Qué tal? ¿Le has dado muchas vueltas a la cabeza en este ratito?

—No muchas, unos mil giros y ya.

—Entonces está bien, pensaba que la cifra aumentaría. —Rio.

—Gracias —le dije al camarero, al poner la cerveza sobre la mesa.

En ese momento se nos acercó Julio, un amiguete del club al que le teníamos mucho aprecio y con el que habíamos jugado muchas veces al pádel.

Se sentó con nosotros un rato y nos confesó, desahogándose, que se había separado de su mujer ya que la relación en ambas direcciones se había enfriado, recalcándonos que no había terceras personas de por medio. Hacía dos días que habían firmado los papeles de mutuo acuerdo y todo había terminado de una manera basada en el cariño que ambos se tenían.

—Así deberían de finalizar todas las relaciones —murmuró Carlos riendo porque estaba recordando cómo acabó la suya. Por poco nos matan a los dos.

—Sí, nos hemos querido mucho y jamás nos hemos faltado el respeto. Me tendrá para lo que necesite y yo estaré ahí para ella, de igual manera.

—Es de valientes saber retirarse a tiempo —contesté.

—Es lo mejor porque el negarse a lo evidente termina por pasar factura, ¿qué necesidad hay de hacerse daño? —asentimos ante sus palabras, con el mismo pensamiento.

Se marchó dejándonos solos, después de alargar el momento y de comer con nosotros. Tenía una reunión importante, dado que era el dueño de una de las firmas de cosmética que estaba de moda y eso lo había hecho crecer como la espuma. Si antes le iba bien, de un tiempo a esta parte lo rompía.

—Hanna se separa, Julio también y nosotros aún sin encontrar al amor de nuestras vidas. ¿Será que somos los bendecidos? —preguntó Carlos mientras me miraba arqueando una ceja.

—Yo no sé si somos los bendecidos, pero sí los que nos ahorramos esos problemas y disgustos, que no son pocos. Parece que hay una epidemia, recuerda que también se acaba de separar Letizia. —Me referí a la chica que teníamos en la recepción de la planta baja del edificio.

—No me lo recuerdes que estoy deseando que se le pase la tristeza que está atravesando para ir a enseñarle nuestro chalé de la playa —dijo con una sonrisa pícar.

—Y lo dirás en serio... —negué sorprendido.

—Ahora lo negarás —soltó con guasa—. No me creo que no te hayas fijado bien en ella, me refiero apartando la faceta de empleada, y que no te da morbo un acercamiento. Tiene un trasero que es para venerarlo, solo tengo que recordarlo y... —Soltó el aire y volteó los ojos.

—Eres una bala perdida, no hay mujer que no te vuelva loco. Y no, ni lo uno ni lo otro —aclaré—. Queda a la vista la mujer que es, eso es innegable, pero ya sabes que en el trabajo tengo vetadas ciertas cosas, no traspaso esos límites. Lo que me lleva a no fijarme de esa forma, como tú.

—Yo no tengo que guardar tanto las apariencias, ventajas que tengo. —Rio levantando las dos cejas, gracioso—. Gracias a mi libertad de movimiento ya te digo que con ella me voy a mover en la gloria. Tú eres muy selectivo, tío, demasiado, pero al final llegará una mujer que cambiará todos tus esquemas.

—No creo que ocurra, pero si sucede, va a tener trabajo por delante. —Carraspeé.

—Tiempo al tiempo y yo estaré deseando verlo. —Soltó una carcajada.

Mientras nos terminábamos los cafés, cambiamos de planes y decidimos ir a la playa para darnos el chapuzón. El lugar era una maravilla porque podías optar por las dos opciones: agua dulce o salada. Me estaba sentando de lujo porque era lo que necesitaba, respirar aire puro, y más lo haría cuando me metiera en el mar para nadar un rato mientras me refrescaba porque el calor del sol apretaba.

Aunque no hubiera salido más el tema mi cabeza no frenaba, no podía dejar de darle vueltas a la posibilidad de que la mujer que había ido a buscarme fuese mi madre y no solo eso, que tuviera una hermana. Se me erizaba la piel solo con imaginarlo y me provocaba demasiadas inquietudes por todas las preguntas que se agolpaban en mi cabeza.

Después de tomarme el tiempo necesario para desconectar hasta de mí mismo, comencé a

acercarme a la orilla ya que me había alejado bastante. Carlos ya estaba en una de las camas balinesas tomando otro café, esperándome.

—Perdón, perdón ¿Te he hecho daño? —hablé apurado, retirándome el agua de la cara.

Ni había visto venir a la chica con la que había chocado y el golpe no había sido pequeño precisamente. Iba nadando cuando di con algo y al ponerme de pie, la encontré con la misma cara que debí poner yo. Al encontrarse nuestras miradas, en ese instante, sentí una sensación rara, una que me hizo fruncir el gesto por lo que noté en mi interior. Os puedo jurar que sentí que ambos nos quedamos hipnotizados por unos instantes, eso, o que el choque nos había dejado atontados, que también podía ser. No me hagáis caso porque lo que me recorría...

—La que lo siente soy yo, me he despistado —dijo nerviosa. Era joven, apenas debía tener veinticinco años—. No te he visto.

—No me había fijado en que estaba tan cerca de la orilla. —Carraspeé.

—Tranquilo —murmuró sin apartar los ojos de mí, con una expresión...

—¿Estás bien? —Me preocupé sin saber dónde había recibido el golpe.

Ya me veía corriendo por toda la playa con ella en brazos, como loco, directo hacia el puesto médico.

—Sí, sí. —Movié las manos, apurada y señaló al agua. Asentí con la cabeza, entendiéndola.

Se adentró, alejándose. Ya me hubiera gustado ser igual de rápido porque pareció que algo la propulsaba. A mí me costó varios minutos poder moverme y reaccionar. Sacudí la cabeza, expulsándome el exceso de agua del pelo. Soltando un suspiro, sin poderme quitar la sensación que se había asentado en mí, me dirigí en sentido contrario a ella, pero esa vez caminando por el agua.

Cuando salí fui directo hacia Carlos, para acompañarlo con otro café. Al llegar me dejé caer en la cama balinesa, tumbándome.

—Me ha pasado algo —susurré con la vista fija en el cielo.

—¿Cuándo? ¿Dónde? Joder no me digas que hay medusas. Si ya lo he pensado con el calor que hace. —Agrandó los ojos.

—Se me ha pegado algo, pero concretamente una medusa, pues no. —Giré la cabeza hacia él.

—Mierda, ¿qué has encontrado en el mar? ¿Te ha dejado marca? No me jodas que te ha picado otra cosa.

—Buena pregunta la última —murmuré desconcertado conmigo mismo.

Para que dejara de imaginar, porque podía subirlo cada vez más de nivel, le conté lo que me había sucedido y cómo había reaccionado. Él no le dio importancia y yo, bueno, digamos que me quedé en silencio y agradecí que también lo hiciera. Antes de cerrar los ojos los moví por todo lo que quedaba delante de mí. ¿Qué mierda estaba buscando? Cabreado cerré los ojos de golpe, apretando los párpados con fuerza para negarme a seguir haciéndolo.



—Hermano, estás raro. —La voz de mi amigo me hizo centrarme en él, con los ojos entreabiertos por la intensidad del sol—. He hecho como si no hubiera pillado nada, pero... —Se puso a silbar.

—¿Qué se supone que has pillado? —Levanté una ceja.

—He optado por no decir nada para no agobiarte, con la tranquilidad que habías conseguido... pero tu cambio ha sido significativo del antes y el después del agua. ¿Ha sucedido? No me fastidies que me he perdido el primer plano, me cago...

—¿De qué hablas? —Fruncí el gesto, incorporándome, para quedarme sentado.

—Hablo de que si esa chica te ha tocado la patata. —Se dio varios puñetazos en el pecho, para después imitar como si fuera un gorila.

—Contigo no se puede hablar en serio —resoplé, pero terminé riendo junto a él.

—¿Cómo qué no? ¿De verdad quieres que pase al modo seriedad? Pues amigo, perdona que te diga, pero insisto en que estás raro desde que has vuelto. Algo te ha pasado y no físicamente, bueno, aunque bien mirado. —Bajó la mirada hacia mi entrepierna y puse los ojos en blanco, dándolo por imposible—. Ahora en serio, esa chica te ha impactado y ni se te ocurra negarlo porque no te voy a creer. —Rio—. ¿Qué has sentido? Si me dices que te has enamorado me tiro a la arena y hago la croqueta hasta llegar a la orilla.

—¿Te estás escuchando? Es una cría. Joder, no sabes lo que dices —murmuré llevando la vista hacia el agua y maldecí porque precisamente mis ojos volvieron a hacer contacto con ella, viéndola desde la distancia. Se me quitó la diversión de golpe.

—Una cría que te ha dejado en un estado en el que nunca te había visto. Pero digo yo, que la mayoría de edad la tiene.

—Tampoco es para tanto lo que dices. —Me quedé en silencio cuando llegó el camarero. Dejó dos cafés encima de la mesa, los que le había pedido Carlos antes de sacar el tema.

—Es bonita, sí señor —confirmó cuando siguió mi mirada, localizándola sin problema porque estaba saliendo del agua y en ese momento no había nadie más a su alrededor.

No pude apartar la mirada de ella, cada gesto que hizo... cómo se recogió el pelo hacia un lateral, escurriéndoselo; cómo no dejaba de sonreír, a pesar de que estaba sola; cómo mierda de

bien le quedaba el bikini al cuerpo y cómo las puñeteras gotas de agua resbalaban por cada curva... Me removí intranquilo ante la observación divertida de mi amigo.

La seguí con los ojos cuando empezó a moverse, todo lo disimuladamente que pude, viendo cómo se acercaba hacia donde estábamos. Contuve la respiración por unos segundos, sin entenderme, pero más lo hice cuando pasó cerca de nosotros, directa hacia los que supuse que serían sus padres. El parecido era grande, ellos no debían tener más de cincuenta años.

Desvió la mirada unos segundos y me encontró observándola. No supe si fue porque sabía dónde estaba o porque se había sentido observada, fuera como fuese nuestras miradas volvieron a conectar, sin que ninguno de los dos pudiera apartarla. Con un gesto de timidez hacia mí, agachó la cabeza y se sentó al lado de su madre, a charlar. No sabéis lo bien que me sentó que al hacerlo sus labios se curvaran, mostrando una pequeña sonrisa del que yo fui el responsable.

¿Cómo podía atraerme tanto una chica tan joven? Dejando la edad a un lado, su belleza natural, nada exuberante, era impresionante, junto a su escultural cuerpo. En conjunto era preciosa y perfecta ante mis ojos, con un rostro de lo más dulce. Un dulce que cualquier hombre querría tener. Ante el último pensamiento irracionalmente me puse en tensión.

—Alonso, me estás sorprendiendo. —La voz de Carlos me sacó del estado en el que estaba.

—¿Por? —Quise disimular.

No es que quisiera esquivarlo ni mentirle, pero ni yo mismo me entendía, como para explicar las actitudes que estaba teniendo.

—¿Has visto la cara que se te ha quedado y lo pensativo que estás? Estoy digiriéndolo todo porque es digno de ver, macho.

—Lo de pensativo es normal, ¿recuerdas con lo que me he encontrado hoy?

—¿En qué parte del día? ¿A qué franja horaria te estás refiriendo? —Apretó los labios para no reír—. Hoy estás que lo bordas, estás teniendo de todo —negó—. Me estás dirigiendo hacia lo de tu supuesta madre y claro que me acuerdo y lo tengo muy presente, pero a mí no me hagas la cobra y dirijas la conversación a tu conveniencia. —Dio un sorbo al café sin apartar la atención de mí, entre intrigado, divertido y emocionado.

Iba a responderle, pero me quedé con las palabras en la boca. ¿El motivo? Solo podía ser uno en el escenario en el que me encontraba. La chica se levantó, dirigiéndose hacia el chiringuito, por lo que nosotros estábamos en su camino. Al pasar por delante carraspeé, no fue intencionado, fue totalmente espontáneo. Al escucharme giró la cabeza hacia mí y embobado, atontado, medio lelo... ¿os hacéis una idea? Pues así me quedé cuando se le escapó una sonrisa directa hacia mí, la más bonita que había visto en mi vida. Se alejó siguiendo su camino.

—Quiero saber todo lo que tenga que ver con ella —murmuré convencido.

¿Por qué no darme una oportunidad? ¡Qué cojones! Necesitaba dármela, propiciar como fuera

una situación en la que pudiera hablar con ella, al menos, eso, porque lo que me estaba pasando no era normal y jamás me había sucedido.

—Ahora te escucho, por fin lo asumes —dijo divertido Carlos—. No sé si esto te servirá, para empezar. —Giró su móvil mostrándome la pantalla. El muy cabrón le había hecho una foto con disimulo, en la que salía en primer plano—. ¿Se la envió a Jorge?

Jorge era el dueño de la empresa de seguridad que se ocupaba de nuestras plataformas, además de ser una persona de mucha confianza. Tenía unas habilidades increíbles para encontrar hasta lo más inimaginable y no dudaba de que con una única imagen me llevaría hasta ella.

—Estás tardando —asentí decidido—. Al igual que enviándola y borrándola.

Al poco tiempo la chica regresó con un helado en la mano. Pude diferenciar cómo aguantaba la sonrisilla en todo momento y, justo cuando pasó por delante a Carlos, no se le ocurrió otra cosa que murmurar una de las suyas.

—Cómo le dé a mi amigo un chungo, serás la única responsable y la liamos.

No sé cómo no le metí una hostia a mano abierta en ese momento, lo peor de todo es que ella ya no pudo contenerse más y rio, sin que sus padres la vieran porque no la observaban.

—Pero ¿cómo le dices eso? —Me giré hacia él molesto, cuando ella se alejó lo suficiente para que no me escuchara.

—Relájate, no ha sido para tanto —respondió sin perder la diversión—. Joder —se sorprendió cuando le sonó el móvil—, es Jorge, ya me ha respondido, qué rapidez. Me acaba de enviar un enlace de Instagram, pertenece a Naomi de Castro. Mierda tío, a ver si donde pones el ojo pones la bala y has ido directo a...—Agrandó los ojos—. Espero que no sea familia de los de Cuba —aclaró su duda—. Te paso el enlace, tiene el perfil público.

—No me jodas. —Me hice con mi móvil y accedí al enlace.

Anonadado me quedé por lo rápido que lo hice, mientras las pulsaciones se me aceleraban y el corazón me daba un vuelco.

El perfil parecía una revista de lujo, con imágenes de alta calidad y tan dulces como bien cuidadas. No tenía ni una sola foto de las que parecían postreo. Transmitía una inocencia... en cada una de ellas. Tenía un montón de seguidores, no es que fuese *influencer* ni nada por el estilo, pero sí que la seguían diez mil personas. Echando un vistazo rápido vi que comentaban mucho sus publicaciones, destacando las buenas palabras y muestras de cariño.

Si algo me asombró fue la clase y elegancia que tenía para vestir. Daba igual lo que se pusiera que sabía lucirlo, me encantaron todos los *outfits* con los que aparecía. Obviamente, destacaba y se notaba que vivía en una casa preciosa, dejando claro que sus padres eran pudientes, aunque no había que ser muy listo porque si eran socios del club...

Decidido entré en la historia que tenía puesta, viendo que era un vídeo corto del día en la playa. Llevaba el mismo bikini, celeste y blanco, aparte aparecía la ubicación.

A través de las numerosas publicaciones dejaba claro que le gustaba viajar. Aparecía en muchas partes del mundo, detallando las ubicaciones: Malasia, Singapur, Nueva York, París, Japón... entre otros tantos. Daba la sensación de que todos los viajes los hacía con sus padres ya que en muchas salía junto a ellos.

Un rato después pasó de nuevo por delante de nosotros, en esa ocasión acompañada de sus padres. Iba detrás de ellos, parecía que se iban de la playa, lo que no supe si del club también.

Justo delante de míladeó la cabeza para mirarme, encontrándome de igual manera. Me regaló una sonrisa tierna y tímida, terminando por rematarme. Una más para sumar a la lista de recuerdos de ese día.

Volví a entrar a su historia y le di al corazón. Se lo había ganado. Las sensaciones que me acompañaron el resto del día mejores no pudieron ser, sintiéndome revitalizado. Ni por un segundo llevé a mis pensamientos a analizar mi comportamiento hacia una chica de su edad, ni por una milésima quise cargarme las emociones que me había provocado.

Dejamos pasar las horas, relajados, con varias conversaciones sobre el tema y tocando otros, hasta que se hizo de noche y decidimos movernos para ir al restaurante a cenar algo, antes de irnos a nuestras casas y dar el día por finalizado.

No volví a verla ni a coincidir con ella, por mucho que la busqué no ocurrió.

Capítulo 5



Estaba tomándome el primer café del día y no podía quitármela de la cabeza, hasta en sueños se me había aparecido. Esa chica, Naomi, había hecho desaparecer mi cordura y me había robado varias horas, a intervalos. Había perdido la cuenta de las veces que había entrado a mirar su perfil de Instagram, repasando cada una de sus publicaciones detenidamente, incluso revisando los comentarios que en alguna ocasión comentaba y quedándome embobado viendo todas sus fotos.

Aún me preguntaba, de vez en cuando, cómo era posible, me refiero a mi actitud referente a ella. En la vida había sentido los impulsos que me llevaban a actuar de la forma en la que lo estaba haciendo, jamás había mostrado interés alguno por querer indagar en la vida de una persona, todo lo que pudiera.

Si algo había deducido de ella es que era culta, educada, empática, real... lo superficial no era lo suyo, todo lo contrario. Aun teniéndolo todo, era una persona muy llana, se la veía cercana con solo fijarse en sus expresiones y poses. Lo que se llega a aprender de alguien si la observas a conciencia...

Jorge el día anterior no solo le envió a Carlos el enlace de su perfil, sino que nos informó de quiénes eran sus padres. Ni más ni menos que los dueños de una de las cadenas hoteleras más lujosas del país y de más de treinta centros comerciales. De ahí a que pudieran permitirse el lujo de estar en el Club y de todos los viajes de los que había quedado constancia en la red social. Eso sí, a pesar de mostrar pequeñas pinceladas, eran muy recelosos de sus vidas privadas sabiendo muy bien qué mostrar y cómo.

Terminé de beberme el café y me activé para ir hacia la oficina. Después del día de fiesta que me había tomado por mi cuenta, se me habría acumulado el trabajo y quería llegar lo más temprano posible. Cuando llegué al edificio a la primera persona que me encontré fue a Letizia, en la recepción. Por unos segundos pasaron por mi mente las palabras detalladas de Carlos, con las que se refirió a ella en la playa. Negué casi imperceptiblemente, queriendo borrarlo todo y como cada mañana me dedicó una sonrisa cuando pasé cerca de ella, al igual que no faltó mi guiño como respuesta mientras me dirigía hacia el ascensor.

Una vez estuve en el despacho me acerqué hacia la cafetera que tenía en una pequeña sala adjunta y me preparé el segundo café del día. Tenía sueño, me notaba cansado... normal,

teniendo en cuenta a la hora en la que me dormí, bien entrada la madrugada. Dejando la taza a un lado del escritorio me senté para revisar los *e-mails*.

Estaba centrado en la pantalla cuando desvié la vista hacia el móvil, al comprobar de refilón que me había llegado una notificación. En cuanto vi que era de Instagram y de Naomi, por poco se me resbala la taza de las manos, al haber aprovechado para cogerla y darle un sorbo al café. La apoyé con cuidado en la mesa y comprobé que había empezado a seguirme y no solo eso, tenía un mensaje privado de ella. Imaginé que había visto el corazón que le había dado a su historia y de ahí a averiguar quién era yo, o al menos, dar con mi perfil y reconocerme... pocos datos podía obtener de esa forma porque yo no era muy dado a publicar mucho sobre mí.

El mensaje decía lo siguiente:

Naomi: *¿Cómo me has encontrado? —Añadió un corazón.*

Sonreí mientras negaba, al no esperarlo, para nada.

Alonso: *Por tu corazón deduzco que no te ha molestado y no sabes cuánto me alegro. Ser detective es mi vocación frustrada. Tienes un perfil muy bonito.*

Nervioso; sí, nervioso, esperé a que me contestara porque vio mi mensaje enseguida y a continuación aparecieron los tres puntitos, como que estaba escribiendo.

Naomi: *No lo ha hecho, si no, no te estaría escribiendo. Gracias. Pues oye, no se te habría dado nada mal. Hasta ayer nunca te he había visto por el Club.*

Alonso: *Yo a ti tampoco. Llevo mucho tiempo siendo socio y voy a menudo.*

Naomi: *Bueno, realmente yo voy esporádicamente y por temporadas. Suelo ir con mis padres en verano, pero no en todas las ocasiones que van ellos. O a cenar alguna que otra noche.*

La mayoría de los socios nos conocíamos, más unos que otros, pero casi todos nos teníamos vistos, aunque fuera de lejos. Sí que es cierto que a veces pasábamos largas temporadas sin coincidir. El que lo controlaba más era Carlos, yo la mayoría de las veces iba a mi rollo y a lo que me llevaba al club, a desconectar de todo. Por ese motivo muchas veces ni me fijaba en quién había, a no ser que me saludaran o se acercaran a mí. Ahí ya no me quedaba más remedio que interactuar.

Ni siquiera a sus padres los tenía vistos, pero era normal porque a saber cuántas personas habían inscritas con lo grande que era el club. Eso, si es que habíamos coincidido en alguna ocasión en espacio y tiempo, porque lo mismo no se había dado. Ya os digo que, al menos, para mí eran totalmente desconocidos, hasta el día de ayer en la playa.

Alonso: *¿Vives con ellos? —Me aventuré a preguntar.*

Naomi: *Sí. —Puso un emoji de una carita riendo—. Para mis padres seré menor hasta que me case.*

Alonso: *Pero ¿tienes pareja?* —Esperé atento y nervioso por lo que pudiera contestar.

Naomi: *No, no, me he centrado mucho en los estudios y ese momento no ha llegado.*

Dejó salir el aire lentamente, volviendo a teclear.

Alonso: *¿Qué estudios tienes?*

Naomi: *Administración y Dirección de Empresas, y cuando terminé hice varios másteres en Inglaterra e Irlanda. En septiembre me voy a estudiar un año a Roma y de paso a perfeccionar el italiano. ¿Cuántos años tienes?*

Ah, aquí viene la bomba de relojería, me dije.

Alonso: *Cuarenta nada más.* —Acompañé la frase con un emoji de una carita sonriente.

Naomi: *Yo tengo veintiséis. No los aparentas, se te ve mucho más joven.*

Alonso: *Vaya, gracias por el cumplido.*

Naomi: *No lo es, es la realidad.* —Añadió un emoji tapándose la cara con las dos manos.

Alonso: *Así que intuyo que te espera un verano sabático.*

Naomi: *Sí, mi padre no quiere que trabaje todavía. Él prefiere que siga estudiando y adquiriendo conocimientos, mientras perfecciono los idiomas de los países en los que esté. Así que el verano se puede clasificar como sabático.*

Alonso: *Tienes mucha suerte entonces.*

Naomi: *Imagino que trabajas y que tendrás vacaciones.*

Alonso: *Imaginas bien. Ya no tengo edad para estar estudiando, aunque no me importaría. En su día me saqué las carreras de Administración y Dirección de Empresas y de Derecho, haciendo un doble grado. Lo de las vacaciones es algo que voy improvisando, no tengo problema para cogérmelas cuando quiera, pero sí que miro mucho el cuadrarlas para dejarlo todo lo mejor organizado posible.*

Naomi: *Pues algo que tenemos en común. Mañana me voy unos días a ver a mi abuela paterna, vive en Marruecos. Mi padre es marroquí, pero está muy occidentalizado, nada que ver con la cultura de allí. Mi madre es española y él jamás le impuso ninguna de las costumbres que se suelen asociar, todo lo contrario. Ellos estuvieron el mes pasado visitándola, pero como yo aún no había finalizado el máster... Así que me toca viajar para estar con ella una semana.*

Me dio la sensación de que lo hizo intencionadamente, me refiero al informarme de sus planes como si quisiera que los supiera. ¿Cabía la posibilidad de que sintiera algo por mí? ¿De que le atrajera? Las sonrisas, gestos y miradas del día anterior me dieron a entender que, al menos, le

gustó que yo estuviera pendiente de ella, porque en las reacciones se nota y dan evidencias de ello, pero de ahí a... ¡Qué mierda sabía! No me entendía ni yo, cómo para ver con lucidez su parte.

No me atreví a decirle de quedar porque, aunque no quisiera, la diferencia de edad que había entre nosotros me daba mucho respeto. Eran demasiados años. Si me llegan a plantear la situación unos días antes me hubiera dado un ataque de risa al escucharlo, porque en mi cabeza no cabía esa posibilidad. Pues ahí estaba, contradiciéndolo todo.

Alonso: *Siempre he tenido curiosidad por conocer ese país, me han hablado muy bien de él. ¿De qué parte es tu familia?*

Naomi: *Tánger, mi padre nació en la Medina de esa ciudad, en una casa que aparentemente es una más del centro histórico, pero en realidad en su interior esconde un palacio árabe. Mi abuela nunca quiso salir de allí, ni siquiera cuando mi abuelo se vino a España a invertir el dinero de una herencia. Él aprovechó la oportunidad y se hizo con un imperio de hoteles, el que más tarde heredó mi padre.*

Por un lado, me asombraba que sin conocerme realmente se abriera conmigo de esa forma, pero por otro, la sensación que me recorría era tan agradable al ver que lo hacía y confiaba en mí, en cierta manera. Parecía sentirse cómoda haciéndolo y yo más que gustoso recibía toda la información detallada, manteniéndola al otro lado del teléfono.

Alonso: *¿También heredó los centros comerciales?*

Pregunté para que se diera cuenta de que sabía de quién era hija.

Naomi: *No, no, eso se debió a unas tierras que heredó mi madre. Junto a mi padre construyeron los centros comerciales, con el tiempo les supieron sacar beneficio hasta convertirlos en lo que son hoy en día. Más o menos como tú, que has heredado una compañía de aerolíneas. Lo he leído en una noticia.*

Me quedé gratamente sorprendido al saber que se había preocupado y que le había interesado investigar sobre mí. Era otro punto a mi favor para pensar que sí, que ciertamente algo la había removido para tomarse tantas molestias. Bendito momento en el que nuestras miradas se cruzaron en el agua, cuando chocamos. Fue el detonante de lo que había venido después, como si una fuerza invisible tirara de cada uno de nosotros hacia el otro. Increíble, al menos para mí, pero cierto.

Alonso: *Veo que sabes quién soy...*

Naomi: *Estamos en igualdad.* —Acompañó la frase con un emoji haciendo un guiño y mis labios se curvaron—. *Te tengo que dejar, necesito ir a comprar unas cosas para llevármelas al viaje de Marruecos.*

Alonso: *Touché.* —Le devolví el mismo emoji—. *Que pases un excelente día, Naomi. Gracias por ponerte en contacto conmigo.*

Naomi: *Igualmente, señor CEO. No me las des, ha sido un placer.*

Recosté la espalda en la silla, apoyando la cabeza en el respaldo. Una sonrisa tonta apareció en mi cara y negué porque verme desde fuera debía ser todo un espectáculo. En silencio, pensativo, tomé una decisión referente a la situación. Me levanté y fui hacia la puerta, yendo directo hacia la planta inferior, al encuentro de Carlos para contarle las últimas novedades.

—Buenos días, jefe de honor —murmuró sonriente en cuanto me vio aparecer.

—Nos vamos a Marruecos —solté de la nada.

—¿Y qué cojones se nos ha perdido a nosotros en África? —Agrandó los ojos.

—Noemi, la chica de la playa. —Ladeé los labios—. Se va una semana a visitar a su abuela —le expliqué cómo lo sabía, lo que me llevó a comentarle la conversación que habíamos mantenido.

—¡Qué gracioso! Cómo si me hubiera hecho falta aclaración al principio sobre quién es Naomi. —Soltó una carcajada—. ¿Y piensas colarte allí, de la nada y por sorpresa, para que esa señora te invite a un té en un intento de acercamiento a su nieta? ¿En serio? Macho, no te reconozco, se te han fundido los plomos por completo. —Se inclinó sobre la mesa, haciendo muecas raras mientras olía buscando estar en lo cierto.

—No, joder. —Solté el aire lentamente—. Ya se nos ocurrirá cómo encontrarla. Estará en la Medina de Tánger y por lo que tengo entendido no es como la ciudad de grande.

—¡Cojones! ¿Desde cuándo eres un entendido de ese país? Estoy flipando. Porque estoy sentado, que, si no, hubiera tenido que hacerlo rápido para no tocar el suelo. ¿Vas a ir detrás de una niña, según tú? ¿La que solo has visto un rato en la playa?

—Es de locos, lo sé. —Me pasé las manos por el pelo, varias veces, mostrando los nervios que la situación me provocaba—. Pero es lo mejor que se me ocurre en estos momentos. Necesito hacerlo Carlos, necesito...

—Shhh, para ya —me pidió levantándose, sonriendo—. ¡Qué cojones! Si hay que ir se va, punto final —asintió provocando que yo también sonriera—. ¿Cuándo has dicho que nos vamos? ¿Qué meto en la maleta? Trajes descartados, ¿no? Tiramos de ropa informal y ni puñetera idea si necesitaremos bañadores, pero van de cabeza. Los vestidos esos que se ponen ya nos los compraremos allí para no desentonar, que ya que lo hacemos vamos por todo lo alto y con todo.

»En el lugar en el que estemos, honramos con nuestra presencia dejando huella, macho. —Soltó una carcajada a la que me uní por la carrerilla que había cogido—. Y luego soy yo el de las ocurrencias locas —negó—. Sienta bien que, aunque sea una vez en la vida, pierdas la cabeza. Me ha costado cuarenta años verlo, pero qué gustazo. ¡Bienvenido al Club!

—Gracias, tío —asentí reconfortado al tenerlo siempre a mi lado.

—Déjate de sentimentalismos, entre nosotros sobran esas palabras porque vamos de cabeza el uno con el otro. ¿Qué? ¿Trabajamos un poco? ¿Nos largamos para preparar el viaje inminente?

Joder, me has puesto nervioso y eso que yo no me voy a comer nada en ese país. —Reímos—. ¡Cuidado! Al menos al principio, dame un día y cambio lo último que he dicho.

—No lo pongo en duda, en cuanto me despiste estás liado. —Le hice un guiño—. Ayer ya descansamos bastante —comenté—. Ahora voy a preparar el viaje para mañana, trabajamos hasta las tres porque necesito planificar los días que voy a estar fuera y vamos a comer. Tenemos tiempo de sobra para hacerlo todo.

—Perfecto —asintió conforme.

Con un gesto de la mano me despedí, alejándome para regresar a mi zona, hasta que me paré al escuchar su voz. Me giré hacia él.

—Intenta centrarte y no cagarla, que como tienes la cabeza ahora mismo, con las expectativas por todo lo alto, eres capaz de desorganizarlo todo en vez de cuadrarlo —habló con guasa—. Recuerda, céntrate y escucha a la cabeza de arriba, no la que tienes más abajo por mucho que acapare toda tu atención.

Solté una carcajada y le di la espalda, levantando un brazo, enseñándole un dedo muy significativo, provocando que se uniera a mí en las risas.

Reconozco que me costó concentrarme, pero al final lo conseguí porque si no, no sería capaz de irme tranquilo tantos días, apartándome de la rutina. Llevé a cabo todo lo que le comenté a Carlos. Satisfecho, cuando el reloj marcaba las tres y veinte, salimos del edificio hasta que regresáramos.

Capítulo 6



Al poco tiempo de tomarme el café recibí un mensaje de Carlos, avisándome de que ya estaba fuera. Sin perder tiempo y agarrando la maleta que había dejado en la puerta, salí directo hacia el taxi en el que estaba esperándome. Así lo habíamos decidido, olvidándonos de ir en alguno de nuestros coches para no dejarlo en el aparcamiento del aeropuerto.

Íbamos hacia Tánger, la puerta de África, en un vuelo privado de nuestra compañía. Veinte minutos después caminábamos hacia el *jet*. La tripulación ya nos esperaba fuera, sonrientes. Nos recibieron con honores sabiendo perfectamente quiénes éramos.

Nuestra compañía no solo se dedicaba a los vuelos comerciales por todo el mundo, también contábamos con una flota de aviones privados. Estos eran destinados a todo tipo de personajes públicos, de todos los ámbitos y ya os hacéis una idea de la posición económica que tenían, al poder optar a este tipo de transporte.

Emprendimos el vuelo y en cuanto el avión se estabilizó una de las azafatas nos sirvió dos desayunos completos: pan, mantequilla, queso, mermelada, café, zumo de naranja, cruasanes y unas fresas que dieron pie a que Carlos soltara alguna de las suyas.

Bromeó mientras se acercaba la fruta a la boca, diciendo que las fresas despertaban su instinto sensual y que le recordaban muchos momentos en los que no habían tocado su boca, precisamente, haciendo gestos y moviendo las manos en un recorrido por ciertas partes de su cuerpo, para dejármelo más claro. Hasta que lo paré lanzándole la servilleta, la que se estrelló en su cara y provocó que los dos riéramos.

Era muy descarado, pero caía bien por el tono tan gracioso con el que decía las cosas, dándole un toque especial con el que nadie se tomaba mal sus palabras. Tenía a las dos azafatas sonriendo de oreja a oreja todo el rato, lo que no dudé que continuaría hasta que aterrizáramos.

Me parecía increíble que tanto Carlos como yo, que habíamos recorrido una buena parte del mundo, jamás hubiéramos optado por visitar Marruecos en concreto, porque en otros lugares de África sí que habíamos estado.

A la hora establecida aterrizamos en Tánger y salimos directos hacia el control policial. No

tuvimos que esperar mucho ya que, entre otras cosas, el llegar en avión privado solía otorgar ciertos privilegios.

Un chófer nos esperaba a la salida del aeropuerto, el que nos llevó lo más cerca posible de nuestro alojamiento. Había reservado la estancia en una Riad para todos los días en los que estaríamos allí. Cuando nos bajamos del coche empezamos a andar tirando de las maletas, siguiendo las indicaciones del hombre, que amablemente antes de irse nos dijo por dónde teníamos que ir para llegar al destino.

Nuestros ojos iban de un lado al otro, admirando las callejuelas, el ambiente y todo lo que íbamos encontrando a nuestro paso. Transmitía unas sensaciones diferentes, muy agradables porque se respiraba de otra forma, una con la que nunca me había encontrado tan rápido: paz, tranquilidad, cordialidad, sonrisas y amabilidad, porque tuvimos que pararnos para preguntar si íbamos por buen camino de tantas vueltas que dimos. Dos hombres nos atendieron sin dudar, confirmándonos que estábamos cerca. Y gracias a ello, minutos después por fin llegamos.

El Riad eran una construcción marroquí, una casa grande con patio en el interior, decorado por una fuente. Estaba situado en la parte central de la construcción, siendo el punto desde el que se veían los balcones que lo rodeaba. Estos daban a las plantas donde estaban las habitaciones, repartidas en ellas. Las estancias tenían baño propio para los huéspedes. Para nosotros había elegido una *suite* para cada uno, con más tamaño que las normales y una al lado de la otra.

Entramos cada uno en la suya y dejamos el equipaje, queriendo investigar el interior. Emocionados, recorrimos los balcones, subiendo las escaleras, hasta llegar a una terraza. Era el final del edificio porque estaba en la azotea. Nos encontramos con un restaurante y por lo que nos informó un chico que estaba sentado en una mesa, el que nos pareció que trabajaba en el lugar, pero al no haber nadie se estaba tomando su tiempo, el restaurante estaba abierto desde las seis de la mañana hasta la una de la noche.

Todo era precioso, daba la sensación de que estabas en un lugar de ensueño. Con los brazos apoyados en el poyete que hacía de balcón hacia el exterior, recorrí con la vista todo lo que se veía de la Medina, una gran parte de ella, con el privilegio que otorgaba la altura. Era impresionante y me dejé llevar por todas las sensaciones que transmitía, interiorizándolas y transportándome a un tiempo pasado, imaginando cómo debió ser la vida allí, muchos años atrás.

—Aquí tenéis el té. —Escuchamos la voz del chico en un perfecto y claro español. Nos giramos quedando frente a él.

—Gracias. —Sonreí al aceptarlo, al igual que Carlos después de su agradecimiento.

Cuando volvimos a quedarnos solos llevé la atención otra vez hacia fuera, dejando el vaso en el poyete, agarrándolo con las manos. Seguí observando las callejuelas que parecían un laberinto, en las que se veía el ir y venir de la gente.

Carlos se puso a hablar por teléfono, empezando a caminar en cuanto descolgó. Era una manía que tenía, no podía estarse quieto mucho tiempo cuando se llevaba el móvil al oído. Mientras lo hacía, las dos cosas, atender la llamada y moverse, su vista también estaba centrada hacia la

Medina, pero hacia otra parte de la que yo observaba.

Contuve el reír porque al no estar atento chocó con una silla, llevándosela por delante. Se quedó con medio cuerpo encima de ella, en una posición forzada y rara mientras se retiraba el móvil y maldecía unos segundos, al habérsela clavado en alguna parte del cuerpo.

Di un sorbo al té, relamiéndome los labios por el sabor tan rico que tenía y continué impregnándome de la esencia de todo lo que me rodeaba. Las mujeres iban vestidas con chilabas, algunas con velos de colores en la cabeza, cubriéndoselas por completo; otras, los llevaban un poco más caídos, dejando ver algo de sus características. Me centré en la zona que tenía más cerca, justo debajo de donde estaba, viendo cómo varias de ellas compraban pan recién hecho en un obrador.

Había gran variedad. Las chilabas era el atuendo estrella, no faltaba miraras hacia donde miraras, pero refiriéndome a los velos, aparte de cómo he detallado más arriba, había bastantes mujeres que optaban por llevar la cabeza descubierta. Di por hecho que la elección era de cada una, según sus costumbres y lo arraigadas que las tuvieran. La imagen de Naomi pasó por mi mente y la situé allí, callejeando con su sonrisa tímida y su naturalidad.

Que estaba en Marruecos era una realidad, pero después de pensarlo en frío no tenía ni puñetera idea de qué hacía en el país. Entendedme, era obvio que lo sabía, al igual que vosotros, pero me refiero a que me había dejado llevar por un fuerte impulso. Realmente, lo miraras como lo miraras, era una locura, pero una a la que no había querido renunciar, siendo sincero.

Demasiados sentimientos contradictorios me recorrían, pero el vértigo que me daba y el respeto, se llevaban el primer puesto porque no tenía una jodida idea de adónde me iba a llevar todo lo que estaba haciendo y qué podía provocar.

Carlos colgó la llamada. Cuando lo escuché despedirse me centré en él. Estaba junto a una de las diez mesas que ocupaban la terraza, la que estaba rodeada por unos sillones con diseños árabes que parecían muy cómodos. Así me había parecido todo hasta el momento, pero debo de reconocer que la terraza del Riad era espectacular y despuntaba con creces.

Se acercó a mí y nos tomamos los té en silencio. En ello estábamos, a punto de terminar, cuando de repente nos envolvió un sonido. Lo reconocimos al instante porque nos habíamos encontrado con él en otros países árabes que habíamos visitado.

La llamada a la oración se escuchó alta y clara, debía haber alguna mezquita muy cerca de donde estábamos, potenciando el volumen del altavoz por el que el sonido salía. No tardaron en llegar las respuestas lejanas, como ecos. Fue un momento perfecto que hizo que nos metiéramos de lleno en la cultura. En completo silencio interiorizamos todo lo que transmitía.

—Impresionante, ya no me acordaba de las sensaciones que provoca —murmuró Carlos cuando terminó.

—Un momento increíble y más el haberlo vivido desde esta terraza. Se ha sentido con mucha más fuerza.

—Esto ha sido una señal, un aviso de que todo va a ir bien y vas a vivir el ambiente marroquí junto a esa chica árabe, con todo lo que conlleva estar junto a ella. —Me hizo un guiño.

—No es árabe —negué divertido—. Nació en nuestro país, es su padre el que es marroquí, pero para de contar. Aunque si lo fuera tampoco me importaría. La belleza de las chicas de aquí tiene algo especial, suelen ser muy guapas. De ahí la mezcla de genes que tiene Naomi.

—Todo lo estás diciendo tú. ¿Estás nervioso, Alonso?

—Un poco, no lo voy a negar. —Miré el vaso fijamente.

—Pues eso lo solucionamos con una buena comilona típica de aquí. —Me dio una palmada en la espalda y fue hacia una de las mesas.

De encima de ella cogió una carta dando por hecho que no nos moveríamos para comer. La miró con atención mientras se sentaba y me acerqué ocupando la silla de al lado.

La verdad es que no tenía ni idea de a qué hora llegaría Naomi al país. De todas maneras, mis planes estaban previstos para el día siguiente en el que esperaba encontrarla. Esperaba, a eso quería aferrarme porque a saber por dónde se movería y por la zona que se quedaba.

El chico volvió a aparecer en la terraza, a la que había estado viniendo cada cierto tiempo al estar nosotros, por si necesitábamos algo. Aprovechamos la ocasión y Carlos le comentó que queríamos comer. Cuando el chico asintió sonriendo, le pidió un tajín de ternera con patatas y una pastela de pollo, ambos para compartir, junto a dos cervezas y una botella de agua. Lo dejé a su elección.

Me decidí por este Riad porque aparte de ser el mejor de la zona, en él podías disfrutar de una cerveza ya que era uno de los pocos lugares de la Medina que tenía a disposición de los huéspedes. El alcohol en el país era muy limitado y solo se encontraba en los hoteles o alojamientos de cuatro y cinco estrellas.

La comida tardó poco en llegar y nosotros menos en hincarle el diente. Entre el hambre y la buena pinta que tenía todo, se nos hizo la boca agua. Masticando estaba cuando giré la cabeza hacia Carlos, me había dado un toque en el pie, con el suyo. Ante su gesto de que mirara hacia el lado que me indicó, lo hice viendo lo que quería enseñarme.

Ni me había dado cuenta de que no éramos los únicos que estábamos en la terraza. Casualmente, justo a dos mesas de distancia de la nuestra, estaba comiendo una *top model* internacional muy reconocida, dimos por hecho que debía de estar alojada en el Riad. Iba acompañada por su pareja, un famoso cantante italiano de ópera.

Me centré en la comida porque bien lo merecía. El sabor de la ternera era sorprendente y la textura hacía el conjunto perfecto porque se deshacía en la boca. La comimos directamente de la cazuela, donde la acompañaban unas ciruelas. Una mezcla de sabores que hacían las delicias para el paladar, fusionándose a la perfección. Al igual que la pastela que me sorprendió gratamente porque hasta ese instante no la había probado.

Después de la comida nos trajeron en una bandeja una tetera que contenía té y un plato con dulces típicos del país. A pesar de encontrarme totalmente lleno, no pude contener la tentación de probarlos y suerte que me animé porque estaban espectaculares.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté sorprendido al verlo liarse un cigarrillo de hachís al terminar.

—Cuando he bajado al baño le he preguntado al camarero si podía conseguir una chinita para un peta, como dice la letra de la canción del gran Sabina. Me ha dado un trocito. —Se encogió de hombros—. Es buena gente el tío. —Rio—. Es algo emblemático del país, que menos que lo pruebe ya que estoy aquí, ¿no?

—Claro que sí, otra cosa será cómo te siente. —Solté una carcajada, contagiándolo.

Era Carlos, no podía esperar menos de él y de su jugada. A la espera me quedé para ver los estragos que haría lo que se iba a fumar.

Ni veinte minutos después tenía los ojos achinados y la risa floja, risa que me contagiaba.

—Creo que deberíamos irnos a dormir una siesta, estás como para salir a la calle —negué divertido—. Nos vendrá bien. A la fresca salimos a dar una vuelta y cenamos en la calle.

—Mejor, tío porque creo que vas a tener que bajarme en brazos por las escaleras. —Se dobló sobre la mesa, muerto de la risa—. Esto está pasando, ¿verdad? Estamos aquí por una cría de veintiséis años, ¿no? Ahora mismo me cuesta creer que sea verdad y lo veo todo nublado.

—Anda, vamos a dormir. —Me levanté riendo, ayudándolo para que hiciera lo mismo.

—¡Mustafá! Otra tetera por aquí —le pidió en un tono más alto del normal al camarero, emocionado e ignorándose.

—Dime que se llama Mustafá y que no te lo has inventado.

—Tiene guasa que tenga que ser yo quien te aclare una duda existencial, macho. —Rio y lo agarré fuerte de la cintura porque perdió las fuerzas—. Aquí los Mustafá son como los Antonio en España, fijo que es su nombre o uno muy parecido. —Hizo un gesto con la mano quitándole importancia y volviendo a reír.

—Te ha caído bien el cigarrillo, sí señor —murmuré mientras negaba intentando contener la risa para no perder las fuerzas e irnos los dos al suelo porque no dejaba de moverse entre mis brazos.

Le hice un gesto con la cabeza al chico que nos había atendido, indicándole que nos íbamos. Era el único que quedaba en la terraza y me lo devolvió sonriendo al ver cómo iba Carlos. Su estado de felicidad era contagioso, hasta me dieron ganas de fumarme uno, para igualarlo y dejar apartadas todas las dudas que tenía porque por mucho que intentara dejarlas a un lado, las tenía y muchas, referente a Naomi, a su edad y a la locura de haberme lanzado a esa aventura, que bien merecía la pena saliera como saliera.

Amablemente se acercó a nosotros y mantuvo la puerta abierta para que pudiera pasar con él porque no me atrevía a soltarlo, aunque Carlos no se iba a despegar de mí porque se había enganchado a mi cuello como si le fuera la vida en ello. Se lo agradecí y al quedar tan cerca del chico no pude resistirme a intercambiar unas palabras con él. Sorprendido me quedé cuando antes de despedirnos me ofreció un buen trozo de lo que había fumado Carlos, para cuando quisiéramos más.

Me lo guardé en un bolsillo del pantalón y empecé a bajar las escaleras, directo hacia la habitación porque como le diera más de lo mismo a Carlos en ese instante, lo perdería por completo. Primero era necesario que reposara y así lo hicimos los dos, cada uno en su habitación. Después de una siesta de poco más de una hora, llamé a su puerta.

El subidón se le había bajado, solo tuve que verlo unos segundos para asegurarme de ello. Decidimos tomárnoslo con calma, teníamos tiempo y días de sobra para recorrer las calles, por lo que subimos otra vez a la terraza. Los ojos le hicieron chiribitas cuando dejé encima de la mesa lo que me había dado el camarero, solo le faltó verbalizar «mi tesoro». Reí con ganas, contagiándolo.

Nos trajeron otros dos té y nos dispusimos a disfrutar, sin pensar en nada más porque si teníamos que dormir en la terraza, pues sería el lugar elegido si no conseguíamos dar dos pasos seguidos. Nos fumamos dos cigarrillos, relajados y disfrutando de las vistas que daba la altura a la que estábamos.

Un rato después de fumarlos nos encontrábamos los dos al mismo nivel, sintiendo un estado de paz y de felicidad que, al menos a mí, me hizo verlo todo maravilloso, pareciéndome perfecto. Cada vez que nos mirábamos no podíamos contener las risas y las carcajadas, sin tener ningún motivo para ellas.

El resto de la tarde la pasamos en la terraza, a pesar del calor que hacía. Como para movernos, me dije en más de una ocasión. Suerte de que nos pusimos en la parte techada y el aire corría por los laterales. No se estaba del todo mal, además de que con las panzadas de reír que me estaba dando por todas las ocurrencias que le salían a Carlos, las horas se me pasaron volando.

Más cómodos no podíamos estar porque era otra zona diferente. Habíamos ocupado otra mesa, sí, pero no sillas, las sustituimos por sofás alargados. Con los pies en alto, sin zapatos, nos sentíamos los dueños del mundo y en un estado increíble por todas las sensaciones que nos recorrían. Sinceramente, el lugar te abducía y te sacaba de todo aquello que era cotidiano, metiéndote en un mundo totalmente diferente.

Vimos caer el sol mientras seguíamos disfrutando de un relax sin igual. Tal era así, que decidimos no movernos y cenar allí mismo, antes de volver a las habitaciones para ducharnos y dar el día por finalizado. Se acercaba el momento de descansar hasta el siguiente, el que esperaba que fuera igual de gratificante o más.

Capítulo 7



Apenas eran las siete de la mañana cuando me levanté deseoso de un café. Entré en el baño para arreglarme y busqué la ropa, vistiéndome. Preparado y después de acercarme a la puerta de Carlos, comprobando que no se escuchaba ruido en el interior de la habitación, subí al restaurante donde pasamos todo el día anterior, dando por hecho que seguiría durmiendo.

En la puerta de acceso a la terraza me encontré con el mismo chico, el que me saludó amable y le correspondí de la misma forma, aprovechando para pedirle un café. Antes de bajar él, me señaló una de las mesas. Carlos estaba sentado en ella, aniquilando el pensamiento que había tenido.

—Buenos días —dije al llegar a su lado y se levantó para darme un abrazo, como siempre hacía —. Creía que estarías durmiendo.

—Que va, me he despertado hace rato. Caí a plomo en la cama y he dormido como un bebé hasta que se me han abierto los ojos. —Rio—. No te lo vas a creer, pero tu chica —se refirió a Naomi — acaba de subir una foto sentada en la puerta de lo que debe ser la casa de su abuela.

—¿En serio?

—Mira. —Me puso el móvil delante y me la enseñó.

Automáticamente sonreí al verla con una chilaba muy bonita de color crema, sentada ante una puerta que esperaba que fuera la de su abuela porque con la imagen lo tendría más fácil para dar con ella.

Entré en su Instagram para verla mejor desde mi móvil. En el momento en el que camarero regresó y se acercó a nosotros con mi café, Carlos casi ni había tocado el suyo, vi la oportunidad para preguntarle si reconocía la puerta. Quién mejor que alguien de la zona para saberlo.

—Sí, señor. Está justo en la calle de atrás —confirmó y estuve a punto de levantarme de un salto y darle un abrazo por el favor que acababa de hacerme, sin saberlo.

—Qué coincidencia que la hayas reconocido —dijo Carlos.

—No, cualquier puerta y trozo de calle lo reconocería cualquiera de los que han nacido en la

Medina. Además, conozco a esta chica, es la nieta de Fátima. —Sonrió mientras nos dejaba claro la facilidad que tuvo al diferenciarlo todo.

—Vaya, ¿y me puedes decir justamente cómo llegar? —Quise saber, empezando a notar los nervios.

—Claro. Cuando salgan del Riad tienen que ir hacia arriba. —Señaló la dirección levantando un brazo—. La tercera callejuela de la derecha, la que es más ancha que las demás, los llevará a la calle que la cruza. Allí deben tomar la dirección hacia abajo y a pocos metros darán con la puerta.

—Muchas gracias y por favor, nada de formalismos. Somos Carlos y Alonso. —Nos señalé conforme lo dije.

—De acuerdo. —Sonrió amable, como siempre era.

—Gracias, Mustafá —habló Carlos.

—Al final me cambias el nombre, me llamo Rachid. —Lo corrigió divertido y terminó riendo, risas a las que nos unimos.

—Para nosotros siempre serás nuestro Mustafá, si no te ofende ni te importa —soltó Carlos, en sus trece.

—Está bien, no hay problema. —Aguantó la risa—. ¿Queréis volver a fumar?

—¡No! —Reaccioné rápido, adelantándome a la posible respuesta de Carlos.

Aún notaba los estragos de lo que fumamos, sintiendo que la cabeza no la tenía del todo centrada. Y con la tarea que tenía por delante, en lo que menos podía pensar en ese instante era en eso. Necesitaba estar lo más centrado posible.

—Nos lo guardas para luego —comentó Carlos haciéndole un guiño.

—Perfecto —asintió.

Estaba claro que Rachid, después de las propinas que se estaba llevando con nosotros, nos iba a poner por delante para fumar todo lo que quisiéramos, teniendo en cuenta que a ellos les costaba nada y menos. Conversamos un poco más con él, hasta que se tuvo que ir para seguir con su trabajo.

—Así que tenemos localizada a nuestro objetivo.

—Eso parece —dije después de soltar un suspiro.

—¿Te has enamorado hasta las trancas?

—No, simplemente me siento seducido. Algo dentro de mí tira mucho, pero hasta llegar a ese punto... —Carraspeé.

—¿Seducido? —Se echó a reír—. No hemos venido a África solo por una seducción. Te veo pidiéndole matrimonio.

—Pues por lo poco que sé de sus padres, creo que los infartaría. La tienen muy protegida, Naomi me dijo que para ellos siempre será menor de edad, hasta que se case.

—Justo lo que digo, te veo pasando por el altar para poder acercarte —negó—. Qué marrón, tío.

—Sí, claro. —Volteé los ojos—. Es solo curiosidad y atracción, no creo ni que ella tuviera nada conmigo.

—Qué tonto te pones cuando quieres. Ya la tienes bebiendo de la palma de la mano y ahí sigues, negándolo. ¿Y sabes por qué? Porque si lo asumes terminarás por volverte loco.

—No he vuelto a saber de ella.

—Normal, estará esperando a que seas tú el que de el paso.

—¿Tú crees?

—Estoy completamente seguro.

—No sé, de todas maneras, me da cierta cosa pensar en el momento que descubra que estoy aquí. ¿Cómo se ve desde fuera? ¿Qué va a pensar? A lo primero ya respondo por ti, una puñetera locura, sobre lo segundo, no quiero ni imaginarlo. —Me froté la cara, agobiado.

—Estamos, que yo soy parte del paquete turístico. —Le dio un sorbo al café, divertido—. Deja de pensar tanto, a lo hecho pecho y tampoco creo que sea para echarse a temblar.

Cuando volvió a aparecer Rachid le pedimos los desayunos, los que una vez que los tuvimos delante fueron un manjar marroquí para la vista y el paladar. No faltaba ningún detalle para dar comienzo al día, con fuerza y energía.

Nos los tomamos de lo más relajados y es que el lugar embrujaba, se pasaban las horas volando. Alargamos el momento y a las once de la mañana salimos del Riad para perdernos por las callejuelas y vigilar la zona en la que supuestamente estaba Naomi.

Seguimos las indicaciones de Rachid y cuando doblamos la última esquina pasamos por delante de la puerta que habíamos visto en la fotografía de Naomi, localizándola. Tan concentrado iba que volvió a suceder, a punto de hacer otro cambio de dirección, a punto de girar otra vez, choqué con alguien inesperadamente, sin verlo venir.

—Perdón —dije levantando la mirada y de nuevo, mis ojos conectaron con los de ella, Naomi.

—¿Alonso? —preguntó abriendo la boca de par en par, incrédula y a la vez confundida.

—Naomi, ¡qué casualidad! Precisamente ahora le estaba comentando a mi socio que casualmente alguien que conozco estaba aquí por unos días. Mira Carlos, es Naomi, la chica del Club. —
Disimulé como pude mientras se sonreían, saludándose.

—Cuando hablamos no me comentaste nada de que tenías que venir a Marruecos —dijo extrañada.

—Es que en ese momento no sabía que vendría. Hemos tenido que coger un vuelo urgente, nos ha surgido una reunión para cerrar un acuerdo con una aerolínea para hacer conexiones.

Interiormente me cagué en todo porque iba sumando mentiras y no me gustaba ni un pelo ya que en la vida me había visto en otra igual.

—Ah, qué bueno. ¿Y ha salido bien? —Se interesó.

A pesar del ímpetu que quiso darle, algo me dijo, fijándome a fondo en ella como lo estaba haciendo, que no se había quedado muy convencida con mi explicación.

—Sí, todo bien. —Sonreí intentando ser neutral.

—¿Dónde os alojáis?

—En el Riad del Palacio.

—Vaya, está muy cerca de aquí, justo detrás. Tiene una terraza muy bonita, suelo ir alguna tarde a tomar té.

—Sí, la verdad es que es impresionante. Al mediodía comeremos allí y dada esta coincidencia inesperada... ¿Te apetece unirse a nosotros? —Tanteé.

—Yo lo haría encantada, pero mi abuela está cocinando mi comida favorita. Si fuera para la cena aceptaría encantada.

—Arreglado, comeremos por la Medina y por la noche en el Riad —dije mirando a Carlos.

—Lo veo perfecto —asintió conforme.

—¿A las ocho? —preguntó ella animada, sonriendo.

—Claro, allí nos encontrarás.

—Pues hasta entonces. Tengo que irme rápido porque mi abuela me pidió unas cosas del mercado, hacia allí voy.

—¿Quieres que te escoltemos? —le preguntó Carlos serio y tanto a ella como a mí, se nos escapó una carcajada.

—Si ese es el motivo, no hace falta —negó—. Ahora, si queréis ver como compro frutas y verduras... adelante.

—Claro, claro —dije estirando la mano para que pasara y nos pusimos a sus lados cuando empezó a andar.

—¿Cuántos días vais a estar en la ciudad?

—Pues los que tú quieras —contestó Carlos y lo fulminé con la mirada.

Se libró de la que le iba a caer cuando estuviéramos solos porque Naomi soltó una carcajada.

—No le hagas caso —murmuré sonriendo.

Llegamos a una plaza donde los puestos de frutas y verduras la decoraban, aparte de haber personas junto a unas mesas pequeñas donde vendían productos que recolectaban de la montaña, ya que eran bereberes y sus propios atuendos los diferenciaban.

—¿Me haces una foto? —me preguntó en un momento dado Naomi.

Estábamos delante de un puesto de verdura mientras esperábamos a que le prepararan lo que había pedido, que no era poco.

—Claro. —Su móvil pasó a mis manos.

Iba preciosa, bueno es que lo era, todo lo que se pusiera extra simplemente lo acentuaba más. Iba vestida con una chilaba muy dulce y juvenil, se veía de calidad. Enseguida se puso a posar ante la cámara, con un tomate en la mano, oliéndolo. Intenté captarla para que se la viera bien, alejándome unos pasos para que aparecieran los detalles del puesto y parte de los alrededores, para dejar plasmada la esencia del país.

—Una duda —dije mientras le quitaba las bolsas de las manos, para que ella no tuviera que cargarlas. No hizo falta que dijera nada, su expresión me lo agradeció—¿Por qué vistes con chilaba aquí?

—Nadie me lo impone —respondió sonriendo—, pero me encanta hacerlo para sentirme parte de la gente e interiorizar las raíces familiares. Y también para tener fotos diferentes y peculiares de recuerdo. Las chilabas me las compro en tiendas de firmas europeas, las traigo conmigo.

—Buen detalle, se nota en la calidad.

—Y en la forma que quedan, son más entalladas y resaltadas.

—Tienes razón —asentí.

Nos habíamos quedado solos, no había ni rastro de Carlos. Sabía que lo había hecho a propósito y se habría perdido por algún lado, para dejarnos a solas. Como también no dudaba de que

tendría la atención puesta en nosotros, vigilándonos a cierta distancia porque a cotilla no le ganaba nadie.

Pasados unos minutos apareció justo cuando salíamos de la plaza y me ayudó con las bolsas, quitándome un par.

—¿Y con todo esto ibas a ir cargada?

—Tengo fuerza. —Se sonrojó y esbozó una sonrisa preciosa.

Ante su gesto a mí se me cayó la baba, interiormente que no literal, porque no tenía con qué limpiármela al tener las manos ocupadas y hubiera quedado un poco mal delante de ella.

La acompañamos hasta la misma puerta de la casa de su abuela, dejándole las bolsas en la entrada para que ella se hiciera cargo y nos despedimos, quedando en que nos veríamos a las ocho de la tarde en el Riad.

—Te veo más ligero, como si flotaras —dijo con guasa Carlos cuando nos alejamos.

—Muy gracioso —negué mirándolo de reojo.

—Lo que es, tío. Anda que no te has venido arriba. Tú ni cigarro de la alegría ni mierda, pon una Naomi en tu vida y se acabarán las tristezas.

Entre risas, provocadas por sus comentarios porque continuó, recorrimos casi toda la Medina. Caminamos por las calles, atesorando todas las imágenes que nos regalaban, entramos en varias tiendas que llamaron nuestra atención y en otras en las que vimos algo interesante y, a pesar de que la hora de la comida se acercaba, no pudimos evitar comprarnos dos bebidas de frutas en un puesto y unos frutos secos en otro, disfrutando de ellos mientras descubríamos la zona. Sin prisas, llegando a cada rincón, pasó el tiempo, hasta que decidimos pararnos en un restaurante.

Igual de a gusto que desayunamos, comimos y casi dos horas después entrabamos al Riad, directos hacia las habitaciones para dejarnos caer en la cama un rato.

—El que se despierte primero que avise al otro —propuse.

—Di directamente que me sacarás de la cama. —Rio Carlos.

Él contaba con ello, pero yo también. Asentí parándome frente a mi puerta, sacando la llave para abrir.

—Esta noche te abandono. —Lo miré frunciendo el gesto.

—¿De qué hablas?

—Que no voy a hacer de aguantavelas. —Apretó los labios, conteniéndose en reír—. No, en serio, no me importaría acompañaros a cenar a Naomi a ti, pero necesitas ese tiempo con ella, a

solas. —Me hizo un guiño.

—No quiero...

—Ni lo digas, ¿vale? Que soy yo, tío. Ya he estado mirando y para hacer algo diferente he decidido que cenaré en el hotel Hilton. No está muy lejos, pero cogeré un taxi. Allí creo que me pondré las botas y no solo hablo de la comida. —Se frotó las manos y solté una carcajada por sus claras intenciones de encontrar un plan para alargar la noche.

—Gracias.

—Tú deja el pabellón bien alto y llévatela de calle como sabes. —Me dio una palmada en la espalda.

—Solo vamos a cenar —aclaré.

—Quien dice cenar, dice un toquecito por aquí, unas risas por allá; un uy, tienes algo en el pelo; un oh, no me había dado cuenta; mientras tu mano se lo quita y zasss... acercamiento que te crio. —Soltamos una carcajada—. A ver si a estas alturas voy a tener que guiarte en los pasos que tienes que dar, macho. Esto de la diferencia de edad está provocando más estragos en ti que en ella.

Cuando terminó de hablar abrió la puerta de su habitación y entró riendo, dejándome solo en el pasillo. Como si no supiera ya que la diferencia de edad me estaba frenando... Negué y me encerré en la mía para dormir un poco, o al menos, descansar para conseguir aclararme las ideas y prepararme para lo que estaba por llegar.

¿Qué sería? Ni idea, pero lo que más me había atormentado desde que tomé la decisión de viajar había salido mejor de lo esperado, el plantarme delante de Naomi a tantos kilómetros de distancia. ¿El resto? Sabéis tanto como yo, a verlas venir.

Capítulo 8



Eran las ocho menos cuarto cuando ya estaba en un rincón de la terraza, tomando una cerveza, haciendo tiempo hasta que Naomi apareciera.

Y no tardó en hacerlo. Sonreí como un tonto nada más verla mientras me levantaba para recibirla. Estaba preciosa, con un vestido de manga corta, suelto y fresco, el que le llegaba por encima de las rodillas. Era rojo y lo combinaba con un bolso blanco y unas menorquinas del mismo color. Era un dulce andante.

—Estás preciosa. —Exterioricé mi pensamiento.

Una bonita sonrisa apareció en sus labios ante el cumplido. Me incliné hacia ella para darle un beso en la mejilla, el que me devolvió. Por unos segundos me quedé hipnotizado por el olor de su perfume.

—Me he quitado la chilaba por un ratito. ¿Y Carlos?

—Ha decidido ir a cenar al Hilton. Me ha pedido que me disculpe por él.

—Disculpas aceptadas. Es listo, ese hotel tiene una terraza increíble y las instalaciones la acompañan. He estado dos veces, para comer y cenar. Mis padres adoran ese lugar.

—Está bien saberlo. ¿Qué le has dicho a tu abuela para salir? —Quise saber mientras le hacía un gesto para que se sentara.

—No le tengo que dar explicaciones —se acomodó en la silla y yo hice lo mismo en la que había estado sentado—, pero si estuvieran mis padres me hubieran sometido a un interrogatorio. —se echó a reír—. Le he dicho que he quedado para cenar con unos amigos que han venido de turismo desde España.

—¿Y le ha gustado la idea?

—Sí, enseguida me ha dicho que, si queréis, estará encantada de recibirlos en su casa, para comer o tomar un té, lo que os apetezca.

—Es muy amable. —Sonreí tranquilizándome porque había tenido dudas de si le sería fácil venir o no—. Por cierto, ¿son muy estrictos tus padres? Por todos los comentarios que haces das a entender que...

—Un poco no, muchísimo —me cortó—. Yo los amo con todo mi corazón, pero si te soy sincera me tienen hasta las narices. Piensan que pueden controlar mi vida como si fuera menor de edad y de hecho lo hacen, en cierta forma. Muchas veces tengo la sensación de estar dándoles demasiado poder sobre mí.

Hice una pausa cuando apareció Rachid y desde la distancia, le pedí que le trajera a ella una bebida, la que le dijo directamente Naomi.

—¿Cuestión de horarios? —continué.

—No, hasta ahí podríamos llegar. Pero vamos que, si les digo que me voy un fin de semana con unas amigas quieren saber hasta el nombre del hotel para llamar ellos mismos, por poner un ejemplo. —Rio—. Y con lo de que me lo dan todo, me cohíben. No puedo trabajar ni ser independiente como me gustaría, por eso siempre estoy estudiando másteres porque para ellos es un requisito imprescindible. Creo que soy la mujer que más tiene en el mundo entero —negó soltando un suspiro.

—¿Y por qué no haces algo al respecto? ¿Por qué sigues dándoles ese poder? Los padres tienen que saber frenar, me refiero a que cuando llega la edad en la que sus hijos tienen que volar para hacer sus vidas, no pueden impedírselo. Como estás remarcando, ya no eres una niña, puedes valerte por ti misma, empezando por independizarte. Eso te daría una estabilidad emocional que agradecerías y encontrarías la libertad que te niegan.

—¿Con qué dinero? Mi padre hace que no me falte de nada y que tenga todo lo que se me antoje, pero al no dejarme trabajar no tengo nada que sea mío. —Bajó la mirada hacia sus manos y contuve el decir las palabras que apretaban por salirme, o más bien, con la dureza que necesitaba decirlas—. Si se me ocurriera buscar un trabajo me echarían de su casa y harían todo lo posible para complicarme la vida.

»Sinceramente, mi padre lo que espera es que conozca a alguien de bien y me suceda como a mi madre, que viva sin hacer nada. No es que piense que es una mala vida, pero esa fue la decisión de ella, no la mía. Yo quiero otras cosas, valerme por mí misma y claro que quiero encontrar a alguien para que me acompañe en la vida, pero sin prisa, cuando aparezca, mientras, yo vivo por mi cuenta.

—No eres feliz viviendo con ellos —afirmé con el estómago girado.

—No es eso, como te he dicho, los quiero un mucho, pero como persona estoy agotada porque ninguno de los sueños que tengo puedo hacerlos realidad, o, al menos, intentar luchar por ellos. Quisiera tantas cosas que sé que no voy a tener opción a ellas... En cambio, solo tengo a dos voces por detrás diciéndome lo que tengo o no que hacer, y me consumo.

Nos quedamos en silencio cuando Rachid trajo la bebida, otra cerveza, dejándola frente a ella. Se lo agradecemos y nos dejó solos otra vez después de que Naomi y él se saludaran.

—¿Y no te deja ayudarlo o participar en la dirección de sus negocios? Esa sería una buena opción, también te ayudaría para obtener conocimientos porque estudiar está muy bien, pero eso... el día que quieras acceder a un puesto de trabajo y te pregunten la experiencia que tienes...

—Antes es capaz de desaparecer del mapa que aceptar eso. —Soltó una carcajada—. Que no, que no quiere que trabaje, así de simple, ni siquiera con él. Según su pensamiento, no me hace falta porque ya que lo tengo todo.

Nos quedamos en silencio, mirándonos, sin apartar la vista del otro. Yo intentando digerir la conversación que estábamos teniendo, ella, con una sonrisa preciosa, a pesar de sentirse como lo hacía. Mandaba cojones. Aproveché para pedirle a Rachid que se acercara y le encargamos la cena, eligiéndola entre los dos. No iba a ser yo el que le quitara el poder de decisión, ni loco y menos después de saber a lo que se enfrentaba cada día. Alentado por Naomi variamos algunos de los platos que tenía en mente, eligiendo otros más típicos como el cuscús de pollo, la ensalada marroquí y una harira, esta última era una sopa marroquí que según sus palabras estaba deliciosa, palabras que reafirmó Rachid antes de dejarnos solos otra vez.

—Una cosa, referente a tu padre... ¿puede ser que actúe así por su influencia árabe? —Tanteé el tema porque era lo que siempre me venía a la cabeza.

—Por esa regla de tres mi abuela, que es quien tiene la cultura más arraigada, me hubiera impuesto o insistido que saliera con chilaba y con velo. Pero no es el caso, jamás me diría nada, me acepta como soy y mis costumbres, como yo lo hago con ella. Y ¿sabes? Me tapa ante mis padres.

»Si ahora mismo llamaran para saber de mí, les diría alguna mentirijilla como que estoy en casa de alguna vecina o haciendo un recado de última hora para la cena, cualquier cosa antes que delatarme. —Sonrió con cariño, mostrando el amor que sentía por ella. Normal, yo sin ser familia y sin conocerla, ya la adoraba solo con escuchar lo que me estaba contando.

»Tenemos mucha confianza, le puedo contar cualquier cosa, mis miedos, mis dudas y siempre me dirá lo mismo: «sigue a tu corazón y bébete la vida a sorbos, saboreándola y sin frenarte en nada. Apuesta por lo que quieres y ves hasta el final con ello». Contradictorio porque ella nunca quiso irse a España, pero es porque ama su casa y su Medina. Para ella la felicidad completa es estar aquí, no necesita nada más. Cada uno sabe lo que hace latir a su corazón.

—Entiendo... —asentí despacio.

—Y mira lo rápido que se ha ofrecido a invitaros a su casa. Así es mi abuela y si la conocéis en persona tendréis mi misma opinión, aparte de que, si aceptáis su invitación para comer alguna de las delicias que prepara, caeréis rendidos a sus pies.

—Ya he caído y no he hecho ninguna de esas cosas. —Reímos.

—Te sorprendería, es muy graciosa. Antes de irme de casa, me ha dicho que, si tengo intención de llegar más tarde de la medianoche, que le escriba cada hora para saber que no tiene que salir con un palo a por los turistas, es decir, a por vosotros. —Volvimos a reír.

—Entonces si no apareces en toda la noche, deduzco que no duerme al esperar los mensajes y si te retrasas en enviárselos va en tu rescate con todo el arsenal —dije divertido.

—Sí que duerme, tiene mucha habilidad para hacerlo. Escucha el móvil, lo mira y sigue durmiendo hasta el siguiente mensaje. El año pasado salí con una amiga de aquí y nos fuimos a una discoteca.

—¿Hay discotecas? —Arqueé una ceja bromeando porque sabía de sobra que las había.

—Es Marruecos, no el Serengueti. —Rio—. Pues eso, que salí con mi amiga y cada hora le ponía unos besitos o algo. A las siete de la mañana antes de ponerle el mensaje de que ya iba de vuelta, me mandó ella uno diciendo que llevara el pan calentito.

—Pues mira, a las siete de la mañana podemos llevárselo.

—No voy a pasar la noche contigo. —Rio nerviosa.

—Ah, ¿no? Lástima, me estaba haciendo ilusiones. —Le hice un guiño que la hizo sonrojar.

—Tú no estás aquí por esa reunión, ¿verdad? Me da a mí que no.

—¿Y qué te hace pensar eso? —Carraspeé mirándola con intensidad, observándola cada vez más nerviosa.

—No sé, es una corazonada. ¿Me equivoco? —Quiso saber tímida.

Era algo que me sorprendía, me refiero a su timidez, porque por lo poco que sabía de ella era muy sociable. ¿Sería conmigo solo? Ojalá, fue mi respuesta en mis propios pensamientos porque ello querría decir...

—Tendrás que descubrirlo. —Dejé caer.

—Te cuesta sincerarte. —Sonrió mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Tú crees?

—Y ponerme nerviosa...

—¿Lo hago? ¿Te pongo? No me había dado cuenta. —Curvé los labios de medio lado.

—Me pones —respondió rápido y al hacerlo no se dio cuenta de lo que sus palabras significaban en otro contexto, por lo que cuando fue consciente, automáticamente su cara se cubrió del color de su vestido.

No lo pude evitar y solté una carcajada, a la que terminó uniéndose mientras se removía en la silla, inquieta. No podía dejar de mirarla con atención, cada detalle de ella era todo un descubrimiento para mí. No sabía qué efecto estaba provocando yo en ella, pero en mi caso...

tuve que centrar todos mis esfuerzos en apartar los pensamientos que me provocaba, para que no viera nada en mí que la alertara o qué sabía yo. Hacia ella tenía la necesidad de ir con mucho cuidado en todo.

Agradecí la interrupción de Rachid cuando llegó con la comida que habíamos pedido. Fue una pequeña pausa muy bien recibida por los dos, al menos, eso me pareció y el suspiro que salió de sus labios terminó por confirmármelo. Dejé pasar un poco los minutos para volver a hablar, pero fue ella la que se animó a hacerlo y de qué manera...

—Mañana estoy pensando en ir a un hotel muy bonito. Es un palacio con unas vistas increíbles a toda la ciudad desde una piscina infinita. Te transporta a otro mundo y cuando vengo a Tánger siempre voy mínimo una vez, es una parada obligatoria para pasar un día.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe? ¿Tengo que interpretar algún mensaje escondido en tus palabras?

—Veo que se te da bien captar las indirectas, lo has pillado a la primera. —Rio—. No, en serio, si os apetece...

—Hablas en plural, estoy solo.

—¿Vas a dejar tirado a tu amigo?

—Él será feliz en la terraza del Hilton. —Le hice un guiño y los colores volvieron a ser los protagonistas en sus mejillas, por lo que le tendí una mano con mi siguiente comentario buscando que se relajara— ¿Cenamos? Aún no hemos tocado la cena y es una pena.

—Lo es, vamos a ello—asintió con una sonrisa preciosa, animándose a ser la primera en llenar el tenedor y probar la comida.

Estaba siendo un momento increíble. ¡Qué narices! Todos los que la tenía cerca, lo eran. Pero esa vez al sentirla tan cercana, al estar a solas con ella y saber más de su vida... cené, sí, pero con un revoltillo en el estómago que faena tuve para tragar cada bocado que me llevé a la boca.

Cuando terminamos hicimos tiempo tomando un té, el que consiguió asentarme un poco los nervios. Cuando nos lo trajeron no pude evitar el impulso de pedirle que se pusiera a mi lado, acompañando a mis palabras con un gesto hacia la silla que tenía al lado, para que la ocupara.

No dudó ni un segundo en levantarse y venir hacia mí, lo que me encantó. La tuve tan cerca, su olor llegaba a mí tan intenso... hubiera sido tan fácil inclinarme para acortar la distancia y buscar sus labios. Me moría por rozárselos, por acariciárselos con los míos, por descubrir el sabor que tenía y la sensación tan dulce que debía ser. Me moví en la silla, quedando un poco de lado porque las evidencias de mis pensamientos empezaron a hacerse presentes en mi cuerpo, más concretamente en la parte baja de él.

Sí, me había excitado porque la fuerza por llevar a cabo mi deseo tiraba fuerte de mí. Por suerte conseguí controlarlo sin que se diera cuenta y cuando terminamos las bebidas, nos levantamos

para irnos del Riad. Ella de vuelta a la casa de su abuela, yo para acompañarla hasta la puerta.

Para mi mala suerte el camino era muy corto, el que hicimos en pocos minutos. No quise perderme su visión en ningún momento y fueron muchas las miradas de reojo y directas que me llevaron hacia ella. Debo decir que no fui el único al que se le fueron los ojos, detalle que me hinchó el pecho con una sensación increíble por lo que representaba.

—Gracias por acompañarme —dijo cuando llegamos.

—Ha sido un placer, Naomi. —Alargué su nombre a propósito, en un susurro.

—Hasta mañana, ¿no? —habló nerviosa, pero con una sonrisa.

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo. —Le hice un guiño—. Si antes de las doce no estás en el Riad vengo aquí a buscarte.

—Perfecto —asintió—. Hasta dentro de unas horas, Alonso.

Seguí sus movimientos con la mirada, viéndola buscar la llave y meterla en la cerradura. Antes de cerrar la puerta sus ojos buscaron los míos y casi me atraganto por el beso al aire que me lanzó. Después de eso cerró riendo en tono bajo, desapareciendo de mi vista.

Atontado, así me quedé, para qué voy a negarlo. Mandaba narices que me había quedado con las ganas de disfrutar de ese beso en condiciones, como necesitaba. «Quién me ha visto y quién me ve», me dije cuando empecé a caminar de vuelta al Riad.

La tuve en mis pensamientos hasta que llegué y continué con ella en mi cabeza cuando me metí en la cama. Me atraía tanto, era inexplicable, jamás me había sucedido, nunca una mujer había tirado tanto de mí haciéndome perder el juicio, porque era como me tenía, aunque quisiera suavizarlo.

Me encantaba, así de simple, y estaba deseando que pasaran las horas para volverla a ver. Para eso y para dar un paso más, ansiando que sucediera. Al menos esperaba que sucediera porque como continuara así, sin ponerle remedio...

Cuando sentí que los párpados me pesaban le escribí un mensaje a Carlos, para ver qué tal le iba y para decirle mis planes del día siguiente. No me respondió, lo imaginé en su salsa y disfrutando, por lo que me olvidé del móvil con la tranquilidad de que cuando lo viera sabría que al día siguiente me iría con Naomi y no se preocuparía. Aunque si la jugada de la noche le salía como había ido buscando, a saber, si era yo el que terminaba preocupado por él si no aparecía o no daba señales de vida. Con la sonrisa que me produjo ese pensamiento me dormí.

Capítulo 9



¿Cuál fue el primer pensamiento que tuve nada más despertar? Acaba de llegar vuestra respuesta a mis oídos, alta y clara. Sí, Naomi, como no podía ser de otra manera porque en poco tiempo era algo recurrente en mi vida. Eso fue lo primero de lo que fui consciente y lo segundo, de la sonrisa tonta con la que amanecí motivada por ella.

Animado y con ganas de comerme el mundo me levanté, aunque para empezar iba a comerme el día, y tanto que lo haría. Comprobé la hora el móvil, eran las nueve y media y me sorprendí de que fuera tan tarde porque normalmente mis ojos se abrían siempre temprano, sin necesidad de una alarma de por medio. Señal de lo relajado, a gusto y todas las sensaciones positivas que puedan a recorrerle a uno en el estado en el que me encontraba en Marruecos.

Fui directo hacia la ducha, en la que me recreé debajo del agua, no mucho, pero sí lo necesario, como me pedía el cuerpo. Me sentó de lujo y con la toalla enrollada en la cadera salí hacia la habitación, directo hacia el armario para elegir qué ponerme. Agradecí que Carlos insistiera en que metiéramos en la maleta ropa de baño, a la que le iba a dar muy buen uso.

Toalla fuera, desnudo al completo, bañador colocado y tapándolo me puse un pantalón corto de color verde caqui que combiné con un polo, completando la vestimenta con unas zapatillas de esparto cómodas y frescas de color blanco. Listo y preparado para enfrentar lo que estaba por llegar y, sobre todo, impaciente por volver a tener a Naomi junto a mí.

Me guardé la cartera y el móvil en un bolsillo y salí de la habitación, directo hacia la terraza para tomarme un café y así que terminara de ser perfecto. Cuando llegué a ella en mi cara apareció el asombro, al ver a Carlos ocupando una mesa.

Negué y mientras me acercaba a él, mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Sospechoso, eso fue lo que pensé antes de saber a qué era debida. Podía ser por el mensaje que le envíe antes de dormir o por lo bien que le salieron los planes en el hotel Hilton. A saber, estaba a punto de enterarme, pero antes me paré un momento para pedirle un café a Rachid.

—¿Qué te pasa a ti? Un poco más y me ciegas de buena mañana con la curva de tus labios — pregunté divertido, correspondiéndole al abrazo que me dio.

—Anoche triunfé, tío. —Rio haciéndome sonreír—. Estuve con la mujer más guapa del mundo.

—¿Conociste a Miss Universo? —Quise saber, bromeando.

—Ese certamen nunca ha tenido tanta calidad como la que tiene Naila —aclaró con un guiño.

—¿Naila? Suena bonito y diferente.

—Está alojada en el Hilton, por unas colaboraciones publicitarias. Es modelo e *influencer* marroquí. Hemos quedado hoy para pasar el día en la terraza del hotel, para continuar donde lo dejamos esta madrugada. —Ladeó los labios.

—Con razón estás aquí. —Reímos.

—Te diré, como para haberme dormido y perder la oportunidad —negó—. Veinte alarmas me puse antes de caer en la cama, apenas he dormido un par de horas.

—Me alegro mucho de que tu plan saliera perfecto y que continúe, así me voy aliviado para hacer el mío con Naomi.

—Aunque no tuviera ninguno, tú ibas de cabeza al tuyo, vamos hombre. —Hizo un gesto con la mano y sonreí—. Entonces, el día pinta mejor que bien junto a ella, ¿no?

—Sí, lo provocó ella —asentí.

—¿Y eso? ¿Te tiró la caña? —Se frotó las manos—. Al final la niña va a ser más espabilada que tú y se lanzó a la yugular. —Soltó una carcajada.

—Que te vienes arriba. —Lo miré divertido—. Me dijo que quería ir a pasar el día a un hotel porque siempre que viene es una rutina para ella, por lo visto es un palacio y es espectacular. Tiene una piscina infinita y unas instalaciones con unas vistas muy chulas. Así, como quién no quiere la cosa y claro, yo no perdí la oportunidad de preguntarle si era una indirecta hacia mí. Total, que allí vamos porque me confirmó que así era.

—Eso sí que es una buena jugada, por parte de los dos. ¿Y la abuela?

—Pues en su casa, yo que sé. —Reímos—. Por todo lo que me explicó Naomi, es una bendita. La mima y cuida mucho. Ningún problema con ella. —Aproveché para ponerlo al tanto de lo que me contó y también lo referente a sus padres, lo que lo dejó ojiplático al ampliarle la poca información que tenía hasta ese momento.

—Vamos, que, si vas a tirarte a esa niña, a meterle mano o si tu soldado en firme se anima a rozarse con ella y tener contacto directo de alguna forma imaginable... por tus antepasados te lo pido, que no se entere su padre, en la vida, porque la liamos.

—¿Algo más? Porque no veas. —Reí negando.

—Ni que te hubiera dicho que la vas a taladrar. —Me hizo un guiño llevándose la taza de café a los labios—. Eso ya lo damos por hecho. —Soltó una carcajada.

—No tienes remedio —negué sin perder la diversión—. Sobre lo del padre, sinceramente ahora mismo es algo que no me preocupa y ni pienso en ello. No tengo nada con Naomi, solo nos estamos conociendo.

—Hasta ahora... —carraspeó— que son pasadas las diez y media. Por la noche volvemos a hablar del tema a ver si tus palabras son las mismas —dijo convencido.

—Hasta ahora —repetí pensativo. Él lo tenía muy claro, contaba con que entre Naomi y yo iba a pasar algo con tantas horas por delante. Yo me reservé lo que pensaba porque lo estaba deseando, pero faltaba por ver cómo se daba todo. Por falta de ganas no sería, ya os lo digo—. ¿Tú has pasado la noche con Naila? Me dormí pensando en que si encontrabas plan no aparecerías por aquí.

—No, no. Estuve con ella tomando copas hasta las cuatro de la mañana, después regresé al Rial en taxi. Pero ya te digo que de hoy no pasa porque llegué con un calentón de mil demonios. ¿Hace falta que te diga cómo terminé en la soledad de mi habitación?

—A buen entendedor pocas palabras bastan. —Reímos.

Nos quedamos en silencio cuando Rachid puso el café delante de mí, sonriente, gesto que le devolvimos. Cuando volvimos a quedarnos solos continuó.

—Pues eso. ¡Cómo me puso, tío! —Bufó—. Naila es bombón árabe, uno que sabe hasta latín porque me preparó a conciencia para lo que va a suceder hoy —asintió seguro de ello y no lo dudé.

—Te veo muy entusiasmado, te recuerdo que en unos días hay que volver a España, para el cumpleaños de mamá —le recordé el día tan importante de su madre.

—Tranquilo que no se me olvida. —Sonrió con cariño al recordar—. Naila se va en dos días, cuando finalice el reportaje fotográfico que le están haciendo. La suerte es que el trabajo solo le ocupa dos horas al día y el resto es libre. Quiero aprovechar al máximo el tiempo y mañana lo mismo.

—Por los dos días que te esperan para disfrutar de sus mieles. —Levanté la taza de café para brindar y me imitó.

—Lo mismo te digo, pasado mañana debemos regresar —soltó un suspiro.

—Ni lo pienses, no te agobies con las prisas.

—Si no fuera porque tenemos que terminar de rematar los últimos detalles en la casa de la playa para el evento... —Hizo una mueca.

—Me dijiste que lo tenías todo controlado y lo di por hecho. —Levanté una ceja.

—Siempre nos podemos encontrar con cositas de última hora. —Me hizo un guiño.

—Miedo me das...

Del café pasamos a tomarnos un té. A las once y cuarto de la mañana todavía seguíamos disfrutando de la paz que se respiraba, deleitándonos con los tés de menta. A esa hora fue cuando apareció Naomi en la terraza, sonriente. La localicé al instante, más que nada porque mi vista quedaba frente a la puerta de la terraza. ¿Cómo podía ser tan bonita? Estaba preciosa. ¡Qué narices! Es que lo era. Intenté disimular la cara de atontado que se me debió quedar.

Iba vestida con un pantalón corto blanco que le llegaba a medio muslo, con un pequeño dobladillo al final. Daba la sensación de ser el típico *short* safari. La camiseta que llevaba remetida por un lateral del pantalón, dejando la otra parte por fuera, también era del mismo color, blanca. Los últimos complementos que eran visibles eran unas sandalias de piel cruzadas en el empeine y agarradas por detrás por la misma tira, y un bolso grande de firma en el llevaba sus objetos. Mientras se acercaba a nosotros dejé de intentar no observarla embelesado porque no pude controlarlo.

—Hola, chicos. —Amplió la sonrisa y me levanté para darle un beso en la mejilla, como imitó Carlos.

—Querida Naomi, me haces el gran favor de cuidar durante el día a mi amigo Alonso, que yo no estaré para velar por él —le pidió Carlos en tono de humor cuando nos sentamos y después de que ella pidiera un té para acompañarnos con los nuestros.

—Eso es, así que espero que luego me recompenses con un buen regalo —murmuró ella siguiéndole la broma, sin perder la sonrisa tan bonita y dulce que le salía.

—Te puedo regalar el vuelo de ida y vuelta a cualquier parte del mundo con nuestra aerolínea. Es usted muy afortunada.

—Ya te digo —respondió ella riendo mientras se encendía un cigarrillo.

—¿Te ha dicho algo tu abuela? —Me interesé.

—¿De lo de irme al hotel contigo?

—Sí y de pasar todo el día fuera.

—Que disfrute y que, si me retraso más de la medianoche, como es habitual cada vez que sucede, que le envíe mensajes como siempre. —Nos echamos a reír los tres.

—Creo que con eso tu abuela te ha querido decir, muy sutilmente, que no regreses hasta mañana —le dijo Carlos.

—Debe de ser eso —contestó risueña.

Carlos no dejó ni un solo momento de buscarle la lengua y lo más simpático de todo fue que ella le siguió dulcemente el juego, en todo. Naomi tenía algo especial, se ganaba el corazón de la gente muy rápidamente. Creo que la única excepción que rompe la regla me la llevé yo, dándome de frente con ella porque el mío se lo ganó solo con un cruce de miradas, ni tuvo que mover los labios para ello.

Se ganó totalmente a Carlos. Yo que lo conocía perfectamente solo necesité unos pocos minutos, viendo lo fluido que estaba, provocándola todo el tiempo con sus juegos de palabras. Ella no dejó de reír con sus cosas, siguiéndolo en todo momento, aunque jugara a la ambigüedad.

Pasamos un rato muy agradable, en el que le pregunté si había desayunado. Ante su confirmación, Carlos y yo nos pedimos algo ligero. No teníamos prisa, aunque tampoco lo alargamos mucho.

A las doce y media Carlos recibió un mensaje de Naila, diciéndole que ya había terminado la sesión fotográfica. Ese fue el pistoletazo de salida para activarnos y salir del Riad los tres. Recorrimos la Medina y buscamos un taxi.

Montados en él dejamos a Carlos en el Hilton y Naomi y yo nos dirigimos hacia el que era nuestro destino. En el último del trayecto, solo nosotros dos en la parte trasera del taxi, la sensación que tuve junto a ella me reconfortó. Me transmitía tanto sin ser consciente, cada vez que hablaba, cada vez que se recogía el pelo que le caía en la cara, llevándoselo detrás de una oreja, cada vez que sin pronunciarlo mucho arrugaba la nariz, cada vez que reía y sonreía... su voz era una melodía para mí, su apariencia una tentación la mirase por donde la mirase.

Cuando me avisó de que estábamos a punto de llegar, desvié la mirada hacia la ventanilla, pensando en el esfuerzo titánico que iba a hacer en cuanto la viera otra vez en traje de baño, recordándola perfectamente de cuando nos conocimos, en la playa del Club. Tragué saliva porque lo estaba deseando, pero volví a tragar saliva por ese motivo porque el deseo me empezó a pasar factura.

Verduras, puestos ambulantes, comercios, chilabas, velos, el sol que despuntaba y calentaba con intensidad, personas caminando... me centré en todo lo que pasó por delante de mis ojos para frenar la erección.

Capítulo 10



La verdad es que la entrada al hotel superó mis expectativas, era más que impresionante. El lujo se distinguía en cada detalle y la modernidad, pero enfocada hacia una construcción marroquí. En ese instante, con una simple observación, entendí lo de palacio. No es que no lo hubiera pillado, pero no es lo mismo imaginárselo que verlo en persona porque ya os digo que sorprendía.

Naomi me informó que acceder a él costaba doscientos euros por persona. Entiendo que puede parecer desorbitado al escucharlo, pero era un precio que bien merecía la pena pagar para vivir la experiencia, porque era una maravilla. Como pocas había visto y tenido el placer de disfrutar en mi vida, y teniendo en cuenta que mi recorrido y visitas por el mundo habían sido bastantes, tantas que había perdido la cuenta... Con esto os lo digo todo.

La construcción tenía forma de uve, saliendo de ella, por la parte interior, se llegaba a un jardín inmenso, el que abarcaba toda la edificación del palacio. La enorme piscina, la detalló así porque lo era, nunca había visto una igual, quedaba al fondo de él, centrada y rodeada por un verde intenso.

Daba mucha amplitud visual, con el añadido de que se veía una panorámica, perfecta y espectacular, de gran parte de la ciudad. Sin palabras me quedé ante todo lo que fui viendo. ¿Doscientos euros? Si no lo hubiera sabido por Naomi hubiera tirado mucho más al alza en mis cálculos.

Buscando quedar un poco apartados, para no meternos donde se amontonaba la gente, nos apropiamos de un rincón en el que había un sofá acolchado. Era como el de las terrazas exteriores, pero siguiendo la línea de todo el lujo que se respiraba, se veía mucho más cómodo y reconfortante. Al lado teníamos una hamaca gigante, en la que nos sobraría espacio para estar los dos. La acompañaba en un lateral una mesa redonda, de tamaño pequeño, lo justo y necesario.

Con menuda zona nos hicimos para pasar el día porque dudaba de que nos moviéramos de ella. Había servicio de camarero continuo y la ubicación era inmejorable, a una distancia perfecta de la piscina. Cerca, pero lo suficientemente lejos para que no nos molestaran las personas que estuvieran en ella o alrededor.

Naomi no tardó que quitarse la ropa y otra vez, al verla, la puñetera saliva atragantándoseme en la garganta. El palacio dejó de tener importancia, el lujo me lo pasé por cierta parte del cuerpo, la perfección de lo que nos rodeaba pasó desapercibida ante el espectáculo que fue seguir sus movimientos mientras se desvestía, hasta quedarse con un trikini blanco de crochet delante de mí, mostrando toda su sensualidad acariciada por ese pequeño trozo de tela.

Joder, joder, me dije agobiado, pensando automáticamente en si el agua estaría fría o caliente, como si ello importara porque la tentación de lanzarme de cabeza a ella fue fuerte, para evitar excitarme ante su visión y presencia. Empiezo bien, me dije sintiendo las manos sudorosas.

Cuando conseguí controlarme volví a centrarme en ella. Me encantaba verla con la melena al aire y desenfadada. Me miró sonriendo mientras se echaba protector solar en la cara y tuve que contenerme para no acercarme todo lo que necesitaba a ella, para empezar, abrazarla como quería, bien fuerte, por delante o por detrás, eso era un detalle sin importancia mientras pudiera sentirla pegada a mí. Cuando terminó cogió un bote de espray también de protección y continuó por todo el cuerpo.

En ese instante maldije las modernidades y los adelantos porque si hubiera sido un bote de crema, como cuando hacía años solo existía esa posibilidad, mis manos hubieran terminado en su espalda, al pedirme que la ayudara en esa zona porque no llegaría bien. Oportunidad perdida por el dicho avance.

Me puse en movimiento porque ella ya estaba casi lista y yo todavía seguía vestido, atontado que no se os olvide, pero vestido. Me quité la ropa dejándola apoyada en una esquina del respaldo de la hamaca y la imité cuando me dio mi protección, la que le había pedido que me guardara en su bolso al pasar por la habitación del Riad antes de salir de él. Me embadurné el cuerpo hasta hacerla desaparecer en mi piel. Era mano de santo, desde hacía años la utilizaba y es que no solo protegía, también conseguía que el bronceado del sol fuera más dorado y se fusionara perfectamente con la piel.

Se sentó en la parte de los pies de la hamaca y yendo hacia ella, para ponerme a su lado, agarré la mesa y la llevé conmigo, para tenerla cerca. Al poco de acompañarla sentado en la hamaca un camarero se acercó para saber si queríamos tomar algo.

—¿Vino blanco? —me preguntó sonriendo.

—Perfecto, buena elección —confirmé.

Ante nuestra decisión, el camarero empezó a decirnos todos los vinos de los que disponía y por suerte, entre ellos, había uno que era de mis preferidos y para mi sorpresa, para Naomi también.

—Si me dejas recomendarte, preparan la mejor carne de cordero a la parrilla que hayas probado en tu vida y, además, lo acompañan con unas patatas fritas que son de otro nivel.

—Suenan muy bien. Y tanto que me dejes, lo probaré.

—Yo también lo voy a pedir.

El camarero regresó y nos sirvió el vino, dejándonos la botella en una cubitera con hielo. Le pedimos la comida, pero para que nos la sirviera en una hora y media porque todavía era muy pronto.

—Por haberte conocido —dije levantando la copa y acercándola a la de ella para brindar.

—Por habernos conocido. —Rectificó ella sin perder la timidez que aparecía en su cara cada vez que me miraba directamente a los ojos.

Estaba tan bonita con el trikini, sentada de medio lado y con una pierna cruzada... me costaba centrarme y contenerme para no acercarme hasta sus labios y degustar el sabor del vino de ellos.

—Carlos ha dicho que os vais pasado mañana —murmuró recordando sus palabras mientras tomábamos el té en el Riad.

Me pareció distinguir un toque de tristeza en su tono de voz, o eso creí. La miré más atentamente.

—Estamos organizando el cumpleaños de su madre, por eso no podemos estirar mucho más los días. Aún quedan cosas por ultimar y ella se merece todo lo mejor. Nuestro cariño no le faltará en cada detalle.

—Qué bonito. —Sonrió, asintiendo—. Si quieres, mañana puedo enseñarte un montón de lugares de la ciudad, estoy segura de que te sorprenderán.

—Por mí encantado, será todo un placer descubrirlos a tu lado —murmuré acercándome un poco más de lo que hasta ese momento lo había hecho.

—Lo pasaremos genial —contestó en voz muy bajita y nerviosa, pero sin moverse ni echarse hacia atrás.

Y lo que menos habría esperado es que fuese ella quien diera el siguiente paso, avanzando un poco, acortando la poca distancia que quedaba entre los dos mientras cerraba los ojos, esperando que yo terminara por unir mis labios a los suyos.

Le planté un beso en la punta de la nariz y los abrió de golpe, soltando una carcajada por mi elección. Ni lo digáis, ni lo penséis, ni mu porque ni yo mismo supe por qué reaccioné de esa forma cuando me moría por besarla y no solo rozándole los labios, si no profundizando nuestro contacto en condiciones.

Pero fue lo que me salió y ya estaba hecho. Me aferré al pensamiento de que, si había puesto de su parte esa primera vez, solo sería el comienzo de las que podían venir. Se levantó poniéndose delante de mí y me agarró de la cara con las dos manos. Lógicamente me dejé hacer, facilitándole que uniera sus labios a los míos, porque fue lo que sucedió. Me dio un pico bien fuerte que me supo a miel y me dejó más alelado de lo que estaba.

Mandaba narices que no consiguiera actuar como yo era, pero me encantó propiciar que lo

hiciera ella porque denotó las ganas que tenía de que sucediera, sin querer dejarlo pasar ni conformarse.

—He tenido yo los dos huevos que a ti te han faltado —dijo riendo, sentándose de nuevo a mi lado.

Hasta una frase tan vulgar, a ella le quedó de lo más graciosa. Negué divertido porque si supiera... ay, si supiera cómo era mi forma de atacar.

—Te felicito, Naomi. —Carraspeé llevando una mano a su mejilla, acariciándosela—. Pero no te confíes, no siempre va a ser así.

—Si te das cuenta, para todo estoy dando los pasos yo. Parece que te teledirijo. —Apretó los labios, conteniendo el volver a reír.

—¿Cómo va a ser eso? Yo he tenido la valentía de venir a Marruecos por ti, buscándote. ¿Dónde ves que me falten los huevos? Porque desde el principio los he puesto por delante de mí, créeme.

—¡Lo has reconocido! ¡Te pillé! —Me señaló soltando una carcajada—. Cuando me dijiste el motivo del por qué estabas aquí, junto a Carlos, no fue muy creíble. Lo sabía. —Aplaudió contenta. Pues mira, me dije, una reacción perfecta y muy bien recibida. Mostré mi satisfacción —. Pues sí que los tienes bien puestos. —Por último, me hizo un guiño.

—¿Lo ves? —Ladeé un poco la cabeza sonriendo hacia ella.

Después del momento confesión para mí y pillada de ella, mantuvimos una conversación relajada y amena mientras vaciábamos las copas de vino, el que nos sentó genial porque estaba fresquito y hacía mucho calor. Cuando dimos el último sorbo decidimos meternos en la piscina un rato.

Dejadme que os aclare que no fue real lo que ella interpretó, lo que supuestamente creyó y yo no la saqué del error. No supo distinguir que no tuve un desliz con mis palabras y no me dejé llevar por el momento, y, ni mucho menos, se me fue la lengua. Lo que había dicho había sido con toda la intención para que supiera la verdad, para que le quedaran claras mis intenciones, desde el inicio.

Una vez en el agua le rodeé la cintura con un brazo y la pegué a mí, para besarla como necesitaba. Sus labios no dudaron en entrelazarse con los míos, rodeándome el cuello con los brazos con fuerza conforme nos calentábamos mutuamente.

Nuestras bocas encajando a la perfección, sus labios carnosos y suaves siguiendo el ritmo de los míos, nuestras lenguas descubriéndose mientras se buscaban una y otra vez... puse todos mis sentidos en nuestro primer beso, haciendo presión en mi agarre para que hubiera la mínima separación entre los dos y, entre tanto, en mi cabeza no dejaban de repetirse sin descanso unas palabras: por fin está sucediendo, se ha hecho realidad.

El momento fue intenso, al menos yo lo sentí de esa forma porque era mucho el deseo que llevaba acumulado. Cuando nos separamos y nos recompusimos, con dos sonrisas tontas en la

cara, ya no era el único en mostrarla, estuvimos como media hora sin separarnos. Las risas, los besos y las caricias fueron los protagonistas, a partes iguales.

Lo más sorprendente fue que apenas tuvimos la necesidad de hablar, como si entre nosotros a esas alturas ya sobraran las palabras. Nuestras miradas lo hacían todo por sí mismas, transmitiéndonos lo que necesitábamos saber e interpretar. Jamás había sentido algo así, tan intenso y dulce, sin darme cuenta, Naomi me transportaba a una época pasada, a una juventud que hacía mucho tiempo que había quedado atrás.

Salimos de la piscina para secarnos un poco y tomarnos otra copa de vino, sabiendo que no tardarían en traer la comida. El rato en remojo nos había abierto el apetito, algo en lo que coincidimos los dos, por lo que disfrutaríamos mucho más al llenar los estómagos.

Le di la razón en cuanto tuvimos la comida delante porque a simple vista la presentación era de galardón, impecable, y cuando probé el primer bocado... Impresionante, el cordero estaba delicioso y se deshacía en el paladar, con una fusión de sabores inigualable. Con seguridad os puedo decir que era el mejor que había probado en mi vida, sin poderlo comparar a ningún otro, y las patatas que lo acompañaban, bufff... estaban fritas perfectamente, sin exceso de grasa, crujientes, con el punto exacto de sal. El conjunto me dejó sin palabras.

Lo bueno del lugar es que, aparte de las impresionantes vistas porque parecía un museo al aire libre, por la estructura del hotel tipo palacio y todo lo que lo acompañaba... la gente que teníamos alrededor estaba muy repartida y separada, por el gran espacio que había. Aunque a esas horas muchos de los que estaban al principio ya se habían ido, quedaban pocas personas y las que continuaban eran parejas que iban a lo suyo.

Después de comer nos tumbamos en la hamaca, para reposar protegidos por la sombrilla de paja que la tapaba casi al completo, dando la sombra perfecta. Fui el primero en hacerlo, quedándome de lado viendo cómo se preparaba. Cuando Naomi se acomodó a mi lado me incliné para acercarla a mí, dejando su cuerpo pegado al mío, de frente. Con una sonrisa preciosa pasó una mano por mi pelo húmedo y la agarré de la cintura buscando sus labios otra vez, iniciando un beso diferente al anterior, pausado, degustándola a conciencia, con calma.

El día perfecto, así lo recordaría porque lo fue. No perdimos el contacto ni la buena vibra en ningún momento, devolviéndonos muestras de cariño con cada gesto. Y como suele ocurrir, cuando más feliz te sientes, cuando todo encaja a la perfección y no quieres que termine, el tiempo vuela y cuando te das cuenta empieza a llegar el momento de ponerle fin.

A las ocho de tarde nos subíamos a un taxi dejando atrás el hotel palacio, pero como no quería despedirme de ella todavía, le propuse que fuéramos al Riad y disfrutáramos en la terraza del tiempo que nos quedara.

—¿Te apetece cenar aquí? —Tanteé la posibilidad cuando estuvimos sentados cómodamente en uno de los sofás, tomándonos un té.

—Claro, es perfecto —respondió sonriente y asentí de la misma forma.

Antes de avisar a Rachid, me incliné sobre ella buscando sus labios, necesitando sentir su contacto y las sensaciones que me provocaba. Me separé dándole un pequeño mordisco, suave, en el inferior mientras le hacía un guiño y llamé al camarero para pedir.

El día llegó a su fin cuando a las doce de la noche nos paramos en la puerta de la casa de su abuela.

—Me ha encantado todo el día de hoy —me dijo.

—¿Alguna parte más que otra? —Curvé los labios dejando apoyado un brazo contra la pared.

—¿Tú qué crees? —Me hizo un guiño que provocó que el que sonriera fuera yo.

—Mañana nos vemos para desayunar en el Riad —le recordé.

—Ahí estaré —asintió.

Antes de que entrara nos dimos el último beso, como última despedida y cuando desapareció en el interior, volví a desandar el camino hacia el Riad, dispuesto a darme una ducha y a dejarme caer en la cama. Ese momento sería en el que interiormente haría un repaso de lo que había vivido, interiorizándolo y quién sabe, quizás calmara un poco todas las sensaciones físicas que tenía asentadas y acumuladas desde hacía horas, a las que no había podido ponerle remedio, lógicamente.

Bostecé y sonreí, porque me parecía que el cansancio haría mella en mí y en cuanto hiciera contacto con el colchón no me daría tiempo ni a enviarle un mensaje a Carlos. Ante el pensamiento, aproveché para hacerlo antes de llegar al Riad, respondiéndole al último que él me había escrito hacía menos de una hora, diciéndome: «Estoy vivo, no sufras por mí porque estoy en la gloria».

Capítulo 11



No sabía qué hora sería cuando entreabrí los ojos, al escuchar la llamada a la oración, pero no debía de ser más de las seis, así que me permití el lujo de seguir durmiendo. En el silencio de la noche impactaba más escucharlo, haciéndolo un momento especial que te hacía recordar en el lugar en el que te encontrabas.

A las nueve de la mañana ya estaba preparado para salir de la habitación, después de haberme recreado un rato en la ducha. Me dirigí hacia la terraza, en la que esperaba que estuviera Carlos, pero para mi sorpresa no había ni rastro de él.

Justo cuando me disponía a escribirle un mensaje me llegó uno de él, comunicándome que hasta el día siguiente por la mañana no aparecería, el mismo en el que volábamos de regreso a España. Me aseguró que no se retrasaría, para desayunar juntos en el Riad antes de ir hacia el aeropuerto.

Sabiendo de él, tranquilo, me entretuve en entrar en Instagram. Naomi había subido unas fotos del día anterior, las que le hice yo. Estaba guapísima y me detuve a observar cada detalle mientras me salía una sonrisa tras otra, recordando lo que vivimos. ¿Se podía ser más bonita? Para mí era imposible porque no había visto una belleza como la suya, en la vida.

Rachid apareció con el desayuno sin necesidad de pedírselo. En la bandeja que apoyó encima de la mesa había café, té, zumo de naranja, tostadas, bollos y variades para untar en ellos, como si en la mesa hubiese al menos tres personas.

—Carlos no va a desayunar hoy aquí. —Sonreí.

—Tranquilo, disfruta del desayuno y come lo que quieras. Si necesitas más café solo tienes que hacerme una señal.

—Gracias, Rachid —dije dirigiéndome a él por su nombre y no como hacía Carlos que se lo cambiaba siempre.

Cuando el silencio me rodeó, a mi mente vino el recuerdo de lo sucedido con mi supuesta madre y lo que ello conllevó, la bomba que me soltó sobre ella y una hermana, a mis cuarenta años. No es que lo hubiera olvidado durante el tiempo que llevaba en Marruecos, pero sí que había querido

apartarlo para no agobiarme. Lo había conseguido porque hasta ese instante no llegó a mí, con fuerza, el pensamiento recurrente de las horas posteriores a que me diera encuentro antes de entrar a la oficina.

Empecé a sentirme intranquilo, por ese motivo me había esforzado por dejarlo atrás, en España, hasta que regresara. Las dudas regresaron con fuerza, como también la curiosidad por descubrir la verdad, incluyendo la necesidad de entender qué había detrás de ello. Si era mentira o, por el contrario, una verdad como un templo de grande. Si se daba la segunda opción lo que más me urgía era saber qué mierda había pasado para que durante toda mi vida no hubiera sabido la realidad.

Pensativo, frotándome la frente al sentir presión en la cabeza, sentí una mano en mi espalda que me sobresaltó un poco. Me giré encontrándome con la sonrisa de Naomi, una que me tentó. Llevaba los labios pintados con un *gloss* en tono rosa fucsia, destacándolos y provocando que a mí se me antojaran al instante.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —Me levanté para darle un beso en los labios y de paso un abrazo, ya que era lo que me pedía el cuerpo y no me pude resistir a notar otra vez su cercanía y disfrutar de su contacto. Y más como me sentía, con todo lo que tenía en la cabeza hasta ante de que llegara.

—Estoy levantada desde las siete. He tomado café con mi abuela mientras conversábamos un rato.

—Vienes una semana para estar con ella y desapareces dos días completos, por mí. Ahora mismo debo de caerle muy mal. —Reí apartándole la silla para que se sentara, quitándole el bolso del hombro para dejarlo en otra silla.

—Gracias. —Sonrió ante el detalle que había tenido—. No, para nada, ella me entiende demasiado. No me hace falta darle explicaciones y si me ve feliz, aunque sea lejos de ella, ahí me quiere.

—Eso dice mucho de tu abuela —asentí satisfecho mientras le hacía señas a Rachid para que trajese dos cafés.

—¿Puedo?

—No, por Dios, no me preguntes eso. —Había señalado la bandeja con comida, para coger algo—. Te la puedes comer entera y pedir más si lo deseas.

—¿Con todo lo que hay aquí? —Rio—. ¿Carlos sigue con esa chica?

—Sí, me ha avisado por mensaje de que hasta mañana por la mañana no vendrá. Preparará la maleta, desayunaremos e iremos directos hacia el aeropuerto.

—Lo mismo que le he advertido yo a mi abuela. Le he dicho que no se preocupe si no vuelvo hasta mañana, que será lo que va a suceder, lo más seguro —dijo convencida, sonrojándose.

—¿Enserio le has dicho eso? —Arquee una ceja a la vez que curvé los labios.

—Sí —afirmó hasta con la cabeza, contenta.

—No sabes cómo me gusta escucharlo. Me parece perfecto, que no cuente contigo hasta el día siguiente. —Acerqué su silla hacia mí y me incliné rozándole los labios hasta juntarlos en condiciones, dándole un beso, emocionado por lo que significaban sus palabras. Se iba a quedar junto a mí hasta que me fuera, por decisión propia.

—Sabes, aquí cerca, pero fuera de la Medina y a pie de colina, hay un café con una terraza con vistas al estrecho. En los días despejados como hoy, se ve España. Es el más famoso de todo Tánger y una visita obligada para todos los que vienen a la ciudad. Había pensado que podríamos ir allí a tomarnos un té, para que lo conozcas. No es nada lujoso, todo lo contrario, pero te garantizo que merece la pena.

—Estoy deseando descubrirlo en tu compañía. —Le acaricié la mejilla.

—Bien, entonces será al primer sitio al que iremos cuando salgamos de aquí. Podemos ir andando y así damos un paseíto.

—Estupendo, me parece una idea genial, nadie mejor que tú para enseñarme los rincones de esta ciudad. Por cierto, hoy tampoco traes chilaba. —Carraspeé.

—Le informo que usted, señor Alonso, me estás cambiando todos los planes y rutinas. —Me miró aguantando su dulce sonrisa.

—No era mi intención, pero reconozco que estoy feliz de que sea así, referente a mí. —Le di un beso en la mejilla.

—La verdad es que me da tristeza saber que mañana te vas, me lo estoy pasando muy bien contigo. —Se sinceró sosteniendo un trozo de pan en una mano, ruborizada por completo. Dejó salir un pequeño suspiro antes de llevárselo a la boca.

—Cuando regreses a España podemos vernos, Naomi.

—Lo sé. —Sonrió sin mirarme—. No me hagas caso, estoy hoy un poco sensible —murmuró antes de darle un sorbo al café.

—¿Suced algo que deba saber? ¿Qué te tiene así?

—Algo debe de pasarme, pero ni yo misma sé lo que es. —Rio.

La observé con atención porque algo me decía que lo que le sucedía, la emoción que estaba viendo en ella, tenía algo que ver con los sentimientos, los que la llevaban directamente hacia mí.

Nos quedamos en silencio. Yo no fui capaz de pronunciar las palabras que se me pasaron por la cabeza. La realidad de la diferencia de edad y el control y poder que ejercían sus padres sobre

ella provocaban que fuera con pies de plomo, midiendo al milímetro todo lo referente a Naomi. La atracción y el deseo que me provocaba eran indiscutibles, iban más allá de los besos que nos habíamos dado y disfrutado.

Maldije a su lado, interiormente, sin mostrar ninguna reacción hacia fuera, porque a pesar de estar tan cerca de ella en realidad me sentía muy lejos, tanto, que me agobiaba pensar en lo que me estaba sucediendo desde que la conocí.

Cuando terminamos de desayunar fuimos a mi habitación para ponerme el bañador y coger una toalla, la que guardé en una bolsa de tela, por si surgía el ponernos a remojo en algún lado. Mientras me arreglaba en el baño ella aprovechó para aligerar la carga de la bolsa que llevaba, dejando encima de la cama la ropa que sacó para utilizarla cuando regresáramos, cuando se cambiara.

Apoyado en el marco de la puerta del baño, preparado ya, la observé mientras lo hacía. Me encantaba que viniera tan decidida a exprimir hasta el último minuto junto a mí.

Tuve que contener mi impulso para no acercarme y abrazarla porque si sucedía, la cama estaba muy cerca y era una tentación que quería evitar a toda costa. Si me lanzaba, si daba un paso yendo a más... no podía apostar en que pudiera frenar si no me paraba. Esa retención que me impuse era provisional, en ese instante, porque sabía que llegaría el momento en el que sucedería.

El estímulo de tenerla toda la noche conmigo era demasiado. No quise precipitar nada, dejando que todo fluyera con la mayor normalidad posible entre los dos. Necesitaba ver el reflejo del deseo en sus ojos, el mismo que yo sentía y me quemaba por dentro. Sentir cómo su cuerpo reaccionaba a él, sin poderlo contener.

Con pies de plomo, como ya he dicho, así iba con todo lo que envolvía a Naomi porque quería terminar de ganarme del todo su confianza, si es que todavía no la tenía. Lo poco que la había tentado había provocado que su timidez aflorara en cada momento, provocando que sus mejillas se encendieran. Aunque debo decir que, que se lanzara a besarme ella en la piscina del hotel palacio, provocó que me tambaleara, al hacerlo tan decidida.

Cuando se dio cuenta de que la miraba se giró hacia mí, sonriendo mientras se colgaba la bolsa al hombro. El mismo gesto le devolví caminando hacia la puerta. Salimos del Riad y cuando habíamos andado pocos pasos, alejándonos de él, nos paramos al escuchar una voz.

—¡Naomi, Naomi! —gritó una niña.

Debía tener unos diez años, aproximadamente. Vestía con una chilaba y unas sandalias. Se acercó a nosotros corriendo y riendo.

Cuando llegó frente a Naomi la cogió en brazos y le dio una vuelta en el aire mientras se la comía a besos. Comenzaron a hablar en marroquí y antes de despedirse, Naomi sacó su monedero de la bolsa y le dio unos dirhams, dinero del país que al cambio debían ser como unos diez euros. La chiquilla con una sonrisa de oreja a oreja por el regalo, la abrazó con fuerza, como

agradecimiento.

—Es la hija de una vecina de mi abuela y desde pequeña tuvo predilección por mí —me explicó mientras la veíamos correr otra vez, alejándose de nosotros.

—No me extraña, por cómo eres —asentí—. Y más después del regalo que le has dado.

—Le he dicho que compre helados para ella y sus hermanos. —Sonrió con cariño—. Aquí hay mucha gente que solo sobrevive, tienen pocos medios económicos y los extras no los conocen. Los niños no tienen al alcance de sus manos todo lo que sí poseen los que viven al otro lado del charco. Pero eso hace que la solidaridad sea mágica en este país. Muchos vecinos se ayudan unos a otros, con comida, con lo que necesiten... como es el caso de mi abuela que siempre está pendiente de unas cuantas de vecinas.

—Tu abuela es un encanto. Si antes lo sabía, ahora afianzo más la idea porque me hace quererla sin conocerla. —Carraspeé y vi una preciosa sonrisa en sus labios.

Volvimos a caminar, mezclándonos con la gente de las calles mientras recorriamos la Medina para salir de ella y tomar la dirección del café Hafa. Hicimos una parada en una de las numerosas tiendas que había, porque algo llamó su atención. Llevé la vista hacia donde la tenía puesta ella. Observaba unos pañuelos para la cabeza, los había de muchos colores y se animó para comprar uno en color blanco.

—Lo pago yo —dije quitándoselo de la mano y entrando sin esperar que dijera nada al respecto.

—Gracias —murmuró feliz cuando salí con él en una bolsa—. Tendré un recuerdo tuyo. Quiero hacerme fotos en el café con él puesto.

—Buena idea. Me encanta ser tu fotógrafo. —Le hice un guiño.

Volvimos a ponernos en marcha mientras guardaba la bolsa dentro del bolso. Cuando tuvo libres las manos la agarré de una. Sentí su mirada y la miré de reojo, encontrándome con su sonrisa. Fue evidente la ilusión que le hizo mi gesto. Mis labios también se curvaron como respuesta a su reacción, más que satisfecho.

Salimos de la Medina y nos adentramos por una calle estrecha, la que estaba enfocada al estrecho de Gibraltar. Desde ella accedimos al café. La construcción era casi en su totalidad al aire libre, tenía varias terrazas en diferentes alturas, todas dirigidas hacia el mar y hacia el otro lado del charco. Se respiraba mucha paz, ese fue mi primer pensamiento mientras lo observaba todo al detalle. Era algo digno de disfrutar para dejarse envolver por todo lo que transmitía.

Nos sentamos y en seguida un camarero apareció con dos té. Cuando nos quedamos solos un hombre se acercó a nosotros, ofreciéndonos comprar cacahuets recién tostados. No dudé en pedirle dos bolsas pequeñas, pagándoselas sin aceptar el cambio que quería darme, lo que me agradeció.

Me llamó la atención no solo las vistas, sino la vegetación que había en el lugar. Lo hacía mucho

más llamativo porque estábamos rodeados por palmeras, árboles y muchas flores. La clientela era tanto turística, como local.

Naomi empezó a explicarme, tirando de sus recuerdos, las veces que venía con su abuelo. Por lo visto a él le encantaba pasar largas horas sentado en las terrazas, tomando té mientras ella aprovechaba para leer un libro. Conforme me lo explicaba la imaginé siendo niña, desprendiendo la misma dulzura o más, concentrada en una historia y disfrutando junto a su abuelo del momento.

Me atraía todo de ella: su elegancia (en todos los sentidos), su tono de voz, su manera de hablar y expresarse, la forma de vestir, su educación, incluso cuando quería decir un disparate, le salía tan dulce que en su boca no sonaba feo. ¿Me ha faltado algo? Ha quedado claro que todo el conjunto me tenía embrujado.

Pasado un rato, cuando me lo pidió, le hice unas fotos preciosas con el velo y el mar de fondo. También al revés, viéndose la cafetería escalonada y a ella en un primer plano. Más que perfecta, me dije capturando su imagen desde varios ángulos.

Capítulo 12



Un taxi nos recogió en la puerta del café y nos llevó hasta la avenida de Mohamed VI, en la que íbamos a comer en un restaurante al que alguna vez había ido con sus padres. Estaba en la acera que daba a la arena de la playa y era un lugar de mucho prestigio, según me comentó.

El lugar merecía la pena. Tenía una terraza que incluía una piscina en la que podías bañarte mirando al mar, rodeada por camas balinesas.

Ocupamos una mesa y nada más sentarnos pedimos un par de cervezas y para comer los dos nos decidimos por un surtido de pescado frito y una ensalada marroquí.

—Tenemos gustos muy parejos.

—Sí —confirmé mirándola con intensidad—. También es que los dos somos de buen comer.

—Correcto. Luego nos toca machacarnos con el deporte —negó divertida.

—¿Haces mucho?

—No soy de ir al gimnasio, ni tampoco es que me prepare y esté una hora sudando. Lo mío es más de estar por casa. —Sonrió—. Tengo la costumbre, manía o necesidad, no sé, de que a lo largo del día hago sentadillas, abdominales y planchas, repetidas veces. Muchas de ellas siempre son antes de pasar por la ducha.

—Te mantienes activa. Cualquier método es bueno y funciona, es evidente porque tienes un aspecto físico perfecto. Yo soy de machacarme en el gimnasio, pero en mi casa. Tengo uno, me gusta cuidarme y he llegado a un punto en el que lo necesito. La rutina me ha hecho acostumbrarme y es como mi vía de escape muchas veces.

—¿Perfecta? Pues anda que tú. —Volteó los ojos y curvé los labios—. Debes tener a las mujeres a tu alrededor como moscas.

—Ahora mismo solo veo a una. —Me reí.

—La más decente —aclaró sin poder dejar de reír.

—¿Cómo de decente? —Ahí iba yo, queriendo sacar pequeñas pinceladas de la información que necesitaba porque la pregunta era buena, para indagar sobre ella. Lo mejor fue que salió de forma natural en la conversación, nada forzada.

—Digamos que, del uno al diez, un once. —Se encogió de hombros.

—Vale. —Tragué saliva casi imperceptiblemente. Ni se dio cuenta de mi gesto mientras yo analizaba el significado de las pocas palabras que tenía su respuesta—. ¿Con cuántos hombres has estado?

—Con tres, pero solo con uno de ellos me besé. Ahora ya lo he hecho con dos —dijo como si nada y esa vez no tragué saliva, directamente se me atragantó porque se me reseco la garganta, quedándoseme atascada.

—¿Cómo que te has besado? —Carraspeé.

—Lo que has oído y significa. —Se ruborizó—. Con el que me besé anteriormente, fue en alguna que otra ocasión.

—Eso me ha quedado claro, pero yo voy por otro camino muy diferente... ¿No has pasado de los besos?

—Nooo. —Soltó una carcajada y por mi parte estuve a punto de tirarme la cerveza por lo alto de la cabeza.

—Eres de una especie diferente, sí señor —le dije negando.

Ella me miró divertida, yo todavía estaba encajando la realidad, sin mostrar ningún cambio frente a ella. En *shock* me había quedado y no conseguía encontrar la salida de él.

—¿Pensabas que me había acostado con algún hombre? —Arqueó una ceja.

—Sí, Naomi, sí. —Tuve que sonreír porque no era para menos, al menos para mí, por su sorpresa—. Sería lo más normal, lo que no lo es, es tu experiencia. No lo digo con ninguna intención, ni mucho menos para ofenderte. Te respeto al máximo, pero debes de reconocer que en la época en la que vivimos y con tu edad, se da por hecho que se ha experimentado con ciertas cosas.

—Como te dije, mi vida ha estado centrada siempre en los estudios. —Hizo una mueca—. Nunca ha llegado la persona que me hiciera sentir lo suficiente como para llegar a ese extremo. No soy de hacerlo con cualquiera, me refiero al sexo. Ni de seguir modas —susurró.

—¿Sabes? —La miré con intensidad, repiqueteando los dedos en la mesa.

—¿Qué?

—Me encanta.

—¿A qué te refieres? —Ladeó un poco la cabeza, analizándose.

—Que me encanta escuchar lo que has dicho. Que no porque todo el mundo, hoy en día, busque desahogarse y el placer fácil, tú te des a lo mismo. Me encanta que te respetes hasta ese punto y que valores lo que tienes para ofrecer a alguien que consideres importante en tu vida.

—Gracias. —Me agradeció más animada, con el rubor cubriendo sus mejillas.

—¿Y qué debe tener esa persona especial para toque tu corazón?

—Muchas de las cosas que tú tienes —confesó sonriendo, pero con vergüenza porque del rubor pasó a que el color rojo más intenso saliera hasta de su cuerpo.

—Vaya. —Me removí en la silla, acomodándome—. Me siento muy alagado.

—Tienes que estarlo, sí. Mucho, mucho —aclaró tímida y nerviosa.

—¿Y qué te hizo tomar la decisión de pasar la noche con alguien como yo?

—¿La verdad?

—Siempre...

—Es que anoche te eché mucho de menos y me da tristeza que mañana te vayas. Es como si quisiera agarrarme a ti hasta al último segundo, para pasarlo juntos —susurró desviando la mirada, centrándola en la mesa.

—Así que anoche pensaste en mí...

—Sí, prueba de ello es que mi abuela tuvo que escucharme durante más de una hora. —Rio.

—¿Qué le dijiste a la pobre mujer?

—No te lo voy a decir porque me da mucha vergüenza, pero fueron muchas las confidencias. —Se tapó la cara con las dos manos.

Me callé, dándole el silencio que necesitaba en ese instante. No pude dejar de observarla con intensidad... la inocencia de su edad y la forma de vida que había tenido, que había vivido, muy involucrada en los estudios sin conocer más allá de eso... Todo ello me provocaba muchas sensaciones y sentimientos que me costaban reprimir.

¿El problema? La noche que estaba por venir y en la que iba a tener que echar mano a todo mi autocontrol para no traspasar ninguna línea hacia ella. Lo que no sabía es si lo conseguiría, si me iba a ser imposible retener mis impulsos porque el deseo me apretaba fuerte, y muchas más cosas. Estaba por ver cómo se daba todo entre nosotros, lo único que tenía claro es que, si no la veía receptiva y dispuesta, no sería yo quien saltara al vacío. Pensamiento que afiancé por ella, todo era por ella y su bienestar.

Cambié la dirección de la conversación cuando nos trajeron la comida. Entre sonrisas, risas y comentarios con doble sentido muy sutiles, terminamos de comer. Debo decir que todo estuvo delicioso, un manjar para el paladar por la forma que tenían de cocinar, con sumo mimo.

Nos levantamos y fuimos hacia una de las camas balinesas en la que dejamos las bolsas que llevábamos. Junto a ella nos quitamos la ropa con la intención de meternos en la piscina y nada más hacerlo, con el primer remojón, nos trajeron dos sorbetes de limón especialidad de la casa, dejándolos apoyados en el borde la piscina, lo que hicimos nosotros también con los brazos.

El sorbete estaba delicioso y con el calor que hacía fue un extra que agradecemos. Nos lo tomamos mirando hacia el mar. Necesitando sentir su contacto pasé un brazo por su cintura y la atraje hacia mí, dejándola delante, entre el borde de la piscina y mi cuerpo.

—Lo más bonito que he visto en mi vida —susurré en su oído.

—Lo es, es precioso —asintió sin apartar la mirada de las vistas.

—No me estaba refiriendo al paisaje, precisamente —aclaré dejándole un beso en el cuello, con el que se estremeció.

Giró la cabeza al encuentro de mis ojos y se los encontró, y no solo a ellos, sino a mi boca también porque no tardé ni un segundo en buscar la suya. Entre besos, caricias y susurros, noté cómo se deshacía poco a poco entre mis brazos.

Supuestamente habíamos hablado de ir a visitar algunos rincones de la ciudad, pero estábamos tan a gusto en la piscina y con la playa de fondo, la que invitaba a pasear por ella, que decidimos que no teníamos ninguna necesidad de movernos. Dejamos apartado lo de hacer turismo. Quién sabía, lo mismo tendríamos otras oportunidades en el futuro para llevarlo a cabo.

Disfrutamos todo lo que nos apeteció de la piscina, hasta que aboné la cuenta y nos dirigimos hacia un camino que llevaba a la playa. Una vez en ella, empezamos a caminar por la orilla, hasta alejarnos de la zona que estaba más concurrida. Fuimos agarrados de la mano, como si fuéramos una pareja, sin importar la edad ni nada que no tuviera que ver con el deseo que nos transmitíamos los dos.

Cuando encontramos el lugar perfecto, sacamos las toallas y las extendimos en la arena, cerca de la orilla. Allí las dejamos con el resto y fuimos directos al agua, necesitando darnos otro chapuzón. Después de jugar un poco con el agua, divertidos, la agarré de un brazo y la pegué a mí, impulsándola hacia arriba para cogerla.

Se agarró de mi cuello, enroscando las piernas en mi cintura, sin dejar de sonreír. Los besos no tardaron en llegar y como es lógico, la ley de la gravedad no tardó en aparecer en cierta parte de mi cuerpo, sí, pensáis bien, tirar hacia abajo. Ello provocó que se sonrojara porque fue obvio y lo notó al estar tan pegada a mí, por lo que escondió su cara en mi cuello, completamente ruborizada. Pero no se separó, todo lo contrario, se apretó más contra mí.

—Mañana te irás y me olvidarás —murmuró en mi oído, sin separarse de mi cuello.

—¿Tú crees? Mmm... —dije sin poder ver su expresión.

No se despegaba de mí y yo tampoco quería propiciar que lo hiciera.

—Sí. —Rio con una risa nerviosa.

—¿Y por qué piensas eso?

—Soy consciente de mis limitaciones, Alonso. Tú eres un hombre que vale muchísimo y puedes tener a la mujer que quieras y desees, volverla loca con poco que hagas. ¿Por qué ibas a querer seguir viendo a una chica de mi edad que no te llega a la altura en experiencia? —habló con una voz tan dulce... pero a la vez dejando ver un toque de tristeza.

—Mírame —le pedí y cuando negó fui yo el que aparté las manos de su cadera y la agarré de la cabeza, para que lo hiciera, dejando nuestras caras a pocos centímetros de distancia—. No vuelvas a decir eso nunca más, ¿me oyes? En mi pensamiento solo quiero volver loca a una, Naomi ¿entiendes? Y si no lo comprendes te lo aclaro, rápidamente.

»He viajado hasta Marruecos a lo loco, solo para provocar un acercamiento contigo. Con eso tienes todos los detalles de cómo me dejaste cuando te conocí. Necesitaba más, mucho más y me lo has dado, no tengo ninguna queja, todo lo contrario. La experiencia es un grado, sí, pero como bien dices, dispongo de ella y tengo el poder de enfocarla hacia donde yo desee.

»Te puedo asegurar que puede ser mucho más gratificante el proceso de alcanzarla y disfrutar de ello, que encontrártelo todo hecho. Ten algo claro, Naomi —alargué su nombre a propósito—, voy a esperarte en España. No sé qué pasará entre nosotros, no sé cómo se dará todo y qué nos encontraremos, no tengo ni puñetera idea si la diferencia de edad para ti supone un problema... pero me tienes aquí y allí también me tendrás, si es lo que realmente quieres y desees. ¿Ok?

»No quiero ni puedo dejar pasar la oportunidad de descubrirte, cada vez necesito más. ¿He sido lo bastante claro? —Le di un beso en la punta de la nariz.

—Sí —susurró y pude distinguir la emoción en sus ojos, un brillo especial—. Pero, no puedo evitar pensar que cuando yo regrese seguro que todo lo que has dicho se te habrá pasado.

—¿Pero si regresas dentro de pocos días! ¿Por qué dices eso? —Deslicé las manos hacia su trasero y lo apreté, provocando que de sus labios saliera un suspiro.

—Porque la vida puede cambiar en un segundo, tanto para bien como para mal.

—Estás muy sensible y nerviosa. —La besé rozándole los labios y continué hablando sin separarme de ellos—. No te preocupes por nada, no quiero que dejes volar la mente en ese sentido porque la mayoría de las veces sufrimos más por lo que pensamos que por lo que es en realidad. Me haces feliz y necesito seguir conociéndote. —La abracé fuerte, dándole un beso en el hombro húmedo, sin separar los labios de él por unos segundos.

—Me encantas, Alonso —murmuró correspondiéndome con la misma intensidad al abrazo.

Se removió entre mis brazos y no pude evitar soltar un bufido por la tensión que noté en mi miembro. No fui el único y me gustó que riera al darse cuenta y mucho más que se frotara un

poco contra mí, aunque me dejara más cardíaco.

Estuvimos un buen rato en el agua y cuando nos miramos ciertas partes del cuerpo y vimos que las teníamos arrugadas, salimos del agua riendo, tirándonos en las toallas para secarnos antes de irnos.

Capítulo 13



—Hay un centro comercial cerca de aquí —dijo con la cabeza girada en mi dirección—. Si te apetece podemos ir.

—Por mí perfeto. —Le hice un guiño.

Por lo que me explicó sería rápido porque solo quería aprovechar para comprar un perfume, el mismo que siempre se llevaba del país, cada vez que venía. Relajados esperamos el tiempo necesario para ponernos la ropa y cuando llegó el momento nos fuimos de la playa dando un paseo, acortando la distancia con el centro comercial.

La verdad es que me sorprendió ver las tiendas de firmas que había y la perfumería en la que entró. Era muy bonita y diferente a las que estaba acostumbrado, nada que ver, con un encanto especial. ¿Pero qué no lo tenía en Marruecos?

Cuando la vendedora le dijo el importe a pagar del perfume y una crema facial, sacó el monedero, pero la frené porque ya tenía preparado el dinero para no dejar que lo hiciera ella. Dos cosas más que tendría más, me dije. Tenía la necesidad de ser yo quién le hiciera esos regalos. Al principio se opuso, pues eso, al principio porque no le quedó más remedio que aceptarlo. Terminó sonriendo, sin discutir, mostrando la felicidad que le había provocado mi gesto, el que la hacía sentir especial. Y lo era, no sabía si le había quedado claro, pero ya tendría tiempo para que lo interiorizara.

Dimos una vuelta rápida para verlo completo, haciendo una parada corta para comprarnos un helado y salimos del centro comercial directos para buscar un taxi que nos llevara al Riad. A los dos nos encantaba estar allí, en la terraza, relajados, por eso elegimos terminar el día cenando en él.

Podíamos haber estado en muchos sitios lujosos e impresionantes, pero al final uno siempre regresa a lo que le transmite las mejores sensaciones de paz y serenidad. Eso era para nosotros ese lugar, con unas vistas perfectas de gran parte de la Medina, desde la altura.

Llegamos a la habitación para ducharnos. Ella fue la primera en entrar en el baño para hacerlo, llevándose todas sus pertenencias. Me acomodé en la cama, con la espalda apoyada en el

cabezal, pensativo. Me llevaba conmigo a España muchas cosas, muchas experiencias y sentimientos, pero si algo destacaba sobre todo ello, era la inmensa paciencia y contención que estaba haciendo.

Y quedó más que claro cuando escuché el sonido del agua porque tuve que frenar mis instintos, otra vez, y de qué manera, para no abrir la puerta del baño y acorralarla dentro de la ducha para saciar todo el deseo que iba acumulando. Pero después de lo que me había confesado, después de saber que no había mantenido relaciones con ningún hombre... no era como quería que viviera su primera experiencia, para nada.

El empotrarla contra las baldosas estaba descartado, el agarrarla del pelo mientras estaba inclinada hacia delante conmigo entrado en su interior aún más, y ya no digamos que ella se quedara delante de mí de rodillas... lo último lo habéis visualizado, no hace falta que dé más datos. Seguía en mis trece de querer tratarla como siempre, con respeto y siguiendo sus tiempos.

No me perdonaría nunca hacerla sentir incómoda o que se viera en una encrucijada referente a mí. Aunque ella muchas veces incitaba a que me dejara llevar, quería, no, necesitaba estar a la altura de las circunstancias porque cuando sucediera tenía que ser como se merecía, todo lo especial que ella era.

Apareció delante de mí con la toalla enrollada en la cabeza y vestida con su ropa limpia. Me hizo un gesto con los brazos de que ya podía pasar y me levanté sin perder tiempo, dándole un beso rápido cuando pasé por su lado, con palmada incluida en el trasero, lo que provocó que riera.

Apenas tardé y cuando terminé, salí con la toalla enrollada en la cadera para coger mi ropa. La encontré hablando por teléfono, por lo que pude identificar con su madre. No tenía pensado hablar, pero, aun así, me avisó llevándose un dedo a los labios. No hubo ningún detalle que me hiciera alertarme, pero cuando colgó y buscó mi mirada, fruncí el gesto al ver su expresión.

—Me acabo de quedar muerta —dijo en *shock*.

Dudé porque no supe si me estaba viendo realmente en ese instante, o solo a un borrón por lo rápido que parpadeaba.

—¿Pasa algo, Naomi? —Me acerqué a ella, con el pantalón puesto, solo a falta de colocarme la camiseta.

—Mi madre pilló anoche a mi padre con otra mujer —dijo llevándose la mano al pecho, intentando no mostrar lo afectada que estaba delante de mí, para quitarle importancia a la situación. Pero la tenía y a mí no podía engañarme.

—¿Le está siendo infiel?

—Por lo que me ha contado, cree que lleva bastante tiempo con la otra. Está desconsolada. Mañana regreso a España, tengo que buscar un vuelo ahora, mientras cenamos.

—No tienes que buscar nada, te vienes con nosotros en el avión privado —aseguré porque así

sería.

—Dios mío, ¿cómo ha podido hacerle eso mi padre? —Se le aguaron los ojos.

—Naomi. —Me puse de cuclillas entre sus piernas ya que estaba sentada en el filo de la cama—. Tranquilízate, vamos a subir a tomar algo y que te dé el aire. Estás muy pálida. —La agarré de las manos, frotándoselas.

Después de que asintiera terminé de vestirme y ella ya estaba preparada. Subimos a la terraza encontrándonos con Rachid. Le pedí dos cervezas mientras guiaba a Naomi hacia una de las mesas, hacia el lateral donde las acompañaban los sofás, para estar más cómodos. Seguía sin reaccionar y con la vista ida cuando le pedí que se sentara, metida en sus pensamientos.

—¿Cómo se ha enterado?

—Me ha dicho que llevaba tiempo sospechando algo, que veía cosas raras —negó—. Por lo visto ayer lo siguió. —Apoyó el codo en la mesa y dejó caer la cabeza en la mano—. Vio como recogía a una mujer en coche y cómo al entrar se besaron en los labios. Después se fueron a un apartamento que tienen mis padres en la playa de La Laguna.

»Mi madre esperó un rato metida en el coche, cerca de la puerta, por si salían, hasta que se cansó y entró con su llave. Fue directa hacia la habitación de matrimonio y llamó a la puerta, pero no esperó a que lo hiciesen, sino que la abrió ella de golpe. Se encontró a mi padre cerca porque ante el aviso se habría asustado y la otra mujer desnuda encima de la cama. Está destrozada.

—Tu madre los tienes bien puestos. ¿Y tu padre qué dijo? ¿Cómo reaccionó?

—Empezó a insultarla delante de la desconocida y a decirle cosas muy feas, barbaridades que no son verdad —negó—. Le dijo que estaba haciendo lo que con ella no podía y que hacía tiempo había perdido la posibilidad. Mintió para dejar a mi madre en mal lugar, a ella, a la mujer con la que ha compartido su vida y la madre de su hija, solo por lo último tendría que respetarla por encima de todo. Pero claro, eso sería si me respetara a mí. —Lo último lo murmuró bajando la cabeza.

Se la levanté por la barbilla, secándole con la yema de los dedos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—No llores más, preciosa, todo pasa por algo. —La acerqué a mí y la abracé, dándole un beso en la cabeza.

—No me quiero ni imaginar lo mal que debe de estar. Ella lo ama con todo su corazón y siempre estuvo para él.

—¿Te ha dicho qué va a hacer?

—Mientras hablaba conmigo estaba recogiendo todas sus cosas de la casa. Tiene la intención de irse a la del pueblo, la que heredó de mis abuelos, sus padres. Por lo visto mi padre aún no ha

aparecido, poco le importó hundir a mi madre, tanto por lo que encontró y descubrió, como por lo que tuvo que escuchar de boca de él.

»Se ha quedado con la otra y, a saber, cuándo regresa a la casa. —Lloró, lo intentó disimular, pero con el temblor de su cuerpo no pudo hacerlo—. No entiendo cómo ha podido tratar así a mi madre, no lo entiendo —susurró.

La apreté fuerte contra mí, sin apartar mi boca de su pelo, dándole besos cada cierto tiempo mientras le frotaba un brazo y no me separaba de ella. Cambió de postura y me abrazó con fuerza, escondiendo la cabeza en mi pecho. La impotencia se asentó en mí, al no poder aliviar su sufrimiento. Me dolía tanto verla en ese estado, destrozada, sin consuelo, sin procesar el impacto que se había llevado.

—¿Qué le vas a decir a tu abuela? Cuando le digas que te vas mañana va a querer saber el por qué, al ser tan precipitado y con algo que no contabais ninguna de las dos.

—Que su hijo es el ser más desgraciado y despreciable sobre la faz de la tierra, que nos ha destrozado la vida. Tal cual.

—¿Le vas a decir eso?

—Sí, no le va a pillar de sorpresa, ella mejor que nadie sabe cómo es. Por eso siempre me ha tapado y me arropa tanto. Es mi padre y le he respetado hasta el día de hoy, a pesar de haberme cortado injustamente mucho las alas, pero a partir de ya, no pienso seguir pasando por el aro.

»Voy a encararlo como se merece, si no lo he hecho antes ha sido por mi madre, pero precisamente por ella, ahora no me voy a callar ni lo más mínimo, ni a conformarme con miserias. Prefiero verme en la calle que vivir bajo el mismo techo que él y su doctrina.

»Eso no sucederá, lo sé, me refiero a lo de verme en la calle, estaré con mi madre —soltó un suspiro, un poco más tranquila—. Es un sinvergüenza, mi madre no se merecía lo que le ha hecho y cómo la ha tratado.

—¿Crees que va a dar ese paso realmente? Me refiero a si de verdad lo va a dejar o, lo mismo, es una reacción a la sorpresa que se ha llevado y cuando lo interiorice todo se tranquilizará, hasta el punto de que no haga nada de lo que te ha dicho.

—Sí que lo hará, lo tiene claro. Esto no se lo va a perdonar en la vida. Ella no va a volver para atrás, puede aguantar cualquier cosa, pero la falta de respeto que ha tenido hacia ella, cómo la ha ridiculizado delante de la otra... eso no, jamás, te lo digo yo.

»Hoy, por primera vez, la he escuchado verbalizar que no sabe cómo aguantó tantos años a ese hijo de puta. Ya te he dicho que siempre ha estado muy enamorada de él, también pensé que era correspondida, pero se ve que no, que todo era un papelón como los que está acostumbrado a hacer en su vida. —Se limpió las lágrimas con una servilleta.

»No voy a irme a Roma ni en broma, a la mierda ya los másteres. Me iré con mi madre a vivir al pueblo y buscaré un trabajo hasta que pueda independizarme, pero nunca más voy a acatar ni una norma de él, ni volveré a vivir bajo su techo.

—No pienses tanto ahora, poco a poco, la rabia y el resentimiento hablan por ti. De todas maneras, si estás decidida y quieres trabajar siempre tendrás un puesto en mis oficinas y más con

el currículum que tienes. Puedes estar en cualquier departamento.

—Gracias —susurró.

La aparté de mí y la guie para que quedara sentada sobre mis piernas, de lado, para abrazarla como necesitaba. Me lo volvió a agradecer, no hacía falta, sobraba porque era consciente del dolor y la tristeza que la invadían y sentirnos de esa forma, la ayudó y reconfortó.

Qué impotencia tenía, por no poder hacer nada más por ella. Ver romperse una familia y de la forma en la que se había dado, no era plato de buen gusto para nadie.

La fui tranquilizando, lo que fue evidente en su comportamiento, aunque el dolor no dejaba de reflejarse en su rostro. A duras penas conseguí que cenara un poco, estaba demasiado abatida y callada, después de desahogarse. Por ello en cuanto yo terminé de cenar, porque de ella no puedo decir lo mismo, nos levantamos para irnos hacia la habitación. Lo que necesitaba era descansar, cerrar los ojos y eso mismo me propuse conseguir.

Después de lavarnos los dientes y ponernos cómodos, nos metimos en la cama. No hizo falta que hiciera ningún movimiento hacia ella, me refiero a acercarla a mí, lo hizo rápido por su cuenta. Solo tuve que levantar un brazo para acogerla en mi pecho. En él apoyó la mejilla, soltando un suspiro al sentir las caricias que le hacía en la espalda.

El deseo quedó paralizado, las ganas de intentar intimar suspendidas, solo primó el querer demostrarle que estaba para ella, que la apoyaba y que no me iba a ir a ningún lado mientras me aceptara.

Capítulo 14



Me removí en la cama al escuchar un murmullo y entreabrí los ojos para ver de qué se trataba. Naomi estaba frente a la ventana, hablando por teléfono y por lo que escuché de ella lo hacía con su madre. Me incorporé despacio al escuchar más atentamente los detalles, estaba llorando. Cuando colgó se tomó un tiempo sin apartar la vista del cristal, hasta que se giró dándose cuenta de que ya estaba despierto, observándola.

—Buenos días —dije mientras abría los brazos para que viniera hacia mí.

Con la cara cubierta de lágrimas, retirándoselas con una mano, se acercó rápido buscando el cobijo que le ofrecía.

—Buenos días. Me van a volver loca —murmuró volviendo a llorar.

La moví cuando me acomodé hacia atrás, buscando la estabilidad del cabezal en el que apoyé la espalda mientras la sentaba encima de mis piernas, cogiendo buena postura.

—¿Qué ha pasado? —Le acaricié el pelo cuando se acurrucó en mi pecho.

—Mi madre ya está en el pueblo y me ha dicho que mi padre ha perdido la cabeza por completo. De buena mañana le ha exigido que firme el divorcio, de malas maneras. Ya ha empezado a tramitarlo por su cuenta y en pocos días su abogado se pondrá en contacto con ella. No ha sido un desliz pasajero, no tiene intención de hablar del asunto, sobre nada, lo único que busca es alejarla de su vida, así, de la noche a la mañana, como si no hubiera sido importante en ningún momento para él. ¿Te lo puedes creer? Después de tantos años, después de tantas cosas... — Lloró aferrándose a mí.

»Le ha dicho que se encargará de mi pensión, lo que da por hecho que tampoco quiere saber de mí. Como te dije ayer, no pensaba quedarme junto a él, pero duele el saber con la facilidad que se desprende de mí. Él no tiene ni idea de mis pensamientos, de lo que iba a hacer, y, aun así, no le ha temblado el pulso para echarme a un lado, incluyéndome en el lote. Me ha echado, no lo reconozco, te lo juro. ¿Dónde está el hombre que quería a su familia unida en todo momento?

»No lo entiendo, por mucho que lo intente no logro comprender su actitud y el cambio que ha dado. ¿Tanto se le ha ido la cabeza con la otra? Con lo controlador que ha sido siempre con nosotras y de la noche a la mañana no nos quiere a su alrededor. Somos un estorbo porque quiere

rehacer su vida junto a esa mujer. —Se desahogó mientras yo no dejaba de acariciarla y abrazarla con fuerza, para que se sintiera algo mejor, reconfortada por poco que fuera.

»Si hubiera hecho las cosas de diferente manera... si hubiera optado por la sinceridad sin hacer tanto daño, siendo un hombre con todas las letras para afrontar la situación y tenernos un mínimo de cariño... Es muy fuerte sentirte despreciada por tu propio padre y entiendo lo que debe sentir mi madre.

—Intenta tranquilizarte, sé que es duro, pero no puedes ponerte así. Ha dejado claro sus sentimientos, y ya no hablo de los referentes a tu madre, lo estoy dirigiendo a ti. Te ha hecho un favor muy grande, Naomi, aunque ahora mismo no lo sepas ver. La falsedad termina por venirse abajo en algún momento, y ese ha llegado porque a un hijo nunca, jamás, se le deja atrás ni de lado, vas con él de la mano por muy complicadas que se pongan las cosas. —Me quedé en silencio para que lo interiorizara, haciendo una pausa—. Vamos a tomar un café y a desayunar.

—No, ve tú. —Se separó dedicándome una sonrisa triste—. Tengo que ir a casa de mi abuela para recogerlo todo y hacer la maleta. Necesito hablar con ella y explicarle todo, aunque no sé si ya estará al tanto por mi madre —soltó un suspiro—. Lo haré rápido y vengo de la misma forma para estar junto a ti hasta que nos vayamos.

—Vale. —Le di un beso rápido en los labios—. Es lo que tienes que hacer y lo que necesitas. Ante cualquier cosa me avisas que estaré a tu lado para apoyarte, ¿de acuerdo? —asintió agradecida—. Avísame cuando vayas a salir y voy a por ti para que no cargues con la maleta.

—Tranquilo, no pesa mucho, además la dejaré en la recepción para no subirla hasta la terraza.

—Como quieras —asentí.

Nos levantamos de la cama y como ella ya estaba vestida, a saber, desde qué hora llevaba despierta, se despidió de mí hasta que regresara. Cuando me quedé solo me dirigí al baño para darme una ducha, necesitando relajarme por todas las sensaciones que tenía.

Cerré los ojos debajo del agua, dejando que me cayera directamente en la cara, en un intento de que el agobio que tenía se aligerara. Mierda de situaciones, qué manera de cambiar todo de la noche a la mañana, me dije pensando también en mí, por la que tenía encima. Todo venía de golpe, de la forma más inesperada, sin verlo venir para que nos preparásemos de alguna forma. Por mi parte lo de mi supuesta madre y hermana, por el suyo, la destrucción de su familia. Se aproximaban muchos cambios, esa era la sensación que se había asentado en mi interior, unos que iban a influir en nosotros. El tema era, ¿hasta qué punto lo harían?

Verla llorando sin consuelo... la rabia y la impotencia se habían apoderado de mí sin poderlas controlar, a pesar de que me lo había tragado para no mostrar nada ante ella. Quería protegerla, pero no sabía cómo hacerlo porque ante lo que se le venía encima... Todo estaba en el aire, lo que pasaría de ahora en adelante estaba lleno de incertidumbre y era algo que me costaba digerir.

Me vestí sin poder frenar los pensamientos, lo mismo que sucedió mientras dejaba la maleta cerrada, para solo tener que regresar a por ella cuando fuera la hora de irnos. Cogí el móvil y comprobé que tenía un mensaje de Carlos, ya me esperaba en la terraza y hacia ella me dirigí.

Me recibió sonriendo y se levantó cuando llegué a su lado, para darme un abrazo, como siempre.

—¿Qué te pasa? —Frunció el gesto cuando se fijó en mi expresión—. No me jodas que con Naomi no ha salido bien la cosa, daba por hecho que... pero por tu cara —dijo cambiando a un gesto de preocupación.

—Ha ido más que bien con ella —negué pensativo—. El problema es otro... —Empecé a explicarle lo que había sucedido, dándole todos los detalles para que estuviera al día de la situación.

—Joder con el padre, pues sí que soluciona las cosas rápido deshaciéndose de lo que debía cuidar y respetar. Peor no lo ha podido hacer —habló molesto.

—Naomi está jodida, mucho.

—Normal, debe tener un caos en la cabeza. Ha sido un duro golpe que no esperaba y encima teniendo que escuchar y consolar a su madre. Solo tengo que ver cómo estás tú para imaginar cómo lo está ella. —Frunció el gesto.

Le pedimos dos cafés a Rachid ya que Carlos me había esperado porque hacía poco que estaba en la terraza. Cuando apareció Naomi, una hora después, llegó pálida, cabizbaja y contando que su abuela se había vuelto loca ante la noticia. La había puesto al tanto de todo, pillándola de sorpresa porque la portadora de la información había sido ella, su madre no la había llamado para contárselo. Nos remarcó que su abuela le había dejado claro que no quería ni hablar con su hijo, que para ella ya no existía por el comportamiento tan sucio que había tenido hacia la que fue su familia, su madre y la que lo sería siempre por mucho que me negara: yo.

Mientras se desahogaba no dejé de acariciarle la espalda, ni siquiera cuando dejó de hablar y se tomó en silencio el café que pedí para ella. Carlos intentó sacarle alguna sonrisa, desplegando su humor con la intención de que sus ánimos subieran un poco, pero fue en vano, por lo que en ciertos momentos pasaba a la seriedad diciéndole, para que lo tuviera claro, que no estaba sola, que podía contar con nosotros para lo que necesitara, con los dos. Al igual que le dijo que se apoyara en mí porque no me iba a alejar de ella ni lo más mínimo. Le agradecí sus palabras sin pronunciarme, ni falta que hacía entre los dos porque solo necesitábamos mirarnos para saber lo que pensábamos.

Cuando pasó un rato en el que Naomi se calmó, en cierta forma, pedimos el desayuno. Ella no comió mucho, pero algo sí, con lo que me di por satisfecho. Al terminar nos despedimos de Rachid, diciéndole que había sido un placer conocerlo y que nos volveríamos a ver. Bajamos a las habitaciones para coger el equipaje, al igual que hizo Naomi en la recepción y salimos del Riad después de entregar las llaves y pagar la cuenta. Fuimos directos a la calle donde nos dejó el taxi cuando llegamos, el que ya nos esperaba como acordamos.

Me senté junto a Naomi en los asientos traseros y la agarré de la mano, acariciándosela, de esa forma el taxi se puso en marcha. Estuve atento a ella en todo momento, viendo como con la mirada fija en la ventanilla se secaba varias veces las lágrimas, intentando disimular.

Una vez llegamos al aeropuerto pasamos los controles fronterizos y nos dirigimos a la puerta que daba a la zona de la pista. Nos montamos en un carrito que nos llevó a pie de avión.

Como siempre, la tripulación ya nos esperaba fuera, recibiéndonos con la mejor de las sonrisas mientras se ocupaban de las maletas. Una vez dentro volví a sentarme junto a ella, en la zona del pasillo para que pudiera disfrutar de las vistas. Carlos nos dio espacio, ocupando un asiento de la primera fila, cerca de las azafatas para entablar conversación con ellas, como no tardó en suceder.

Por nuestra parte, de Naomi y mía, el vuelo fue en absoluto silencio. Ella estuvo sumergida en sus pensamientos e incluso en algunos ratos cerró los ojos, por el agotamiento mental que tenía y se provocaba.

En cuanto aterrizamos salimos de la terminal. Carlos se despidió de los dos con un abrazo para coger un taxi por su cuenta mientras nosotros nos montamos en otro para ir a mi casa. La intención era comer allí y tener a mano mi coche para llevarla cuando terminásemos a la de su madre, donde la estaba esperando.

Por lo que me contó, su coche lo había utilizado ella para llevarse algunas de sus pertenencias y para el resto, contrató un servicio de mudanzas. Todo lo había hecho en tiempo récord, ya no quedaba nada de ellas dos en la que hasta hacía poco fue la casa familiar.

Cuando llegamos a mi casa y entramos, dejando el equipaje a un lado de la entrada principal, le hice un recorrido rápido por ella.

—Es preciosa —repitió cuando estábamos en la cocina.

Me giré hacia ella sonriendo, apoyándome en la encimera mientras me sacaba las manos con un trapo. No había dejado de decirlo en cada estancia y rincón que había ido descubriendo.

—Me alegra que te guste tanto. —Me dedicó una pequeña sonrisa.

Vamos mejorando, la primera después del *shock* que se había llevado, fue mi pensamiento. Satisfecho por el pequeñísimo avance me centré en continuar con la preparación de la comida. No iba a complicarme, había empezado a hacer pasta a la carbonara para no retrasarnos, ya que por mucho que quería evitar mostrar lo nerviosa que estaba, no lo conseguía, al menos hacia mí.

Le costaba pronunciar frases largas, dejando ver lo decaída que se sentía. A mí la impotencia me recorría al verla padeciendo de esa forma, con un dolor por el que no podía hacer nada para apaciguarlo.

Nada más terminar de comer salimos de mi casa, llevando conmigo su maleta, la que metí en el maletero del coche mientras ella ocupaba el asiento del copiloto, dispuesta a llegar cuanto antes al pueblo en el que estaba su madre.

—Mantenme informado de todo —le pedí mientras circulaba.

—Sí, tranquilo.

—No vayas a olvidarte de mí. —Carraspeé y obré un milagro, que riera por mis palabras.

—Eso es imposible, Alonso, pero quizás tú...

—No vuelvas a ir por ahí —negué—. Creo que te lo dejé bien claro, ¿no? —La miré de reojo viendo como asentía—. Me reafirmo en lo que te dije, me tienes aquí y seguiré estando para ti.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí —susurró emocionada.

—No ha sido nada comparado con todo lo que he recibido, Naomi —respondí centrado en la carretera, cuando llegamos a la entrada del pueblo.

Unos minutos después llegamos a la puerta de la casa. Me bajé para sacar la maleta y me despedí de ella con un fuerte abrazo y varios besos. Todo me supo a poco y con un nudo en la garganta la vi caminar hacia una puerta que quedaba al lado de una reja grande. Desapareció por ella después de un último adiós con un gesto de la mano.

Inquietud, eso fue lo que sentí cuando me quedé solo, haciendo un recorrido visual de lo poco que quedaba a la vista de la casa. Esperaba que terminara de asimilar lo que había sucedido y el nuevo camino que le esperaba a ella y a su madre, y que se centrara en lo realmente importante para salir a flote.

Solté un suspiro montándome otra vez frente al volante y me puse en marcha para regresar a casa, con la necesidad de que quisiera volver a saber de mí. Una necesidad imperiosa que empezó a pasarme factura conforme me alejaba de ella, y no de la mejor manera por las posibilidades que había en juego.

Capítulo 15



Desde el día anterior no sabía nada de Naomi, después de dejarla en el pueblo con su madre. No había tenido ningún contacto con ella y no porque no lo hubiera intentado. Le había escrito varios mensajes, a distintas horas, pero había dejado de insistir al ver que no me respondía a ninguno de ellos, ni siquiera los había visto.

Sentía una gran desesperación por no poder estar al tanto de lo que estaba sucediendo y mis pensamientos volaban en malas direcciones ante su desconexión de mí. Pero necesitaba su espacio y yo dárselo, esos eran los motivos por los que estaba dejando pasar el tiempo para saber de ella.

Estaba sentado en la terraza del jardín y le di el último sorbo al café, apurándolo. En aquel instante, la temperatura era perfecta y consiguió mitigar el calor sofocante que tenía, hacía apenas un momento que había salido exhausto del gimnasio, habiendo llevado mi cuerpo al límite haciendo deporte.

Nada más terminar había ido directo a la cocina para hacerme un café porque no eran ni las ocho de la mañana cuando terminé. Hacía horas que estaba activo en vez de continuar en la cama, por ese motivo había ido de cabeza a hacer deporte, para bajar los nervios que sentía.

Me levanté para llevar la taza al fregadero y fui directo a darme una ducha, para terminar de rematar el comienzo del día.

Carlos no tardaría en llegar al chalé en la playa. Había tenido que madrugar porque iban a poner las carpas y dejar colocados los detalles de última hora para el martes, que era el día del cumpleaños de Cata. La noche anterior quedé con él en que me pasaría por allí temprano, para ayudarlo por si hacían falta más manos.

Antes de meterme en la ducha le mandé un mensaje, recibiendo su respuesta de que ya iba de camino. Sin perder tiempo entré en el baño y salí rápido, vistiéndome de la misma forma. En menos de veinte minutos ya estaba saliendo del garaje para reunirme con él.

Era lo que necesitaba, estar activo con cualquier cosa porque si no, estaría con el móvil en las manos, pendiente de recibir noticias de Naomi o mirando su Instagram para recordar momentos,

y con la tentación, pendiente de un hilo, de volver a escribirle o llamarla. ¡Mierda de todo! Le di un golpe al volante mientras negaba cabreado por cómo me sentía.

Cuando llegué accedí con el coche directo al jardín, dirigiéndome a la zona que quedaba apartada hacia un lateral. En ella dejábamos los coches, así lo habilitamos una vez que nos hicimos con la propiedad. Mientras caminaba hacia la vivienda pude ver que ya estaban montando las carpas y dos barras, a un lado de la piscina.

Justo cuando pasé por al lado de los trabajadores y los saludé, Carlos salió por la corredera que daba al salón. En cuanto me vio vino hacia mí, encontrándonos a medio camino. El abrazo de saludo no faltó.

—¿Sin noticias de ella? —Fue lo primero que quiso saber, supongo que mi cara era muy descriptiva.

—Ninguna —negué—. Te juro que me estoy volviendo loco, le he escrito y ni siquiera ha visto los mensajes. —Me pasé una mano por el pelo.

—Tranquilízate, el marrón que se habrá encontrado al llegar junto a su madre la tendrá entretenida y dispersa. —Me apreté un hombro.

—Si lo que más rabia me da es que lo sé, joder. Pero no puedo evitar sentirme cómo me siento, estoy preocupado.

—Anda ven, vamos a la cocina y preparo dos cafés. Voy a contarte algo que espero que no te ponga peor... me he enterado por casualidad, pero anoche no quise agobiarte sin estar a tu lado para ponerle remedio, y como hoy habíamos quedado aquí... por eso he preferido esperar.

—¿Qué pasa? —Fruncí el gesto sin saber por dónde iba a salir con sus siguientes palabras. Miedo me dio con los frentes que tenía abiertos.

No me contestó, pero sí movió una mano como queriéndole quitar importancia. Nervioso e inquieto lo seguí y lo ayudé a preparar los cafés, mirándolo de reojo por su silencio repentino.

—Anoche estuve en el Club y resulta que me encontré a Matías, el dueño de la cadena de *spas*.

—Sí, sé de quién es.

—Pues se acercó a mí y nos tomamos unas copas porque hacía tiempo que no coincidíamos. Por cierto, me preguntó por ti, me inventé una excusa rápida y terminó dándome recuerdos —asentí—. Bueno a lo iba, que, entre unas cosas y otras, hablando y animándonos, me contó algún que otro cotilleo. Y da la casualidad de que uno de ellos era referente a Tatiana.

—¿La de la firma de joyas? —Levanté una ceja porque me importaba bien poco la información que tuviera sobre ella.

—Sí, esa misma —confirmó.

—¿Qué tiene que ver esa mujer con lo que me has dejado caer? Has dicho que esperas que no me ponga peor... como si me interesara saber si se ha hecho algún retoque estético más, porque dudo que sea algo diferente. —Bufé.

—De eso va sobrada, sí. —Rio—. Pero no va por ahí el tema —negó.

—Dímelo ya —le pedí cuando tuvimos las tazas en las manos y nos dirigíamos a la terraza, para estar al aire libre y seguir el proceso de los trabajadores desde lejos, por si necesitaban algo.

—Resulta que es la amante de un señor que es asiduo al Club y que es el propietario de una cadena de hoteles y centros comerciales. ¿Cómo te quedas? Y el muy desgraciado se paseaba con su mujer por las instalaciones estando la otra por allí —dijo de carrerilla cuando nos sentamos.

—¿Estás hablando del padre de Naomi? —Agrandé los ojos.

—Así es, la tercera en discordia es Tatiana y por lo visto no es un secreto que llevan bastante tiempo liados. Tío, que nosotros vamos a nuestro rollo y no nos enteramos de la misa la mitad.

—Puso los ojos en blanco—. Tampoco es que nos interese, pero si lo hubiéramos sabido por anticipado...

»Dejó de ser «secreto» porque el viernes por la noche después de que su mujer lo pillara en plena faena con la siliconada y de que abandonara la casa familiar para irse al pueblo, el desgraciado, y me quedo corto en la descripción, se paseó por todo el Club anunciando a bombo y platillo que por fin se había desprendido de la carga que tenía y que había rehecho su vida con la diseñadora de joyas.

»Iba con ella y Matías destacó la sonrisa de oreja a oreja que no se le borraba a ella, mientras lo propagaban ante todos los que se encontraron para que se hicieran eco de la noticia y circulara rápido.

»A pesar de lo mal que me sentó el saberlo, no veas cómo me reí con Matías cuando empezó a decirme que pensaba que los labios de ella iban a explotar en algún momento de la noche, porque con el último retoque que se ha hecho tiene más volumen en ellos que en los pechos. —Rio, yo no pude seguirlo, pero sí que dejé ver una pequeña sonrisa ante su diversión y al imaginármelo, porque no lo dudaba.

—No me jodas —dije después de un darle un sorbo al café—. Me parece despreciable que en menos de veinticuatro horas actuara de esa forma, aunque ni durante el resto de su vida tendría derecho a hacerlo y mancillar el nombre de la que ha sido su mujer durante más de media vida, la madre de su hija.

»Como me toca los cojones tanta falta de respeto, tío. —Eché la espalda hacia atrás en la silla, cabreado—. ¿Cómo ha podido cagarla tanto? ¿Cómo se ha precipitado de esa manera? Ha querido vanagloriarse delante de la gente y en lo que se va a convertir es en el hazme reír de todos.

—Como si nos importara el resultado. Tendrá lo que se merece, ni más ni menos. —Se encogió de hombros y asentí conforme—. Por lo visto llevan juntos mínimo dos años y la gran mayoría de los del Club eran conocedores del lío que se traían entre manos. Muy fuerte todo.

»Ese hombre ha perdido la cabeza por Tatiana y estaba deseando sacarla a la luz. Estoy

seguro de que le ha venido genial que la madre de Naomi lo pillara, así él no ha tenido que tomar la iniciativa para dejarla con cualquier excusa asquerosa.

—¿Hasta dónde es capaz de llegar el ser humado para beneficiarse, tío? No tiene escrúpulos —negué con rabia pensando en Naomi.

—Hasta límites insospechados, hermano —negó con los mismos sentimientos que yo—. Por suerte hay hombres con todas las letras de la palabra, que van de frente y saben lo que quieren. Lo más fuerte es que ha sacado del Club a Naomi y a su madre para que no puedan acceder a él. Todo un portento de hombre, sí señor.

—Que hijo de puta. —Me levanté nervioso, empezando a dar vueltas delante de él.

—Siento darte tan malas noticias. —Hizo una mueca.

—Has hecho lo que debías, como siempre —asentí parado frente a él, recibiendo una sonrisa suya—. Si se piensa que va a conseguir lo último lo lleva claro, tendrá que pasar por encima de mí.

—¿A qué te refieres?

—Que Naomi va a ser asidua al Club siempre que quiera y le apetezca. Vendrá conmigo o por libre porque la voy a meter como visitante fija en mi ficha de acceso. Como si tengo que añadir a la madre también, solo por presenciar la cara que se le quedará a ese gilipollas cuando las vea por allí, pensándose que no pueden estar. —Me pasé las manos por el pelo, agobiado.

»Aunque con el dinero que tiene la madre le supondría bien poco hacerlo por su cuenta, haciéndose socias las dos. Por lo que me contó Naomi es beneficiaria de gran parte del patrimonio familiar, y las tierras y los centros comerciales están a su nombre, son de su propiedad.

—Eres mi ídolo. —Rio—. Aunque no sé si conseguirás lo primero.

—Ya, esa es otra, las pocas ganas que, al menos, a Naomi le habrán quedado de ir. Y más, cuando sepa el percal —negué.

—Dale tiempo, ya se verá. El tema era que ese tío ya se ha encargado de gritar a los cuatro vientos con quién se pasea y a quién se beneficia, sin el menor reparo ni respeto. Son la comidilla del Club porque el viernes se comían a besos delante de todos, pasando casi a mayores sin importarles nada. Eso es lo que buscaban los dos, para dejar claro lo que había.

—Necesito hablar con Naomi, para avisarla y que no se lleve el *shock* de golpe. Le voy a enviar un mensaje para no llamarla, por si está agobiada o no puede. Aunque no sé si lo verá porque los que le escribí ayer siguen igual —negué sacándome el móvil del bolsillo del pantalón, decidido a hacerlo.

Alonso: *Hola, preciosa. ¿Qué tal estáis? Te echo de menos.*

No quise entrar al asunto directamente, primero necesitaba llegar a ella y saber algo de información, por lo que repetí casi las mismas palabras, pero de diferente manera, de las que le envié anteriormente. Me quedé sorprendido al ver que esa vez sí, enseguida entró en la conversación. Los tres vistos aparecieron en azul y me empecé a impacientar cuando vi en la pantalla «escribiendo».

—Debe estar explicándome toda la situación porque lleva un rato escribiendo. —Miré a Carlos.

—Seguro. Quédate hablando con ella tranquilo, yo voy a acercarme a ver cómo llevan el montaje, ya no les tiene que quedar mucho para terminar. Ahora vengo.

—Gracias —murmuré desviando la mirada al móvil, sintiendo su apretón en hombro.

Mientras esperaba a que llegara el mensaje se me pasaron tantas cosas por la cabeza... los segundos se me hicieron eternos, agobiantes. Y por fin llegó el momento, recibí el mensaje, pero uno muy diferente al que esperaba. Me quedé tan desconcertado y fuera de lugar... el mundo se me vino encima sin verlo venir, otra vez.

Naomi: *¿Qué quieres de mí? ¿No te parece poco todo lo que me has hecho? ¿No estás contento con haber jugado con mis sentimientos sin importante el dolor que ibas a ocasionarme? Qué bien te lo has tenido que pasar a mi costa, pareciendo incrédulo con la situación e indignado, yo que te tenía en un pedestal... ¿De verdad tienes la desfachatez de preguntarme cómo estamos después de haber estado al tanto de lo que hacía mi padre con esa mujer desde hacía mucho tiempo y de ser cómplice de ello? ¿Después de fingir y propiciar un tropiezo conmigo? ¿Después de seguirme hasta Marruecos para asegurarte de que yo me quitaba de en medio para cuando mi padre actuara como lo ha hecho? ¿Para que mi madre se enterase de su mierda de verdad, de la peor manera? Lo sé todo, ahora soy consciente de la realidad. Eres un sinvergüenza y no quiero ni oír tu nombre. No te acerques a mí o te juro que hago que duermas en el calabozo. Te odio.*

De la impresión que me llevé me tambaleé y tuve que dejarme caer en una silla que tenía al lado al perder las fuerzas, sin poder salir del asombro, releyendo una y otra vez el jodido mensaje. Después de unos segundos, cuando me recompuse algo, tecleé todo lo rápido que pude porque me temblaban las manos.

Alonso: *Naomi no sé de qué me estás hablando y qué te han dicho. No tengo ni puñetera idea del motivo de tus palabras, pero te estás equivocando, no sabes cuánto. Vamos a vernos y lo hablamos cara a cara, por favor.*

Le di a enviar con ansiedad, pero en ese momento me di cuenta de que me había bloqueado y no solo por WhatsApp también en las redes, a las que accedí nervioso.

El móvil se me resbaló de las manos ante la realidad, con la vista nublada por las lágrimas acumuladas. Cayó al suelo, poco me importó porque no pude moverme, ido completamente sin poder enfocar la vista.

—Esto no está pasando —murmuré sin ser consciente—. Tiene que ser una broma pesada, eso

es.

Carlos que se estaba acercando hacia mí, al ver mi situación, corrió los últimos pasos, poniéndose en cuclillas delante de mis piernas.

—¿Qué mierda ha pasado? Alonso, ¿me oyes? No me preocupes, tío. Dime algo. —Sentí sus manos en la cara, zarandeándola, pero ni aun así no reaccioné.

Lo poco que pude hacer fue levantar la cabeza hacia él, dejando la vista fija en la suya, sin verlo bien en realidad.

—¡¡Joder!! —Escuché su quejido lejano y vi su figura borrosa cuando desapareció de delante de mí.

Cuando sentí el frío en la cabeza entendí que había entrado en el chalé para coger algo para activarme. Me pasó una toalla chorreando de agua fría por el pelo, por el cuello, por los brazos y manos... hasta que la dejó sobre la nuca y se posicionó otra vez delante de mí, esa vez arrodillándose. Gracias a todo lo que hizo pude centrarme en él, lo vi con claridad.

—Tío, háblame o te monto ahora mismo en el coche y te llevo al hospital.

Hice un gesto con la cabeza hacia el móvil que seguía en el suelo y entendió que le estaba pidiendo que lo cogiera, para mirarlo. El mensaje de Naomi seguía en la pantalla porque después de comprobar lo de las redes sociales, había vuelto a entrar en la conversación para releerlo.

—¡No me jodas! ¿Qué mierda es esto? —soltó cabreado cuando terminó, dejando con un golpe seco el teléfono encima de la mesa que quedaba cerca— Escúchame, reacciona ya, ¿vale? Esta situación no se va a quedar así, ¿me oyes? Tienes los cojones muy bien puestos como para no enfrentarlo y hacer lo que debes hacer. Si hace falta me planto delante de ella porque a ti, nadie, pero nadie, te va a ensuciar el nombre y la persona que eres. Me cago en todo, joder.

—¿Quién ha podido decirle tantas mentiras sobre mí? ¿Tantas barbaridades? —susurré consiguiendo hablar.

—No tengo ni puñetera idea. —Me agarró de la nuca, sobre la toalla mojada, acercándose a él —. Pero quien haya sido el desgraciado no solo se las va a ver contigo, créeme.

—No quiero que te metas en líos, no quiero que hagas nada —susurré negando.

—Haré lo que tengo que hacer y punto. Ahora lo que quiero es que termines de ponerte bien.

—La he perdido.

—No has perdido una mierda, hermano. Esa mujer está enamorada de ti y por mis cojones que todo se va a arreglar.

—En la vida había visto a su padre, hasta el día de la playa, cuando choqué con Naomi —

murmuré—. Pero, aunque lo hubiera conocido, jamás hubiera sido participe de algo parecido. —Tragué saliva—. ¿Cómo puede pensar eso de mí? Con todo lo que he hecho por ella. —Varias lágrimas resbalaron por mis mejillas, las que me retiró mi amigo, mi hermano, mi confidente, mi todo...

—Estás hablando conmigo, tío, conmigo que te conozco más que tú mismo. Esa posibilidad ni siquiera podría venirme a la mente y para quien te conoce un poco, tampoco. Quién lo ha hecho, ha ido con toda la maldad del mundo, pero le va a ser devuelta y no la va a poder ni digerir, eso te lo aseguro como que me llamo Carlos.

»Deja de pensar o, al menos, inténtalo un poco, ¿vale? Ella piensa eso porque le han comido la cabeza con esa información dañina y con lo sensibilizada que está con el tema por lo que le ha afectado... no es capaz de ver con claridad la realidad.

Asentí sin fuerzas para decir nada más. El fuerte abrazo que me dio me reconfortó, pero ni por esas conseguí mejorar mucho. Al no hacerlo entré en el chalé para aislarme y quitarme de la vista de los trabajadores, aunque en ningún momento habían dirigido sus miradas hacia nosotros, siendo discretos, así me lo notificó Carlos. Aun así, quise encerrarme hasta que se fueran.

El resto del día lo pasé hecho una mierda, con mi amigo intentando animarme de todas las maneras posibles. Las carpas y las barras quedaron montadas, eran una cucada para la vista por cómo las decoraron. Todo quedó listo para el gran día, todo, menos yo, que me sentía hundido en la miseria.

Fueron varias las veces que lloré en silencio, sin mostrar nada, solo me delataron las lágrimas que se escapaban de mis ojos, con los que parpadeaba rápido para contenerlas. Carlos no se separó de mí en ningún momento, se encargó de pedir la comida para no movernos del chalé y comimos en la terraza.

Lo intenté, me llevé varios bocados a la boca, pero mi plato quedó casi lleno, a pesar de su insistencia para que hiciera un esfuerzo porque me sentaría bien. No lo conseguí, tenía un nudo constante en la garganta y el estómago cerrado por completo, todo un logro lo poco que tragué.

Domingo y al día siguiente tenía que volver a la rutina, a trabajar... fue lo que pensé varias veces, sin tener fuerzas para enfrentar lo que estaba por venir. Necesitaba un poco más de tiempo, solo un poco y conseguiría reaccionar porque el choque emocional había sido muy fuerte e inesperado como para digerirlo tan rápido.

Pero lo haría, y tanto que lo haría, y cuando sucediera cogería el toro por los cuernos para llegar hasta el final de las calumnias que habían dicho sobre mí y para enfrentar a Naomi, yendo con mi verdad por delante frente a ella, se pusiera como se pusiera. Me iba a escuchar y, sobre todo, me iba a ver para que no le quedara la más mínima duda de la realidad.

¿No dicen que una imagen vale más que mil palabras? Pues se la iba a dar de mí.

Capítulo 16



Lunes y podía considerarlo uno de los más amargos de mi vida. Me quedé unos minutos dentro del coche, con la vista ida y pensativo. Acababa de estacionar en el aparcamiento del trabajo, como siempre, a mi hora habitual, faltaban pocos minutos para las ocho de la mañana. Si no fuera porque tenía mucho acumulado encima de la mesa, después de los días libres que me había cogido, no hubiera salido de casa.

Pero tampoco quería eso porque ¿para qué? No me convenía hacerlo, terminaría dándole más vueltas a la cabeza y ya tenía el cupo lleno, iba sobrado. Aparte, necesitaba encerrarme en el despacho y hacer un día intensivo porque al día siguiente era la fiesta de cumpleaños de Cata, la madre de Carlos, y daba por hecho que no aparecería por la oficina hasta dos días después, contando con la resaca con la que terminaría. No iba a escatimar en intentar desconectar, olvidar todo el agobio que no podía quitarme y me atormentaba.

Me pesaban tantas cosas... la pérdida de mi padre todavía estaba muy latente en mí y continuaría siendo así porque era muy reciente. He dejado ese tema un poco apartado, sin hacer ningún comentario, lo que no quiere decir que no lo llevara por dentro. Pero es que los acontecimientos que había vivido habían precipitado que mi mente se centrara en otras cosas, aflojando un poco la intensidad de la pérdida.

En cierta forma había sido un salvoconducto que me había hecho poner la atención en otros pensamientos. Pero sí, dolía y mucho, haciéndose cuesta arriba. Después estaba lo de las pruebas de ADN, referente a ellas no había querido pensar de más, lo había controlado cada vez que me asaltaban las dudas. Ya lo haría cuando llegase el momento de tener los resultados en mis manos. Ese sería el instante en el que tendría que enfrentar la situación e indagaría en los porqués, si es que salían positivas. Y Naomi... sacudí la cabeza, sintiendo cómo el agobio se adueñaba de mí, otra vez. Demasiadas cosas de golpe, demasiados sentimientos frustrados, demasiado de todo para gestionarlo con un chasquido de dedos.

No tenía el cuerpo para celebraciones, ni puñeteras ganas, pero dado de a quién íbamos a festejar, iba a sacar todas las pocas fuerzas que me quedaban para celebrar un día tan importante como lo era para Cata, una pieza vital y de sumo valor en mi vida.

Salí del coche necesitando respirar el aire de la calle. Lo cerré y cogí varias bocanadas antes de

empezar a caminar hacia la entrada principal del edificio. Nada más acceder a él y dar varios pasos, Letizia esbozó una sonrisa al verme, dándome los buenos días, lo que yo correspondí como hacía siempre, con un guiño sin pararme, yendo directo hacia ascensor.

Cuando llegué al despacho y me aislé, lo primero que hice fue dirigirme hacia la sala donde tenía la cafetera, necesitando un café urgente, antes de sentarme para centrarme en el trabajo. A ver si podía conseguirlo, no me quedaba otra, pero por cómo tenía la cabeza sabía que me costaría más de la cuenta concentrarme.

Me senté en la silla dándole un sorbo al café, ¿y qué hice a continuación? La tontería más grande porque cuando uno está tan afectado, relacionado con los sentimientos, la mayoría de las veces se acaba pecando, aunque ello suponga martirizarse más de lo que ya estamos.

Me había abierto otra cuenta de Instagram, falsa, solo para ver el perfil de Naomi y tener acceso a él. Ya, a masoca no me ganaba nadie, lo sé, como tampoco referente a muchas otras cosas que sí iban a favor mío. No había nada nuevo, la última publicación era la que subió en Marruecos con las fotos que le hice. Tragué saliva, lo tenía tan presente... con rabia dejé el móvil a un lado, no queriendo ni verlo en ese instante por la rabia que me entró.

No me atrevía a escribirle porque sabía que me bloquearía también, solo necesitaba tener otra forma para seguir viéndola, aunque fuera en fotos, al menos hasta que me pusiera delante de ella y le plantara cara, para aclarar las cosas porque no pensaba dejarlo como estaba, ni por asomo. Sabía que continuaba en el pueblo, pero todavía no me iba a presentar allí y tampoco quería.

Cuando sucediera sería en un territorio neutral, fuera del alcance de donde vivía y de su madre, porque imaginaba que estaría al tanto de todo y quería ahorrarme el tener que enfrentarme a ella, si es que se envalentonaba a encararse conmigo por el «supuesto» daño que le había hecho a su hija, cuando ella todavía seguía afectada por su situación y tenía la mente nublada referente a las relaciones. La amenaza de Naomi, la de que iba a denunciarme si me acercaba a ella, me la pasaba por una parte muy concreta de mi cuerpo.

Así de claro, porque si había escuchado a quién fuera que le había dicho tantas mentiras sobre mí, iba a hacerlo igual, directamente, dirigido hacia mí. Me lo merecía, aunque ella no lo pensara, me lo había ganado y de ese pensamiento no me bajaba nadie, ni del pedestal en el que estaba subido. Nada me iba a frenar para actuar como debía, quería y necesitaba, punto.

Dolía tanto todo y no era la primera vez que se asentaba en mí la sensación tan desagradable que tenía, una muy jodida que apretaba con fuerza en mi interior. Me moría por ver otra vez su sonrisa, sus miradas dedicadas exclusivamente a mí, su timidez cada vez que le decía algo por lo que sus mejillas se cubrían de rubor, los besos y roces que me calmaban... necesitaba tenerla cerca, como quería y deseaba.

Mi mundo estando ella en él era de una manera muy diferente a lo que había vivido los últimos días. Dentro de mí había nacido una conexión tan grande hacia ella, fuera de lo normal, una que había conseguido que desconectara de todo lo que me pesaba.

Estaba metido en mis pensamientos, sin trabajar una mierda, cuando Carlos apareció por la

puerta. Centré la atención en él, viéndolo caminar hacia mí y me levanté al saber que me daría un abrazo. Así fue, el que le devolví con fuerza.

—¿Todo lo de mamá listo? —pregunté.

—Va todo rodado y perfecto, será un cumpleaños que no olvidará. —Me hizo un guiño.

—Eso espero. —Sonreí un poco. Un gesto que no me salió con la alegría que debía ser.

—¿Te apetece salir de aquí al mediodía? Podemos ir a comer al Club.

—Sí, sí, claro, me vendrá bien que me dé el aire —asentí aceptando—. Me viene genial porque quiero ver si por casualidad me encuentro al padre de Naomi. Así sabré si llamo o no su atención, o se pone nervioso, o reacciona de alguna manera. Ello me dará una respuesta clara y concisa porque estoy cada vez más convencido de que el culpable de lo que nos ha pasado es él.

»Con lo controlador que es y teniendo en cuenta lo que lo une a Marruecos, debe tener muchos conocidos y ello lo llevó a enterarse de alguna forma de que su hija estaba con alguien en Tánger. No se me va de la cabeza que aprovechó la situación para arrastrar conmigo también. Lo que no sé, es si sabe quién era el hombre que acompañaba a Naomi, si me encasilla o lo hizo al azar.

—Todo es posible, no me sorprendería nada —negó haciendo una mueca, quedándose pensativo—. Pero también me planteo muchas preguntas que desmontarían lo que piensas. No sé, creo que ha estado tan ocupado con Tatiana que a ese lo que menos le importó es con quién estuviera su hija, ni lo que hiciera.

—También lo pienso por momentos, tengo la cabeza hecha un caos de todo lo que me pasa por ella. —Me froté la cara, agobiado—. Es que... ¿De dónde pudo sacar Naomi todo lo que me escribió? No tiene lógica, ¿quién me ubicaba en Marruecos? Nadie sabía que íbamos hasta allí, fue todo a la carrera —negué sin poder dejar de pensar.

»Ella no se lo ha inventado, sentí su dolor incluso sin verla. Y tampoco ha sido para darme largas al llegar a España, lo sé, lo siento. —Me froté el pecho—. Fue ella la que se animó a pasar la última noche conmigo, vivimos momentos muy bonitos e intensos durante los días que estuvimos juntos, tío. No quería separarse de mí.

»Me voy a volver loco, te lo juro, esta situación está pudiendo conmigo. Hasta he pensado en que la culpable es Tatiana, pero ¿qué sentido tiene? Ella no tiene nada en contra de nosotros y no sabía de mi acercamiento hacia la hija de la que ahora es su pareja.

»No hay por dónde cogerlo porque el día que conocí a Naomi en la playa, cuando chocamos, ahí no mostré nada, solo algunas miradas que quedaron entre nosotros dos. Ni sus padres se dieron cuenta y después todo fue a través de Instagram y el viaje repentino, siguiéndola. No tengo claro cómo lo haré, pero pienso hablar con ella sin importarme su advertencia ni las consecuencias.

—Solo hacía falta veros juntos. Por cómo te miraba, sonreía, lo relajada que estaba antes de la bomba de su padre... Naomi se deshacía contigo.

—Lo sé. —Me pasé las manos por el pelo—. Por eso no entiendo una mierda, ni siquiera me ha

dado un voto de confianza, no ha dudado en lanzarme al vacío.

—No se lo tengas en cuenta, con la que tiene encima no ha sabido gestionarlo y si la información le ha llegado de alguien conocido... no se ha parado a poner en una balanza si era cierto o no, simplemente ha reaccionado por instinto de protección, hacia sí misma. El dolor que tiene su madre y el que le estará traspasando, tampoco la ha ayudado para tomar una mejor decisión. Va, no te agobies más —me pidió con cara de preocupación.

—Soy consciente de todo —susurré—. Y yo quería trabajar hoy. —Bufé.

—Lo vas a hacer y te va a salir bordado, como siempre. Venga, voy a ponerme yo también. Si te vienes abajo estoy a una llamada de distancia y vengo corriendo, si no, nos vemos en el Club a las tres. No te digo de ir juntos porque quiero pasar por casa para ponerme el bañador y que tú también lo hagas. Seguro que después de comer nos apetece tirarnos un rato en una hamaca para descansar tras darnos un remojón.

—Vale —asentí agradeciéndoselo, sin muchos ánimos.

Cuando volví a quedarme solo, rodeado de silencio, intenté bloquear la parte de la cabeza que no me dejaba avanzar, para concentrarme. Me costó horrores hacerlo y la mayoría del tiempo fallé en el intento. Continuamente me levanté sin poder estar quieto durante mucho tiempo, perdí la cuenta de cuántas veces sucedió. La mañana podía resumirla en hacerme cafés y bebérmelos parado frente a la cristalera, mientras dejaba vagar la mirada perdida hacia el exterior, sin ver realmente la ciudad que quedaba delante de mí.

Las horas pasaron, tan lentas como desquiciantes. A ratos pude ponerme con el trabajo y podía estar satisfecho porque por cómo me encontraba, al final conseguí dejar varios papeleos cerrados y unas propuestas de *marketing* encaminadas. Lo más urgente lo hice, el resto, no tenía cabeza para ello y no queriendo agobiarme más, lo dejé apartado.

Antes del mediodía salí del edificio, dirigiéndome a casa para cambiarme de ropa y ponerme el bañador. A las tres menos diez ya estaba en el Club tomando una cerveza y esperando a Carlos. Había salido de la oficina bastante antes de la hora normal, pero es que se me caía todo encima.

Capítulo 17



Sentado en la terraza del restaurante que estaba cerca de la piscina, que era donde le había dicho a Carlos por mensaje que me encontraría, bebí un trago largo, refrescándome la garganta mientras tenía la vista fija hacia el horizonte. Pensativo, cómo no, recreando en mi mente el mensaje de Naomi porque me lo sabía de memoria.

Dicen que la vida te pone las respuestas en el camino cuando menos te lo esperas y, en ese instante, fue lo que sucedió. Sin moverme, sin hacer ningún gesto que me delatara y sin mostrar nada fuera de lo común, así reaccioné al escuchar una voz femenina saludándome por la espalda, alegremente. No tuve problema en reconocerla, incluso antes de girarme hacia ella.

—Vaya, Tatiana. —Me hice el sorprendido mientras me levantaba, mostrando la misma alegría que ella—. ¿Qué tal estás? —pregunté antes de darle dos besos y un abrazo corto y rápido.

Vamos que corrió más el aire entre nosotros que nuestro roce y acercamiento, pero lo hice tan sutilmente que ni se dio cuenta.

—Bien, muy feliz —respondió sonriendo de oreja a oreja—. ¿Te has enterado de que Amin y yo hemos formalizado públicamente nuestra relación? —Empezó a jugar con un mechón de pelo, coqueta.

Anda que ha tardado mucho en soltarlo, pensé.

—No tenía ni idea de que estás comprometida, menuda noticia. Perdona, pero ahora no caigo, ¿quién es Amin? —Le señalé la silla que estaba al lado de la mía, invitándola a sentarse mientras yo lo hacía, siguiendo con mi ignorancia hacia ella.

De premio Goya, ya os lo digo, esa fue mi actuación frente a ella.

—Una cerveza, por favor —le pidió al camarero que se acercó a nuestra mesa.

—Dos —rectifiqué rápido, antes de darle el último trago a la que tenía para que se la llevase, necesitando un extra.

—Amin es el dueño de los hoteles y centros comerciales *Aduarales*.

—Ahora caigo, joder, no me ubicaba. —Reí relajado—. Son unas cadenas muy lujosas, tanto los hoteles como los centros comerciales.

—Eso es. —Sonrió satisfecha—. Él es miembro del Club, pensaba que lo conocías.

—La verdad es que no he tenido el placer, no he coincidido con él. Ya sabes que cuando vengo con Carlos, o por mi cuenta, voy a lo mío y muchas veces no me fijo de a quién tengo alrededor. Más de una vez saltáis encima de mí, saludándome. —Me moví en la silla, cambiando de postura.

—Lo sé. —Rio porque no había dicho ninguna mentira.

—Pues me alegro mucho. Se te ve muy feliz. —Ahí estaba yo, metido por completo en el papelón que estaba haciendo.

—Realmente llevamos dos años, pero a Amin le ha costado un mundo poder dejar a su mujer. Lo amenazaba con la hija, hasta se la ha llevado para hacerle daño.

—¿Tienen una hija pequeña?

—No, no, es mayorcita. Tiene veintiséis años, pero es su niña pequeña, la única. Amin está muy decaído porque ahora, con lo que ha pasado, ella no lo quiere ni ver. Su madre le ha metido muchas mentiras en la cabeza, entre ellas que la ha engañado con otra... —Menuda contención tuve que hacer. Y se quedaba tan pancha soltándome eso, cuando ella misma había confesado que llevaba dos años con él y estaba casado. Mandaba cojones. ¿Pues no era verdad la supuesta mentira que decía?

»Le tendría que haber dicho la verdad, que no se han separado antes porque ha estado amenazado con perder a su hija y por un tema que tenía pendiente. Esto último se trata de una inversión que hasta hace una semana no ha podido cerrar. Por eso, por fin, ha dado el paso y la ha dejado. —Que facilidad tiene la gente para airear sus asuntos personales, me dije sin salir del asombro, sin mostrar nada hacia ella—. Lo de la inversión le salió bien, pero por desgracia lo de su hija... no quiere saber nada de él, lo ha bloqueado por todas partes.

»Amin está muy jodido porque la ama con locura, pero su madre es una enferma y una mentirosa compulsiva. Siempre lo ha controlado todo y más a la niña, dominándola como le ha parecido —negó y en ese punto me quedé pensativo, interiorizándolo todo porque la información podía suponer una vuelta de turca.

»Esa mujer le ha hecho creer que todo es culpa de su padre. —Hizo una mueca, molesta por ello—. Veremos a ver cómo se da todo a partir de ahora, porque será cuando la hija se dará cuenta de por parte de quién venía el control principal que ejercían sobre ella, cuando vea que sigue igual sin tener contacto con él.

—Pero él imagino que habrá intentado acercarse a su hija por otros medios que no sea la tecnología, ¿no? —Quise saber antes de darle un sorbo a la cerveza, para refrescarme la garganta porque se me había quedado seca con todo lo que estaba soltando.

—No —negó varias veces—. Te explico cómo fue para que lo entiendas —asentí poniendo toda mi atención—. La madre ha actuado como si se hubiera encontrado de golpe con la situación,

nada que ver con la realidad. Ella sabía desde hacía más de una semana que se iban a separar, pero le pidió a Amin un tiempo, el necesario hasta que la hija se fuera a un viaje que tenía programado a Marruecos, para visitar a su abuela.

»De esa forma, según su pensamiento, la niña no tendría que sufrir el palo directamente. También le dijo que ella no se movería de la casa familiar hasta que sucediera, por el mismo motivo, para que la hija no viera nada raro antes de tiempo, así no padecería con la mudanza.

»Pero la intención real de esa cerda era tener bajo su mando a la hija y tener plena libertad para mentirle, sin que su padre pudiera rebatirlo. Cuando estaba de viaje en Marruecos la llamó haciendo el papel, diciéndole que Amin la había echado de su casa después de sorprenderlo con una amante. La niña regresó corriendo y se fue con ella, pero fue lo peor que pudo hacer porque su madre terminó por hacerse con el poder de la situación, llenándole la cabeza de mentiras, las que le convenían.

»Antes de bloquear a su padre le dijo por mensaje que lo culpaba de todo a él: de la infidelidad y de echarlas a las dos de malas maneras de la que había sido su casa de toda la vida. A Amin no le dio tiempo a responderle, lo bloqueó sin darle la opción. El problema es que no puede recurrir a los tribunales porque ella es mayor de edad y libre de decidir por sí misma.

»Está fatal —dijo con los ojos aguados. Tuve que removerme otra vez en la silla, incómodo—. Ha ido al pueblo donde están viviendo, ha llamado a la puerta, pero no le han abierto. La madre se llevó todos los juegos de llaves de los que disponían y él no ha querido sobrepasar ninguna línea más, para no empeorar la situación con su niña.

»Dentro de un ratito vendrá, lo estoy esperando. Ha ido al gestor. Me da tanta pena ver lo desanimado que está —soltó un suspiro, realmente afectada. Eso no había quien lo disimulara ni interpretara haciendo un papel, al menos si no eras un profesional para hacerlo. Se secó varias lágrimas con un pañuelo que sacó del bolso—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo?

—No. —Propicié que siguiera desahogándose porque lo necesitaba, al igual que yo escucharla, aunque estaba medio en *shock* por lo que estaba descubriendo.

—Que, como resultado de todo lo anterior, la madre de Amin lo ha rechazado, no quiere saber nada más de él. A saber, qué barbaridades le han dicho. —Frunció los labios.

—Lamento mucho toda la situación, Tatiana. De verdad.

—Gracias, Alonso. —Sonrió triste.

—¿Estás viviendo con él?

—Sí. Desde el viernes, desde que esa mujer desapareció me instalé en la casa de Amin. —Se encogió de hombros—. Es que en la que vivían es propiedad de él, única y exclusivamente. Al igual que ella tiene otra casa con las mismas condiciones, aparte de la del pueblo en la que está porque es de la herencia de sus padres. El resto de la fortuna la han dividido en porcentajes, pero todavía tienen un litigio por delante.

Cuando dejó de hablar apareció Carlos, el que llegó sonriente y me dedicó una mirada muy significativa, la que solo supe interpretar yo. Tatiana se levantó y lo saludó, alegre como siempre se mostraba, dejando a un lado lo mal que se había sentido con la conversación. Ella aprovechó

para ir al baño un momento, diciéndonos que enseguida volvía. Fue suficiente el tiempo que tardó para que yo pusiera al tanto de todo a Carlos, el que se quedó descolocado, pudiéndolo mostrar, lo que yo me había tenido que tragar.

—Tío, pinta mal. Después de todo lo que acabas de decir creo que lo hemos enfocado fatal, en la dirección errónea —negó y yo asentí—. A ver si va a ser la madre la que la está liando y de paso engañando a Naomi para llevarla por donde quiere... Aquí hay gato encerrado.

—Después de las confesiones de Tatiana yo también pienso igual. —Me presioné la frente, me había entrado un dolor...—. Me va a reventar la cabeza, te juro que no sé por dónde empezar, pero algo debo de hacer.

—¿Y si nos sinceramos a Tatiana?

—No lo he descartado, pero ¿y si ella es parte de la trama y me lo ha contado para señalar como culpable a la madre? Su posición tampoco es la más indicada para fiarse al cien por cien, ha sido durante mucho tiempo la amante y al final se ha salido con la suya. ¿Y si es lo que buscan ella y el padre de Naomi? Crear la duda para salir beneficiosos de la situación... ¿De quién cojones nos fiamos? Joder, tío, ya dudo de todo y de todos.

—Por ahora no abrimos la boca —asintió.

—Me ha dicho que Amin, el padre de Naomi, va a venir en breve. No sé si esperar a que aparezca para tenerlo delante y mirarlo a los ojos. Yo qué mierda sé, a lo mejor conseguimos ver si oculta algo por su comportamiento o si tiene constancia de que fuimos nosotros los que estuvimos con Naomi en Marruecos.

—Vale, lo hacemos. Ni puñetera idea por dónde saldrá la cosa, pero por intentarlo no perdemos nada —confirmó y volví a asentir.

Nos quedamos en silencio al ver a Tatiana acercarse, igual de sonriente como se había ido. Volvió a ocupar su silla y después de preguntarle si le apetecía que comiéramos algo para hacer tiempo y de su confirmación, llamé al camarero para pedirle que nos trajese unos entrantes para picotear, para compartirlos. Pocos minutos después los teníamos en la mesa junto a otra ronda de cervezas bien frías.

Veinte minutos después, en los que tuvimos una charla animada mientras saciábamos un poco el hambre, llegó Amin. Se acercó a nosotros sonriendo amablemente y después de darle un beso en los labios a Tatiana se centró en nosotros. Nos ofreció la mano como saludo de presentación, gesto que le correspondimos. Su expresión y su lenguaje corporal no nos dio a entender nada, ni tuvimos ni la mínima sospecha de que estuviera disimulando, lo que quería decir que para él éramos dos desconocidos.

Capítulo 18

—Son amigos, desde hace años aquí en el Club —le informó Tatiana.

—Algo me suenan sus caras —asintió mirándonos—. Seguramente habremos coincidido por

aquí alguna vez, pero reconozco que soy muy despistado —negó sonriendo.

—Tranquilo, nos pasa lo mismo y la mayoría de las veces como vamos a lo nuestro y venimos a desconectar, no nos paramos a mirar quién hay —comenté diciendo la verdad.

—Me alegra saber que no soy el único. —Nos sonrió.

—¿Has sabido algo de la niña? —le preguntó ella.

—No —murmuró mirándonos de reojo.

Su expresión cambió, mostrando lo que le afectaba el tema.

—Si queréis hablar en privado... —Tanteé, pero necesitando que dijera que no pasaba nada.

Necesitaba quedar bien porque eso me serviría para seguir indagando si es que decía que lo prefería. Suerte de la intervención de Tatiana.

—Amin, los he puesto al tanto de lo que está pasando. Como te he dicho son amigos, ya sabes que referente a lo de tu hija no suelo hablar con nadie, por mucho que me pregunten. Otra cosa es sobre nuestra relación porque lo dimos a conocer los dos. —Él le agarró una mano y se inclinó a darle un beso rápido en los labios.

—Si sois amigos de Tatiana, también lo sois míos —asintió conforme hacia nosotros. Se lo agradecemos con un gesto y después se centró en ella—. Su madre me ha mandado un mensaje diciéndome que, si molestaba a su hija, su hija —repitió indignado— como si fuera solo de ella —negó—, que iría a los medios de comunicación para contarle todo, como si nuestra vida fuera de interés público. —Apretó la mandíbula—. Estoy pasando una separación complicada —dijo mirándonos y justificando sus palabras.

—Lo comprendo y lo lamento. —Quise quitarle importancia porque era evidente lo agobiado que estaba. Opté por lanzarme porque lo que estaba viendo no era ni por asomo la imagen que me había creado de ese hombre. Me sinceré—. Sé que lo que le voy a decirle puede que no le guste. —Me eché hacia delante, apoyando los brazos en la mesa, sin apartar la mirada de él.

—¿A qué te refieres? —Frunció el gesto sin saber qué iba a decir, mientras que Tatiana me miraba con interrogación, a la espera de que continuara. Carlos asintió apoyándose porque tenía la misma sensación que yo.

—Hace pocos días que hemos regresado de Marruecos —continué, señalando a Carlos—. Vengo de estar con Naomi y regresó precipitadamente junto a nosotros, después de una llamada de su madre donde le informó de la situación.

—Pero... —Pasó la mirada de uno a otro— ¿Conocéis a mi hija? —Justo ahí tuve la respuesta que necesitaba, justo en ese instante una gran duda quedó aclarada. Él no era el responsable del mensaje que Naomi me envió.

—Carlos y yo estábamos alojados en el Riad de lujo que está a una calle de distancia de la casa de su madre, la abuela de Naomi. Ella es nuestra amiga —carraspeé—, bueno, lo era. —Cogí una bocanada de aire.

Continué explicándole lo que había vivido junto a ella, obviando algunos detalles que quedarían siempre para mí, pero al fin y al cabo le di la información que necesitaba. Cuando terminé de hablar le enseñé el mensaje que recibí de su hija, comentándole que me había bloqueado sin darme opción a aclararlo ni defenderme. Lo importante referente a él no me lo callé, por lo que también hablé sobre lo que Naomi me había dicho varias veces, haciendo alusión a lo controlada que siempre la había tenido y que él no la dejaba trabajar, solo queriendo que estudiara.

—¡Eso es mentira! —dijo elevando un poco el tono, pero no tanto como para llamar la atención de los de alrededor porque quedaban bastante apartados de nosotros—. ¿Cómo te llamabas? También me cuesta retener los nombres y con lo nervioso que me he puesto...

—Tranquilo —asentí—. Alonso.

—Alonso, como he dicho eso es mentira. Consigue traer a mi hija delante de mí y te demuestro que le compro el piso o la casa que quiera a su nombre, para que se independice. En la vida he obrado mal hacia mi hija, le daría un puesto de trabajo con los ojos cerrados, uno de directiva porque lo tiene de sobra ganado.

»Su madre es la que no quiere que trabaje para de esa forma, demostrar mayor nivel de vida familiar hacia fuera. Son muchas las peleas que he tenido con ella a cuenta de eso y, por no hablar de que siempre llamaba y molestaba a mi pequeña, tratándola como si no tuviera la edad suficiente para valerse por sí misma.

»Yo puedo referirme así a ella, porque siempre será mi pequeña, pero es en tono amoroso. Soy consciente de la edad que tiene y de su valía —negó con tristeza—. Ya es toda una mujer y ha demostrado sobradamente que sabe desenvolverse sin problemas. Ha vivido sola durante muchos años en otros países, en los que ha cursado diferentes másteres.

»Por Dios, no la soporto. —Se frotó la cara con desesperación, refiriéndose a la que todavía era su mujer, hasta que no se hiciera efectivo el divorcio—. Qué persona más horrible, qué asco me da —continuó—. Le ha metido a nuestra hija tantas cosas en la cabeza... —Tragó saliva y dejó ver la emoción que le provocaba. Los ojos le brillaron más de la cuenta, con lágrimas contenidas—. Yo solo quiero ver feliz y libre a Naomi, como padre solo quiero su bienestar por encima de todo. —Desvió la vista hacia la mesa cuando las lágrimas se le desbordaron, las que se retiró con rabia.

—Cariño. —Lo abrazó Tatiana, compungida.

—Creo que vamos a tener que luchar mucho, pero no me voy a conformar, de eso ni hablar —negué cabreado por tantas mentiras y deslealtad—. Pienso recuperarla, sea como sea —dije con sinceridad.

—Esa reacción y palabras... —Ladeó un poco la cabeza, observándome con atención—. Lo que has dicho de amigo...

—Vas por buen camino, estás pensando bien —confirmé sin esconderme, provocando que

sonriera.

Ante mi sorpresa lo aceptó sin problema, sin hacer referencia a la diferencia de edad que tenía con Naomi porque era algo evidente. Sentí una calma increíble ante su aprobación, porque así me lo demostró.

—Hasta ha puesto a mi madre en mi contra, no quiere saber nada de mí, de su hijo. Esa mujer es un veneno y todo lo que toca o pasa cerca de ella lo contamina. —Volvió a lo que le preocupaba, murmurando—. Qué desgracia que sea la madre de mi hija y que yo no haya sabido actuar en favor de lo que más quiero en este mundo.

»Al principio porque Naomi era pequeña y la pena podía conmigo, después el tiempo fue pasando y uno se va acostumbrando a las malas formas, lo que no tendría que suceder en la vida —soltó un suspiro de resignación.

—Si estoy en lo correcto, que creo que sí. Fue Naomi la que le contó a tu madre la situación, pero claro, le dio la que su madre le había dado, no la verdadera.

—¿En serio? —Tragó saliva con un poco de esperanza.

—Si aceptas mi consejo... —asintió— Ve a Marruecos, da igual lo que se resista a verte tu madre, ponte enfrente de ella y grítale tu verdad si hace falta. No puedes continuar así y tampoco permitir que te señalen como el culpable de algo que no lo eres.

—Gracias —asintió otra vez emocionado.

—Tranquilo, Amin —le rogué directamente porque yo tenía un nudo en la garganta que hasta me costaba respirar, al ver lo afectado e impotente que estaba.

Se me había girado el cuerpo al ver su dolor, el que reflejaba en sus gestos y mirada. No podía fingirlo ni hacerse el fuerte, por lo intenso que era.

—Si mi hija quiere estar contigo jamás se lo prohibiré, no soy nadie para hacerlo. A no ser que viera algo raro y que ella pudiera salir dañada... mi hija es muy responsable y por encima de todo siempre la voy a respetar y apoyar. Tiene decisión propia y si es lo que desea...

—Lo comprendo —asentí agradecido.

—Ojalá podamos llegar hasta ella. —Se frotó la cara y Tatiana que continuaba callada para no meterse en nuestra conversación, lo abrazó más fuerte porque no lo había soltado. Muestra de cariño que agradeció Amin dándole un beso.

Carlos también había optado por el silencio, dejando que nosotros interactuáramos, al ser los más implicados en el asunto.

—Haremos todo lo que sea necesario, cuenta con ello. —Volví a dejar claro, remarcando cada palabra porque si tenía que pasar por encima de la madre de Naomi y pisotearla, lo haría.

No había otra posibilidad después de saber cómo era y las malas artes que había tenido siempre hacia los que supuestamente debía querer y proteger.

—Lo haremos —afirmó con determinación.

Comimos los cuatro juntos y pudimos ser testigos directos de la complicidad que tenían Tatiana y él, de lo compenetrados que estaban. Las muestras de cariño no faltaron, pero muy sutiles al estar nosotros presentes. Al igual que las sonrisas que le dedicaba Tatiana demostrando lo enamorada que estaba de él.

Me había llevado una gran sorpresa con ellos, muy grata, de verdad que sí. Es increíble cómo cambia la perspectiva sabiendo la realidad y teniendo un acercamiento directo, el que nos había servido de mucho, a todos. Podía decir que Amin era transparente hacia fuera, un hombre bueno que transmitía todo el dolor que llevaba por dentro y que lo asfixiaba. ¡Cómo lo entendía!

Estuvimos con ellos hasta un tiempo después de terminar de comer, haciendo una pequeña sobremesa. Cuando nos levantamos Carlos y yo, para irnos, nos intercambiamos los teléfonos para mantenernos en contacto e informados el uno al otro. Nos despedimos de la pareja con un fuerte abrazo y una sonrisa, siendo el comienzo de algo que me dio la sensación de que se afianzaría con el tiempo, sin importar lo que sucediera con Naomi y conmigo.

Esa vez no optamos por ir a la playa, elegimos la piscina porque la teníamos al lado. Fuimos hacia una hamaca donde dejamos la ropa que nos quitamos y nos metimos un rato. Me sentó de lujo el cambio de temperatura porque tenía el cuerpo hirviendo, y no precisamente por el calor que hacía, sino por todas las emociones que me recorrían.

Dentro del agua, más relajados, nos tomamos una copa mientras intercambiábamos opiniones de cómo se había dado todo y, sobre todo, recordando la conversación que había tenido con Amin. A esas alturas tanto Carlos como yo lo teníamos claro, no había margen de error. La madre de Naomi estaba detrás de todo lo malo que había sucedido, yendo de víctima cuando en realidad era el peor ogro de todos.

Manipuladora y egoísta, a la que no le temblaba el pulso para salirse siempre con la suya, se llevara a quién se llevara por delante, incluida a su hija. ¿Cuántas veces había pasado por encima de ella? ¿Cuántas veces le había hecho daño pasando desapercibida porque siempre había señalado a su marido? Por suerte faltaba poco para que Amin dejara de serlo, o eso esperaba porque tenía claro que no se lo pondría fácil en el divorcio.

Cuando nos cansamos de estar en la piscina fuimos a la hamaca y nos tumbamos, en silencio. Ello provocó que poco a poco nos fuéramos adormeciendo, sintiendo la agradable sensación del sol secándonos y calentándonos, hasta que nos quedamos dormidos y no fue por poco tiempo. No sé ni cómo lo logré, pero el cansancio mental que tenía fue el detonante para que mi cabeza sintiera la necesidad de desconectar por completo.

Fui el primero en despertarme y como mi amigo seguía descansando, volví a la piscina, solo, para refrescarme porque una fina capa de sudor cubría mi cuerpo, al haber estado expuesto al sol, directamente. Pasé por la ducha y me lancé de cabeza al agua, sintiendo un alivio instantáneo.

Nadé un poco y cuando me cansé fui hacia el borde y apoyé los brazos en él, dejando descansar la cabeza sobre ellos. Necesitaba tanto ver a Naomi y poder explicarle que nada de lo que creía era cierto, hablar con ella después de todo lo que sabía... estaba dispuesto a llegar hasta el final, demostrándoselo de la forma que quisiera y necesitara. Me negaba a alejarme de ella, a no ser que una vez que supiera la verdad, que la tuviera en su poder, fuera decisión suya que lo hiciera. Lo respetaría, por mucho que me jodiera y doliera, pero ante todo con la realidad por delante.

Carlos apareció a mi lado en el agua y me apretó un hombro para hacerse notar. Levanté la cabeza hacia él.

—No le des más vueltas, seguro que encontramos la forma de dar con ella y de aclararlo todo.

—En cuanto pase el cumpleaños de mamá me pondré manos a la obra —asentí porque no iba a dejar pasar más tiempo.

—Y yo contigo, hermano. —Me dio un beso en la cabeza y sonreí con cariño.

Pasamos toda la tarde juntos en el Club, estuvimos tan bien que no nos apeteció movernos. De las instalaciones porque sí lo hicimos haciendo viajes a la playa y regresando a la piscina, cambiando el agua dulce por salada y a la inversa en varias ocasiones.

A las ocho nos despedimos junto a nuestros coches y quedamos en vernos al día siguiente en el chalé, a las doce de la mañana que sería cuando empezaría la celebración.

Capítulo 19



Amanecí con los sentimientos encontrados. Por un lado, la información de la que disponía, la falta y la distancia impuesta por Naomi, me pesaban mucho; era algo que apretaba fuerte en mi interior, provocándome un estado en el que la tristeza y la rabia iban de la mano. Por otra parte, mis emociones se contraponían por la felicidad del día que era.

Curvé los labios pensando en Cata, en su cumpleaños y en la celebración que no iba a olvidar. Se merecía todo lo bueno y bonito y todos estábamos dispuestos a dárselo.

Ni se imaginaba la que habíamos montado. Según la cumpleañera hoy iba a comer con su marido, su hijo Carlos y conmigo, en el chalé. Hasta ahí creía saber, para ella era una más de las reuniones familiares que eran muy habituales para nosotros, con el aliciente de que sumaba un año más de vida.

Me levanté animándome y fui directo al baño para empezar a disfrutar de la fecha tan importante que era. Después de una ducha rápida y de secarme un poco, me enrollé la toalla en la cadera con la intención de ir a la cocina para prepararme el primer café del día.

Lo necesitaba y no tardé en encender la cafetera y prepararlo todo. Mientras la taza se llenaba escuché el sonido de mi móvil y fui a buscarlo a la habitación. Cuando lo cogí de la mesita de noche para ver de qué se trataba, me sorprendí por lo inesperado que me resultó ver el nombre de la persona que me había enviado un mensaje.

Amin: *Buenos días, Alonso, perdona que te moleste. ¿Has visto la última publicación que ha subido mi hija a Instagram?*

Me quedé a cuadros porque desde que me puse peor en el despacho, al echarle una ojeada, no había vuelto a mirar su perfil para que no me afectara. No sabía cómo lo había hecho él porque Naomi también lo tenía bloqueado. Imaginé que, como yo, se habría creado otra cuenta para sentirse más cerca de lo que estaba en realidad de su hija. Sin pararme a responderle accedí y entré a ver de qué se trataba.

En esa ocasión no había subido una foto suya, era una imagen en blanco y negro con una frase que decía: «Cuando el mundo entero te falle, que no se te olvide que siempre te quedará el amor

incondicional de una madre».

El mensaje para mí estaba claro, iba dirigido la mayor parte de él hacia su padre, directamente, aunque a mí también me tocaba un poco de cerca. No podía saber su intención real, pero por lo que la conocía, daba por hecho que esos eran sus sentimientos. Como si todos la hubiéramos fallado y no la quisiéramos, todos menos con la que convivía y tenía al lado.

Negué apretando la mandíbula, sabiendo que estaba metida en la boca del lobo y no era consciente de ello. Naomi estaba tan equivocada... lo entendía, ¿quién puede imaginar que su propia madre puede fallarle hasta el punto en el que lo había hecho la suya durante toda su vida? Ella no tenía ni idea de cómo era esa mujer en realidad. Muy triste, pero cierto.

Pero por mis cojones que iba a saber la verdad, por mucho que se resistiera o rechazara tenerme cerca. Estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para demostrarle con hechos lo que su madre se había encargado de tapar, soltando mentira tras mentira, unas que Naomi se había creído a ciegas, por quién era para ella.

Alonso: *Buenos días, Amin. Acabo de verlo. Sé que es doloroso, pero mantente fuerte. Todo se va a arreglar, te lo aseguro. Hoy, como te dije, tengo el día muy comprometido, pero mañana si quieres nos vemos para hablar y tanteamos todas las posibilidades que tenemos para conseguir acercarnos a Naomi. Que vamos a hablar con ella, ya te lo digo, aunque tenga que ingeniármelas de mil formas diferentes. La verdad solo tiene un camino y tarde o temprano tendrá que encontrarse en él, enfrentándola para actuar en consecuencia.*

Amin: *Gracias, Alonso. No sabes lo importante que es para mí poder contar contigo en estos momentos. La desesperación me supera. Ojalá, mi hija se dé cuenta también de la clase de persona que eres. No te mereces que te señalen ni te culpen de una mentira tan grande. Disfruta todo lo que puedas del día de hoy y desconecta. Hablamos mañana. Un abrazo.*

La unión hace la fuerza y era tan real... por eso, yendo los dos en la misma dirección y con la fuerza que nos daba querer conseguir nuestro propósito, no dudaba ni por un segundo de que lo íbamos a conseguir.

Era consciente de que su dolor superaba al mío porque me ponía en su piel, como padre, y debía ser insoportable, asfixiante y desesperante. Me recorría por el cuerpo una pesadez difícil de digerir, porque a mis sensaciones y sentimientos, les sumaba la preocupación por su situación. Una preocupación que me encogía el corazón.

Pensativo fui hacia la nevera para coger el brik de leche. Con el café preparado y calentado, me senté en la isla de la cocina, para intentar templar los nervios y dejar apartado, al menos por unas horas, todo lo que tenía encima. Recibí un mensaje de Carlos, diciéndome que se ponía en marcha hacia el chalé y que nos veríamos allí porque tenían que llegar las flores. Le respondí con un ok y que no tardaría en salir de casa para darle encuentro.

Curvé los labios al imaginar la cara de sorpresa que pondría Cata en cuanto las viera. No eran pocas, de ahí la reacción que tendría. Habíamos comprado doscientas rosas blancas que iban a decorar el jardín, con sus jardineras elegidas a conciencia. Las habíamos escogido de ese color

porque le encantaban, era una enamorada de ellas y no dudaría en llevarse varios maceteros a su casa, para cuidarlas junto a las que tenía en el patio de su vivienda.

Le di el último sorbo al café y me levanté llevando la taza al fregadero. Ahí se quedó porque fui a vestirme directamente. Iba a ir con lo puesto porque en el chalé teníamos un vestidor en cada una de las habitaciones principales, en la de Carlos y en la mía. Los dos contaban con una gran variedad de ropa para cuando íbamos a pasar unos días, para no tener que cargar ni estar pendiente de ello.

Habíamos decidido quedarnos en el chalé cuando terminase la fiesta, ya que duraría hasta tarde. No teníamos intención de escatimar en bebernos todo lo que nos apeteciera, al menos yo no iba a privarme de nada porque era lo que necesitaba, caer desplomado en la madrugada. Todos los invitados estaban avisados para que llevaran lo necesario para disfrutar de un día de piscina.

Llegué al chalé cuando ya estaban colocando los maceteros dispersados por el jardín, dándoles un enfoque perfecto para la vista. Me salió una gran sonrisa al verlos directamente. El blanco combinado con el verde intenso del césped resaltaba aún más. Estaba quedando de ensueño.

Caminé hacia la corredera del jardín que daba al salón, saludando a todos. Carlos al escucharme no tardó en aparecer, sonriente e irradiando felicidad por lo emocionado que estaba. Nos abrazamos con fuerza.

—Es impresionante, ¿verdad? Nuestra Cata va a flipar. —Soltó una carcajada a la que me uní.

—Estoy seguro de ello —asentí.

—¿Qué tal? —Me apretó un hombro.

—Bueno, descolocado, desconcertado y muchas cosas más, pero intentando apartarlo todo por hoy. —Me encogí de hombros—. Hace un rato he hablado con Amin por mensaje, me ha escrito al ver una foto que ha subido Naomi a Instagram. —Saqué el móvil del bolsillo y se la enseñé.

—Se va a llevar una hostia tremenda cuando se dé cuenta de lo equivocada que está —negó haciendo una mueca.

—Es necesario que se la lleve, por mucho que me pese. Y veremos si abre los ojos y conseguimos que no se cierre en banda. En fin, necesito una copa de vino. —Le di una palmada en la espalda.

—¿A esta hora? Tío, que cuando lleguen los invitados vamos a recibirlos bailando el hula, al estilo hawaiano. —Río.

—Anda que se podrán quejar de ver a dos tíos como nosotros haciendo esa danza nada más abrir la puerta. —Apreté los labios, con ganas de reír al imaginarnos en esa tesitura.

—Me has convencido, marchando dos copas de vino. —Pasó un brazo por encima de mis hombros.

De esa forma y riendo entramos directos a la cocina.

—Por cierto, las barras quedan perfectas con la decoración de todo. El tono de la madera combinado con el tejido blanco, como el color de las carpas y las flores... —Se llevó los dedos de una mano a los labios, dándoles un beso.

—Es una cucada todo, esas serán las palabras de nuestra Cata. —Le hice un guiño—. Hoy nos vamos a olvidar del mundo entero, solo existimos nosotros —asegué mientras abría el armario donde estaban las copas.

—Voto por eso. —Descorchó la botella—. Ojalá fuera así de simple, sé que será complicado, pero... a la mierda todo. —Brindamos cuando las llenó y lo sellamos dando el primer sorbo—. Te lo comento rápido para olvidarnos de esto también, ¿sabes algo de las pruebas del laboratorio? Sé que ese tema también te pesa como una losa. Te han llegado por todos los lados, macho —negó.

—No, y me niego a pensar en ello ahora mismo. Estoy en un punto en el que las veo venir. Que sea lo que tenga que ser, lo afrontaremos todo de la mejor manera y tomar por saco.

—Amén, hermano. —Volvimos a brindar y esa vez dejamos las copas vacías. Bien empezábamos...

El jardín lo dejaron precioso porque como acompañamiento a las rosas colocaron alrededor de ellas ramilletes verdes, con florecitas blancas llamadas peonías. Era un deleite para la vista, más perfecto no podía estar y quedamos más que satisfechos cuando los trabajadores se despidieron de nosotros.

Media hora después llegaron los camareros y el servicio de catering. En un abrir y cerrar de ojos lo prepararon todo. Al lado de la barbacoa montaron una zona de cocina, con una gran madera junto a varias neveras. Colocadas en una posición estratégica pusieron mesas gigantes y terminaron de organizarlo todo.

Los primeros invitados comenzaron a llegar, a los que recibimos con abrazos y sonrisas. La danza sobre la que habíamos hecho la broma quedó olvidada, más que nada porque todavía estábamos centrados y el alcohol no había hecho mella en nosotros. Cata y Mariano serían los últimos en aparecer, así habíamos quedado con el padre de Carlos. La primera tanda se compuso por amigos íntimos y una parte de la familia: tíos, primos y algún que otro familiar con el que tenían más roce y cercanía.

Eran un matrimonio muy querido. En la clínica donde trabajaba Mariano también tenían infinidad de conocidos que los querían un montón y que no faltarían al gran evento. No tardarían en llamar a la puerta.

Unos cincuenta invitados en total se reunieron en el jardín, ya no faltaba ninguno. Los camareros les ofrecían bebida para hacer tiempo, conforme fueron llegando.

Como habíamos acordado, el padre de Carlos estacionó en la calle para que fuera una sorpresa

con todas las letras, porque si dejaba el coche en la zona habilitada del jardín, lo vería todo al instante. Carlos y yo, después de pedir silencio al resto, les abrimos la puerta y los saludamos efusivamente, felicitando con mucho mimo y cariño a la cumpleañera.

Ella llegó montada en un carrito a motor que le daba mucha independencia. Nos la comimos a besos, provocando que soltara las primeras carcajadas mientras nos pedía que la dejáramos respirar. En broma, porque estuvo más que encantada y feliz, su cara así lo reflejó cuando nos separamos sonrientes.

Lo mejor de todo fue su cara cuando salió al jardín, donde todos la esperaban y gritamos, al mismo tiempo: «¡¡Felicidades!!». Se emocionó y lloró sin saber hacia dónde mirar, pasando la vista por todo el tinglado que habíamos montado mientras aplaudíamos. Lloró más, tapándose la cara, cuando sonó fuerte la canción de *Felicità*, instante en el que los invitados se apartaron, haciéndose a un lado. Dejaron al descubierto unos globos de helio que estaban atados con cuerdas a unos agarres que habíamos clavado en el césped. Cada uno de ellos era una letra, formando la frase: «Te queremos, Cata».

Cuando se recompuso, todos fueron acercándose a la pareja para saludarla con abrazos y besos, felicitándola a ella. Muy emocionada nos buscó y nos pidió con un gesto que nos acercáramos, le costaba hasta hablar. Nos agachamos a su altura, sonriendo también emocionados y aceptamos felices el fuerte abrazo y los besos que nos dio, sin dejar de darnos las gracias por lo que habíamos hecho por ella.

—Tenemos a los mejores hijos del mundo —dijo secándose las mejillas por las últimas lágrimas.

—Por supuesto —afirmó Mariano a nuestro lado, con los ojos brillantes.

Se inclinó a besarla y acariciarle la cara. Solo por cómo se miraron, con tanto amor, nuestro pecho se hinchó de orgullo hacia ellos. Fue un momento muy emotivo para todos, allí hasta el apuntador soltó alguna lagrimilla, no se libró nadie.

Conforme fue avanzando la mañana se veía lo a gusto que estaban los invitados. Algunos ya disfrutaban de la piscina, el resto estaban dispersados alrededor de las mesas, sentados en sillas y ocupando hamacas. Habíamos puesto una gran cantidad de todo a disposición de ellos, para que estuvieran cómodos. No faltaron las risas y las conversaciones animadas, ni las copas en las manos de cada uno de ellos, incluso en los que estaban a remojo.

Mariano cogió en brazos a su mujer y fue con ella hacia la piscina, con vítores y aplausos por parte de todos. Reímos mucho cuando Cata al vernos tan animados, empezó a saludarnos con una mano, como si fuera de la realeza. Con la que tenía libre, porque con la otra sujetaba una copa, una de las tantas que no había soltado hasta terminarla. Sabiendo lo feliz que estaba, iba a terminar peor que nosotros. Y era mucho decir porque Carlos y yo preveíamos que no finalizaríamos la noche manteniéndonos en pie.

Los camareros no dejaban de pasar con bandejas de entremeses. La barbacoa ya estaba en marcha y a punto de pasar por ella kilos y kilos de carne, de todo lo tipo que habíamos comprado en uno de los mejores mataderos de la zona. También había algún extra que haría las delicias de

la gente, para quién quisiera variar.

Yo hice todo lo posible por estar centrado, pero muchas veces la mente se me iba por donde no debía. En esos instantes, ahí estaba Carlos, apareciendo de la nada al darse cuenta, sacándome las sonrisas y las carcajadas, porque era imposible hacer otra cosa junto a él, con todo lo que se le ocurría. Era capaz de sacarle humor al más mínimo detalle a todo, pero absolutamente todo lo que había en la fiesta, con unos puntos increíbles.

Los costillares de cordero a la brasa fueron un éxito, como también las langostas que pusieron abiertas en bandejas, sobre las mesas, para que todos los comensales disfrutáramos de ellas. En la nuestra estaban Cata y Mariano, como no podía ser de otra forma, junto a los hermanos de ambos con sus parejas. Éramos diez. La de al lado, a poca distancia, la ocupaban todos los primos de Carlos y el resto, se pusieron por grupos, aunque en sí no existía separación porque las conversaciones iban de unos a otros, daba igual dónde estuviéramos sentados.

Cata no dejó de agradecernos la sorpresa, risueña y feliz, mientras la bebida no faltaba en ningún momento. La velada fue pasando, el ambiente no decayó en ningún momento y sobre las cinco de la tarde llegó la hora de sacar el pastel. Carlos y yo nos escabullimos sin que Cata se diera cuenta, yendo hacia la cocina. Sacamos tres tartas grandes de la nevera, con las que teníamos de sobra para todos y dudaba de que se terminaran.

Tenían la altura de dos manos abiertas al máximo, de pulgar a meñique. Las velas solo las pusimos en una, la primera que sacaríamos para que Cata apagara las velas y pidiera el deseo, como cada año, porque para ella ese detalle era de vital importancia y no podía faltar. En cuanto encendimos las velas y las bengalas que pusimos para que fuera más llamativo, salimos al jardín llevando la tarta entre los dos.

Ella volvió a emocionarse, aplaudiendo al vernos cantarle el cumpleaños feliz, a lo que se unieron el resto. Se la dejamos delante antes de darle un beso cada uno en una mejilla y aplaudimos cuando las apagó, pero para sorpresa suya volvieron a encenderse. Cómo nos reímos cuando cansada que soplar, porque se dejó los pulmones en ello, os lo puedo asegurar, terminó por desistir en el intento mientras el resto no podíamos parar de reír.

La ayudamos para conseguirlo, pusimos todo nuestro empeño en apagarlas. Esa vez fue el turno de reír ella, al vernos pasar por turnos. No lo conseguimos ¿sabéis dónde acabaron las velas? Dentro de la piscina, directamente, de eso se encargó Carlos muerto de la risa, lo que provocó que casi se fuera al agua con ellas. Más nos reímos ante la escena.

Como no queríamos que se quedara con la cosilla de no haberlas podido apagar después de pedir el deseo, fui hacia la cocina y cogí unas normales que tenía preparadas. Cuando con un guiño las coloqué en tarta y las encendí, llevó a cabo su cometido feliz.

—¡¡Síiii!! —gritó levantando los brazos y la imitamos.

Sacamos las otras dos y las cortamos, dándoles a cada uno su parte. Como ya sabía, sobró casi una entera porque las porciones eran finas, pero con altura y consistentes. No habíamos querido arriesgarnos a que no hubiera para todos, por lo que tendríamos tarta para varios días,

repartiéndola entre los más allegados.

Cuando llevábamos un tiempo relajados, reposando todo lo que habíamos comido, Mariano nos hizo un gesto y asentimos sonriendo, sin que Cata se diera cuenta. Carlos se levantó para ir al salón y pocos segundos después una canción empezó a sonar por los altavoces que habíamos colocado en el jardín.

—No puede ser. —Se llevó las manos a las mejillas, otra vez emocionada.

Era la canción que eligieron Mariano y Cata para el baile de su boda, una que les encantaba a los dos. Mariano se levantó yendo hacia ella, con una gran sonrisa y emoción, parándose enfrente.

—¿Me concedes este baile, cariño? —Se inclinó hacia ella, ofreciéndole una mano.

—Vuestro padre está cachondo o ha bebido tanto que ha perdido el norte. —Nos miró riendo, haciendo alusión a que no podía levantarse, por desgracia.

—A las dos cosas, sí. —La siguió él riendo, contagiándonos al resto.

A Cata no le dio tiempo a decir nada más cuando su marido la agarró y la levantó, llevando su peso por la cintura hasta el centro del jardín. La emoción volvió a ser la protagonista del momento, cuando se dejaron llevar por la melodía, quedándose los dos aislados en la burbuja de amor que crearon.

Mariano la sujetaba pegada a su cuerpo, moviéndola y bailando como un día hicieron, hacía muchos años. Cata abrazada con fuerza a su cuello no dejaba de llorar mientras él la mantenía como si estuviera de pie y pudiera valerse por sí misma, en ese sentido, porque referente al resto, sí que lo dominaba todo desde la protección de su silla de ruedas o el carrito que había traído ese día. Fuimos testigos de todas las muestras de cariño y adoración que se dedicaron, en las que los besos y caricias no faltaron.

Con un nudo en la garganta a Carlos y a mí se nos escapó alguna lágrima, pero de alegría, al ver todo lo que desprendían, se profesaban y demostraban. Después de recuperarnos de ese momento, ellos y nosotros, decidimos ir a la piscina. Algunos también nos siguieron, otros optaron por continuar con las conversaciones relajadas que mantenían, sin moverse.

A las ocho de la tarde, cuando solo quedábamos en el chalé los padres de Carlos y nosotros, la que llevábamos él y yo era monumental, riendo a cada segundo, sin poder parar.

Cata y Mariano se fueron casi una hora después, despidiéndose de nosotros y dándonos por última vez las gracias, por todo lo que habíamos preparado, a lo que les respondimos que poca cosa era para lo que se merecían. Cuando salían por la puerta nos recordaron que no se nos ocurriera salir de casa porque, a saber, dónde terminaríamos en el estado en el que estábamos.

—De la puerta no pasaríamos, caeríamos a plomo en el suelo y nos arrastraríamos como gusanos —respondió desde la distancia Carlos con la risa floja, doblándose en una hamaca, de la que no se había podido levantar.

Una vez solos, ¿dejamos de beber? Ni por asomo, continuamos con nuestra fiesta particular. Terminamos desnudos dentro del agua y no entrando en ella de la mejor manera porque el estilazo con el que caímos al agua fue con planchazos por no poder calcular bien.

Sobre la una de la madrugada, me asaltó la tristeza y la melancolía y se fue a la mierda la efusividad, otro de los efectos de tanto beber.

—Tío —llamé a Carlos con un susurro.

—Creo que estoy aquí —dijo confundido, me costó entenderlo.

Estaba a mi lado, los dos en una hamaca como habíamos venido al mundo, completamente desnudos continuábamos y ni ganas, ni fuerzas para hacer un movimiento para vestirnos. Yo bocarriba mirando hacia la oscuridad del cielo nocturno y él bocabajo con la cara pegada a la tela de la hamaca, de esa manera me había respondido.

—¿Cómo se dará todo? —Tragué saliva al sentir el bajón que me había dado.

—Bien, no puede ser de otra forma. —Giró la cabeza hacia mí—. ¿Abro otra botella? Porque me da a mí que la necesitas, aunque no te mantengas en pie.

—¿Y quién va a por ella? —Levanté una ceja.

—Joder, es verdad —se lamentó porque estaba peor que yo—. Venga, que no se diga. —Se incorporó con movimientos lentos y torpes, quedándose sentado—. Mierda, ¿desde cuándo hay dos puertas en la terraza? —Achinó los ojos, mirando hacia ella.

Tuve que reírme o más bien retorcerme en la hamaca, sin fuerza para nada más. Y más lo hice, hasta me caí al suelo cuando fue hacia ella a gatas porque no conseguía mantenerse en pie. ¿Consiguió regresar con la botella? Y tanto y bien agarrada que la llevaba mientras se acercaba de la misma forma, sin poder parar de reír ninguno de los dos. Todo un panorama éramos.

—Voy a borrarle hasta mañana todas las penas de tu disquetera —dijo cuando la descorchó

Al tercer intento pudo coger las copas que estaban a los pies de las hamacas, porque o se le resbalaban o no atinaba a dar con ellas, diciendo que eran unas traicioneras por lo que se movían.

—Ya estás tardando —solté un suspiro.

Antes de dar el primer sorbo dejé la vista fija en el líquido, pensativo, hasta que me llevé la copa a los labios y me la bebí de un trago, queriendo conseguir lo que había dicho.

La temperatura era ideal y en nuestro estado, nos terminamos la botella sin arriesgarnos a movernos más y sin importarnos pasar la noche desnudos en el jardín porque más privado y aislado no podía ser. El agotamiento, las horas y el alcohol fueron pasándonos factura.

Cuando me rodeaba un completo silencio, diferenciando la respiración pausada de Carlos que se

había quedo dormido, yo me dejé llevar también por el sueño, tragando saliva porque el último pensamiento del que fui consciente fue Naomi.

Capítulo 20



Me removí sintiendo una sensación extraña. Cuando conseguí abrir un ojo entendí el motivo. Los primeros rayos del sol me daban directamente y no podía abrirlos con facilidad. Cuando digo que lo entendí, es porque fue evidente, tenía el cielo arriba, totalmente despejado con un sol que brillaba y empezaba a despuntar para el calor que iba a hacer, y yo miraba hacia él. Pero aun así, me costó ser consciente de dónde estaba, al no estar del todo despierto, sintiendo la cabeza embotada. Abrí el otro ojo despacio, pero tuve que entrecerrar los dos por la claridad.

Me incorporé despacio y ahí fue cuando recordé retazos de la noche anterior, al mirar lo que provocaba la sensación rara que sentía, llevando la vista hacia mi cuerpo. La bebida, las risas, el baño improvisado en la piscina, medio doblados por el nivel de alcohol, desnudos. Así continuábamos, todo un espectáculo el cuadro que hacíamos entre los dos. Seguíamos en las hamacas del jardín, Carlos durmiendo profundamente a mi lado.

—Carlos. —Carraspeé para aclararme la voz y volví a repetirlo porque casi ni me había escuchado yo—. Carlos, despierta.

—Mmm... —Escondió la cabeza, abrazando el ancho de la hamaca.

—Va levanta. ¿Por qué no vas a la habitación y sigues durmiendo?

—Dónde te piensas que estoy —murmuró.

—Estar, estar... en el jardín, tirado en una hamaca desnudo. Solo quiero que te pongas cómodo y vayas a la cama —insistí.

—No follo con hombres —soltó medio ido.

—Lástima, me había emocionado por la posibilidad. —Reí a la vez que me llevé las manos a la cabeza, al sentir una fuerte punzada de dolor por la dichosa resaca que no había hecho más que empezar.

—¡No jodas! —Me buscó sin poder abrir los ojos del todo—. Ve preparando un par de cafés, ahora voy —me pidió dejando caer la cabeza.

—Creo que hoy el café poco nos va a hacer —negué con una mueca empezando a moverme.

Justo en ese momento sonó el timbre de la puerta y lo miré asombrado.

—¿A qué hora quedaron en venir para recogerlo todo? —Me referí a los que montaron todo en el jardín.

—Son ellos —confirmó con un lamento.

—¡No fastidies! —Agrandé los ojos—. Ya podrías haberles dicho que vinieran a partir del mediodía.

—Claro que sí, jefe —susurró—. Ni caí en ello. Joder. —Se levantó de golpe y fue peor porque le produjo más náuseas que las que le entraron tumbado.

No me dio tiempo a decir nada cuando se dobló y vació el estómago en el césped. Grité hacia la puerta, para que me escucharan mientras intentaba ayudarlo, sin saber si lo harían porque había bastante distancia, pero no podía separarme de él en ese instante. Cuando se quedó a gusto, más o menos, le pedí que se vistiera rápido, al igual que hice yo.

—No te muevas más, cuando estén dentro recojo el estropicio —le pedí dirigiéndome hacia el interior, pasándome las manos por el pelo para adecentarme un poco.

Caminé ligero hacia el salón y pulsé el botón que abría la cancela, dando paso al camión. Los chicos sabían hacia dónde tenían que dirigirse, al jardín directamente, por lo que volví a salir. Cuando se bajaron me acerqué a saludarlos, pidiéndoles disculpas por el retraso.

Los acompañé un poco por el jardín y tuve que aguantar la risa por cómo estaba mi amigo. Intentaba aparentar normalidad, pero ni por asomo lo consiguió cuando les dio la bienvenida.

—No hay problema —comentó quitándole importancia uno de ellos, el encargado—. Demasiado bien estáis para la que habéis montado.

La diversión con la que habló fue obvia porque nosotros éramos una evidencia clara de lo «demasiado bien» que estábamos.

Los dejé haciendo su trabajo y fui a la cocina para preparar café para todos, el de Carlos y mío dobles. Un punto a favor fue que lo encontré todo recogido, los camareros la tarde anterior, antes de irse, lo dejaron mejor de lo que estaba al principio.

Después de acercárselos a los chicos y de que me lo agradecieran, fui hacia las hamacas.

—Tómatelo a ver si se te asienta el estómago —dije cuando lo cogió—. Voy a limpiar esto antes para que no me pase factura después de bebérmelo.

Le dio varios sorbos haciendo muecas y se tumbó, sin fuerzas, colocando la taza a su lado. Lo recogí casi todo, hasta dejarlo con la manguera como si no hubiera pasado nada. Los primeros

sorbos al café me sentaron genial y con calma me lo tomé sentado en la hamaca mientras observaba cómo trabajaban.

Cuando terminé, viendo que Carlos había vuelto a dormirse, decidí darme una ducha rápida, para terminar de espabilarme. A penas tardé y regresé al jardín para ver cómo iban. Me sorprendí por la rapidez con la que lo estaban desmontando todo, no quedaba mucho por hacer.

Me puse junto a ellos para mantener una charla, la que fue corta porque media hora después lo tenían todo montado en el camión y se despedían de mí. A Carlos ni se acercaron porque continuaba en su mundo. Me pidieron que me despidiera por ellos y se fueron. Esa vez caminé hacia la cancela y desde ella la accioné para que se abriera.

Solos otra vez y con el chalé en perfectas condiciones y libre de obstáculos, como siempre estaba, opté por dejar descansar a mi amigo, para que durmiera la mona. Fui a la cocina porque me apeteció algo fresco y me preparé un zumo de frutas.

Tomándomelo me senté en el sofá y me acomodé cogiendo una postura cómoda. La bebida me sentó de lujo y cuando me la terminé, con una idea en la cabeza busqué el móvil en el bolsillo del pantalón, donde estaba desde hacía horas.

Alonso: *Hola, Amin. ¿Qué tal todo? ¿Noticias nuevas?*

Me respondió a los pocos minutos...

Amin: *Hola, Alonso. Sí, estaba esperando para escribirte más tarde. No quise molestarte durante la celebración, ni después. ¿Te apetece que nos veamos? Podemos comer en el Club.*

Alonso: *Claro. ¿Nos vemos allí en un par de horas?*

Amin: *Perfecto entonces. Hasta dentro de un rato.*

Me quedé pensativo, sobre la supuesta novedad. Dejé el móvil a un lado, cerrando los ojos. Me inquietaba mucho saber qué tenía que decirme, y la necesidad por estar al tanto de todo, me agobió. Mierda de ansiedad, me dije pasándome las manos por el pelo. Tenía todo el tema candente dentro de mí y no conseguía quitármelo ni un segundo de la cabeza.

Al notar que me adormecía puse una alarma, para no faltar a la cita. Me dejé caer en el sofá y descansé, lo necesitaba más que el comer. Cuando la alarma sonó me activé, yendo hacia la habitación. Pasé por el baño y cuando estuve preparado para irme fui al encuentro de Carlos.

Imposible despertarlo, lo intenté de varias maneras, sin conseguirlo. No volvía en sí, murmurando con cada uno de mis movimientos que solo quería dormir. Dejé de insistir porque se me echaba el tiempo encima y siendo realista, en ese instante era lo que más necesitaba, descansar y recomponerse. Para que cuando consiguiera abrir los ojos no se preguntara dónde estaba, le escribí un mensaje...

Alonso: *Voy al Club a comer. He quedado con Amin allí, tiene novedades. No he querido tirarte*

de la hamaca para despertarte, sigue descansando.

Me monté en el coche y me dirigí al Club. Fui el primero en llegar, no había rastro de Amin, así que ocupé una mesa de la terraza, cerca de la piscina, y me pedí un refresco porque el cuerpo solo me pedía cosas frescas y ligeras. Ni oler de cerca el alcohol quería.

Estaba dándole un sorbo cuando lo vi aparecer, caminando hacia mí. Observé lo cabizbajo que venía y me levanté cuando llegó a mi lado, para darle un abrazo.

—Mi abogado me llamó ayer y fui a su despacho. Le había llegado una propuesta de divorcio. No solo eso, porque iba junto una amenaza de que, si yo no lo firmaba, me denunciaría por malos tratos y llevaría a nuestra hija de testigo, para que dé su versión de que las he tenido controladas y sometidas a mi voluntad —dijo con los ojos nublados por las lágrimas.

—Y eso que el divorcio supuestamente lo ibas a tramitar tú —negué—. Pero y esa mujer...

—Ha perdido la cabeza —negó triste—. No quiero ver a mi hija en un juicio, por mi culpa, contando algo que percibió erróneamente. No puedo enfrentarme a ella, Alonso.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ya lo he hecho, no me quedaba otra —soltó un suspiro—. He firmado un acuerdo de divorcio en el que ambas partes garantizamos que no podemos exigir ni la más mínima cosa del pasado, ni reclamar, ni denunciar nada. Se ha quedado con la mitad del dinero, tanto en lo personal como referente a las sociedades. Además de su parte íntegra, ha sido la más beneficiada. Sinceramente me da igual, solo quiero que termine esta pesadilla. Del patrimonio del que dispongo, ni en cinco vidas podría gastarlo. Los hoteles son míos, los centros comerciales de ella.

—Se ha salido con la suya. —Apreté la mandíbula por la injusticia—. Podrías haber esperado para dar el paso, quizás cuando hablemos con Naomi...

—Sí —afirmó—. Pero yo lo único que quiero es recuperar a mi hija —se emocionó—. Hay mucha historia escondida, que nunca ha visto la luz ni lo hará para salvaguardar la estabilidad de Naomi. Esa mujer me ha hecho pasar un infierno a su lado, si no fuera por Tatiana no estaría aquí ahora mismo.

—No te agobies, es tu vida y no tienes que dar explicaciones a nadie si no quieres o no lo necesitas. Sobre lo del divorcio, pues lo hecho, hecho está. Ya es pasado, ahora tenemos que centrarnos en recuperar a Naomi, porque lo haremos, te lo aseguro. Yo también la extraño mucho y no puedo con todas las barbaridades que sé.

—Alonso, si a mí me pasa algo... haz todo lo posible para que ella sepa la verdad. ¿Me lo prometes?

—¿Por qué dices eso? —Fruncí el gesto.

—Veo a mi ex capaz de cualquier cosa.

—Joder. —Me removí en la silla—. No me digas eso porque unimos fuerzas contra ella y la dejamos fuera de juego. No pienses en esa posibilidad, por Dios.

—No te implicaría en esta mierda —negó sonriendo, pero con gesto triste—. Me voy a volver loco, te juro que me voy a volver loco, no puedo más. —Se tapó la cara, desesperado.

No lo vi, pero la reacción de su cuerpo fue que rompió a llorar.

—Amin, escúchame. —Apoyé los brazos en la mesa y continué cuando me miró, secándose las lágrimas con una servilleta—. Todo se va a resolver, confía en ello, ¿sí? —Le apreté un hombro y asintió agradecido.

—Quiero ir a ver a mi madre a Marruecos, para contarle toda la verdad. Está tan enfadada... no sé nada de ella, como tampoco sé si entrará en razón cuando me tenga delante. Lo malo es que por ahora no quiero alejarme de aquí, por si a Naomi le da por buscarme. Ojalá sucediera, pero no sé nada, aunque la esperanza nunca la pierdo.

—Es lo mejor que puedes hacer, ya te lo dije —asentí conforme con su decisión—. Todo a su tiempo, intenta relajarte. Sé que es difícil, pero la calma llegará. Eres su hijo y el amor que siente por ti conseguirá bajar sus defensas. Venga, que dentro de poco la situación estará encaminada. —Lo intenté animar, a pesar de que yo también necesitaba un extra de ello—. Estoy pensando en algo para ponértelo más fácil...

—¿El qué?

—A ver qué te parece... Encárgate de tu madre sin pensar en nada más. Ve junto a ella y quítate ese peso de encima para sentirte un poco más aliviado. Yo me encargaré de enfrentar la situación con Naomi. Te prometo que haré lo que haga falta para llegar hasta ella.

—No quiero dejarte solo con eso —dijo pensativo—. ¿Crees que lo conseguirás?

—Me cueste lo que me cueste —asentí seguro.

—Déjame pensarlo.

—El tiempo que necesites —acepté porque lo entendía.

Estuvimos una hora y media charlando mientras comíamos. Después de una pequeña sobremesa nos despedimos. Yo me marché para mi casa después de hablar con Carlos. Ya había conseguido moverse y volver a la vida, iba de camino a la suya.

Al final, Amin aceptó ir a Marruecos. Era necesario porque tal y como le dije, era importante. Nos convenía tener a su madre de nuestra parte, por si a Naomi se le ocurría aparecer por allí o, para cuando se comunicaran por otra vía.

Nada más entrar por la puerta de casa hice algo que llevaba varios días barajando. No me iba a quedar de brazos cruzados, viendo pasar el tiempo, por lo que, sin dudar más, llamé para

contratar los servicios de un reconocido investigador privado. Tenía muy buena relación con Carlos y conmigo. Era frecuente del Club e innumerables veces, cada vez que coincidíamos, hablábamos largo y tendido con él.

En cuanto descolgó y después de saludarnos, lo puse al tanto de lo que necesitaba. Le facilité los datos de los que disponía para que se pusiera manos a la obra con el tema de Naomi. Cuando volviera a saber de él necesitaba escuchar la rutina habitual de ella y los sitios que más frecuentaba, si tenía predilección por alguno. De esa forma sabría hacia dónde dirigirme, directamente.

Capítulo 21



La semana estaba volando. Ya era jueves y llevaba despierto dos horas largas. Después de prepararme sin prisa, había aprovechado para plantear el día mientras me tomaba un café. Fueron varios los que cayeron hasta que salí, dirigiéndome al trabajo. Tenía por delante horas en las que necesitaba estar concentrado, para centrarme en unas colaboraciones con otras compañías. Eran muy interesantes y no quería fallar.

Saludé a Letizia en cuanto accedí al edificio y sin pararme me dirigí directamente a mi despacho, donde antes de acomodarme, me preparé otro café. Con él me senté en la mesa, dispuesto a ponerme con el trabajo, por mucho que me costase debía hacerlo y en serio, nada de intentos.

No pasó ni media hora cuando Letizia me llamó por la línea interna, comunicándome que una joven había preguntado por mí. Según sus palabras, cuando le dijo que sí que estaba, sin darle un nombre, se había alejado rápido de la recepción para venir a mi despacho.

Me levanté extrañado y fui hacia la puerta, abriéndola para ver desde lejos de quién se trataba. No esperaba recibir a nadie. Cuando las puertas del ascensor se abrieron y Naomi apareció ante mí, me quedé casi sin respiración al encontrarme con su mirada, desde la distancia. Decidida empezó a acercarse, lo que me facilitó ver perfectamente los detalles de la imagen que daba.

Con los ojos hinchados y enrojecidos por haber llorado, las facciones contraídas y transmitiendo rabia, de esa forma caminó acortando la distancia conmigo.

—Naomi... —murmuré al tenerla enfrente.

Me costó reaccionar, aún no había salido del asombro y no supe qué decir en ese instante. Tanto que lo había esperado y me bloqueaba, mandaba narices. Pero es que había algo muy diferente en ella, había algo que...

—Quiero hablar contigo y ahora —exigió.

Supuestamente lo tendría que haber dicho con fuerza, con energía... todo lo contrario a como salieron las palabras de sus labios. Entrecerré los ojos porque si la visión estaba clara, al escuchar su tono de voz...

—Pasa, por favor. —Me aparté para que entrara.

—Una no termina de asombrarse de las acciones de la gente —dijo mientras pasaba por mi lado, haciendo todo lo posible por separarse de mí porque no me moví mucho. Me giré hacia ella, viéndola parada cerca de la mesa. No dije nada y esperé atento a que continuara, para saber a qué atenerme—. Anoche estaba en la casa del pueblo y vino un amigo de mi madre del Club, Tiago. Es detective privado —habló casi en susurros, pero no porque fuera su intención, simplemente no pudo hacerlo de otra forma por cómo estaba.

Al hacer una pausa me mantuve en mi línea para no interrumpirla, expectante y en alerta porque sabía que a partir de ahí me iba a tocar los cojones lo que escuchara. ¿El motivo? Se estaba refiriendo a la misma persona que contraté para saber por dónde se movía ella.

Ni por asomo se me había pasado por la cabeza que ese tío era un conocido de su madre, si no, hubiera tirado por otra vía para llevar a cabo lo que necesitaba. ¿Dónde narices estaba la profesionalidad? En mi caso brilló por su ausencia porque el impresentable no tendría que haberse acercado a su «amiguita», debía haber hecho su trabajo, por el que le había dado un anticipo.

—No se dieron cuenta de que los vi y los escuché hablar. Pasaba por el pasillo y sus voces llamaron mi atención, por la hora que era se suponía que en la casa solo estábamos mi madre y yo. Me acerqué a la puerta del salón que dejaron entreabierta y me quedé escondida por curiosidad. Cuál fue mi sorpresa que escuché de ese hombre tu nombre, añadiendo que lo habías contratado para saber información sobre mí. —Me mantuve sin inmutarme.

No mostré hacia fuera cómo me sentó la información. Desde que había hecho alusión a Tiago ya me esperaba lo que venía después y ya os digo que no me iba a quedar sin hacer nada al respecto. Ese «amigo» de Carlos y mío también, iba a recibir una buena dosis de realidad y una bofetada por mi parte, pero siguiendo la vía legal. Se había pasado la confidencialidad y la profesionalidad de su trabajo por los cojones y lo lamentaría. ¿A qué mierda había jugado ese tipo? Las consecuencias de su incompetencia y traición le darían en toda la cara.

—Sí, lo hice —confirmé porque no tenía la intención de esconder la verdad, ni minimizarla. Siempre iba de frente y así seguiría siendo—. Necesitaba encontrarte en alguno de los sitios que frecuentas, para hablar contigo, Naomi. Pero no entiendo por qué le dijo eso a tu madre y con qué intención.

—Es íntimo amigo de ella, desde hace mucho tiempo. ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué más quieres de mí? ¿No has tenido suficiente? —preguntó sin fuerzas y llorando. Apreté la mandíbula.

—Naomi ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? —Necesité saber, preocupado.

—No te acerques —susurró señalándome cuando di varios pasos hacia ella—. Tú y mi padre me habéis destrozado. Si estoy aquí es para plantarte cara y decirte que no vuelvas a intentar dar conmigo porque tomaré medidas.

—Naomi, ¿has consumido algo? ¿Qué has tomado? —Ignoré sus palabras.

—¿Estás insinuando que me drogo? —habló con voz ahogada— Todo lo que ves es el resultado de cómo me siento por toda la mierda que me he encontrado. No vuelvas a decir algo parecido. —Apretó los puños.

—No eres tú —negué observándola con intensidad.

—Ni yo me reconozco. Déjame de una vez en paz, no quiero saber nada de ti, ¿o quieres verme haciendo una locura porque te importo una mierda?

Solté el aire lentamente, dispuesto a ir a por todas y no por el hecho de contarle la verdad. En ese momento era lo que menos me preocupaba. Lo que sí lo hacía era su estado porque no era para nada normal, no estaba lúcida ni centrada.

—Dime la verdad, ¿qué pastillas u otra cosa has tomado? —Di pasos cortos hacia ella, pero sin llegar a acercarme del todo para que no se alterara más.

—Esto es increíble. ¿Quieres dejar de inventar cosas? Eres muy cruel. —Varias lágrimas le resbalaron por las mejillas.

Ese detalle no fue lo que terminó por alterarme, sino su mirada perdida y desenfocada, a pesar de que la tenía puesta en mí.

—¿Cómo has venido?

—¿Qué más te da?

—Te estoy preguntando cómo has venido —remarqué cada palabra—. No creo que suponga gran cosa que me respondas a esa simple pregunta. ¿O es que estás tan mal y fuera de lugar que no eres consciente de ello?

En el estado en el que se encontraba era imposible que hubiera conducido. No tenía fuerzas ni para pelear, sus palabras cada vez perdían más fuerza.

—En mi coche —susurró.

—No lo estás diciendo en serio —negué incrédulo, en tensión.

—Claro que sí. —Levantó la barbilla—. Yo no soy una mentirosa como tú. Lo he dejado estacionado al lado del tuyo.

—Salgamos de aquí, necesitas que te dé el aire. —Llegué hasta ella y la agarré de un brazo.

Opuso resistencia, queriendo soltarse, lo que no me importó en absoluto. Pero se quedó quieta ante la presencia de dos agentes de policía. Yo ni los había escuchado acercarse de tan concentrado que había estado en ella. Parados a cierta distancia de nosotros, pasaban la mirada de ella a mí. No me inmuté porque a uno de ellos lo conocía de sobra. Javier sabía perfectamente cómo era yo y no sacaría conclusiones erróneas ante la visión que dábamos.

—Perdona por no avisar antes de subir, Alonso. —Se dirigió a mí Javier.

—No hay problema —asentí y nos saludamos—. ¿Qué os trae por aquí?

—Venimos a por ella. —Señaló a Naomi con un gesto de la cabeza. Fruncí la expresión y me lo aclaró—. Tenemos que detenerla por poner en peligro la seguridad vial. Nos han dado el aviso después de cometer varias imprudencias graves, han sido continuas hasta llegar aquí. Estábamos a punto de darle alcance cuando se ha desviado a tu empresa, entrando en el aparcamiento.

—Eso no va a suceder —negué poniéndome delante, haciendo de barrera para que no la tocaran ni se acercaran—. No está en condiciones ni en sus facultades, urge llevarla a un hospital. Precisamente hacia uno tenía la intención de dirigirme ahora. En cuanto ha llegado he notado que está mal. La conozco y nunca actúa ni se comporta de la manera en la que lo ha hecho.

—Llévame, no quiero seguir así —murmuró Naomi, intentando salir de mi espalda, pero no la dejé, bloqueándola con un brazo.

Negué cuando vi sus brazos levantados hacia ellos, ofreciéndoles las muñecas para que la esposaran. Javier desvió la mirada hacia mí y asintió entendiendo que era cierto lo que yo había dicho. Se apartó junto a su compañero, comentándole algo en tono bajo. Imaginé que sobre la amistad que teníamos él y yo, y cómo veía la situación. Cuando volvieron a poner la atención en nosotros supe que lo que habían comentado había surtido efecto.

—El coche lo ha dejado en medio del aparcamiento, de cualquier manera. Es mejor que lo quitéis. Vamos todos al hospital, no puedo saltarme el protocolo por mucho que confíe en ti. Necesitamos hacerlo así para tomarle declaración después de que la asistan, para saber qué está pasando. Pero como bien has dicho, eso no es lo primordial, ahora lo es asegurarse de que está bien y no empeorará.

—No hay problema. Gracias. —Dejó salir el aire despacio—. Ella viene conmigo, sabes que no...

—Tranquilo. —No dejó que terminara.

Asintió aceptándolo y se lo volví a agradecer. A los dos, aunque su compañero no hubiera hecho ningún comentario al estar al mando Javier.

—No, yo quiero ir a la cárcel —soltó Naomi, con la mirada desenfocada, volviendo a dejar ver varias lágrimas.

—Se acabó —dije girándome hacia ella para cogerla en brazos.

¿Su pataleo y sus quejas me importaron? En absoluto, lo ignoré todo mientras me dirigía al ascensor, aunque no duró por mucho tiempo.

Perdió las fuerzas y se dejó llevar sin volver a oponerse. Cabreado con la situación pulsé el botón y las puertas se abrieron al no haberse movido de mi planta. Entramos junto a los agentes, en

silencio. Todo lo que no hablé ni exterioricé, me lo dije a mí mismo interiormente, haciéndome muchas preguntas, sintiendo que la sangre me hervía conforme yo mismo me respondía.

Cuando pasamos por la recepción le pedí a Letizia que localizara a Carlos por el edificio, mientras le quitaba el bolso a Naomi. Busqué en el interior las llaves de su coche y las puse encima del mostrador, diciéndole a Letizia que se las diera a Carlos para que lo estacionara bien, comentándole el modelo y el color, como me informó Javier ya que yo nunca lo había visto. Naomi no hizo ni el intento de frenarme, no reaccionaba a nada, estaba demasiado lacia.

Sin perder más tiempo salí del edificio directo hacia mi coche. La monté con cuidado y más tensión me recorrió la verla desmadejada en el asiento del copiloto. Después de varios comentarios con los agentes, diciéndoles hacia dónde me dirigía, me puse detrás del volante y salí pitando, yendo hacia la clínica privada a la que siempre iba por el seguro.

Sin estar centrado del todo, observando de vez en cuando por el espejo retrovisor que Javier y su compañero nos seguían de cerca, no podía salir del asombro al pensar que Naomi había puesto en peligro su vida, con la imprudencia que había cometido. Era un milagro que no hubiera sucedido nada que lamentar, tanto a ella como a las personas que se habían cruzado en su recorrido. No me cuadraba, era imposible de que por sí misma hubiera alcanzado el estado en el que estaba.

No se me quitaba de la cabeza, convencido de ello, de que había algo detrás de su situación. Algo gordo, algo que la había dejado de la forma en la que se encontraba. La miré de reojo y apreté las manos en el volante. La cabeza se le había caído hacia un lado, al igual que el cuerpo, sin fuerza. La zarandeeé para que se espabilara porque no sabía si era bueno que se durmiera. Poco conseguí, no se movió, pero al menos los párpados los entrecerró, señal de que había reaccionado al estímulo, aunque no fuera como necesitaba.

A punto de llegar, llamé a Andrés, para ponerlo al tanto de todo. Era médico y trabajaba en la clínica, un buen amigo desde hacía muchos años. Nos esperaba en el acceso de urgencias. En cuanto paré a su lado y la vio a través de la ventanilla y, cómo la tuve que coger en brazos para sacarla porque no reaccionaba, me hizo gesto de afirmación, confirmándome con él que tenía mis mismos pensamientos, los que le había comentado antes de colgar.

Poco tiempo tardaron en separarla de mí y tumbarla en una camilla, desapareciendo en el interior. La sensación de vacío me pesó y los nervios que había acumulado me sobrepasaron. Me revolví el pelo con ansiedad y cuando Javier y su compañero llegaron a mi lado, nos dirigimos hacia una de las salas de espera.

Le hicieron varias pruebas, tiempo en el que yo estuve a ratos solo, muy necesario, y en otros momentos acompañado por Javier, para intercambiar opiniones mientras intentaba animarme. Su compañero se mantuvo al margen, apartado hacia un lateral, pero pendiente de nosotros.

Los minutos pasaron y Carlos llegó a la sala, con cara de preocupación. Le había enviado un mensaje diciéndole dónde estábamos. Se acercó a mí y me levanté para recibir su abrazo. Me pidió que me sentara al ver cómo estaba y lo hice explicándole todo lo que había sucedido.

Andrés apareció media hora después diciendo mi nombre en alto, pidiéndome con un gesto que lo siguiera para hablar conmigo en otro sitio. Los cuatro: los agentes, Carlos y yo, lo seguimos hasta que llegamos a un pasillo que estaba apartado y sin nadie alrededor.

—La hemos estabilizado revertiendo los efectos con medicación, ahora le están haciendo un lavado de estómago. Aún tiene restos de barbitúricos, es inaudito que con la dosis que ha absorbido su cuerpo siguiera consciente y en pie —explicó con la vista fija en mí.

—¿Se ha intentado suicidar? —preguntó Carlos asombrado.

—No —aseguró Andrés—. Su cuerpo ha combatido a excesos de sedantes y antidepresivos. He hablado con ella, está más consciente y animada, aunque aún le cuesta expresarse a veces con claridad. Ha sido la primera sorprendida al saberlo, su expresión no daba a margen de error. Pensad que he visto y vivido muchos casos de sobredosis y sé perfectamente las negaciones de los pacientes y sus reacciones, no fallan.

»Naomi me ha jurado de que no ha tomado nada, alguna pastilla para el dolor de cabeza, para de contar. He solicitado sus informes médicos y antes de venir a hablar con vosotros he constatado su versión. En ninguno de ellos consta ningún tratamiento para lo que ha consumido. Me ha dicho que en los últimos días se ha movido poco de su casa, solo saliendo ratos cortos para dar un paseo. Antes era una corazonada tuya, ahora es una confirmación mía. —Terminó fijando los ojos en mí.

Asentí apretando la mandíbula, sintiéndome a punto de estallar por la rabia que me recorría. Las miradas de reojo de Javier hacia mí fueron constantes mientras su compañero tomaba notas de toda la información, para llevar a cabo su trabajo hasta el final.

—Para que me quede claro... —Empezó a decir Carlos.

—Solo hay una posibilidad para lo que ha sucedido —lo cortó Andrés.

—Alguien se lo ha hecho tomar de alguna manera en la que ella no ha sido consciente. —Lo rematé yo.

—¡Joder! —exclamó Carlos, con los ojos abiertos de par en par hacia mí.

—Vamos a abrir una investigación —comentó Javier—. En breve se pondrán en contacto con usted. —Se dirigió a Andrés que asintió—. Por nuestra parte ya tenemos todo lo que necesitamos. —Me apretó un hombro, centrándose en mí—. Según vaya avanzando la investigación te mantendré informado.

—Gracias —respondí agradecido.

Se inclinó hacia mí para que sus siguientes palabras solo las escuchara yo.

—No pierdas el control, piensa antes de actuar —susurró.

Cuando se separó terminé asintiendo, sin tenerlas todas conmigo, la verdad. Me supo interpretar

porque la realidad era preocupante y yo mejor que nadie sabía que no podría mirar hacia otro lado, sin inmiscuirme.

Javier y su compañero se despidieron de nosotros y se fueron. Llevé la mirada hacia Andrés.

—No te preocupes que está fuera de peligro. En cuanto terminen de hacerle el lavado de estómago se estabilizará del todo. Hasta mañana su cuerpo no estará como siempre, y a pesar de ello, se sentirá más agotada de lo habitual. Solo eso, ya puedes relajarte y dar gracias a que fue a verte porque si no...

—No quiero pensar en esa posibilidad —negué.

—No lo hagas, todo ha terminado bien. —Me apretó un hombro.

—Gracias, Andrés.

—No digas tonterías. —Sonrió—. Voy a regresar para ver cómo va.

—De acuerdo, si no estoy en la sala de espera me encontrarás en la cafetería. Por favor, mantenme informado.

—Lo haré, tranquilo. Te llamo si no te localizo.

Cuando desapareció de nuestra vista, girando al final del pasillo, le dije a Carlos que necesitaba salir un momento, me faltaba el aire. Mi amigo no me agobió a preguntas, sabiendo que bastante tenía con soportarme a mí mismo.

Nos mantuvimos en silencio sentados en los escalones de la entrada principal y cuando me recompuse volvimos a entrar, dirigiéndonos a la cafetería.

Capítulo 22



Sentado en una mesa mientras Carlos pedía dos cafés, cogí el móvil y llamé a Amin, el padre de Naomi. Anuló sus planes, lógicamente al saber por mí lo que había sucedido ni le importó, estaba a punto de salir de su casa para ir hacia Marruecos. Lo puse al tanto de todo, cómo había aparecido su hija en mi empresa y todo lo que vino después.

Quince minutos después apareció en la cafetería de la clínica, con la cara desencajada, caminando hacia nosotros. Nos levantamos para saludarlo.

—Si su madre ha sido la responsable... os juro por mi vida que va a pagar por ello. No voy a escatimar en hundirla, en enfrentarme a ella donde haga falta —dijo con rabia mientras nos sentábamos.

—Es a la conclusión a la que hemos llegado —confirmé—. No puede haber otra posibilidad —negué frotándome la cara, sintiendo que la cabeza me iba a estallar—. Pero por ahora solo son suposiciones. Por muy claro que parezca no podemos hacer nada hasta estar seguros.

—Esa mujer durante toda la vida de Naomi siempre le ha disuelto los medicamentos en la bebida o comida, sobre todo, cuando era más pequeña. Era muy delicada para tomarlos, o los vomitaba o los escupía si no se la engañaba —negó con tristeza—. Con todo lo que me has contado y habiendo vivido esas situaciones toda mi vida, sé que mi hija no tomó la decisión de ingerir esos medicamentos por sí misma. —No me pilló para nada de sorpresa, me refiero al significado y la veracidad que le daba. Las alarmas ya las había activado por mi cuenta—. Solo espero que esto tenga otra explicación, porque si no... como a esa mujer se le haya ocurrido atentar contra mi hija de esa forma, puedo perder la cabeza por completo.



—¿Cuánto tiempo ha pasado? —Quiso saber Carlos.

Estábamos en la sala de espera. Miré el reloj de muñeca.

—Dos horas y cuarto desde que Andrés habló con nosotros —confirmé.

—¿Se habrá complicado? —preguntó inquieto Amin.

—No pienses en esa opción, si hubiera sucedido, mi amigo habría salido para notificárnoslo o lo sabríamos de alguna otra manera —intenté tranquilizarlo.

Asintió y volvimos a quedarnos en silencio, cada uno metido en sus pensamientos. Media hora después Andrés apareció por la puerta de la sala de espera y nos pidió que nos acercáramos. Amin se presentó a él y fue entonces cuando nos dijo cómo se encontraba Naomi. Pudimos respirar más calmados al saber que todo estaba bien.

Hacía tiempo que habían terminado de hacerle el lavado de estómago y la mantenían en reposo y controlada, querían asegurarse de que no hubiera complicaciones inesperadas. Nos explicó el procedimiento que habían seguido, por lo visto el lavado de estómago había sido diferente a como nos lo habíamos imaginado, utilizando otro método más innovador que era menos incómodo y molesto. Ni siquiera la tuvieron que dormir para realizárselo.

Andrés había vuelto a hablar con Naomi, estando ya en sus plenas facultades. Se sinceró con ella, transmitiéndole la conclusión a la que había llegado, como también la puso al corriente de que la policía estaba en conocimiento de toda la verdad. Al principio lo escuchamos preocupados, por la reacción que pudiera haber tenido ella, pero nos tranquilizó diciéndonos que le había servido para desahogarse porque en cuanto volvió a ser ella y ver con claridad su situación, había llegado al mismo final al no encontrar otra explicación.

Continuamos en la sala cuando se fue, tal y como nos pidió. Por lo visto otros policías diferentes estaban a punto de llegar, así se lo habían notificado antes de salir a hablar con nosotros. Querían ser los primeros en tener contacto con ella, imaginé que serían de otro equipo diferente al de Javier. Cuando sucediera también estaría presente un psicólogo de la clínica.

Carlos tuvo que marcharse porque tenía una reunión a la que no podía faltar, nos despedimos quedando en que le informaría cuando pudiera verla y supiera algo nuevo. Me quedé con Amin y le apreté un hombro, recibiendo por su parte una sonrisa triste. Estaba que daba pena, el sufrimiento se reflejaba en su rostro.

Un tiempo después, dos policías aparecieron en la sala de espera junto a Andrés, vestidos de paisanos para no llamar la atención. Mi amigo señaló hacia nosotros, para indicarnos quiénes éramos. Nos acercamos a ellos para saber qué tenían que decirnos. Nos informaron de que ya habían hablado con Naomi y que en cuanto salieran de la clínica iban directos a detener a la madre.

Las pruebas y los indicios estaban claros, a parte del testimonio de la paciente que le dio más veracidad a que habían atentado contra su salud. Según nos explicaron ella había recordado unas actitudes de su madre que le habían llamado la atención, al parecerle muy raras, pero a las que no les dio importancia cuando las tuvo, por no poder pensar negativamente sobre ella. Los puso al corriente de todo.

Ante esa confesión Amin se desplomó en el suelo y Andrés lo atendió corriendo, pidiendo ayuda a varios enfermeros que pasaban cerca de donde estábamos. Tuvieron que atenderlo de urgencia.

Tatiana vino corriendo porque la avisé de lo que había sucedido en el último momento, del desmayo. Hasta ese momento Amin la había mantenido informada, pidiéndole que no viniera a la clínica porque no podía hacer nada, para que se quedara cómoda en casa. Por suerte cuando llegó en taxi pudo entrar a verlo porque estaba muy nerviosa. Ya lo habían estabilizado, dentro del agotamiento psicológico que tenía, no había nada más. Se quedó con él en una pequeña habitación a la que lo habían llevado hasta que lo dejaran levantarse, asegurándose de que no volvería a marearse.

Una enfermera se asomó por la sala de espera, llamándome. La seguí cuando me dijo que venía de parte del doctor y que podía entrar a ver a la paciente.

—Naomi... —susurré sin saber cómo iba a reaccionar ante mi presencia.

Estaba sentada en un sillón con la vista perdida a través de la ventana. Al escucharme giró la cabeza hacia mí, tenía los ojos rojos y llorosos.

—Mi madre... —dijo, pero no pudo continuar. Rompió a llorar y llevándose las manos a la cara.

—Lo sé, cariño. No sabes cómo lo lamento. —Me acerqué a ella.

—No me llames así. —Hipó secándose las lágrimas—. No te he importado nunca —negó varias veces—. A ninguno, ni siquiera a mis propios padres.

—No digas eso, no tienes ni idea de la realidad.

—No quiero saber nada de vuestra mierda de realidad. La que tengo encima ya pesa demasiado.
—Volvió la vista hacia la ventana.

—Relájate, no es momento para que te pongas así ni que saques más conclusiones precipitadas. Naomi, mírame.

—Vete, no quiero volver a verte. Quiero estar sola y que nadie se me acerque.

—Naomi...

—¡Qué te vayas! —gritó girándose, volviendo a sacar todas las fuerzas que había perdido.

No quería alterarla más, era consciente de que lo que había descubierto era muy duro y su estado podía decaer en cualquier momento.

—La enfermera que me ha acompañado hasta aquí me ha dicho que en un rato te darán el alta...
—asintió sin mirarme— Solo te pido una cosa, necesito que te cuides y que te recompongas. Tú puedes con toda esta mierda y más, ¿me oyes? Estaré en la sala de espera.

No me respondió, ni se movió, lo único que identifiqué fueron más lágrimas resbalando por sus mejillas. Esas fueron mis últimas palabras, por el momento. Me fui para no tensar más la cuerda, dirigiéndome al encuentro de Amin y Tatiana, para informarlos.

Cuando entré en la habitación en la que estaba Amin, lo encontré levantándose de la cama. Les expliqué que venía de ver a Naomi y decidieron marcharse para no ponerla más nerviosa. Solo faltaba que tuviera un enfrentamiento directo con su padre sin estar recuperada del todo. Tuvimos que tragarnos nuestras emociones y cómo necesitábamos actuar, por su bien. Me despedí de ellos y quedamos en que nos llamaríamos más tarde.



Mis ojos conectaron con los de Naomi en cuanto apareció en mi campo de visión. Desde que me había sentado en la silla de la sala de espera no había apartado la vista del pasillo, esperando este momento. Ya le habían dado el alta y a simple vista parecía que estaba bien, al menos centrada sí, porque al verme puso los ojos en blanco.

—¿Dónde están las llaves de mi coche? —habló parada a unos metros de mí.

—En mi oficina. —Me levanté despacio.

—Las necesito.

—Claro. —Empecé a andar y me siguió.

Nos dirigimos a mi coche en silencio. Cuando lo abrí fui hacia la puerta del copiloto y le ofrecí que entrara. No dijo nada al respecto, no identifiqué que quisiera pelear, todo lo contrario, los síntomas de agotamiento eran evidentes y no dudaba de que sería físico y mental.

—Naomi, ¿qué piensas hacer ahora? —Corté el silencio a medio camino.

—Ni que te importase... —susurró con la vista fija en la ventanilla.

—Claro que me importa —murmuré apretando el volante.

—¿Sabes? Confíe en ti. —Las lágrimas volvieron a aparecer. Se las retiró de la cara—. Ahora sé que mi propia familia me ha fallado también, no puedo confiar en nadie. Solo quiero olvidarme de todo y de todos y empezar una nueva vida, desde cero.

—No eres consciente de todo lo que he hecho por ti. —No pude evitar decirlo y mirándola de reojo pude ver cómo tragaba—. Sobre tu madre te doy la razón, no quieras saber realmente lo que pienso porque la hundiría en la mierda más absoluta, pero tu padre... no, de él no tienes ni puñetera idea de nada.

»No es el ogro que piensas, esa idea te la ha metido en la cabeza tu madre. Piénsalo, si ella ha sido capaz de hacerte lo que te ha hecho, en qué lugar se ha dejado a ella misma como para que te aferres ni siquiera a una mínima cosa de las que te haya dicho y contado. Todo mentira, cada una de sus palabras, como la careta que ha llevado hasta ahora y se le ha caído.

—No tienes ni idea de lo que he vivido durante todos estos años, ni idea —negó—. Él es peor. ¿Qué padre echa a su hija de su casa por una amante y se olvida de que existe? Porque ya, lo que pasase entre ellos me da igual, son tal para cual, pero ¿yo? ¿Por qué a mí? ¡Era su hija! —lo dijo

en pasado y a mí se me atragantó el dolor que transmitió.

—Has sacado tus propias conclusiones basadas en mentiras. No le has dado la opción ni la oportunidad de que te cuente su versión, la realidad. No se la has dado, Naomi. Creíste a ciegas en tu madre y te cerraste en banda, lo has bloqueado de todos los lados... ¿Sabes que tu madre lo tenía amenazado para que no se acercara a ti? Claro que no, como muchas otras cosas que ignoras —negué cabreado.

—¿Amenazado con qué? —Se giró hacia mí, incrédula.

—Con cosas que no eran verdad. Tu padre se las tragó para él, ha querido mantenerte al margen de todo porque te adora. Tu madre lo quería denunciar falsamente y para que lo sepas como anticipo, el matrimonio de ellos estaba roto desde hacía mucho tiempo, desde hacía años. Ella lo sabía, tu madre era conocedora de la verdad y ató en corto a tu padre para que no lo sacara a la luz, hasta que le conviniera a ella. Si tu padre pasó por el aro fue porque necesitaba cerrar una inversión antes, una que les interesaba a los dos. Te lo contará con detalles, le pertenece a él hacerlo.

—El que fue mi padre, ya no lo es. No tendrá esa oportunidad.

—Me cago en todo, joder... —Alcé el tono de voz, golpeando con fuerza el volante.

Vi por el rabillo del ojo cómo se encogía, sobresaltada. Maldije más, en voz alta, cansado y rabioso por todo. Por su inmadurez, por lo que estaba viviendo no solo ella, por todas las incertidumbres que me pesaban...

—Lo siento —susurró y me sorprendí ante su disculpa—. No quiero escuchar a nadie, solo quiero empezar de cero una vida lejos de aquí y de todos. —Terminó murmurando con dolor.

—Naomi... —Dejé salir un suspiro—. Todo esto ha provocado que me acercara a tu padre y lo conociera, hasta ese instante no sabía quién era en realidad. Si yo hubiera actuado como tú, por la información que me llegó desde varios sitios, incluida de ti, ni siquiera le habría dejado acercarse a mí —negué.

»En la vida hay que saber de primera mano las cosas, no puedes dejarte influir por las personas de tu alrededor porque pueden tener cientos de opiniones referente a alguien y que ninguna de ellas sea la correcta. Solo con el roce y el conocimiento propio puedes hacer un juicio de valor, antes no.

»Te puedo asegurar que es un gran hombre, nada que ver con la idea que te has formado de él con los años. Está pasándolo mal, ha venido corriendo a la clínica nada más saber qué te había sucedido y se ha desmayado sobrepasado por todo.

—Haciendo un papel, otro gran actor como mi madre.

—Me oyes, pero no me escuchas —negué—. No estás atendiendo a lo que te estoy diciendo. Él te quiere con todo su corazón, Naomi, te cueste o no creerlo, es la verdad.

—Si me quiere con todo su corazón, dile de mi parte que necesito dos mil euros en la tarjeta, los

que me quitó. Solo tengo en la cuenta cien euros y con eso no puedo irme y empezar a vivir por mi cuenta. Dile también que cuando encuentre un trabajo con el que mantenerme le devolveré hasta el último céntimo.

—Te dará todo lo que le pidas. Por eso no hay problema, pero creo que no deberías alejarte sin hablar con él.

—Ahora mismo no entra en mi cabeza esa posibilidad —negó—. Necesito irme, centrarme solo en mí para olvidar y recomponerme. Me he visto en medio de mucha mierda y no me merecía nada de lo que me ha pasado. Solo puedo pensar en que los tres sois iguales, porque unos con unas cosas y otros con otras, pero todos me habéis hecho daño —susurró con tristeza.

Supe que por mucho que le dijera, estando como estaba y teniendo tan reciente el choque de realidad que había recibido, no conseguiría que entrara en razón. Por ese motivo me quedé callado.

Cuando llegamos al aparcamiento de la empresa fuimos hacia el edificio y nos acercamos al mostrador de la recepción. Allí me había dicho Carlos que había dejado las llaves del coche después de estacionarlo bien, las que encontré en el segundo cajón. El edificio ya estaba vacío por lo que cuando volví a salir y se las di, me dirigí hacia el mío para largarme hacia mi casa.

Desde el interior del coche la vi irse, con una sensación que me apretó el pecho y me encogió el corazón.

Llamé a Amin y le puse al tanto de la conversación que había mantenido con ella. Me confirmó que en cuanto colgara le cargaría la tarjeta con el dinero suficiente para que no le faltase de nada, bastante más del que ella comentó. Con tristeza me dijo que después de pensarlo bien había decidido darle tiempo porque entendía que estaba sobrepasada y saturada con todo, muy afectada por una guerra que no iba con ella.

Capítulo 23



Dos días habían pasado desde que sucedió lo del hospital con Naomi. No había vuelto a saber nada de ella y el dolor que me provocaba estar sin noticias suyas, fue lo suficientemente grande como para darme cuenta de que sin ella me faltaba todo.

Llegué a la oficina y al verme, Letizia me llamó. Nos saludamos y dejó encima del mostrador una carta certificada a mi nombre, era de la clínica. Tragué saliva al cogerla y me fui directo hacia el ascensor. Necesitaba llegar a mi despacho y hacerme un café doble antes de comprobar qué había en el interior. Me lo preparé antes de acomodarme en la silla de mi escritorio.

La abrí conteniendo el aire hasta leer la clara resolución; eran mi madre y mi hermana. Solté el aire y me froté la cara ¿Qué se me estaba escapando de las manos?

Pensé en Naomi, en su situación. Ella era ajena a la realidad, una que se había formado por factores externos a lo largo de su vida y ni por asomo pudo imaginar que no era la correcta, y en su negación para conocerla. ¿Y si me estaba pasando lo mismo? ¿Y si todo lo que creía saber hasta ese momento perdía valor con alguna verdad escondida?

Con Amin estaba viviendo un claro ejemplo de cómo las situaciones y las acciones se tergiversaban decantándose a favor de alguien. Decidido, cogí el móvil y marqué el número de mi madre, sin dudar.

—Hola, hijo —susurró.

—Hola. —No me atreví a decirle mamá—. ¿Cuándo podemos vernos?

—Cuando quieras, cuando me lo pidas. Llevo muchos años esperando para poder hablar contigo con claridad.

—¿Estás en la ciudad?

—Sí, continúo aquí.

—Dame una ubicación y voy para allá.

Me dio el nombre de un hotel y me explicó que llevaba esperando en él todo este tiempo, a la espera de que me dieran los resultados de las pruebas, con la esperanza de que una vez supiera la verdad quisiera hablar y reunirme con ella. Me quedé helado porque vivía a muchos kilómetros y habían pasado días, no había querido irse hasta solucionarlo. Me bebí el café de un trago después de colgar y salí del edificio dirigiéndome hacia su alojamiento, directo hacia la cafetería exterior donde habíamos quedado.

La localicé sentada en la terraza mientras caminaba hacia ella. No me vio porque quedaba de espaldas, por lo que en cuanto pasé por su lado y me paré haciéndome visible, se levantó de inmediato y se adelantó nerviosa, dándome un beso en la mejilla que no pudo controlar.

—Quiero saberlo todo —le dije mientras le pedía un café a un camarero que pasaba por al lado, ella tenía el suyo casi sin tocar.

—Lo sabrás hijo, ya no tengo miedo.

—Pues cuando quieras —la incité a hablar.

—No sé qué te contaría tu padre de mí, pero estoy segura de que no fue la verdad.

—Simplemente me dijo lo que ya te transmití la otra vez, que dejaste una carta en la que ponía que se te quedó todo muy grande, sobre todo, mi nacimiento y nos abandonaste.

—Pero ¿se refirió a mí de alguna manera?

—No te entiendo. —Fruncí el gesto.

—Me refiero a si te dijo la relación que me unía a él.

—No sé a qué viene eso, eráis pareja. —Arqueé una ceja sin entender por dónde iba a salir.

Hicimos una pausa quedándonos en silencio cuando el camarero dejó encima de la mesa mi café.

—Jamás fui nada de tu padre, ¿pareja? ¿Con la diferencia de edad que teníamos?

—La diferencia es solo un número, carece de importancia —murmuré recordando a Naomi.

—Tienes razón, pero cuando hay amor. —Me miró a los ojos, los suyos desprendían tristeza—. No éramos novios, no éramos un matrimonio, no éramos nada, hijo. Tu padre era mi jefe y yo la chica que trabajaba en la casa de sus padres como interna, por aquel entonces, él también vivía en ella. —Se frotó las manos con la ropa, cogiendo aire. Ni pestañeeé porque con lo poco que acababa de decir ya veía dónde terminaría su versión.

»Tu padre nunca se interesó por las mujeres, era homosexual y tus abuelos nunca lo aceptaron. Ese hecho llevó a que firmaran un acuerdo de confidencialidad, el que detallaba que jamás saldría a la luz su condición sexual para no manchar la reputación de la familia. Me pidieron que le diera un hijo, un heredero para asegurar el patrimonio. Yo me negué, era muy joven. —Movié la cabeza emocionada recordando esa época.

»Pero, por eso mismo, también necesitaba el dinero que me ofrecieron para ayudar a mis padres. Ellos estaban enfermos y tenían los ingresos mínimos, no les daba para todo lo que necesitaban. Estuvieron a punto de perder la casa, que era de lo único de lo que disponían — soltó un suspiro.

—Sigue por favor —le pedí apoyando los brazos en la mesa, atento a todos los detalles.

—Anterior a que me lo propusieran yo ya sabía todo lo que tramaban. —Se retiró varias lágrimas—. Me enteraba de las conversaciones de tu padre con tus abuelos, aunque no quisiera. Me movía por toda la casa limpiando y siempre terminaba escuchándolos hablar. Se centraban en los mismos temas, tapar la homosexualidad y querer a toda costa un heredero, pero claro, la madre les estorbaba, o sea yo. —Me mordí la lengua para no soltar lo que apretaba por salir de mi interior.

»Al final accedí —se encogió de hombros—, pensando solo en mis padres. Con el dinero que me ofrecieron podía cuidarlos sin trabajar y facilitarles la vida, estaban muy mal. Yo era tan joven, me sentía tan perdida... jamás imaginé que, al aceptar, iba a sufrir tanto. Desde el momento en el que os sentí en mi interior, supe el horror que me quedaba por vivir. —Hizo una pausa para buscar un pañuelo en el bolso, con el que se secó más lágrimas.

»No quería perderlos a ninguno; ni a ti, ni a tu hermana, porque cuando me enteré de que era un embarazo múltiple... —soltó un suspiro— Tu padre enloqueció, él solo quería un varón. Me amenazó durante todo el embarazo y me hizo sentir culpable de todo. Cuando me confirmaron que venía en camino un niño y una niña, él lo tuvo claro. Solo quiso quedarse contigo, ofreciéndome dinero para la niña, para que no le faltase de nada, pero con la condición de que yo nunca dijera la verdad manteniendo el secreto.

»No me dio opción a quedarme con los dos, pero si no me daba el dinero por ti estaba perdida, yo y mis padres, porque no hubiera podido mantenerlos, incluyendo a tu hermana. Tuve mucha presión, día tras día, hasta que accedí a todo. El mismo día que di a luz, tuve que desaparecer del hospital con tu hermana, advertida por él. También fueron muchas las amenazas diciéndome que, si intentaba en cualquier momento acercarme a ti de alguna manera, harían desaparecer a Violeta de la faz de la tierra, tu hermana.

»Disponía de todos los medios para llevarlo a cabo y me asusté mucho. —Lloró dejando salir todas las emociones que le provocaba. En la pausa que hizo buscó en el bolso y sacó un sobre, dejándolo encima de la mesa—. Aquí tienes los justificantes de los ingresos que me transfirió cuando naciste, el mismo día que viniste al mundo. —Lo cogí y lo abrí, comprobando la información.

»Te he amado desde que supe de tu existencia. Tu hermana, Violeta, no quiere nada de ti, me refiero a lo económico. Ninguna de las dos buscamos eso —susurró—. Ella sabe toda la verdad desde que me enteré de que tu padre había fallecido, no me atreví a decírselo antes por si reaccionaba de alguna forma, enfrentando la situación. No quiere saber nada de ese hombre en lo referente a lo material, aunque ya no esté, solo quiere conocerte, si tú aceptas.

Intenté digerir toda la información. Mi padre le había dejado más que cubierta su economía para que nunca tuviera que trabajar y que no le faltase de nada, pero había actuado como un desgraciado y canalla. Es más, cuando me desveló lo de su homosexualidad, tuve que contener el aire al recordar varios detalles que me llevaron a pensar en ello.

Sospeché algunas veces sobre su inclinación hacia los hombres, pero en aquellos momentos descartaba todos los pensamientos que tenía porque pensaba que eran cosas mías. Como si me hubiera importado saber la verdad... solo tendría que haberse sincerado conmigo para vivir plenamente como le hacía feliz. Pero claro, siendo un hombre de los pies a la cabeza y habiendo actuado como tal, referente al pasado. No, como la mierda que acababa de escuchar.

—No sé qué decir —murmuré con la mirada fija en la taza, avergonzado sin tener culpa de ello.

—No agaches la cabeza, nunca. —La levanté para mirarla de frente—. Tú no eres responsable de las acciones de los demás, solo de las tuyas. —Me sonrió con cariño—. Jamás la bajes porque me consta que eres un hombre honrado, aunque no haya podido acercarme a ti he ido informándome de tu vida, por poco que fuera, porque no tenía muchas posibilidades para hacerlo.

»Las mentiras pesan como una losa y sé que ahora tienes que digerirlo todo. No pasa nada hijo, yo regresaré a mi casa y esperaré para saber de ti. Quiero estar con tu hermana porque últimamente está desfasada.

—¿En qué sentido? —Arrugué el gesto.

—Se niega a trabajar, no quiere responsabilidades y vive en los mundos de Yupi con el tema de las redes, intentando ser *influencer*. —Puso los ojos en blanco y yo negué, con un toque de diversión—. Me lo está poniendo muy difícil, parece que ni con cuarenta años madura —soltó un suspiro.

»Solo quiero que sepas que te voy a esperar cada día de mi vida y que cuando me necesites, estaré siempre a tu lado. No ha habido ni un solo día en el que me haya olvidado de ti, siempre has estado aquí. —Se llevó una mano al pecho, sobre el corazón—. Te amé con locura desde que supe que estaba embarazada y eso no ha cambiado con el tiempo.

Esa vez eran mis lágrimas las que salían de mis ojos. Me levanté nervioso y me acerqué a ella, propiciando que también lo hiciera. La rodeé con los brazos, necesitando el contacto que me habían negado toda la vida. Sentir cómo se aferró a mí, me calmó, una calma bien recibida para los dos porque en ella también la sentí.

Después de dejar un billete encima de la mesa me despedí prometiéndole que estaríamos en contacto, pidiéndole que ahora que nos habíamos encontrado dejáramos todo fluir. Solo era cuestión de tiempo que lo asimilara, darme el necesario a mí mismo para cagarme en las mentiras y recomponerme para llevar a cabo lo que estaba deseando. Una nueva vida estaba próxima, una que había anhelado siempre y, en el punto en el que estaba, la tenía alcance de mí.

Regresé a la oficina con la cabeza saturada y en cuanto llegué, fui directo a buscar a Carlos. Lo puse al corriente de todo sin poder dejar de dar vueltas por su despacho, consiguiendo que se quedase tan alucinado como yo. Realmente debía ser honesto, no había dudado en ningún momento de la veracidad de las palabras de mi madre, todo cuadraba y sus reacciones...

Había crecido con un padre amoroso y cariñoso, me había cuidado y educado con todo su ser, uno al que amaba, pero teniendo la nueva visión de él, una muy chocante porque contradecía todo lo que había conocido, las dudas de si lo había tenido en un pedestal me asaltaron, referente

a sus acciones.

Sobre su condición sexual solo había terminado por darle sentido a lo que pensé algunas veces en el pasado. Entendí en ese instante una discusión que oí entre él y mi abuelo, cuando era un adolescente. En ella, mi padre le reprochaba al suyo que la decisión de ser padre fue de ellos, refiriéndose a mi abuela también, que se lo impusieron de malas maneras.

Siempre me lo callé, supongo que en mi interior no quise darle importancia a ese hecho y a su significado al ser tan joven, pero esas palabras dolorosas se asentaron en mí durante mucho tiempo, tanto que hasta el día de hoy continuaban grabadas en mis recuerdos.

Lamenté que mi familia paterna hubiese sido tan retrograda como para no asumir algo tan normal, como lo era que su hijo tuviera relaciones con quién le diera la gana y le hiciera feliz, sin tener que imponerle que ocultara sus sentimientos por el simple hecho de que no eran como los que ellos querían o veían «normal».

Me sentía devastado, hecho polvo, con muchas emociones recorriéndome. Entre que no sabía nada de Naomi y toda la verdad que me había caído encima, sentía que mi vida se venía abajo por segundos, perdiendo el sentido de todo lo que había vivido hasta ahora. Aunque también estaba lo contrapuesto, la emoción por descubrir lo nuevo que estaba por llegar.

Todo era un caos a mi alrededor y me sentía en total desequilibrio.

Capítulo 24



Una semana después...

Me levanté y como cada mañana tenía un mensaje de mi madre dándome los buenos días y preguntándome cómo estaba. Al principio se me hizo rara la situación, pero ya me había acostumbrado y necesitaba ver la notificación en cuanto me despertaba, sintiendo que referente a ella mi vida estaba encauzada y de mejor manera, imposible. Todavía no habíamos pasado de los mensajes, pero poco a poco las sensaciones y emociones estrechaban más el lazo que me unía a ella.

Le había prometido que iría a verlas en breve. Estaba esperando a sentirme más aliviado por la saturación mental que tenía. No le había comentado nada de Naomi, pero le había hecho entrever que había cosillas, temas urgentes, que debía arreglar y hasta que no lo consiguiera no podría estar tranquilo del todo. Lo bueno de mi madre es que no hacía preguntas, aceptaba mis palabras con caras de emojis sonrientes. Ella solo quería tener contacto conmigo y saber que estaba bien. Con tener una respuesta afirmativa, aunque fuera cortita por mensaje, ya era feliz.

De Naomi sabía que el día anterior subió a Instagram una foto con su abuela. Se vio claro que era actual y en ese momento llamé a Amin para informarlo por si no la había visto. Me contó que él aún no había podido hablar con su madre, pero que sí las había visto juntas, lo que lo tenía tranquilo. Me remarcó que tiempo al tiempo, el que pone todo en su lugar.

¿Y qué estaba haciendo en este instante yo? Otra locura, las maletas para irme a Marruecos, aun a sabiendas que ni la abuela ni ella querían verme y que seguramente me cerrarían la puerta en la cara. Pero ya no podía más, demasiado había esperado. Necesitaba verla en persona, no a través de una imagen, aunque fuera desde lejos. De esa forma me sentiría más cerca de ella, aunque no la tuviese a mi lado. Me estaba volviendo loco, amaba a Naomi con todo mi corazón y él decidía por su cuenta, arrastrándome a actuar por impulsos.

En esta ocasión Carlos se quedaba en tierra porque así se lo pedí, ya que quería hacer el viaje solo. Era algo que me debía a mí mismo y que pertenecía a una historia que solo tenía que ver con ella y conmigo. Quería dar cada paso sin contar con la opinión de nadie, solo dejándome guiar por el corazón.

Por Javier, mi amigo policía, sabíamos que la madre de Naomi estaba en la cárcel, a la espera de un juicio. Todo pintaba bien porque además de todas las evidencias de lo que le había hecho a Naomi, encontraron en su móvil mensajes con los que podían acusarla de muchos otros cargos delictivos. Ni por esas Naomi había entrado en razón y había hecho por buscar a su padre, era frustrante lo bloqueada y cerrada en banda que estaba con la situación.

En cierta forma podía entenderla, me ponía en su piel y si yo referente a mi madre había necesitado tiempo, pidiéndoselo, comprendía que ella lo necesitara más por todo en lo que se había visto envuelta. Pero hasta el punto de, al menos, no comunicarse con él por mensaje u otra vía rápida... no lo entendía y me martirizaba por ello.

Un taxi me llevó al aeropuerto donde el avión privado me esperaba a pie de pista, con la tripulación fuera para recibirme. Desayuné tranquilamente durante el vuelo mientras leía el periódico que me ofreció una azafata. Realmente me costó concentrarme porque no tenía centrada la cabeza, por lo que me dediqué más que nada a ver los titulares y a pasar las páginas.

Cuando aterricé y bajé las escaleras, respirando otros aires diferentes, la sensación de que cada vez estaba más cerca de Naomi me envolvió. Después de pasar los trámites fronterizos, que fueron rápidos como siempre, salí de la terminal y cogí un taxi.

De nuevo me había decantado por quedarme en el Riad. La experiencia bien merecía la pena y me hacía ilusión volver a encontrarme con Rachid, aparte de que quedaba muy cerca de la casa de la abuela de Naomi.

La chica de recepción sonrió al verme de nuevo, recordándome, y me dijo que me iba a dar la mejor *suite* que tenían libre. Solo al entrar en la habitación, me di cuenta de la magnitud de sus palabras ya que, si en la otra que estuve no faltó ningún detalle, en la que me iba a quedar menos aún. Contaba hasta con hidromasaje, separado a poca distancia de la cama. Lo observé todo sin saber si reír o llorar porque mi situación era lamentable.

Dejé las cosas colocadas en la habitación y subí a la terraza para comer. Necesitaba impregnarme de nuevo con la esencia de las vistas que ofrecía y de la paz y la calma que se respiraba.

—Hola, amigo —me saludó Rachid nada más verme, con una gran sonrisa, pero dejando ver la sorpresa. Nos dimos un abrazo.

—Hola, Rachid. Ya ves, otra vez aquí. —Le hice un guiño—. ¿Qué tal estás?

—Me alegro por ello. Bien, ¿tu amigo y la familia bien?

—Sí, todo bien. —Como para contarle cómo estaba el percal, no terminaría en varios días.

—Ayer vi a Naomi paseando, imagino que por eso has venido.

—Sí, pero la situación entre nosotros no está tan bien como la recuerdas. Ha habido algún malentendido que quiero solucionar —respondí.

Se lo expliqué por encima, sin entrar en muchos detalles, solo para que entendiera que ella era reacia a verme y a hablar conmigo.

—Si puedo ayudarte en algo no dudes en decírmelo —asintió con expresión preocupada.

—Gracias, Rachid. —Curvé los labios—. No te preocupes, no son temas para que nadie se meta porque normalmente los terceros también salen escaldados.

—No me importaría —negó y sonreí más ampliamente, agradecido—. ¿Té o cerveza? —Quiso saber.

—Buen dilema. —Reí—. Va, una cerveza, el té para después. Para comer puedes traermé una ensalada marroquí y cordero a la plancha con patatas.

—Perfecto, ahora mismo vuelvo —asintió satisfecho.

Eran apenas las dos menos cuarto del mediodía y el sol apretaba en la Medina bien duro. Lo bueno era que en el lateral en el que me había sentado estaba techado y corría el aire, dando una sensación más ligera y agradable.

Rachid tardó poco en ponerme la cerveza delante, junto a un platito de patatas chips y otro con olivas. Se lo agradecí cuando me hizo un guiño. Después de refrescarme la garganta cogí el móvil y entré en Instagram, directo al perfil de Naomi. No había subido nada más, pero me quedé con la vista fija en la foto del día anterior con su abuela.

Tenía mucho mejor aspecto, aunque la tristeza de sus ojos aún era evidente. No soportaba verla así, se me formaba un nudo en el pecho. Los ojos se me nublaron y me costó tragar saliva, por lo que volví a darle un trago a la cerveza.

Si algo había aprendido en el último mes es que el amor puede llegar con tal fuerza y de una manera tan inesperada, que provoca que cambie el curso de nuestras vidas de forma radical. ¿Qué importancia tiene la diferencia de edad cuando un sentimiento tan grande nace y arrasa con todo? No había fronteras que derribar, simplemente había que ser sincero con uno mismo y aceptar la realidad.

¿Cómo me presentaba de nuevo ante ella? ¿De qué manera hacerlo para no alterarla y que perdiera los nervios? No dejaba de hacerme infinidad de preguntas que lo único que me causaban era más inquietud, a pesar de estar en un lugar en el que predominaba la serenidad y la paz. Todo era demasiado contradictorio, incluso el caos que tenía en la cabeza por querer actuar de la mejor forma, por su bien.

El cordero estaba riquísimo al igual que la ensalada. Sorprendentemente, comí como hacía días que no sucedía, con ganas y, sobre todo, con hambre, disfrutando y dejando los platos vacíos. Cuando terminé, Rachid me trajo un té antes de que me fuera a la habitación a descansar un rato, para hacer tiempo a que el calor más fuerte aflojara.

Me tiré en la cama sintiéndome más cansado de lo habitual y me tapé la cara con el antebrazo,

soltando un suspiro. Inesperadamente los ojos se me cubrieron de lágrimas contenidas y las dejé en libertad con miles de pensamientos rondándome la cabeza. ¿Quién dice que los hombres no lloran?

Capítulo 25



No sé cómo lo logré, pero conseguí descansar ya que abrí los ojos a las siete y media de la tarde. Me metí en la ducha y después de refrescarme subí a la terraza. Tenía que tomar una decisión de cómo iba a abordar el encuentro con Naomi y en ningún lugar mejor que al aire libre, con el añadido de las vistas.

Al salir a la terraza, Rachid me saludó y después de hacer lo mismo hacia él, le pedí que me trajera una cerveza. Me dirigí a la última mesa que había en un rincón que me gustaba mucho, tenía varios candelabros blancos de rejilla con las velas encendidas y daba mucha privacidad.

Me senté mirando hacia la Medina. El sol había perdido intensidad y ya se podía respirar bien, sintiendo una brisa agradable. A los pocos minutos Rachid puso encima de la mesa mi bebida sin decir nada, viendo que me había quedado ensimismado con la imagen que tenía delante de mí.

De nuevo la presión en el pecho, justo en el mismo momento en el que comenzó a sonar la llamada de la oración. Tuve que contener las lágrimas y tragar saliva, ante los recuerdos que me asaltaron. Estuve unos minutos bloqueado, preguntándome ¿cómo sería la actitud de Naomi al encontrarme con ella?

Atónito me quedé y me costó reaccionar ante lo que oí, o más bien de quién.

—Alonso. —La voz de Naomi detrás de mí me hizo apretar la mandíbula. ¿Era cosa de mi mente?

Me giré despacio, encontrándola parada a pocos pasos de mí. Me levanté de la misma forma.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Te he visto esta mañana cuando regresaba del mercado. Acababas de llegar a la calle larga en taxi, te estabas despidiendo del taxista —susurró.

Cogí una bocanada de aire por el simple hecho de que no se la veía a la defensiva, ni parecía querer reprocharme mi presencia allí.

—¿Puedes sentarte, por favor? —Señalé una silla.

—Sí, claro. —Aceptó tan normal. Me quedé más descolocado por su actitud pacífica, como si no hubiera sucedido nada.

Ocupó la silla de enfrente de la mía. Rachid apareció a nuestro lado con una gran sonrisa, al ver que había venido y estábamos juntos, al menos en la mesa.

—¿Qué te pongo Naomi?

—Una cerveza —le pidió y le regaló una sonrisa.

Joder, me dije o, más bien, me grité. Impresionante.

—¿Vais a cenar aquí? —Nos miró a los dos.

—Si ella quiere... —Carraspeé sin apartar los ojos de los suyos.

—Por mí sí —afirmó sin dudar.

Alivio, eso fue lo que sentí y lo que provocó que una gran parte de mi tensión aflojara, relajándome.

—¿Sabe tu abuela que estás aquí? —Me interesé.

—Sí, tranquilo.

—Imagino que no querrá ni verme —negué.

—No, en absoluto. Ella no se mete en nada.

—¿Sigues pensando lo mismo de mí? —Repiqueteé los dedos en la mesa.

—No —respondió escueta.

—¿Por qué? ¿A qué se debe este cambio de actitud? Perdona, no es que me moleste, todo lo contrario. No sabes cómo lo agradezco y la paz que me da, pero es raro que de la noche a la mañana hayas...

—He venido a pedirte perdón —me cortó.

—¿Cómo? —Fruncí el gesto—. No entiendo.

—Antes de ayer hablé con mi madre por teléfono... —me confesó con los ojos brillantes de la emoción. Lo que no supe si era por alguna buena o mala.

—Tranquila. —Me apoyé en la mesa, con ganas de agarrarle una mano para acariciársela, pero no me atreví a dar el paso para no estropear la situación.

—Le pedí a un amigo abogado que consiguiera ponerme en contacto con ella, necesitaba tener

una conversación para que por una vez en su vida fuera sincera conmigo. —Bajó la mirada hacia la cerveza—. Reconoció que se inventó todo lo que me contó sobre ti. Se enteró de que estuve contigo en Marruecos por una vecina de mi abuela, así supo que yo estaba con un hombre paseándome por aquí y averiguó quién eras. Aprovechó esa información con lo de mi padre, para fingir e incluirte, en cierta forma, en las bombas que soltaba.

»Creó una historia que le salió bordada porque consiguió lo que buscaba, que yo me encarara a ti y me alejara —negó con tristeza—. Lo más doloroso fue que también me confesó que llevaba mucho tiempo jodiendo a mi padre y ¿sabes? Lo hizo riendo, le salió una risa tan malévola... — Tragó saliva—. No olvidaré en la vida la sensación que me produjo. Está enferma.

—Relájate. —Esa vez sí que la agarré de la mano y se la acaricié, le temblaba.

—Después de eso me vine para aquí, tenía que hablar con mi abuela, contarle todo para que supiera la verdad. Necesitaba hacerla cambiar de parecer referente a mi padre —susurró—. Tenemos previsto ir a España, juntas, para darle una sorpresa a él y pedirle perdón. —Varias lágrimas resbalaron por su mejilla—. Tú también estabas en mis planes, pero te me has adelantado. —Sonrió tímida.

Cómo había echado de menos a la Naomi que tenía delante de mí. Me llené los pulmones de aire, varias veces, mirándola con todo el amor que sentía por ella.

—Tu padre te quiere con locura, es un gran hombre.

—Ahora lo sé. —Me apretó la mano—. Mi madre me hizo verlo de otra manera, de una horrible. Me contaba a escondidas que siempre tenía que frenarlo referente a mí, sobre el control que ejercía sobre mí. Y muchas otras cosas que no quiero recordar, su maldad no tenía fin.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte, Naomi, no te lo puedes imaginar. Le vais a dar una alegría muy grande.

—Gracias —susurró—. Por cierto, me ingresó mucho dinero después de lo que te pedí que le dijeras.

—Él no permitiría nunca que te faltara nada, lo único que quiere es cuidarte y protegerte.

—Y yo le he hecho tanto daño... —Se retiró las lágrimas de la cara, con la mano que tenía libre.

—No pienses en eso, la situación se ha desbordado de una forma... te ha caído todo encima, de la peor manera. Has estado a la merced de tu madre. La que tendría que haber querido, por encima de todo, tu bienestar solo miraba por el suyo, pasando por encima de quién fuera. Solo te has aferrado a lo que has creído conocer toda tu vida, no seas dura contigo. Lo único importante es que te has dado cuenta, de que lo has aceptado y vas a actuar en consecuencia.

—Tengo muchas ganas de abrazarlo.

—Os llevaré de vuelta para que lo hagáis —asentí satisfecho y emocionado—. Os merecéis los tres ese abrazo y acercamiento.

—También tengo ganas de abrazarte a ti —susurró llorando más, con la mirada fija en nuestras manos unidas.

—No te imaginas las ganas que tengo yo y lo que he esperado este momento.

Me levanté sin perder tiempo y extendí los brazos para que viniera hacia mí. Se incorporó rápido y se aferró a mí, escondiendo la cabeza en mi pecho. En ese punto no fue la única que lloró, yo no pude contener las lágrimas mientras la rodeaba con fuerza y aspiraba su olor.

—Te amo, preciosa. Jamás, nunca pienses que yo quiero hacerte daño o que haría cualquier cosa para que sucediera —susurré moviéndole la cabeza para que me mirara.

Asintió sin dejar de llorar y busqué sus labios, busqué el beso que se me había negado durante mucho tiempo, uno que me supo a gloria y calentó mi interior como jamás me había sucedido.

De repente, escuchamos varias palmadas y nos separamos mirando hacia la dirección de la que venían. Rachid sonreía de oreja a oreja y junto a varios clientes, aplaudían emocionados. Les sonreímos a todos y terminamos riendo y saludándolos con una mano.

Le hice un gesto a Rachid para que se acercara y le di mi móvil para immortalizar el momento. Los dos en la terraza de pie, anocheciendo y las casas de la Medina de fondo y, sobre todo, abrazados, la imagen perfecta. Volví a besarla para que también quedara para nuestro recuerdo en una fotografía.

De nuevo los aplausos, pareció que le cogieron el gusto y que éramos lo más interesante en la terraza. Volvimos a reír mientras nos sentábamos, esa vez con Naomi a mi lado, bien pegada a mí. Miramos todas las fotos y se las pasé al pedirme que lo hiciera. En ese instante me di cuenta de que ya me había desbloqueado. Busqué sus ojos levantando una ceja, provocando que soltara una carcajada nerviosa.

Durante la cena le conté cómo comenzó mi relación con su padre y que fue a través de Tatiana, su pareja, porque a ella sí que la conocía desde hacía tiempo y teníamos una amistad. Le hablé muy bien de la mujer que compartía su vida con su padre, como se merecía Tatiana que lo hiciera. Le expliqué de lo que había sido testigo, de lo importante que eran el uno para el otro y del amor que se tenían. Como también que cuando la conociera iban a congeniar fácilmente. En todo momento me escuchó atenta, sonriendo con nostalgia, abierta a la posibilidad cuando llegara ese instante. Me gustó observar lo receptiva que estaba, como cuando la conocí.

Su abuela la llamó mientras terminábamos de cenar y habló con ella en árabe, aunque sabía que también hablaba español, pero solo lo utilizaba en contadas ocasiones y cuando era necesario. Me quedé embobado sin poder apartar los ojos de sus gestos y expresiones. Cómo había cambiado...

—Me ha preguntado si todo está bien, estaba preocupada —me dijo cuando colgó, sonriendo.

—Es normal. ¿Se ha quedado tranquila?

—Sí. Me ha pedido que, si no tengo pensado regresar esta noche que le envíe un mensaje, para no quedarse esperándome. —Rio.

—¿No te ha exigido uno cada hora? —Arqueeé una ceja.

—No, esta vez no —negó de forma graciosa—. Sabe que estoy en buenas manos, has hecho mucho por mí.

—No, solo me he dejado guiar por este. —Me señalé el corazón y de la forma en la que me miró...

—Esta mañana me quedé inmóvil, petrificada —susurró acariciándome la cara, cerré los ojos unos segundos ante su muestra de cariño—, pero como estaba segura de que te quedarías aquí, me di tiempo para asimilarlo. Te prometo que sentí que no me merecía que hubieras venido, que te hubieras tomado la gran molestia de buscarme, después de todo, por cómo te he tratado. —Tragó saliva—. No he dudado ni un segundo que ese es el motivo que te ha traído a Marruecos.

—Has hecho bien, en no dudar porque así es —asentí—. Y a sabiendas de que podías echarme de una patada rápidamente. —Carraspeé aguantando el reír.

—Seguramente habría sido así si no hubiera sabido la verdad. Si te hubieras encontrado con mi peor versión dolorida, yo también me hubiera hecho mucho daño, uno muy grande. Confieso que no he podido dejar de pensar en ti ni un segundo —soltó un suspiro—. Durante todo este tiempo separados y pensando en que me habías utilizado, a pesar de ello, no dejé de sentir que eras todo lo que necesitaba, aunque te apartase de mí por el engaño que me metieron en la cabeza.

—¿Y si nos olvidamos de lo que hemos pasado y empezamos de cero? —le propuse haciéndole un guiño.

—Me encantaría. —Se puso las manos en el pecho, sonriendo.

—Tú sí que me encantas a mí. —Pasé un brazo por sus hombros, apretándola contra mí, dejándole un beso en la cabeza.

—He sido una imbécil —susurró.

—Un poquito sí, todo hay que decirlo. —Volví a carraspear y solté una carcajada cuando me dio varios manotazos—. Pero la mejor imbécil del mundo. —Reímos—. Deja de darle vueltas a todo, tiempo pasado, tiempo pisado. Ahora tenemos que mirar hacia adelante.

—¿Te puedo pedir algo?

—Claro.

—Ven mañana a comer a la casa de mi abuela. —Se separó sonriéndome.

—Será un placer, pero... Solo si te quedas conmigo esta noche.

—Eso dalo por hecho. Tenía pensado que, si me echabas, me colaría en tu habitación. —Rio nerviosa. Mi sonrisa no pudo ser más amplia.

Tras la cena decidimos irnos a la Avenida Mohamed VI dando un paseo de la mano, mientras charlábamos y nos adentrábamos entre la multitud de personas que ambientaban la noche. Eso era lo que más me sorprendía de la ciudad y es que, por la mañana, apenas se veían por la calle, pero por la noche, era todo lo contrario. Parecía que todos estaban esperando que llegara la oscuridad para salir.

Comparamos unos helados que nos tomamos en el paseo frente al mar, sentados en el muro que separaba la avenida de la arena de la playa, cerca de uno de los restaurantes en el que comimos en el viaje anterior.

No podía dejar de tocarla, de darle un montón de besos y abrazos. Las ganas de disfrutar de cada momento con intensidad habían regresado a mí. Qué manera tenía la vida de llevarte por los caminos que ella marcaba. Yo pensando en cómo acercarme a Naomi y en lo que me encontraría cuando lo hiciera, y no había tenido ni que moverme para que sucediera, de la mejor manera posible.

Regresamos al Riad en taxi ya que nos alejamos bastante de él. Regresar desandando el camino y para colmo subiendo las cuestas de la Medina quedó descartado, como que era para pensárselo bien y lo tuvimos claro.

La acompañé a la casa de su abuela porque quería coger el pijama y algunas cosas de higiene personal. Insistió para que entrase, pero por la hora que era le dije que la esperaba fuera, que al día siguiente si quería conocería a su abuela. Entró sola, en silencio, pero no tardó en salir. No lo hizo sola, su abuela la acompañó y contuve el reír cuando después de presentarnos personalmente, casi me dio una colleja por quedarme en la puerta. Con una sonrisa me dijo antes de despedirnos que me lo perdonaba y no me lo tenía en cuenta porque al día siguiente iba a probar su comida.

Se veía de lo más simpática. Si ya sin conocerla me caía bien, por todo lo que me había contado Naomi, después de interactuar con ella esa apreciación se magnificó. Le dimos un beso antes de irnos y cuando cerró la puerta le quité de las manos la bolsa a Naomi, echándomela al hombro.

—¿Has visto que no se come a nadie?

—Lo he visto. —La acerqué a mí rodeándole los hombros con un brazo.

—Verás qué bien cocina y lo bonito que prepara los platos. —Sonrió.

—Estoy deseando comprobarlo. —Le revolví el pelo provocando que riera.

Entramos al Riad y nos dirigimos a la *suite*. En cuanto estuvimos en la habitación y vio el hidromasaje se le iluminó la cara.

—Me encanta. Mis padres tenían uno en su habitación y yo solía ir allí a darme baños de vez en

cuando, mientras escuchaba música y la espuma rebosaba. —Por unos segundos, imaginé que, por el recuerdo de ellos y el tiempo pasado, su expresión se cubrió otra vez de tristeza.

—Todo tuyo —susurré señalándolo, poniéndome a su espalda.

—Yo me meto de cabeza, pero hasta que no esté dentro no puedes mirar. —Rio causándome una dulzura tremenda.

—Prometo que no miraré —hablé con diversión mientras me acercaba para llenarlo—. Pero ¿podré meterme yo también?

—Claro, mientras entras yo cierro los ojos y me tapo la cara con las manos.

—¿En serio? —Me giré hacia ella, soltando una carcajada.

—¿Qué? —Se ruborizó.

—Que no hace falta. —Carraspeé—. No creo que te sorprenda la anatomía masculina, ni que no la conozcas. No te pillaré de nuevas. Cuando he dicho «¿en serio?», me refería a que no tienes que hacerlo. No me da vergüenza mostrarme delante de ti. —Me senté en el borde del hidromasaje, haciéndole un guiño.

—A mí me da mucha. —Rio nerviosa y corrió hacia mí.

Había abierto los brazos para que lo hiciera. Nos abrazamos con fuerza.

—Entonces habrá que echar de este gel para que haga buena espuma —dije inclinándome hacia un lado, cogiendo uno de los envases que había alrededor del yacusi.

—Échalo entero, es pequeñito.

—Entero, ¿eh? —Volví a reír, provocando que se ruborizara otra vez—. ¿Sabes que he traído de España una botella de ron? —Levanté las dos cejas varias veces.

—¿Y hay refrescos y hielo? Porque nos montamos un botellón en el yacusi —dijo animada.

—Las dos cosas. En la nevera hay bastantes refrescos y justo al lado hay un dispensador de hielo.

—Marruecos se está modernizando mucho. —Se separó de mí para ir hacia la bolsa que yo había dejado encima de la cama y la vi coger el cepillo de dientes y dirigirse al baño.

Me quedé como un tonto mirando la puerta, cuando la cerró. Moví varias veces la cabeza para espabilarme. Menudo rato me espera, me dije pensando en que estaría desnuda por completo en el agua, a tan corta distancia que podría rozarla.

Capítulo 26



Cuando el yacusi terminó de llenarse, ella ya había salido y esperaba sonriente sentada en el filo de la cama. Me pidió que fuera al baño para poder quitarse la ropa, diciéndome que me avisaría cuando estuviera dentro, cubierta por la espuma. Lo que no se imaginó cuando me llamó es que yo iba a salir desnudo a su encuentro, con una toalla anudada en la cintura.

—Te ha faltado tiempo —susurró sin apartar los ojos de mi cuerpo—. Tienes que preparar las bebidas.

—Lo sé, ni que no pudiera utilizar las manos. —Le hice un guiño, divertido por el apuro que mostraba. Pero no solo era eso, el deseo también se reflejaba en su expresión—. ¿Y la alegría para la vista que te llevas mientras hago de camarero sexi?

—Tú controla que no se te caiga la toalla que me puede dar un chungo. —Soltó una carcajada, nerviosa.

—Es muy fácil que el nudo se deshaga —hablé con guasa.

Preparé los cubatas y dejé los vasos en el filo del yacusi, era lo suficientemente ancho para que no corrieran peligro y terminaran dentro del agua. Sin avisarla, con un movimiento rápido, hice que la toalla cayera a mis pies, provocando que soltara un jadeo y se llevara las manos a la cara, sin poder parar de reír mientras me decía que me iba a enterar.

Cuando me sintió a su lado, sentado, rozándole un brazo, apartó las manos buscando mis ojos con una sonrisa preciosa. Me incliné para besarla, acercándola a mí. Para controlarme, para no perder el control, me moví alejándome de ella para ponerme en frente, tomando distancia porque la tentación era demasiada.

Antes de colocarme, me centré en la bebida y le ofrecí la suya, llevándome la mía a los labios, dándole un trago largo por el calentón que tenía encima, que sumado a la temperatura del yacusi y a la erección de mi miembro que estaba más que feliz con la situación, supe que estaba perdido completamente.

Nos quedamos cara a cara, mirándonos sonrientes, disfrutando de estar juntos y de la intimidad

que habíamos creado. Solo con tenerla de esa forma ya me sentía el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Por un momento, cuando hizo un movimiento involuntario sin darse cuenta, pude ver sus pechos. Sobresalieron por encima del agua, cubiertos de espuma que resbalaba por ellos. Tragué saliva echando mano a todo mi autocontrol, al ver la maravilla que me mostró. Su piel era una locura que deseaba lamer, saborear, acariciar y perderme en las infinitas sensaciones que me proporcionaría hacerlo.

Cuando me encontré otra vez con sus ojos supe que algo había cambiado en ella, que la reticencia y la prudencia se habían esfumado. Dejé pasar unos segundos para asegurarme y cuando se mordió el labio interior y se sentó más recta, dejando ver perfectamente los pechos apuntando hacia mí, con toda la intención, se acabaron los juegos.

Me impulsé incorporándome, caminando hacia ella. Mientras me acercaba se removió inquieta y curvé los labios. Me paré enfrente y la vi tragar saliva con la vista fija en la zona baja de mi cuerpo. El agua quedaba al límite de la punta de mi miembro, el que se diferenciaba un poco a través de ella. Cuando levantó la cabeza para mirarme la cogí de los brazos para levantarla.

Contuvo el aire, pero en seguida se relajó cuando ocupé el lugar en el que había estado sentada. La giré e hice que se sentara entre mis piernas, para abrazarla como necesitaba, por la espalda. No era bien, bien, lo que me pedía el cuerpo, pero era consciente de que estaba siendo y sería su primera vez en muchas cosas. Tenía la necesidad de cuidar y mimar cada detalle y movimiento, hacerlo todo lo especial que se merecía.

—¿Todo bien? —susurré en su oído, rodeándola con los brazos.

—Sí —dejó salir un suspiro.

—Tu cuerpo me lo dice, tu expresión y tus ojos desprenden la decisión y el deseo, pero necesito saber, escuchar de tus labios que estás completamente decidida para lo que va a suceder. —Le lamí el cuello, provocando que se removiera y apoyara las manos en mis muslos—. No hay prisa, si sucede, quiero estar convencido de que tú lo estás, Naomi.

Le acaricié la barriga, deslizando las manos hacia arriba, despacio, hasta dejarlas a punto de rozarle los pechos.

—Quiero hacerlo —susurró recostando la cabeza en mi hombro. Le giré la cara hacia mí.

—Dímelo otra vez. —Fijé los ojos en los suyos, para comprobar la veracidad de su confirmación.

—Te deseo, te amo y quiero lo que va a pasar. —Se mordió otra vez el labio inferior, ruborizada.

Fue todo lo que necesité para estar convencido de que había llegado el momento. Deslicé las manos hacia los pechos sin dejar de mirarla, provocando que cuando los cubrí y los amasé, dejara salir varios suspiros. Con los ojos cerrados, a mi disposición, sus labios solo se abrieron

para dar muestras de lo que le gustaba y el placer que sentía con mis movimientos.

Tiré de sus pezones, retorciéndolos entre mis dedos, erizándolos al máximo. Se removió entre mis piernas, lo que provocó que mi miembro se clavara en su espalda. En ese instante abrió los párpados, encontrándose con mi mirada. Cogí su vaso y se lo acerqué a los labios, dio un sorbo corto y atrapé su boca antes de que lo tragara, para beberlo de ella. El beso se caldeó, nuestras lenguas se buscaron con desesperación mientras la apretaba contra mí, buscando un pequeño alivio al hacer presión en mi erección.

Quiso moverse, pero no la dejé. Cuando me separé, agarré sus piernas y las puse encima de las mías, dejándola abierta completamente porque yo las extendí más hacia los lados. Con el movimiento, su trasero se elevó, quedándose sentada donde necesitaba, pero sin coger la postura correcta todavía, solo posicionada sobre mi erección que quedó encajada entre sus nalgas.

—¿Estás excitada? —susurré con la voz tomada por el deseo.

—Mucho. —Se removió encima de mí. Apreté la mandíbula cuando mi miembro dio una sacudida.

—Ahora te diré si lo suficiente. —Le lamí los labios.

Entreteniéndola de esa forma, mis manos perdieron el contacto con sus pechos, dándoles un último tirón a los pezones que provocó que soltara un jadeo y las llevé hacia abajo, hacia la zona que me llamaba a gritos y ansiaba por descubrir. La suavidad con la que me encontré, la mezcla de su piel libre de obstáculos, su propia humedad y la de agua, me volvió loco en cuanto mis dedos resbalaron por toda su zona íntima.

Con necesidad echó los brazos hacia atrás, agarrándome del cuello con fuerza, pegándose más a mí.

—Esto es una delicia —susurré en su oído, mientras recorría la zona varias veces.

Hasta que me centré en el punto de máximo placer. Froté su clítoris y de sus labios salieron varios suspiros y jadeos. Se removió inquieta por la sensación electrizante y la prolongué arrastrando los dedos por él, mientras, los de mi otra mano abrían sus labios inferiores para tener completo acceso y que sobresaliera para mí.

—Alonso... —Jadeó fuerte.

—Me encanta. —Le lamí el cuello, con la necesidad superándome, pero era su momento y era primordial lo que estaba haciendo y hacia donde la estaba llevando. Si ya era algo vital de por sí, siendo su primera vez aún más—. Disfruta de todo. Me tienes duro.

—Lo noto. —Volvió a jadear cuando aceleré los movimientos.

—Más lo vas a notar en cuanto me pierda dentro de ti, una y otra vez, sin descanso, hasta que perdamos el control.

—A mí me encantas tú y lo que me haces. —Se mordisqueó el labio.

—No ha hecho más que empezar, preciosa —aseguré con voz ronca.

Ya no hubo más palabras porque atrapé su boca con fuerza, las mismas que me impulsaban a moverla encima de mí para llevar a cabo lo que había dicho. Calma, a ella recurrí cuando resbalé los dedos hacia su entrada, la que no tardaría en llenar yo. Se aferró con más fuerza a mi cuello cuando la acaricié, tanteando lo dilatada que estaba.

Satisfecho comprobé que estaba preparada, muy excitada y me recreé en masajear y acariciar la zona, introduciendo un dedo en su interior mientras mi otra mano se posaba sobre su clitoris. Se retorció sobre mí y mi excitación pasó de nivel ante el roce y la situación que estábamos viviendo. Lo había deseado tanto, había esperado tanto ese momento...

Masajeándole el punto de placer por fuera y por dentro, así la llevé a un orgasmo que la dejó sin fuerzas mientras gemía con intensidad. Mis piernas hicieron presión hacia fuera, para que no cerrara las suyas, mientras mis dedos no cejaban en su empeño, variando la intensidad. Se le resbalaron los brazos, dejándolos caer hacia los lados.

—¿Sabes qué viene ahora? —Hice presión con la cadera, clavándome más en ella.

—Sí —susurró desmadejada, con la respiración irregular.

—No. —Buscó mi mirada, sin entenderme—. Todavía no es el momento.

—¿Entonces?

—Entonces, mis dedos te han descubierto y han disfrutado, pero ahora le toca el turno a mi boca y lengua. Vas a correrte otra vez, antes del paso final que has pensado. —Apresé sus labios, besándola con intensidad, la que la dejó casi sin respiración.

La moví levantándola de encima de mí y se quedó sentada en el banco del yacusi. Con los ojos cubiertos de deseo, los mismos que debía tener yo, me arrodillé delante de ella, quedando entre sus piernas, las que abrí para mí.

—Agárrate fuerte al borde del yacusi y no te sueltes —le pedí con voz ronca, mientras la elevaba.

Cuando lo hizo su cuerpo enseguida flotó, casi sin yo tener que hacer esfuerzos. Con una mano la mantuve arriba, sus pechos sobresalían del agua, con restos de espuma, su barriga igual y cuando bajé la mirada hacia abajo, hacia su pubis, apreté la mandíbula al verlo por primera vez. La moví para que subiera más, para que quedara fuera del agua y le abrí las piernas al máximo, deleitándome con la visión de su zona íntima, brillante, solo para mí.

La otra mano la llevé hacia su boca, acariciándole los labios, separándoselos. La deslicé hacia abajo, rozándole los pechos y la dejé en ellos, dándole atenciones antes de llevar a cabo lo que estaba deseando.

—Alonso... —Jadeó haciendo fuerza con las manos en el borde del yacusi.

—¿Con necesidad? —Curvé los labios.

—Como no bajes ya la cabeza y me comas, te estrangulo con las piernas. —Bufó y solté una carcajada.

Dicho y hecho, no la hice esperar más y lo agradecí, porque yo estaba al límite de todo, notando la presión y tensión de mi miembro rozarse con mi piel. Me la comí como me pidió, la saboreé a conciencia, absorbí todo lo que me ofrecía... Mi lengua pasó por toda la zona, deslizándose por ella de punta a punta, hasta que mis labios rodearon su clitoris y lo absorbieron. Su cuerpo vibró entre mis manos y me encargué de llevarla a otro orgasmo con mis labios y lengua, sin darle tregua mientras varios dedos entraban en su interior, acompañando a mis movimientos.

Con el segundo orgasmo se quedó aún más lacia y la tuve que agarrar de los brazos para que no cayera al agua y desapareciera en ella, porque soltó las manos.

—Perfecta —susurré acercándola a mí para besarla, traspasándole su propio sabor.

Cuando nos separamos el rubor cubría sus mejillas y curvé los labios, acariciándole la cara con cariño, todo el que me transmitía. La llevé conmigo cuando me senté, dejándola delante de mí, de pie. Mis ojos volvieron a recorrer toda su piel visible.

—Siéntate encima —le pedí con voz profunda.

Sin dudar se acercó y se sentó encima sobre mis piernas, quedando cara a cara. Apoyó las rodillas en los laterales. La agarré de la nuca para atraerla hacia mí, necesitando unir otra vez los labios a los suyos, no me cansaba de hacerlo. El beso volvió a incendiarnos y más lo hizo cuando con una mano guie a mi miembro hacia su clitoris, y lo froté contra él sin perder el contacto de nuestras bocas.

Hasta que me posicioné, encajando el glande en su entrada. Me agarró del cuello, removiéndose inquieta, con ansiedad para que sucediera de una vez por todas. Si ella supiera cómo estaba yo...

—No se te ocurra hacer algo ahora, déjate guiar. ¿Me oyes?

—¿Por qué? —Jadeó.

—Porque quiero ser lo más suave posible, una vez pase esta primera vez, se dará de todas las maneras imaginables, pero ahora no. —Le dejé claro y sonreí cuando hizo una mueca, como protesta.

Agarrándola de la cadera para marcar yo los movimientos y frenar los suyos involuntarios, empecé a resbalar en su interior. La sensación fue una puta locura: la presión, el calor... hasta que me paré y la besé con fuerza, buscando despistarla para entrar de un empujón, quedándonos encajados. Me tragué su jadeo, en ningún momento detecté algo de dolor y su expresión me lo confirmó cuando nuestras bocas se separaron.

—Ahora sí —soltó un suspiro.

—Tú lo has dicho, preciosa, ahora sí. —Apreté la mandíbula mientras salía despacio, para entrar de nuevo con un poco de más rapidez.

Se aferró a mi cuello, ayudándose en él para seguir mis movimientos. La manejé como necesitábamos, la guie aumentando el ritmo progresivamente. Me deslizaba con tanta facilidad, me acogía tan perfectamente... pero, aun así, me supo a poco, necesitaba profundizar más por lo que la levanté perdiendo el contacto.

No le di tiempo a protestar cuando me incorporé y la llevé conmigo, dejándole las manos apoyadas en el borde del yacusi, arrodillada en el banco, conmigo detrás.

—Agárrate fuerte —susurré acariciándole la espalda, inclinando su cadera hacia la posición perfecta.

Haciendo lo mismo yo, pero de sus nalgas, la penetré de un solo movimiento, provocando que de nuestros labios saliera un jadeo. Esta vez sí, me dije y así lo llevé a cabo tomando un ritmo que nos llevó a la desesperación mientras el agua se movía a nuestro alrededor. Estalló en otro orgasmo en cuanto aprisioné y froté su clitoris entre los dedos.

Inclinándome hacia delante, con los estragos de su placer todavía intensos, cubrí sus manos con las mías, aferrándola al borde para que no se le resbalaran. Tuve el camino libre para colmar la necesidad de saciarme, deleitándome en el placer al que me daba. Cuando sentí que el orgasmo estaba próximo, a nada de correrme, salí de su interior y me desahugué en el agua.

Nota mental, decirle a la chica de la recepción que la cambiara, fue el pensamiento fugaz que pasó por mi cabeza mientras que con mi mano me aliviaba. Su cabeza había girado hacia mí. Con la mejilla apoyada en el borde no se perdió ningún detalle de cómo terminé.

Nos quedamos dentro del yacusi, abrazados, con una calma y paz que nos dejó adormilados. Por ese motivo, antes de que fuera a más, la animé a salir y nos dirigimos hacia el baño, para darnos una ducha rápida.

Cuando nos tumbamos en la cama, desnudos, dejando atrás toda su vergüenza, volvimos a abrazarnos. Con un suspiro apretó los brazos en mi pecho, dándome un beso en él. Yo se lo di en la cabeza y la posicioné en mi cobijo. De esa forma nos dejamos atrapar por el sueño, uno que fue muy reparador, tanto física como mentalmente.

Capítulo 27



Me desperté demasiado temprano. Giré la cabeza para buscar a Naomi y sonreí al verla abrazada a la almohada, hacia el lado en el que estaba. Sin hacer ruido, para no despertarla, me levanté en silencio y fui hacia el baño, para arreglarme y vestirme. Salí de la habitación cerrando con cuidado y subí a la terraza para tomarme un café relajado, pidiéndole a Rachid que preparara para dentro de un rato un desayuno especial, para que lo llevara a la habitación.

Cuando apuré el café regresé, encontrándome a Naomi como la había dejado. Fui hacia un sillón que estaba al lado de la ventana y me senté para esperar, en silencio, hasta que Rachid llamara a la puerta. Observé cómo dormía, cogiendo varias veces aire porque todo había cambiado tanto desde que me monté en el avión para volver a Marruecos... había salido bordado, ni en sueños hubiera tenido un final mejor.

Llevé la vista hacia la puerta, al escuchar varios golpes. Me incorporé para abrir, encontrándome un carrito con el desayuno. Miré hacia los lados y en uno vi a Rachid despidiéndose con una mano, gesto que le devolví con una sonrisa. Cuando lo entré y cerré, Naomi se removió en la cama y se sentó frotándose los ojos, volví a sonreír, con cariño. En el momento que consiguió mantener los ojos abiertos, se arrastró por la cama mirándome muy adormilada, pero sonriéndome.

Se tocó la barriga y fue en ese instante en el que fue consciente de que continuaba desnuda. Solté una carcajada al ver el rubor en su cara y le lancé una camiseta mía, la que se puso entre risas.

—Buenos días, preciosa —dije destapando la bandeja y los ojos se le pusieron como platos—. Por mí estabas perfecta, no necesitabas cubrirte con nada. —Le hice un guiño.

—Buenos días. —Se incorporó caminando hacia mí—. ¿Y desayunar desnuda? ¿Contigo al lado? Ni hablar, que los ojos se te van a donde no deben y yo tengo mucha hambre —comentó divertida mientras me ayudaba a colocarlo todo encima de una mesa pequeña en la terraza.

La terraza no era muy grande, pero sí espaciosa, lo suficiente; y haciendo el conjunto perfecto con la *suite*. Nos sentamos y no pudo contenerse en coger un cruasán de chocolate derretido, gimiendo cuando le dio el primer bocado.

—Me estás tentando. —Carraspeé.

—Pues solo es el principio. —Sonrió pícara.

—¿Qué tal has dormido? —Acerqué su silla a la mía y pasé un brazo sobre sus hombros, posando los labios sobre el que quedaba a mi lado porque mi camiseta le iba grande y le caía por él, dejándolo al aire.

—Genial, ha sido una experiencia religiosa. Digna de repetir. —Apretó los labios.

—Tú sí que eres toda una experiencia religiosa. —Reí antes de besarla en los labios—. Eso no lo dudes, me refiero a lo de que lo repetiremos.

Sonriendo como dos tontos empezamos a desayunar. Se escuchaba las voces de mujeres hablando alrededor del obrador del pan, pero ello no perturbaba la paz que emanaba del lugar, todo lo contrario, era un añadido. No sé si con todas las sensaciones que os intento transmitir os hacéis una idea perfecta. Es indescriptible y más aún, teniendo junto a mí a la mujer más bonita del mundo.

—Mi abuela me ha dicho que ya tiene la maleta preparada —comentó dejando el móvil en la mesa, después de haberse escrito con ella.

—No quiero imaginarme lo que va a llorar tu padre cuando os vea. No te imaginas el amor que siente por ti y, por supuesto, también por su madre.

—Tengo muchas ganas de abrazarlo —confesó emocionada—. Me cuesta salir del asombro que me he llevado con mi madre, por el bicho malo que es —negó, pero sin mostrarse afectada en ese instante—. A pesar de lo mal que se ha portado y ha actuado, del daño que nos ha hecho, sé que la echaré de menos. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, es mi madre. —Tragó saliva—. Pero ya está, no voy a perdonárselo jamás, han sido tantas mentiras desde que tengo uso de razón...

—No le des más vueltas a la cabeza —le pedí dándole un beso en la cabeza, me regaló una sonrisa preciosa.

—Esta noche he soñado contigo. —Me miró de reojo sosteniendo la taza de café entre las manos, hasta que fijó la vista hacia un rincón de la Medina.

—Espero que haya sido un sueño para recordar. —Carraspeé.

—Teníamos un hijo y estábamos casados. Yo jugaba con el pequeño en un jardín mientras tú preparabas la barbacoa. No dejábamos de buscarnos con la mirada. —Sonrió.

—¿Uno nada más? —Arqueeé la ceja.

—En ese momento sí, quizás en otro aparezcamos con un equipo de fútbol. —Soltó una carcajada, la que me contagió.

Me gustó mucho escuchar que había soñado así conmigo, eso me indicaba que en su subconsciente tenía planes de futuro junto a mí, que lo deseaba.

Después de tomarnos el desayuno relajados, nos metimos juntos en la ducha. Nuestros cuerpos se buscaron como imanes, deseosos de fusionarse otra vez. Me encantaba, disfrutaba de cada rincón de su cuerpo mientras la mimaba acariciándola con la esponja, sin dejar nada por recorrer. Abrió las piernas para darme acceso cuando sintió cómo mi mano se deslizaba hacia abajo. Ladeé los labios atendiendo la zona, con su mano encima de la mía, dejándola reluciente entre los dos. Una sonrisa tímida no desapareció de sus labios, entremezclada con gestos de placer y excitación, sobre todo cuando dejé caer la esponja y la sustituí por mi mano, sintiendo su piel y su sexo entre mis dedos.

Tras la ducha, en la que terminamos desahogándonos los dos porque la llevé al orgasmo y ella imitó en mí todo lo que le hice, nos vestimos y fuimos hacia la casa de su abuela. Antes de llegar nos paramos en una pastelería marroquí para comprar unos dátiles con nueces que vendían en cajas y que ella quería llevarse para España.

—¿Dónde te quedaste después de la detención de tu madre? —pregunté con curiosidad.

—No me moví de la casa del pueblo. —Se encogió de hombros—. Se la llevaron y yo no iba a quedarme en la calle. No quiero estar más allí, tengo intención de sacar todas mis pertenencias al poco de llegar. Si me acepta mi padre quiero vivir con él. —Sonríe.

—¿Cómo no te va a aceptar? Esa posibilidad no existe, tanto él como Tatiana estarán felices porque que regreses. Pero bueno —carraspeé—, puedes plantearte el dividir la ropa entre su casa y la mía, por los días que te apetezca quedarte. Es solo una opinión.

—Mola —dijo contenta y solté una carcajada mientras la abrazaba.

Llegamos a la casa de su abuela que la recibió con un montón de besos en una mejilla. Era típico de allí, ni yo me salvé de su saludo.

Había preparado té para nosotros y una mesa en la que ya había un montón de comida decorada como si de un banquete se tratase. La boca se me hizo agua sin saber por qué me decantaría primero, queriendo probarlo todo. Cuando nos sentamos y me animó a que empezara, lo primero que cogí fue un relleno de pollo que era como una pastela pequeña.

Los ojos se me pusieron en blanco y gemí fuerte por el sabor perfecto que se fusionaba, causando todo un deleite para el paladar. Las hice reír porque me metí en la escena y la exageré a propósito. Pero que era una delicia, lo era, no dejé ni las migas.

Fátima, su abuela, comenzó a contarme la historia de su familia y cómo llegaron sus bisabuelos a la Medina de Tánger, fue un placer escucharla. Dejaba a la vista lo buena mujer que era, como también la predilección que tenía por su nieta, Naomi.

En la misma mesa, en un hornillo, nos cocinó un tajín de ternera con verduras y patatas fritas que fue todo un descubrimiento de sabor. Combinaba perfectamente los toques que le daba con las

especias y sabía cómo cocinarlo para que quedase la salsa reducida y bien consistente, en la que mojamos pan hasta dejar el recipiente limpio.

Después de comer, nos sentamos en varios sofás y seguimos charlando mientras tomábamos otro té. Naomi se quedó dormida tumbada, ya que en el comedor los sofás alargados decoraban todas las paredes y tenía espacio de sobra, allí cabían mínimo diez personas en la misma posición que ella.

Naomi dejó la maleta preparada, dejando en una bolsa otra muda para llevársela consigo y sobre las siete de la tarde salimos de la casa, despidiéndonos de Fátima hasta el día siguiente, día en el que nos iríamos todos para España.

Fuimos al Riad a ducharnos de nuevo y mientras ella terminaba de arreglarse en el baño, llamé a Amin, su padre. No le anticipé nada, era algo muy importante que merecía el impacto que se iba a llevar, por lo que solo le dije que al día siguiente regresaba y que quería reunirme con él para hablar de Naomi. Lo invité a mi casa, para que viniera a comer junto a Tatiana. Aceptó encantado y satisfecho colgué antes de que Naomi apareciera.

Me atreví a incluir a Tatiana, porque, después de haber hablado con Fátima durante todo el día, la había escuchado varias veces repetir que tenía ganas de conocerla y de agradecerle en persona el que no hubiera soltado la mano de su hijo durante tanto tiempo.

Salimos del Riad dirigiéndonos hacia la zona donde estaban los taxis ya que queríamos ir a cenar a la terraza del hotel Hilton, donde estuvo Carlos y que Naomi también conocía.

El taxi nos dejó en la puerta después de que pasáramos el control de seguridad. Revisaron hasta los bajos del vehículo con espejos para asegurarse de que todo estaba bien. Había un control de seguridad muy fuerte en el hotel.

Cuando llegamos a la terraza, una vez salimos del ascensor, me di cuenta del lugar tan privilegiado que era. Las vistas hacia la playa eran una pasada, como también hacia una gran parte de la ciudad. La piscina infinita captaba mucha atención también.

Nos acomodamos en un sofá de una zona *chill out* donde había varios rincones para estar plácidamente. Sobre nuestra mesa había una vela grande que daba una calidez increíble.

Pedí una botella de vino blanco y de entrantes nos decantamos por unas patatas fritas con salsa picante y bastantes croquetas que venían en una bandeja grande. Esa noche íbamos a disfrutar de todas las variedades, excediéndonos porque la perfección del lugar y la compañía bien lo merecía.

—Por nosotros y por todo lo que nos rodea —dije con la copa levantada para brindar.

Con una sonrisa me imitó y degustamos el primer sorbo de vino.

—¿Sabes...?

—Dime, bonita. —Me acomodé.

—Tengo ganas de conocer a tu madre y a tu hermana, aunque a la última la conoceremos a la vez. —Rio. Le había contado toda la historia.

—Yo también tengo ganas de verlas y descubrirlas. —Sonreí—. A mi hermana solo la he visto en una foto que me envió mi madre. Por lo que dice, ella es un poco complicada —negué divertido.

—No lo dejes para más tarde, os debéis muchos abrazos. —Me agarró de una mano y se la apreté, asintiendo—. Queda con ellas en cuanto llegues.

—¿Me acompañarás? —Le hice un guiño.

—Por supuesto, no quiero perderme ese momento. —Sonrió con cariño.

Nos trajeron los entrantes y fueron todo un acierto. Las croquetas se deshacían en la boca, estaban deliciosas, todo un manjar. Eran de ternera con bechamel y tenían el punto perfecto de todo. Las patatas también eran un vicio para el paladar. A todo le metimos mano con ganas, relamiéndonos y riendo, con miradas cómplices.

Disfrutamos relajados, hablándonos sin necesidad de decir nada. Se la veía feliz, aunque un tanto inquieta por volver a ver a su padre, como me hizo saber en alguna ocasión. Yo siempre le decía lo mismo, que estuviera tranquila porque todo iba a salir perfecto y sería precioso el reencuentro.

Por si no fuera poco lo que comimos, porque ya os digo que la bandeja de croquetas mínimo era para cuatro personas, pedimos una hamburguesa de tamaño grande para cada uno, completas. Cuando las dejaron en la mesa, solo con la presentación se nos cayó la baba. Venían acompañadas por más patatas, pero hechas de diferente manera y con otros aliños, desbordando los platos.

Se estaba genial en la terraza, pero como al día siguiente había que regresar temprano a España, cerramos la noche sin alargarla mucho. Ya me había encargado de que el avión privado estuviera preparado, como también de avisar a Emma, la chica que limpiaba una vez a la semana en mi casa, de que por la mañana fuera al mercado para que dejara preparada la comida para cinco personas.

Un taxi nos llevó de regreso, dejándonos lo más cerca que pudo del Riad. Nada más entrar en la habitación nos desvestimos y fuimos directos a la cama. Naomi se abrazó a mí y, de nuevo, no pude reprimir el deseo y la tentación de perderme en su cuerpo.

Capítulo 28



En la cama, a oscuras, me desvelé después de sentir durante un rato a Naomi moviéndose, inquieta. Alargué la mano para encender la luz de la lámpara y me centré en ella. Estaba de lado, encogida, en ese instante inmóvil.

—¿Estás bien, Noemi? —susurré por si estaba dormida y había sido en sueños.

—No me encuentro bien —me respondió de la misma forma—. Me he levantado hace un rato y me ha venido el periodo. No tengo mis pastillas aquí.

—¿En casa de tu abuela tienes?

—Sí.

—Pues vámonos ya si quieres, de todas maneras, no queda mucho para salir.

—Vale —soltó un suspiro. Se incorporó despacio y me preocupó la palidez de su rostro.

Solo dejé que se vistiera mientras yo lo recogía todo para dirigirnos a la casa. Su abuela estaba despierta y se preocupó también al verla. Mientras Naomi iba hacia su habitación, yo acompañé a Fátima a la cocina. La ayudé a preparar el desayuno y cuando puse el último plato en la mesa, Naomi apareció para unirse a nosotros.

Le retiré una silla para que se sentara, aún no había recuperado el color y le di un beso en la cabeza cuando la ocupó. Me lo agradeció con una sonrisa, pero no fue todo lo amplia como acostumbraba a salirle. Fátima le trajo un té de hierbas, comentando que era el mejor remedio para complementar con la pastilla que se había tomado.

—Abuela, no me querrás drogar como mi madre, ¿verdad? —bromeó provocando que riera, yo sonreí porque, aunque la situación que había mencionado no tenía gracia, a veces era necesario tomarlo con humor.

—Antes me lo hago yo, mi vida —le contestó acariciándole la cara mientras negaba.

Iban cargadas de maletas, más la abuela, que, por lo visto, por la cantidad de equipaje, tenía

pensado quedarse una temporada en España. Mi minúscula maleta no era nada en comparación con las suyas. Pero no hubo problema porque un chico apareció con un carro, en el que las colocamos. Él se encargó de llevarlo hasta el lugar donde estaban los taxis, ignorando mis comentarios para ayudarlo.

Naomi estaba cabizbaja por los síntomas que tenía del periodo, pero, al menos, ya tenía color y sonreía más. Nos montamos en un taxi que hizo una parada a mitad de camino. Supe por Naomi que era una especie de comisaria donde habían preparado el visado para Fátima, para que pudiera salir del país. Su pasaporte siempre lo tenía al día, pero para dejar el territorio necesitaba un permiso complementario. Gracias a sus contactos lo conseguía fácilmente, sin necesidad de esperas ya que estaba dentro de un grado preferente.

Al llegar al aeropuerto un joven se acercó y se encargó de llevarnos todo el tiempo el equipaje, hasta donde el avión nos esperaba a pie de pista. Cuando el avión se puso en movimiento eran las nueve y media de la mañana.

En el momento que nos estabilizamos, la abuela se levantó de su asiento y empezó a repartir pasteles marroquíes entre la tripulación. Ni el piloto ni el copiloto se salvaron, los que le comentaron agradecidos y sonrientes, que solo podía comerlos uno, por seguridad durante el vuelo, pero que una vez que aterrizaran estarían encantados de hacerlo en condiciones.

Naomi fue mejorando, cada vez se la veía más animada y la ayudó más que se quedara dormida a mitad del vuelo. Al darme cuenta, eché su asiento hacia atrás y la tapé con una manta que me trajo una azafata, lo que le agradecí.

Fátima iba vestida con el pañuelo en la cabeza y una chilaba, muy conjuntada. Me hacía gracia verla tirarse selfis como si fuera una jovencita emocionada por dejarlo plasmado todo.

La gracia fue que a mitad del trayecto la abuela se fue al baño y al intentar salir, no supo abrir el pestillo, quedándose encerrada. No daba con la tecla y las azafatas desde fuera intentaron ayudarla. Unos diez minutos tardó en conseguirlo, en cuanto abrió las azafatas le aplaudieron felices, provocando que Fátima riera y resoplara, por el apuro que había pasado.

—Si al menos me hubiera quedado encerrada con cualquiera de los pilotos. Son hombres muy guapos —dijo con picardía y reí. Tenía mucho arte.

—La próxima vez le pides al copiloto que te acompañe a donde sea —comentó Naomi soñolienta, al escuchar solo el final, sin saber de qué iba. Se incorporó despacio y la ayudé a poner el asiento recto—. Necesito un café. —Hizo una mueca.

—Nao, cariño, un café ahora te sentará mal. Es mejor que tomes un zumito.

—Abuela un café, necesito ser persona. —Le sonrió mientras se peinaba con los dedos, rehaciéndose la coleta.

Llamé a una azafata que enseguida llegó a nuestro lado. Le pedí dos cafés para Naomi y para mí, y un zumo natural para Fátima.

—¿Algo para acompañarlo? Tenemos brownie. —Nos miró a los tres.

—Por mí perfecto —respondió Naomi.

—¿Y para vosotros?

—No, gracias —respondimos lo mismo Fátima y yo, ya que lo habíamos comido hacía un rato, mientras Naomi dormía.

La abuela comenzó a contarle a su nieta a qué había venido el comentario que había hecho de los pilotos. Naomi me miró sorprendida, esperando a que le dijera que era una broma y tuve que reírme, afirmando.

—Abuela, por favor, tú quietecita y la próxima vez me avisas a mí —le pidió poniendo los ojos en blanco.

—¿Y perder la oportunidad de tener más anécdotas en mi vida? Ah, no, ni hablar —negó graciosa y volvimos a reír.

Naomi se comió el brownie con ganas, eso me indicó que ya estaba bien y así me lo confirmó cuando me dijo que ya no le dolía nada, solo le quedaba una pequeña molestia. No hacía falta aclaración, solo con ver su aspecto y la energía que recuperó, teníamos la respuesta silenciosa.

Aterrizamos a la hora prevista y mientras recorriamos la terminal, Naomi se paró frente a un escaparate de una perfumería y se le iluminaron los ojos al ver un rubor que por lo visto estaba muy de moda y la mayoría de las veces era difícil encontrar porque se agotaba rápido.

—Abuela, ven que me vas a regalar un capricho. —Rio tirando de Fátima al interior. Su abuela se contagió de las risas, más que dispuesta a dárselo.

Quien dice un rubor, dice media tienda, sí. Tuve que esperar casi cuarenta minutos para que aparecieran cargadas con dos bolsas llenas de perfumes, cosmética y maquillajes, los últimos de una firma muy reconocida, como era Dior.

—Al final he comprado de todo. —Abrió su bolsa emocionada, enseñándome todos los productos que contenía.

—Me ha hecho gastar en un rato lo que a mí me dura por lo menos dos meses —comentó Fátima, divertida.

—Abuela, que tú también has salido con un buen cargamento. —Le sonrió—. ¿Quieres llevarte al otro mundo todo lo que tienes? —Soltó una carcajada, buscándole la lengua.

—Ya sabes que nunca te he negado nada, mi niña. Lo compro encantada. Rara vez me pides cosas, tesoro. Normalmente soy yo la que te hago los regalos sin conseguir que me digas lo que quieres. Hoy he tenido la oportunidad y me ha encantado que me permitieras darte esos caprichos. —La miró con amor.

—Te como entera. —La agarró de la cara y se la besó, para abrazarla después.

Con ellas dos emocionadas por las nuevas adquisiciones, salimos de la terminal en busca de un taxi. Nos llevó a mi casa, accediendo al jardín para descargar el equipaje lo más cerca posible de la entrada principal. Los tres hicimos el primer viaje entrando la primera tanda, después les pedí que se quedaran dentro que yo me encargaba del resto.

Naomi después de darme un beso en los labios cogió a su abuela de una mano y se la llevó para enseñarle la casa, pero antes de que desaparecieran del salón, cuando yo entraba las últimas maletas, Emma apareció limpiándose las manos con un trapo de cocina. Sonriente se acercó a nosotros y la presenté. Emma regresó a la cocina para terminar de hacer la comida, ese día no se iría al terminar, como sucedía las veces que lo hacía, se mantendría en la casa para servirnos y atendernos, así me lo había insistido ella misma.

Hice compañía a Emma en la cocina mientras Naomi y Fátima recorrían la casa. Cuando aparecieron sonrientes, la abuela se puso a preparar té ya que había traído hasta la hierbabuena en la maleta. No me lo podía creer cuando la vi.

A la una y cuarto sonó el timbre exterior y las dos se pusieron mucho más nerviosas. Les pedí que se quedaran en la cocina y me dirigí a abrir la verja principal.

Amin entró con el coche, dejándolo estacionado frente a la entrada porque le indiqué que ahí estaba perfecto. Apoyado en el marco de la puerta esperé sonriente a que se acercaran. Junto a Tatiana caminaron hacia mí y nos abrazamos como saludo.

—Huele a Marruecos, qué recuerdos. ¿Estás haciendo té? —preguntó extrañado Amin.

—Ahora te cuento, pero sí, acabo de aterrizar, nunca mejor dicho. —Reí recibiendo su mirada sorprendida—. Aún no se me ha quitado la costumbre. —Le di una palmada en la espalda—. Acompañadme, ya está casi listo. —Carraspeé dirigiéndome hacia la cocina, sabiendo que el gran momento había llegado.

Fui el primero en entrar, haciendo de barrera a Amin que venía a mi espalda y detrás de él, Tatiana. En cuanto me aparté para que tuviera buena visión, se quedó paralizado, frenando de golpe, con los ojos abiertos al máximo al ver a su hija y a su madre, sonrientes, mirándolo directamente. Se llevó a las manos a la cara, dirigió los ojos hacia mí, asentí haciéndole un guiño, sonriendo también y emocionado. Sus labios se movieron en silencio, dándome las gracias y volvió a centrarse en su familia. Después de la impresión, las lágrimas no tardaron en aparecer y cuando dio un paso hacia ellas, Naomi salió corriendo y se lanzó a sus brazos.

—Mi niña. —La apretó fuerte Amin, llorando más.

El turno de la abuela no se hizo esperar y desprendiendo amor hacia su hijo los rodeó a los dos con los brazos. Tatiana se puso a mi lado y le ofrecí una servilleta porque lloraba a mares, me lo agradeció llorando más y le rodeé los hombros con un brazo, volviendo a mirar la escena que me produjo un nudo en la garganta, por la emoción y los sentimientos concentrados entorno a ellos.

Rieron, lloraron, hablaron rápido, entrecortados, volvieron a abrazarse... todo ello se repitió en cuestión de segundos. Cuando se calmaron, Amin las agarró de las manos y se acercaron a nosotros. Les presentó a Tatiana y no dudaron en abrazarla, lo que provocó que, al no esperarse ese recibimiento, Tatiana llorara más.

Mientras su hija y su madre intercambiaban las primeras palabras con su pareja, más tranquilas, Amin se puso delante de mí y buscó mi abrazo, el que le di con ganas y fuerza, emocionado al máximo.

—Alonso, gracias. De verdad, no sé cómo podré agradecerte lo que has hecho por mí, desde el principio —susurró con la voz tomada.

—No me las des, ha sido un placer estar a tu lado. —Le froté la espalda—. El mérito de que estén aquí es de tu hija, ella lo ha hecho todo, yo solo la he acompañado más que encantado —murmuré y cuando nos separamos, al ver su cara de incredulidad, le conté por encima cómo se había dado todo. Desde mi viaje precipitado a Marruecos y todo con lo que me encontré al poco de llegar.

El reencuentro salió perfecto y pasamos una velada maravillosa en la que ellos se pusieron al día y hablaron con las verdades por delante. Antes de terminar de comer, le pedí a Emma que se fuera, comentándole que ya me encargaba yo del resto. Con una sonrisa se despidió de nosotros, encantada por haber vivido desde un lateral de la cocina parte de la historia.

Sobre las seis de la tarde Fátima se marchó con Amin y Tatiana, para instalarse los días que se quedara en España en la casa de su hijo, pero Naomi les dijo que se quedaba conmigo, comentándoles que teníamos cosas que hacer, como su mudanza de la casa del pueblo y también estaba el tema de mi familia, a la que íbamos a ver los dos.

No dio más explicaciones, pasó muy por encima de todo, tampoco hizo falta. El padre estaba muy feliz y como le dijo al despedirse, no podía dejarla en mejores manos que las mías. Lo que me llenó de orgullo.

Capítulo 29



Nos levantamos temprano ya que ir hasta donde vivía mi madre nos llevaría unas horas de trayecto.

Naomi despertó hambrienta y se metió en la cocina para preparar un buen desayuno, mientras yo terminaba de ducharme. Había sido el primero en abrir los ojos y para dejarla descansar un poco más, aproveché para hacer algo de deporte.

Cuando aparecí por la cocina ya lo tenía todo preparado y con una pinta espectacular.

—¿Qué tal estás? —Le di un beso en los labios.

—Mejor que anoche. Me he tomado otra pastilla, a ver si hace efecto rápido. Hasta pasado mañana que se me vaya, más o menos, estaré así. Hay meses que lo llevo fatal. —Hizo una mueca.

—Cualquier día hago desaparecer el dolor unos meses. —Le hice un guiño, provocando que soltara una carcajada. Volví a besarla, divertido.

—Si sucede, el que va a tener dolores vas a ser tú, pero de cabeza.

—¿Ah sí? Lo mismo me sale un angelito.

—O un demonio en tamaño mini porque con los niños nunca se sabe. —Se encogió de hombros, mordisqueando una tostada.

—¿Cómo va a salir un demonio de algo tan bonito como tú? —Le revolví el pelo.

—Capaz, con mi mala suerte. —Frunció los labios y me levanté para abrazarla por la espalda, con fuerza.

—A partir de ahora todo lo que te pase será bonito. Estás muy sensible con el periodo.

—Si solo fuera el periodo —soltó un suspiro—. De un tiempo a esta parte mi vida parece un culebrón, se lo cuento a un desconocido y no se lo cree.

—La cuestión es que no debería preocuparnos lo que piensen los demás. A nadie le interesa nuestra vida, como a nosotros tampoco la de los demás. —Le di un beso en la cabeza.

—Ya, es un decir. —La levantó buscando mis ojos, sonriendo.

—A ver si voy a tener que llevarte a una tienda de cosmética para que te pierdas en ella con carta blanca. —Carraspeé.

—No eres capaz. —Soltó una carcajada.

—¿Qué no? ¿Aún no me conoces? Cuando quieras. —Le di un beso en los labios antes de volver a sentarme.

—Me encanta la cosmética y todo lo que tenga que ver con ese mundo. En mi habitación de toda la vida, en la casa de mi padre, siempre he tenido un gran tocador lleno de productos. Ahora está en la de mi madre, pero le queda poco tiempo allí. Ya te lo enseñaré.

—Entonces tendré que encargarme uno para que también lo tengas aquí.

—Sí, y me lo rellenas con todas las marcas virales. —Rio nerviosa. Me encantaba verla de esa forma.

—No te va a faltar ni un pincel.

—Pinceles tengo de sobra. —Volvió a reír—. Pero acepto encantada, quiero brochas de todos los estilos. —Me hizo un guiño, divertida.

Se lo tomó a broma, parecía que no me conocía. Mejor, me dije, más sorpresa sería.

—Tomo nota mental. —Le di un sorbo al café, observando su expresión de felicidad solo con imaginárselo. Curvé los labios porque continuó pensando que le estaba siguiendo el rollo.

Me llegó el mensaje de «buenos días» de mi madre y le respondí devolviéndole las mismas palabras. En el siguiente que recibí me pedía que tuviera mucho cuidado en la carretera. Era consciente de que estaba nerviosa por verme otra vez, por hacerlo de una forma más cercana y con la situación más calmada. Aparte porque sería el primer encuentro que se daría entre mi hermana y yo.

Había meditado mucho sobre la situación. Aunque al principio tuve sentimientos encontrados hacia el que fue mi padre, llegué a la conclusión de que no podía odiarlo. Me había cuidado durante toda mi vida, mimándome a más no poder, a expensas de cómo se comportó a escondidas. Hacia mí, solo podía reprocharle el no dejarme conocer a mi madre, el privarme de saber de ella, sobre el resto pasaba por encima.

Sé que ese «solo podía reprocharle una cosa» tenía mucho peso, pero, en fin, que le debía mucho e interiormente no quería apenar con la carga del peso de tener un mal recuerdo de él. Referente a lo que hizo no se lo perdonaría nunca, porque peor no pudo actuar, pero en cierta forma, mi

madre también tuvo una parte de culpa, por pequeña que fuera.

Poniéndome en la piel de ella también había entendido la desesperación que vivió en aquella época y la mala jugada que le hizo su edad. La falta de experiencia propició lo que sucedió, como también lo desamparada que se encontró, sin apoyo de ningún tipo. Tuvo demasiadas responsabilidades encima, viéndose sin salida.

No quería juzgar a ninguno de los dos, necesitaba dejar el pasado atrás, las verdades escondidas pisoteadas para mirar hacia delante, afrontando la nueva vida en la que estaba deseando entrar.

Preparamos una bolsa de viaje y la echamos en el coche. En cuanto nos montamos, Naomi enlazó su móvil y fuimos escuchando su *playlist* gran parte del recorrido.

Tres horas después llegamos a nuestro destino. Estacioné el coche delante de la casa de mi madre, tomándome unos minutos con la vista fija en la fachada. Lucía muy bonita.

Mientras caminábamos hacia ella, la puerta se abrió y apareció mi madre, mostrando una sonrisa hacia los dos. A la primera que abrazó fue a Naomi, dándole la bienvenida, después hizo lo mismo hacia mí, dejando muchos besos en mis mejillas, mostrando lo emocionada que estaba.

—Hombre, mi hermano el ricachón. —Escuché una voz de mujer a su espalda.

Mi madre se apartó para dejar ver a mi hermana, negando y poniendo los ojos en blanco. Naomi rio disimuladamente por el recibimiento que me dio.

—Tampoco veo que viváis tan mal. —Carraspeé y entré acercándome a ella.

Me quedé a pocos pasos de distancia y fue ella la que me animó a que la abrazara. Curvando los labios, observando lo que nos parecíamos, la rodeé con los brazos como hizo ella. Durante unos segundos no nos separamos, en los que el silencio nos rodeó.

—Bueno, uno nació con estrella y otra estrellada —continuó al separarnos.

—Si necesitas dinero... —me ofrecí.

—Dios me libre de coger algo que venga de ese descerebrado —se refirió a mi padre.

—Todo lo que tengo no es de él. Yo también me lo curro y con mi trabajo me lo gano solito —le advertí con tono divertido.

—Pues entonces regálame lo que quieras. Me debes muchos regalos por los años que me has tenido a dos velas. —Rio acercándose a Naomi. Le dio dos besos que ella correspondió—. Eres muy guapa para lo feo que es él —le dijo la muy descarada refiriéndose a mí. Naomi y yo soltamos una carcajada.

—Violeta, hija, por un día, ¿puedes tener más tacto? Acabas de conocer a tu hermano. —Le dio un toque de atención mi madre, con gesto apurado.

—Tranquila, aún no me caen mal de todo. Por ahora no correrá la sangre entre nosotros —le respondió.

—Claro que no —aseguró Naomi acariciándole la espalda.

No sé cómo, pero se la ganó rápido y no dejaron de hablar. A pesar de ser muy diferentes, Naomi tenía una buena psicología y supo cómo hacerlo para que mi hermana se relajara escuchándola, dándole la razón en todo o quitándosela sigilosamente para hacerle ver que no estaba en lo cierto.

Mi madre me enseñó muchas fotografías de sus padres, mis abuelos. Me sorprendió ver el gran parecido de mi hermana con mi abuela y el mío con mi abuelo.

La casa era una cucada, vivían bien porque mi padre se encargó de dejarlas cubiertas con todo el dinero que les dio. Pero, aun así, el lujo no se reflejaba en la vivienda, todo lo contrario, a la casa no le faltaba de nada, pero sin ninguna excentricidad.

—Mamá, lo mismo me voy con mi hermano y Naomi unos días a la ciudad, a su casa.

—Hija, por Dios.

—Claro, podéis venir cuando queráis —la animó Naomi.

—Por supuesto —afirmé sonriendo y diciéndolo de corazón.

Estuvimos todo el día con ellas y quedamos que en breve pasaríamos unos días juntos, para tener más acercamiento. Demasiado habíamos estado separados, ahora tocaba ponerlo todo, poco a poco, en el lugar que correspondía.

Aunque mi madre insistió en que nos quedásemos a cenar y dormir, lo que le agradecimos, yo preferí irme a casa para amanecer allí, aunque llegáramos tarde.

Naomi durante todo el recorrido me habló de lo complicada que era mi hermana, pero que había visto que tenía muy buen fondo y que estaba segura de que iba a conseguir sacar lo mejor de ella. La escuché sin que la sonrisa desapareciera de mis labios, me encantaba que se lo tomara tan en serio y se implicara tanto en mi vida. También se refirió a mi madre, hablando muy bonito de ella y es que conectaron muy bien, desde el primer instante.

Llegué a casa satisfecho con la experiencia, con unas sensaciones muy buenas recorriéndome el cuerpo porque todo estaba encajando a la perfección.

Capítulo 30



Dos semanas habían pasado desde que regresamos de Marruecos y desde los reencuentros con nuestras familias. Todo iba fluyendo en nuestras vidas, por muy buen camino y perspectiva. Atrás quedaron los días amargos, los que perdieron color y, como yo decía, ya tocaba porque fueron demasiado oscuros, encontrándonos que se nos vino todo encima.

Hacía tres días que Fátima había regresado a su hogar, estuvo instalada todo el tiempo en la casa de su hijo, conviviendo con él y Tatiana. El fin de semana anterior mi madre y mi hermana vinieron a mi casa para pasar tres días juntos. El sábado organizamos una barbacoa en la que junto a Naomi y a mí no faltó nadie de los que nos importaban: Amin, Tatiana, Fátima, Carlos y sus padres, Cata y Mariano.

Nos lo pasamos de lujo y fue un descubrimiento y acercamiento muy necesario entre todos. Me hacía ilusión y necesitaba que a los que siempre había considerado mi familia, mis padres, Cata y Mariano, conocieran de cerca a mi familia de sangre.

Violeta y Naomi se llevaban genial, las dos eran unas locas del maquillaje y la cosmética, se pasaban horas hablando sobre el tema y haciendo alguna que otra compra *online* para probar nuevos productos.

Desde que regresamos de Marruecos, Naomi no se había ido de mi casa. Cuando la llevé a la del pueblo para que recogiera todas sus cosas, dejó sus pertenencias en la mía directamente, comentándome que así podría dividir con calma lo que se llevaría a la de su padre, sin tener que separarse de mí. No había sucedido, todas sus cosas estaban en las estancias correspondientes de mi casa, gran parte de ellas en una de las habitaciones contiguas a nuestro dormitorio, haciéndole de vestidor provisional.

Estaban montando un vestidor fijo para ella en otra de las habitaciones que tenía gran tamaño y quedaba también puerta con puerta de la nuestra, hacia el lado contrario en la que estaba utilizando. Hasta el día anterior no la dejaron lista, detalle que oculté. Todavía no sabía que habían terminado y que los trabajadores no regresarían porque no la había dejado entrar hasta que pudiera verlo todo perfecto. Siempre que me preguntaba le decía que quedaba poco, sin informarla realmente de cómo iba el proceso.

Necesitaba que cuando entrara por primera vez no le faltara ningún detalle y para que eso sucediera todavía quedaba una cosa muy importante que llegaba hoy. ¿Os hacéis una idea de lo que es? Claro que sí, estoy seguro. Estaba deseando darle la sorpresa porque sabía la ilusión que le haría, no solo tener un vestidor para ella sola en mi casa. Por suerte, no había dudado en creermelo cada vez que le había puesto excusas, comentándole que estaban dándose toda la prisa que podían para terminarlo.

A media mañana su padre, Amin, vino a buscarla. Le había propuesto llevarla de compras para que pudiera estrenar el vestidor con cosas nuevas, y como era de esperar, Naomi aceptó más que feliz, sin dudar un segundo en darle la confirmación.

Así había quedado con Amin, sabiendo los dos que nos saldríamos con la nuestra. El propósito era tener la casa para mí solo porque los últimos detalles los traerían a última hora de la mañana y no quería que Naomi estuviera por allí y que me chafara los planes.

Recibí el primer paquete y di paso al chico, acompañándolo hasta el vestidor, donde se encargó de montar y colocar la nueva adquisición. Cuando se fue, regresé a él y sonreí satisfecho desde la puerta, admirando lo bien que había quedado todo. Sin perder tiempo lo recoliqué como quería y pensaba que le iba a gustar, en la posición ideal.

Estaba tomando un café cuando por fin llegó la última entrega con una empresa de mensajería. Me dejaron dos cajas gigantes en la puerta, las que me ayudó a meter dentro de casa el repartidor.

Haciendo dos viajes cargué con ellas y me encerré en el vestidor para colocarlo todo encima del tocador más impresionante que había visto. Me había vuelto loco porque me lo habían diseñado en base a las indicaciones que les di, para dejarla impactada en cuanto lo viera.

Ni por asomo se lo esperaba, los comentarios que me había hecho eran referentes a que con uno pequeñito o incluso con una mesa mediana tenía más que suficiente, con algunos cajoncitos. Nada que ver con la realidad que se iba a encontrar. El tocador, aparte de ser enorme, disponía de muchos cajones, finos y más gruesos, dependiendo para el uso que les diera, pero muy anchos todos. Cada espacio tenía separadores en el interior. Una cucada, me dije cuando terminé y repasé todo al detalle, era más que perfecto.

Como si entendiera, ya os digo que no tenía ni puñetera idea, pero lo hice con mimo y como me pareció, había colocado sobre la gran base del tocador todos los productos de cosmética, maquillaje y perfumes que le había comprado; clasificándolos por firmas y marcas, las que sabía que le apasionaban al escucharla hablar continuamente de ellas, al ser las más virales del momento. Las esponjas, pinceles y brochas de todo tipo los coloqué extendidos en el centro, sin sacarlos de sus estuches, pero sí con la solapa abierta para que los viera al instante.

Lo dejé todo como si estuviera en un escaparate de una tienda. La verdad es que de la forma en la que estaban todos los artículos presentados llamaba la atención, hacía que se viera más llamativo. Naomi también se volvería loca al descubrirlo todo, estaba seguro. Después de dos horas largas, salí del vestidor, conforme. Si de esta no me había hecho un experto ya no lo conseguiría, me dije riendo.

Fui hacia la cocina y me serví una copa de vino, justo cuando estaba dando el primer sorbo escuché el sonido de un coche en la entrada del jardín, no podía ser otro que Amin. Salí para saludarlo desde lejos porque solo venía a dejar a Naomi, Tatiana lo estaba esperando. Se despidieron igual que hice yo y se marchó. Apoyado en el marco de la puerta sonreí al ver a Naomi acercarse con varias bolsas, sonriente.

—¿Has dejado algo en las tiendas? —Se las quité de las manos, dándole un beso.

—Muy a mi pesar sí. —Reímos—. Porque mi padre tenía prisa, que, si no, arraso con todo.

—Vamos para que lo dejes en tu nuevo vestidor.

—¿Ya está? ¿Puedo entrar? —Se le iluminó la mirada y asentí— Qué ganas tengo de verlo, menos mal que sé que tienes buen gusto. —Me adelantó emocionada.

La frené ante sus protestas, agarrándola de una mano. Divertido la vi soltar el aire varias veces porque no me di prisa en llegar.

—¿Preparada? —le pregunté agarrando el pomo con una mano.

—Jolines, que sí —se quejó y volví a reír—. Abre ya.

En cuanto lo hice se encontró de frente con el tocador. Soltó un jadeo por la impresión, llevándose las manos al pecho y corrió hacia él sin pararse a mirar nada de lo que lo acompañaba, solo con un objetivo. El resto que componía, el vestidor, pasó desapercibido, al igual que todos los detalles de los muebles porque no les faltaba ni uno.

—Ay, que me da algo. ¡Me muero! —Lloriqueó. Entré y después de dejarle las bolsas al lado, me apoyé en un armario, cruzando los brazos—. ¡Madre mía, madre mía! ¿Cómo has hecho esto? —Rio nerviosa y eufórica, cogiendo cosa por cosa, acariciándolas antes de abrir los envases. Solté varias carcajadas porque empezó a echarse todos los perfumes que fue descubriendo, haciendo una mezcla explosiva que la llevaría directamente a la ducha. Una pequeña muestra del resto de los productos terminó decorando sus manos. Anonadada y sin salir de asombro, soltando jadeos de vez en cuando, cada vez que daba con cosas que le hacían especial ilusión.

»Los cajones son perfectos, es un sueño —soltó un suspiro largo, girándose hacia mí. Se levantó y se colgó de mi cuello, llenándome la cara de besos.

—Hay más cosas que el tocador. —Reí zarandeándola en el abrazo.

—Es verdad, déjame mirar —gritó separándose. Paseó observándolo todo—. Tráeme un vino que tengo mucho trabajo por hacer—me pidió con voz ahogada, abriendo puerta por puerta, al igual que los cajones.

—Ahora vengo. —Volví a reír feliz por verla de esa forma.

Conociéndola no se metería en la cama hasta que dejara todas sus pertenencias colocadas, lo que

tenía en la otra habitación más nuevas adquisiciones que le había comprado su padre. Le quedaban horas dentro del vestidor.

Y así fue, estuvo el resto del día trabajando en ello, dejándolo a su gusto, cambiando constantemente las cosas de sitio hasta quedarse conforme. Antes de que terminara eché el último vistazo, comprobando lo bien que quedaban sus bolsos, los zapatos, la ropa y un sinfín de cosas más haciendo la estancia acogedora y cálida. Era muy meticulosa y le gustaba dejarlo todo lo más perfecto posible.

He de decir que mi hermana también tenía un tocador bien grande, así que había enviado hacia la casa de mi madre los mismos productos que le había comprado a Naomi. En cuanto los recibió, a última hora de la tarde, me llamó loca de contenta y emocionada. Tanto lo estaba, que terminé por pasarle el móvil a Naomi porque entre ellas se entendían perfectamente. Terminaron haciéndose una videollamada con la que les dieron las tantas de la noche. No tenían fin.

Cuando me alejé del vestidor, divertido al escuchar los gritos de las dos, aproveché para llamar a mi madre. Nada más descolgar y saludarme, me agradeció, feliz y emocionada, lo que había hecho, a lo que le quité importancia porque para mí era muy poco para todo lo que quería darles. Ilusionada me dijo que había notado un cambio en Violeta, que nuestro acercamiento y la complicidad que había nacido entre ella y Naomi le habían sentado muy bien.

Por lo visto, desde el día en el que fuimos a la casa de ambas, Naomi y mi hermana no habían dejado de hablar, sin dejar pasar un día para ello. Me quedé sorprendido cuando mi madre me dijo riendo que habían decidido abrirse un perfil conjunto en Instagram, para temas de maquillaje y de cosmética, con el pensamiento de grabar vídeos para sus fieles fans, cuando los tuvieran, según palabras de ellas.

Capítulo 31



El día anterior fue como si estuviera solo en casa, Naomi se lo pasó metida en el vestidor. Con deciros que llevaba desde por la mañana temprano, nada más desayunar, y seguía metida dentro; cambiando cosas de sitio porque decía que no terminaba de encajarle cómo se veía. Para mí estaba perfecto, porque no sería yo el que dijera algo al respecto, ni que le quitara la ilusión.

—¿¡Quién cojones es Amanda Suárez!/? —los gritos vinieron desde el salón, repitiendo la misma pregunta conforme la escuchaba aproximarse hacia la cocina, donde yo estaba preparando la comida.

No supe reaccionar, me quedé paralizado al escuchar el nombre que dijo, sin entender a qué venía y mucho menos el motivo por el que ella lo sabía. Entró en la cocina alterada, roja como un tomate, encarándome.

—Naomi, ¿por qué estás así? —le pregunté al cabo de unos segundos, con el gesto fruncido y en tensión.

—¡Estoy esperando a que me digas quién es Amanda Suárez! —volvió a gritar más enfurecida aún.

—No entiendo esto... ¿Qué sabes de Amanda?

—El que tienes que darme las respuestas eres tú, no las dirijas hacia mí. —Me señaló con rabia—. Me estás sacando de quicio.

Durante los dos últimos años había levantado una barrera para hacer todo lo posible en no recordar nada de Amanda. La historia que pesaba en mi espalda me dejó demasiado marcado y tocado, una historia en la que una chica preciosa fue la protagonista y yo caí rendido a ella. ¿Os acordáis al principio lo que os dije? ¿Haciendo referencia a las pocas veces que me habían tocado el corazón? Pues la historia de Amanda fue la más importante que viví.

Por desgracia llegó un momento en el que decidí ponerme una coraza y bloquear todo lo que sentía, incluyendo mis recuerdos porque el dolor fue insoportable.

Con Naomi, en cierto modo, había conseguido arreglar los pedazos de mi interior porque me había hecho vivirlo todo de nuevo y con intensidad. Toda ella, con su sonrisa y dulzura infinita, había curado lo que se rompió dentro de mí. Lo que un día viví cobró un nuevo sentido junto a Naomi, consiguiendo que el pasado quedara enterrado.

Una historia que quise borrar a toda costa, para siempre, pero que acababa de estrellarse contra mí de la boca de Naomi y no salía del aturdimiento de lo que estaba sucediendo.

—Estoy esperando una respuesta... —Alzó la voz.

—¿Qué sabes de Amanda? —repetí con un tono diferente, más frío y cortante.

—¡Vete a la mierda! —Me dio la espalda y se fue corriendo.

Salí de la cocina y la seguí, viendo cómo se desvestía con rabia y se colocaba la ropa para irse. Quise hablar, lo juro, intenté que me salieran las palabras, pero no lo conseguí y me quedé en la entrada de la habitación viendo cómo se iba de la casa. Se montó en su coche y me dejó solo, como si todo a su alrededor estuviera quemándose.

No hice nada por retenerla, absolutamente nada. La desesperación se apoderó de mí, por un pasado que había intentado ocultar, hasta para mí mismo, y por un presente que había vuelto a trastocarse sin ser el responsable, otra vez. ¿A cuenta de qué sabía su nombre? ¿Cómo cojones se había enterado?

Cuando pude reaccionar entré en la habitación para coger mi móvil, necesitaba hablar con Carlos, la única persona en el mundo que era conocedor de mi historia y por lo que había pasado. En cuanto descolgó animado, con mis palabras y mi tono de voz, pasó a la seriedad escuchando cómo le contaba lo sucedido. Se quedó igual que yo, sin saber qué decir, por lo que colgó diciéndome lo único que le salió, que venía para mi casa.

En menos de diez minutos llegó, incrédulo todavía porque Naomi hubiera nombrado ese nombre y que me pidiera explicaciones de algo que no tenía ni puñetera idea de qué iba.

—Hermano. —Me abrazó con fuerza y me aferré a él—. Lo siento tío, que mal rollo verte de nuevo así —negó triste.

Muy buena pinta no tenía, la verdad, no quería ni parar a mirarme.

—No sé qué ha pasado —hablé con la voz tomada caminando hacia el sofá, con él siguiéndome de cerca—. Estaba tan feliz, ilusionada y tranquila en su vestidor y de repente ha aparecido gritando y preguntando quién era Amanda Suárez. —Cuando me senté apoyé los codos en las piernas y me tapé la cara con las manos, sintiendo ansiedad—. Estaba desencajada, furiosa, rabiosa, por mucho que hayamos pasado, nunca la había visto así —susurré—. No sé a qué ha venido su reacción porque no ha querido decirme nada, solo hacía la misma pregunta, que quién era.

—Lo siento. No te lo mereces. —Me apretó un hombro—. No tiene lógica, no hay ninguna conexión que haya podido llevarla a tener información sobre ella, de nada —comentó enfadado, afectado—. No sabes cómo me jode verte así de nuevo, o peor. Creía que después de todo por lo que has tenido que pasar, las cosas se habían calmado y todo iría bien.

—Yo también. —Me froté la cara—. Ella consiguió que volviera a creer en el amor, Carlos; Naomi consiguió que volviera a amar. —Tragué saliva, pero me costó por el nudo que tenía en la garganta—. No entiendo nada, te lo juro. —Me sequé varias lágrimas que se escaparon de mis ojos—. Tengo miedo, la incertidumbre de no saber nada me ha dejado paralizado. Sabes lo que he luchado conmigo mismo los últimos años, me hice más fuerte porque quise morirme.

—Lo sé —susurró abrazándose.

—Pero esto, lo que siento ahora mismo... no es comparable, Carlos. Tengo miedo —repetí llorando—. Siento que me ahogo, que ha pasado algo gordo y se me escapa de las manos sin haberlo visto venir. —Me revolví el pelo, desesperado—. Aquí no tengo nada que pueda hablar de mi historia pasada, absolutamente nada, ni cartas, ni mensajes en el móvil, ni una sola fotografía... me deshice de todo por mi bien.

»No sé a qué ha venido lo que me ha caído encima, de algún lado lo ha tenido que sacar. Y lo peor, lo que más miedo me da es saber cómo se ha enterado. Es lo que más me preocupa.

—¿Por qué no intentas llamar a Naomi? Lo mismo consigues sacarle algo más.

—Uf, no has visto sus ojos —negué—. Estaba fuera de sí, de esa forma no va a entrar en razón.

—Pero imagino que tendrá que volver, ¿no?

—A por sus cosas, pero no tiene que hacerlo ella si no quiere. Si no se calma, mandará a Amin.

—Me levante nervioso, empezando a dar vueltas por el salón.

—¿Y qué piensas hacer? Partiendo de la base de que no te mereces esta mierda, no puedes seguir así. Te vas a consumir pensando, tío. Sé que ella tampoco se merece lo que la haya llevado a saber de Amanda, pero joder... yo que sé. —Se frotó la cara.

—No lo sé, no puedo pensar con claridad. —Me apoyé en una pared, frotándome el pecho por la presión que sentía—. No he podido retenerla, me he quedado paralizado por el *shock* que me he llevado —negué—. Ahora tengo una sensación horrible dentro de mí —susurré.

—No vuelvas atrás, no puedes venirme abajo otra vez, como sucedió en el pasado. —Se puso a mi lado, frotándome la espalda—. No vuelvas allí, tío, necesito verte bien. Ese pasado, esa historia que ha sido el detonante de todo, de ella ya no queda nada y lo sabes... —se refirió a cómo quedé de destrozado la vez anterior.

—¿Y si ha pasado algo que no sabemos? Es ilógico el haber escuchado ese nombre de boca de Naomi. ¿A cuento de qué? Y de la forma en la que ha actuado... no por cualquier nombre te pones así.

—También lo he pensado, pero es imposible, hermano.

—Tengo que descubrirlo... —susurré.

—No. No me jodas. —Se puso delante de mí, agarrándome de la cara para que lo mirara—. Alonso, por Dios ¿Y Naomi? Si haces eso que has dicho va a volver a afectarte, vas a destapar la caja de Pandora y no puedo permitírtelo, ¿me oyes?

—Naomi estará bien con su padre y Tatiana. Debo hacerlo Carlos, no puedo continuar como si nada —susurré—. El principal motivo soy yo, pero también lo hago por Naomi.

El silencio nos rodeó, hablándonos con las miradas. Mi amigo terminó soltando de todo por la boca al saber que no había marcha atrás, ya lo había decidido y en el fondo él sabía que era lo que debía hacer para poder avanzar y enterrarlo todo definitivamente.

Fui hacia la habitación y saqué la maleta de viaje del vestidor, dejándola encima de la cama. Carlos apareció.

—No me gusta ni un pelo todo esto, pero no pienso dejarte solo. Ni se te ocurra decirme nada al respecto. Me voy para casa a preparar mi equipaje, en contra de mi voluntad porque la idea menos no me puede agradar. Pero, si tú caes yo voy de cabeza a levantarte, ¿me oyes? Recógeme en casa.

—Gracias —susurré sin poder mirarlo, con los ojos nublados por las lágrimas—. En un rato estoy allí.

—Te estaré esperando. —Me dejó solo después de darme un fuerte abrazo.

Jamás pensé que volvería a revivirlo todo para obtener nuevas respuestas, jamás imaginé que la misma situación se repitiera... pero ahí estaba, martilleándome en la cabeza, con pánico de que la desesperación que viví durante mucho tiempo se apoderara otra vez de mí. Pero necesitaba hacerlo, como le había dicho a Carlos, porque si había una mínima posibilidad de que algo hubiera cambiado, me merecía más que nadie saberlo para poder vivir en paz conmigo mismo.

Llamé a Amin para decirle lo que había pasado, con toda la confianza que teníamos. No entré en muchos detalles porque no pude, todavía no era capaz, por lo que le comenté que Naomi se había enfadado conmigo por alguien del pasado y que se había ido. Le remarqué que yo no tenía ni idea de cómo había sucedido. También me disculpé, aunque no tuviera la culpa y, por último, le pedí que confiara en mí, que lo último que quería era hacerle daño a Naomi y por ello, necesitaba tiempo para explicarme con claridad, lo que me llevaba a ausentarme unos días para poder hacerlo.

Cuando me respondió no noté nada de enfado en su tono de voz, al contrario, habló calmado.

—Tranquilízate, Alonso. No tienes que justificarte conmigo, sé perfectamente la clase de hombre que eres. Me lo has demostrado muchas veces. No te preocupes por nada, yo me encargo de mi hija. Está aquí, en mi casa, Tatiana está intentando calmarla. Confío de sobras en ti, créeme, y sé

que si algo te lleva lejos de mi hija es porque necesitas poner las cosas en orden para seguir avanzando con ella. Vete tranquilo, aquí te estaremos esperando y si necesitas ayuda con lo que sea, no dudes en llamarme porque estaré a tu lado para apoyarte en todo.

Lloré más, sin importarme hacerlo con él al otro lado del teléfono. Intentó consolarme desde la distancia y lo conseguí, en cierta forma. Lo último que le dije es que Naomi podía venir a mi casa cuando quisiera, que no necesitaba permiso de ningún tipo para hacerlo. Como si quería quedarse durante el tiempo que yo no estuviera porque para mí también era su casa. Emocionados los dos nos despedimos.

Antes de salir a recoger a Carlos lo organicé todo para que prepararan rápido un avión, para que nos estuvieran esperando cuando llegáramos al aeropuerto. Me alejé de casa descompuesto, con una sensación desagradable, la que no conseguí apaciguar.

Carlos y yo no hablamos desde que entró en mi coche, creando un silencio en el que, a los dos, nos recorrieron muchos pensamientos por la cabeza. Era consciente de lo afectado que estaba por mí, lo que también me torturó.

El vuelo despegó rumbo a Nueva York, en ese destino estaban todas las respuestas que necesitaba...

Capítulo 32



Después de ocho horas de nervios, aterrizamos en Nueva York y nos dirigimos en un taxi hacia nuestro apartamento de Manhattan, al que no habíamos regresado desde que sucedió lo de Amanda. Nos lo mantenía un matrimonio puertorriqueño de total confianza, al que les había pedido que nos dejaran la nevera y la despensa llena, con los productos que les detallé.

Cuando Carlos abrió la puerta y se quedó esperando a que entrara, se me cayó el mundo encima en cuanto di un paso dentro. Los recuerdos me invadieron, tantos los buenos como los malos.

Aún no comprendía cómo había podido Naomi tener información de Amanda. La situación era muy compleja y ni yo mismo sabía nada desde hacía años. No tenía ni una puñetera conexión con mi pasado para que algo la hubiera llevado hasta él, sabiendo de Amanda.

Eran las once de la noche, hora local en Nueva York, así que nos preparamos un sándwich rápido, acompañándolo con una cerveza. Nos acomodamos en el sofá para comérselo. Mi cabeza era un bombo y me dolía, por la presión que tenía.

—Lo extraño es que Naomi no te haya escrito ni se haya intentado poner en contacto contigo —comentó Carlos.

—Ya te he dicho que estaba fuera de sí. No quería decirme nada, ni lo hará por ahora. Lo peor de todo es que no pude retenerla, no me nació o más bien no pude hacerlo al estar en *shock*. —
Tragué saliva jugando con el botellín de cerveza.

—Perdona por sacar el tema otra vez, me ha salido sin pensar —se lamentó.

—No pasa nada, a mí tampoco se me va de la cabeza... —solté un suspiro dándole un trago a la bebida.

—No quiero hablar más de ello. —Cerró el tema.

Lo entendí perfectamente, ojalá con eso se solucionara. No lo hacía, pero era mejor así porque estando donde estaba, necesitaba centrarme en lo que me había traído hasta aquí. Mi prioridad ahora era encontrar respuestas en este lado del charco.

Carlos me había comentado que tenía la sensación de que después de todo lo que había vivido con Naomi, ahora mismo parecía que esto me separaba de ella. No es que lo pareciera, es que lo hacía, directamente, a la vista estaba cómo se había dado entre nosotros. Pero siendo sincero desde que sacó a relucir el nombre de Amanda y después de decidirme a dar un paso más, mi cabeza solo estaba enfocada en otro asunto, con necesidad, por fuerte que pareciera.

Imagino que os estaréis preguntando qué es lo que me pasó, lo que tuve que vivir para que de repente mi vida haya dado este giro radical. Ha llegado el momento de mostraros mi verdad, para que comprendáis mi situación y el motivo que me ha impulsado a actuar de la forma en la que lo he hecho.

Me remontó a cinco años atrás... por aquel entonces Carlos y yo veníamos a menudo a Nueva York por trabajo. Mi padre nos enviaba a reuniones o para que nos encargásemos por temporadas de la base principal que estaba en la ciudad, desde donde operaban nuestros vuelos.

El piso en el que estábamos al principio era propiedad de mi padre, en él nos habíamos alojado siempre. Cuando llevábamos menos de medio año viajando, por cuestiones fiscales, mi padre lo arregló todo para que pasara a nombre de Carlos y mío.

En uno de los tantos viajes que hacíamos fue donde conocí a Amanda, la mujer que hizo que mi corazón diese un vuelco y solo tuviera ojos para ella. Fue algo más fuerte que yo, lo que me dejó atado en cuerpo y alma a ella, ya que si no la tenía cerca no conseguía concentrarme en nada más. Creo que fue un flechazo en toda regla porque el enamoramiento me atrapó al instante, la amé con todo mi ser.

Desde que nos dimos el primer beso tuve claro que la quería en mi vida para siempre, incluso con la idea de que se convirtiera en mi mujer y la madre de mis hijos, hasta ese punto, sí. No fui el único, Amanda estaba totalmente enamorada de mí, sus gestos, su trato, sus sonrisas constantes, sus abrazos y muestras de cariño reclamando los míos... todo era recíproco entre los dos. Era tan complaciente conmigo que incluso todo lo que yo le dijera a ella le parecía perfecto, lo que me enfadaba en ciertas ocasiones al conformarse con mis puntos de vista.

Amanda era responsable del área de *marketing* de nuestra empresa en Nueva York, así fue como la conocí la primera vez que pisé el edificio de oficinas de la ciudad. Fue algo brutal, nuestras miradas se cruzaron y no conseguimos apartarlas, quedándonos enganchados el uno al otro. El curso de nuestras vidas cambió de manera radical, tal fue así, que decidí venirme a pasar largas temporadas con la aprobación de mi padre y con el apoyo de Carlos, con el que trabajaba codo con codo.

Ella no se vino a vivir conmigo, pero sí que pasaba algún que otro fin de semana en el apartamento. Su rutina la hacía en la casa de sus padres, con los que vivía. Sus padres estaban chapados a la antigua y pese a que ella era mayorcita, le ponían muchas normas. No eran malas personas, solo tenían puntos de vista diferentes.

Por aquel entonces yo tenía treinta y cinco años, Amanda seis menos que yo, veintinueve años. Una joven preciosa nacida en Manhattan, de padres mejicanos que llevaban en la ciudad antes de que ella naciera.

Mantuvimos un año de relación intenso, en el que yo ya planeaba pedirle que se casara conmigo. Sabía que así sus padres permitirían que abandonara el hogar familiar, como ya he dicho, sus mentalidades eran antiguas.

Yo era consciente de que no se fiaban de mí, les provocaba rechazo. Nunca llegué a entenderlo, pero era evidente en sus caras forzadas ante mi presencia. Comentándolo con Amanda llegamos a la conclusión de que ellos me veían como una amenaza, como si para mí la hija de ambos fuera solo un capricho temporal, un capricho de un niño rico que no sabe lo que quiere, solo disfrutar. Nunca me dieron la opción de tener un acercamiento en condiciones con ellos, para poderles demostrar que estaban muy equivocados. Eran muy cortantes, educados, pero fríos y siempre que nos veíamos, contadas veces, era por obligación.

Un día antes de tenerlo todo preparado para declararme a ella formalmente y de pedirle matrimonio en un escenario de ensueño, sucedió la desgracia que cambiaría el curso de nuestras vidas...

Amanda y yo estábamos en mi apartamento, en uno de esos momentos en los que saltan chipas y todo se incendia alrededor, acumulando tensión mientras nos devorábamos con necesidad. La pasión que sentíamos el uno por el otro traspasaba todas las fronteras, creo que os hacéis una idea.

Y esa fatídica noche, la que llevaba muy dentro de mí, en la que estábamos practicando sexo, en un mal giro y sin que nos diésemos cuenta ninguno de los dos de que el mueble quedaba tan cerca, se dio un golpe en la cabeza, tan fuerte y doloroso, que cayó desplomada, sin conocimiento.

Creo que fue la única vez en mi vida que me volví loco, pero loco de verdad, por lo que supuso tenerla entre mis brazos desmadejada y sin reaccionar, con la sangre resbalándole por la cara. Sin perder tiempo llamé a emergencias mientras la vestía y hacía lo mismo conmigo, para estar preparado cuando llegaran. Lo único que me mantuvo con un hilo de esperanza es que notaba su respiración y tenía pulso, pero todo ello muy débil, demasiado. Los minutos que tardó en llegar la ayuda se me hicieron eternos, temiéndome lo peor.

Ese fue el comienzo de un calvario, un trauma de por vida.

Los padres llegaron al hospital y me echaron a patadas, culpándome de todo. A las autoridades les dijeron que era el responsable y que se trataba de un caso de malos tratos. Yo, que no mataba ni a una mosca. Se empeñaron en gritar que yo le había hecho el peor daño a su hija. No pararon hasta que me detuvieron, cayendo la pena sobre mí.

Cuando testifiqué delante del juez dos días después, conseguí ver la calle gracias a un equipo de abogados que trabajaron en mi caso, los mejores de la ciudad contratados por Carlos y que estaban vinculados a nuestra empresa, llevando todos los temas legales. Salí del juzgado después de declarar, a la espera del juicio. Así lo aceptó el juez con la condición de que no podía irme de la ciudad, entregando el pasaporte para asegurarse de que no me escaparía en cuanto pudiera. Aparte me puso una restricción, una prohibición para que no me acercara a la víctima, a Amanda.

Fue un calvario, muy doloroso, por lo que sucedió y por cómo se dio todo después. A mí se me cayó el mundo encima porque no pude ni ver a Amanda, ni saber cómo estaba, ni si había sido una tontería, o tenía que preocuparme más... me cerraron todas las vías para poder saber algo, por mínimo que fuera y el peso de todo ello me consumió.

Con el paso de los días y gracias a personas que trabajaban en la empresa y tenían contacto con su familia, las noticias fueron llegándome, pocas y a cuentagotas, pero al menos sirvió para aportar un poco de luz a la oscuridad en la que entré. Mis abogados también hicieron todo lo posible por informarme porque les llegaban todos los informes médicos sobre el estado de ella, los que les entregaba la otra parte a fiscalía. Pero eso sucedió muy pausadamente, demasiado, como ya digo fui enterándome de cosas con el paso del tiempo, desesperándome cada vez más en el proceso.

El pronóstico fue malo, peor no pude haberlo imaginado. Cuatro meses después de suceder, los médicos les dieron las malas noticias a sus padres. Les dijeron que no conseguían traerla de vuelta, respiraba, se mantenía estable, pero no abría los ojos para regresar, por lo que veían poco probable que después de tanto tiempo volviera a recuperar el conocimiento ya que había salido del coma y seguía igual. Diagnosticaron que tenía la memoria y las reacciones vitales perdidas por completo. Lo que no supieron prever, porque era imprevisible, es que Amanda abriría los ojos con el paso de los días y que su cuerpo reaccionaría, pero con todos los recuerdos desaparecidos.

Ante la primera noticia, la de que no volvería a abrir los ojos, mi mundo se hundió bajo mis pies y para colmo tuve que soportar, con las pocas fuerzas que tenía, que sus padres me hicieran la vida imposible, tomándola conmigo. No solo no podía acercarme a ella, si no que fueron a por mí para que pagara por lo que supuestamente había hecho a malicia, para encerrarme en la cárcel de por vida. Si no hubiera sido por el apoyo de Carlos, mi amigo y hermano, os puedo decir que no sabría si estaría contándoos esto ahora mismo porque en más de una ocasión tiré la toalla, sin fuerzas para continuar.

Un año después se celebró el juicio. Por suerte mis abogados consiguieron llevar a numerosos testigos que ratificaron el amor que nos teníamos Amanda y yo, habiendo sido testigos de la unión que siempre tuvimos, desde el principio. Quedó demostrado la forma en la que yo la trataba, con el amor y el cariño con el que me dirigía a ella siempre, hasta con vídeos caseros en los que se veían nuestras sonrisas y gestos, todo ello lo revisó el juez.

No tuvo problema en identificar que nuestra relación fue bonita y sincera, nada que ver a cómo la habían querido mancillar por encima de todo los padres de ella. Incluso se aportaron vídeos e imágenes de las cámaras del edificio de oficinas, en los que se nos veía en más de una ocasión besándonos en los pasillos, cómplices, como también quedaron como prueba todos los mensajes que nos habíamos enviado desde que nos conocimos.

Recuerdo cuando el juez dictó sentencia, una sentencia que me absolvió de todos los cargos que me imputaron ya que habíamos podido demostrar que había sido un fatal accidente. También lo facilitó a que las pruebas periciales y médicas coincidieron con la versión que siempre di, de cómo sucedió.

Lo único que me dijo el juez es que, aunque ya no había medidas cautelares hacia mí, comprendiera el dolor de la familia de Amanda, que era la que estaba a cargo de ella, de su tutela. De esa forma me pidió que no intentara tener ningún contacto hacia ella, ni provocara ningún acercamiento solo para poder verla porque ellos se negaban a que sucediera, a pesar del resultado de la sentencia. No hubo manera para que cambiaran de opinión, siempre me señalaron como único culpable.

No me quedó más opción que regresar a España con el corazón destrozado, desolado, sin ganas de continuar... yo la amé hasta el punto de que hubiera dado mi vida por cuidarla, aunque continuara como se quedó, solo con tenerla a mi lado ya me hubiera conformado. La amé con locura, pero todo ello se me negó, absolutamente todo.

Lo que restó de año y al siguiente lo pasé rodeado de mi familia, la de Carlos y mi padre. Estuvieron arropándome, no me soltaron en ningún momento, al igual que mi amigo que se trasladó junto a mí para no perderme de vista. Si no hubiera sido por todos ellos... fueron mi apoyo en cada momento de desesperación y agonía. Un tiempo pasado horrible, en el que apenas podía dormir y subsistía solo porque estuvieran tranquilos.

Hasta que reaccioné, porque lo que no mata te hace más fuerte. Dos años atrás al momento en el que estaba viviendo ahora, de regreso en el apartamento de Nueva York para obtener respuestas, como decía, dos años atrás comprendí que llevaba mucho tiempo muerto en vida, sin un aliciente, sin ganas de nada.

Tomé el control sobre mí, asumiendo de una vez por todas que no podía hacer nada por Amanda, ni estar con ella y ni siquiera saber cómo estaba. En defensa propia levanté una barrera, me deshice de todos los recuerdos que me atormentaban, hice desaparecer todo rastro como si nunca hubiera existido. Hasta que llegó el momento en el que poco a poco el dolor se fue disipando, y mis pensamientos se fueron difuminando referente a su recuerdo, hasta esconderlos en una parte de mi cabeza a la que no volví a acceder, por mi protección.

Cuando Naomi apareció en mi vida ya estaba de sobra recuperado, pero debo decir que fue una luz brillante y atrayente que me hizo tener otra perspectiva, una mejorada desde que choqué con ella en la playa.

Pero de nuevo la sombra de Amanda había aparecido trastocándolo todo, trayendo de golpe el pasado, hasta el punto de despertar en mí lo que creía enterrado por completo. Escuchar su nombre de boca de Naomi fue el principio del fin porque algo dentro de mí había reaccionado automáticamente, reactivándose de una forma que me sentía arder por dentro.

Fue el amor de vida, uno que me arrebataron en las peores circunstancias y me moría de ganas por saber algo nuevo de ella. No tenía ni puñetera idea de cómo Naomi sabía de su existencia, pero rogué al cielo porque hubiera sucedido un milagro entorno a Amanda y su situación.

Capítulo 33



Eran las seis de la mañana cuando miré el móvil, desvelado por completo. Así llevaba bastante rato. Me levanté de la cama y fui directo hacia el baño, para darme una ducha con el propósito de que la cabeza se me despejara un poco porque la notaba embotada. No me sirvió de mucho, tampoco es que esperara que hiciera milagros.

Me vestí y salí de la habitación, directo hacia la cocina para prepararme un café. En ella me encontré a Carlos, preparando el desayuno.

—Buenos días, bello durmiente. —Sonrió de lado.

—Eso me hubiera gustado —negué.

—¿El qué? ¿Ser bello o durmiente? ¿O las dos cosas? —dijo con tono de humor.

—De lo primero no me quejo, de lo segundo... —Rio. Su reacción fue más para animarme que otra cosa.

Nos dimos un abrazo y lo ayudé a terminarlo. Cuando lo tuvimos listo nos sentamos en la parte de la barra que daba al salón. Era una cocina americana, ¿cómo no?, por donde nos encontrábamos. Pues eso, que el salón y la cocina se complementaban haciendo una estancia única, separados por una gran isla que servía de mesa por ambos lados.

—¿No has dormido nada? —Quiso saber llevándose la taza a los labios.

—Bueno. —Carraspeé—. Me he desvelado muchas veces, he estado más tiempo despierto que dormido. —Me encogí de hombros.

—Tendrías que haberme cambiado la habitación —negó pensativo.

Se refirió a que me traía demasiados recuerdos, unos preciosos, pero los peores opacaban a los anteriores porque fue en el último lugar que estuve con Amanda, como ya os he comentado en mi habitación sucedió el peor desenlace para nuestra historia. Después de que sucediera y durante todo el tiempo que estuve retenido por las autoridades sin poder salir de Nueva York, no fui capaz de entrar ni una sola vez.

Carlos insistió en que nos quedáramos en un hotel o que alquiláramos otra vivienda el tiempo que fuera necesario, pero me negué. Como resultado de ello, tuvo que sacar todas mis cosas de la habitación, dejándola vacía, y colocarlas en otra porque para mí, traspasar esa puerta, era sinónimo de venirme abajo al instante.

Dormía en el sofá, ningún problema con eso porque era muy espacioso y cómodo, pero bueno, es más que nada el significado que tuvo que lo hiciera y que no pudiera enfrentarme a mis demonios. Con nuestro regreso era la primera vez desde hacía muchos años que entraba en la habitación y pasaba la noche en ella.

—Es una tontería, da igual dónde esté porque va a ser lo mismo. Esa parte está superada, si no, no me hubiera atrevido a traspasar la puerta —negué.

—Demasiado que has conseguido dormir a intervalos. No sé si ha sido buena idea el venir aquí directos, después de todo.

—No te preocupes. —Lo miré sonriendo, pero la expresión no me salió muy pronunciada—. Y si te refieres a Nueva York, ya sabes que necesito respuestas, Carlos, las necesito —susurré dejando la vista fija en la ventana.

Estaba abierta y se veía Central Park. Tragué saliva por todos los recuerdos que me traía la imagen, unos que habían estado dormidos por imposición mía.

Desayunamos en silencio, al menos, mi estómago aceptó todo lo que le eché. El sonido de un mensaje me sacó de mis pensamientos y me levanté para ir a la habitación, donde había dejado el móvil. Sorprendido me quedé cuando comprobé de quién era: de Naomi. Apreté el móvil entre las manos, quedándome en la entrada al salón porque estaba regresando junto a Carlos.

Naomi: *Ya me he llevado todo de tu casa, menos los productos que me regalaste, esos se los puedes dar a ella, lo mismo hasta se emociona. No aparezcas por mi vida bajo ningún concepto. Eres una rata inmune. No te acerques a mi familia, ni se te ocurra o conocerás mi parte más amarga. Las llaves te las he dejado en tu oficina, se las he dado a Letizia. Que seas muy feliz, aunque dudo que alguien como tú pueda llegar a serlo.*

Cogí varias bocanadas de aire y me senté otra vez en la isla. Me bebí el café de un trago, bajo la atenta mirada de Carlos y le puse el móvil delante, para que lo leyera por él mismo. No dijo nada, solo salió de la conversación y bloqueó el teléfono, alejándolo de los dos. Sabía de sobra que el habernos ido como lo habíamos hecho, y el que yo no hubiera reaccionado para frenarla, para que no saliera de mi casa, no podía tener otro resultado que ese mensaje.

Como ya estábamos arreglados no tardamos en salir del apartamento a la calle, dirigiéndonos hacia la zona donde los taxis circulaban continuamente yendo de un lado al otro. Paramos uno y nos montamos, le di la dirección de las oficinas de los investigadores privados que me ayudaron con el tema del juicio. Eran los que contrataban desde el despacho de abogados que llevaban todos los temas de nuestra empresa en Estados Unidos.

Lo que menos me hubiera imaginado, jamás, fue la información que me encontré de primera

mano, sin esperarla, cayéndome como un jarro de agua helada sobre la cabeza. Cuando les planteé lo que me había traído de regreso a los dos investigadores principales, junto al dueño del bufete que se había trasladado para reunirnos, me quedé en *shock* al escucharlos.

—Tenemos todas las respuestas que necesitas—comentó George, el letrado—. Disponemos de ellas desde hace unos meses.

—No entiendo nada. —Fruncí el gesto, pasando la mirada por los tres—. ¿Qué respuestas? ¿Por qué no habláis? —dije alterado, sintiendo la desesperación recorrerme.

—Verás. —Carraspeó George, continuando con el control de la conversación para aclarármelo—. Tu padre estaba al tanto de todo y sabes que era la máxima autoridad para nosotros en tu empresa. Nunca se olvidó del tema ni lo dejó apartado, nos encargó que lo mantuviéramos informado de cualquier mínimo detalle sobre lo que te pasó. Como también nos pidió, remarcándonoslo, que no te pusiéramos al tanto de nada para no volverte a desestabilizar.

—Me estoy poniendo muy nervioso —le advertí pasándome las manos por el pelo, recostando la espalda en la silla.

—Relájate —murmuró Carlos apretando un hombro.

—No, no me relajo, no me sale de los cojones. —Me levanté nervioso, sin poder estarme quieto.

No se lo tomó a mal, entendió mi salida de tono perfectamente. Las miradas entre los investigadores y el abogado me inquietaron, hasta el punto de que no pude contener las palabras cuando les exigí que hablaran claro y directos, ya.

—Hace seis meses que Amanda regresó, me refiero a que recuperó la memoria del todo. Desde el principio sus padres la tuvieron muy cuidada y su aspecto fue inmejorable al poco tiempo de salir del coma. Fue estabilizándose, pero siendo ajena a sus recuerdos como bien sabes por la última información que te dimos hace años.

»Empezó a vivir desde cero, pero cual fue nuestra sorpresa, que un día, meses atrás, apareció en el bufete de abogados, preguntando por el responsable de él, por mí. Cuando mi secretaria me llamó y me dijo su nombre, me quedé paralizado durante unos segundos porque fue totalmente inesperado.

»Me reuní con ella y escuché su aturdimiento porque al darse de frente con la realidad, contraponiéndose con la que había ido conociendo desde que perdió la memoria, tenía muchísimas preguntas ya que nada coincidía con la versión de sus padres. Supo llegar hasta mí porque encontró una documentación en su casa, una que sus padres se habían encargado de guardar para que no tuviera acceso a ella.

»Pero como suele ocurrir muchas veces, la verdad acaba saliendo de la forma más inesperada. Cuando se fue, llamé a tu padre para ponerlo en conocimiento de las nuevas novedades. Cuando supo la información me exigió que a ti te mantuviera al margen, para no regresarte a un pasado que te hizo tanto daño ya que habías retomado con fuerza una nueva vida, saliendo del pozo en el que te habías metido.

»Amanda me insistió para que le diera algún dato sobre ti, pero le dejé claro que no tenía autorización para hacerlo.

—¿Y por qué no os habéis puesto en contacto conmigo cuando falleció mi padre? —Quise saber alzando la voz, con un tono frío, seco y cortante.

Apoyé las manos en la mesa dando un golpe, rígido, en tensión, con ganas de cargarme a alguien.

—Lo lamento, Alonso —negó varias veces, con el gesto contraído—. Le di mi palabra a tu padre y todos, los tres, le debemos todos nuestros respetos. Como él, creíamos que era lo mejor para ti. Habían pasado muchos años y tu vida estaba en otro lado, con un rumbo nuevo y favorable.

—Os recuerdo que ahora trabajáis para mí, desde hace mucho tiempo. ¡Joder! —Di una palmada en la mesa, con un golpe seco.

—Gracias a tu padre que fue el que contrató los servicios de mi despacho desde muchos años atrás, cuando mi padre estaba al mando. Eran muy buenos amigos.

—Todo esto me parece increíble —solté con rabia.

—Te tenemos el mismo respeto, de eso no tengas dudas —asintieron los tres—. Pero ahora te diré que, por el cariño que te tengo y la amistad que nos une, tampoco quise traspasar una línea que sabía que te iba a afectar hasta el punto de cómo estás en este momento, al ser conocedor de la verdad. —Frunció los labios.

Me quedé silencio, no dije nada más, interiorizándolo todo. En el fondo entendía la decisión que habían tomado, incluida la de mi padre. Me pregunté cómo habría reaccionado yo, porque todos éramos conscientes de lo mal que me quedé, lo afectado y derrotado que estuve.

Y no solo fui el único en pasarlo mal, todos, incluido George y los dos investigadores con los que siempre había tenido mucha afinidad y acercamiento desde que los conocí, sufrieron mis consecuencias al vivir de cerca lo que tuve que padecer.

—¿En qué situación se encuentra ella? —susurré incorporándome despacio, llevando la vista hacia la pared que quedaba detrás de los tres.

—Por lo que sabemos ha estado buscando la forma de contactar contigo —habló Peter, uno de los investigadores—. Lo ha intentado de muchas formas, pero hace unos meses que dejó de hacerlo. No sabemos nada más de ella. Lo que sí le dijo a George cuando fue al bufete buscando respuestas de él, es que, si algún día querías saber de ella, la encontrarías cada viernes en la cafetería a la que os encantaba ir para desayunar.

—Pasado mañana —murmuré en alto, tragando saliva y llevándome las manos al pelo, revolviéndomelo.

—Sentimos mucho todo esto, Alonso —comentó afectado George—. Solo seguimos las órdenes de tu padre y continuamos aferrándonos a ellas porque consideramos que eran las más acertadas para protegerte.

—Lo sé —asentí apretando la mandíbula, provocando con mi aceptación que soltara el aire lentamente, agradecido.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Enfrentarme al pasado, eso voy a hacer —aseguré porque no había otra opción viable.

Les comenté que me presentaría en la cafetería para encontrarme con ella, todo podía ser que me diera un chungo y no consiguiera pasar de la puerta, pero que iría, ya os digo que sí.

—Por cierto —continué hablando—. ¿Sabéis algo sobre lo que os he comentado al principio? Sobre lo que os he dicho que me ha traído hasta aquí... ¿Cómo puede ser que una persona de España, ajena a todo, consiguiera saber el nombre de Amanda y su apellido? —Pasé la mirada por los tres.

—Ni idea, hace tiempo que dejamos de investigar a Amanda de cerca. Solo manteníamos un control superficial —respondió James, el otro investigador.

—Vale —asentí pensativo.

—Alonso, estamos a tus servicios y no solo dentro de la compañía, lo sabes, ¿verdad? Para cualquier cosa que necesites, aunque sea personal, nos tienes. Siento que te hayas enterado de esa manera, que todo haya saltado por los aires otra vez... —habló George incorporándose.

—Nunca me habéis fallado directamente, sé de sobra lo que dices. —Le mantuve la mirada—. Quedaros tranquilos, lo entiendo todo, ¿vale? Aunque me joda, sé que solo habéis buscado protegerme. No era lo que necesitaba porque hubiera sido necesario que me avisarais para poder tomar una decisión que solo me correspondía a mí, pero lo entiendo —repetí.

Fueron mis últimas palabras, al menos sobre el tema. Después de ellas Carlos se levantó y se puso a mi lado para salir de allí. Nos despedimos de los tres quedando en que nos comunicaríamos en breve. Con rabia, así me fui, una rabia que intenté contener porque se me mezcló con la impotencia y los nervios del inminente encuentro con Amanda.

—Sigue yendo cada viernes, Carlos... —susurré cuando salimos del edificio, incrédulo.

—Así es, amigo. —Me apretó un hombro, hablando por primera vez desde que entramos al edificio. Había optado por mantenerse al margen por respeto a mí.

—Sin perder la esperanza de verme, de que apareciera en algún momento. —Tragué saliva parándome en la acera.

—No voy a juzgar a tu padre, pero se las trajo, ¿eh? No tenía derecho a ordenarles que te mantuvieran ajeno a la realidad. No era decisión suya.

—Ya. —Bajé la mirada hacia el suelo, pensativo—. Pero no lo puedo culpar, Carlos, y lo sabes. Me quedé tan destrozado que todos temisteis por mi vida. —Lo miré con los ojos nublados por

las lágrimas. Asintió de la misma forma—. Era su hijo, solo me protegió. Tomó una mala decisión, pero a veces no somos conscientes de las repercusiones de nuestros actos, solo buscamos la vía más fácil para salvar la situación. El único resentimiento que puedo tener hacia él es que me separara de mi madre y de mi hermana al nacer, privándome de ellas y que se olvidara de que tenía otra hija.

—Tienes razón —soltó un suspiro.

Cogimos un taxi que nos llevó a la zona más céntrica de Manhattan. En ella pasamos el resto del día porque yo no me veía capaz de encerrarme en el apartamento, con todos los sentimientos que me recorrían desbordados. Comimos y hasta cenamos en la calle, recorriendo cada rincón y descubriendo muchas cosas que habían cambiado desde la última que estuvimos.

El jueves fue un tormento para mí. En cuanto nos despertamos, nos arreglamos para volver a respirar aire libre. Fueron muchas las conversaciones que mantuvimos Carlos y yo, sobre el día siguiente, el viernes. Ilógicamente, tenía miedo de enfrentarme a tenerla otra vez delante, sabiendo que sabía quién era, que me reconocería con todos los recuerdos de nosotros intactos en su memoria.

Pánico a cómo mi cuerpo reaccionaría ante ella, a todos los sentimientos que me desbordarían aún más, temor por lo que había dejado en España y lo que aún continuaba en Manhattan... El jueves con todas sus horas pasando lentamente, fue un horror para mí, sin poder frenar la mente en ningún momento.

Carlos estuvo muy pendiente de mí, intentando con sus bromas sacarme alguna sonrisa para relajar el ambiente. A veces lo conseguía, la mayoría de ellas se quedaba en intentos frustrados.

Capítulo 34



Llevaba más de una hora apoyado en un árbol, enfrente de la cafetería. Descompuesto estaba, viendo pasar los minutos porque había llegado bien temprano, cuando todavía estaba cerrada. Llevé la vista hacia los lados varias veces, cogiendo bocanadas de aire, hasta que frené los movimientos y volví a quedarme paralizado.

¿El motivo? Ya lo sabéis. Una chica joven, preciosa, apareció en mi campo de visión provocando que el vello se me erizara y un escalofrío me recorriera el cuerpo, de punta a punta. La seguí con la vista, casi sin pestañear. Se sentó en la terraza y le sonrió a la camarera cuando se acercó a ella. Al quedarse sola se entretuvo con el móvil, sin imaginarse quién la estaba observando desde lejos.

Había cambiado... el paso de los años se notaba en ella, pero la madurez que reflejaba la hacía aún más bonita. Me tomé unos minutos para encontrar las fuerzas suficientes para lo que estaba a punto de hacer, sin apartar la mirada de su imagen. Cuando me recompuse, en cierta forma, mis pies empezaron a moverse directos hacia ella.

Como si predijera una presencia, levantó la cabeza cuando me quedaban unos pasos para llegar a la mesa. Entreabrió los labios por la sorpresa, hasta pude notar cómo se quedaba sin respiración, los ojos se le abrieron al máximo, nublados por las lágrimas al ver cómo me acercaba, las manos fueron a su pecho, apretádoselo y frotádoselo, como si le doliera. Paralizada por completo, así la dejé con mi aparición inesperada.

Las lágrimas no tardaron en resbalar por sus mejillas. Con movimientos torpes y lentos se incorporó, sin perder el apoyo de la mesa, quedándose de pie frente a mí cuando me paré a su lado.

—Alonso —susurró con voz ahogada, retirándose las lágrimas con las manos, en *shock*.

—El mismo. —Sonreí con tristeza, soportando el nudo que se había formado en mi garganta.

Hice lo que me pidió el cuerpo y necesité, abrir los brazos esperando que su respuesta fuera lanzarse a mí. Y así fue, corrió a refugiarse en mi pecho. Nos abrazamos con fuerza, creando una burbuja de silencio mientras llorábamos. Demasiadas emociones contenidas, demasiados

sentimientos pausados entre los dos...

—Sabía que algún día vendrías, sabía que algún día volvería a verte. —Se apretó contra mí, llorando desconsolada.

No pude decir nada como respuesta, intentando que la voz me saliera y preparándola para tener una conversación muy necesaria para ambos. Sin separarnos, nos mantuvimos en la misma posición durante un rato, sin importarnos cuántos ojos nos estuvieran viendo.

Al movernos nos sonreímos con tristeza y con amor. Nos sentamos y pedí a la camarera que me trajera un café, al menos, para empezar, porque en ese instante dudaba que me entrara algo más. Fijé la mirada en el plato que decoraba la mesa, junto a su café, lo que le había traído la camarera mientras me acercaba a ella.

Era el desayuno que siempre pedíamos, el que nos encantaba: una tostada con aguacate y semillas, junto con unos tomatitos cherri y una tortilla. La mente se me fue a nuestros recuerdos, a los de años atrás en los que veníamos a la misma cafetería siempre que podíamos.

—No me creo que estés aquí. —Me agarró de una mano por encima de la mesa y se la apreté, asintiendo.

—Yo tampoco. —Carraspeé para aclararme la voz, al salirme más ronca de lo normal.

—Te he buscado, me he vuelto loca, intentando hablar contigo. —Se le escarparon más lágrimas —. ¿Sabes? No sé si estás al tanto porque si has venido hasta aquí a lo mejor quiere decir que has hablado con George —asentí confirmádoselo—. Conseguí recuperar la memoria —rio al decir lo evidente, sonreí perdido en su expresión—, todos los recuerdos me vinieron de golpe y sentí un vacío tan grande al no tenerte a mi lado. —Tragó saliva y le rodeé la mano con la otra, dejando la suya en medio de las mías, acariciándosela.

»Cuando abrí los ojos, cuando conseguí volver de un sueño muy profundo, mis padres me contaron una mentira, una historia que no era la mía. Me hablaron de ti, del motivo por el que había terminado en el hospital. Me dijeron tantas cosas malas —negó triste, nerviosa—. Cuando recobré la memoria creí que se me iría la cabeza por toda la información que quisieron meterme en ella, hasta el punto de que cuando no estaban en casa rebuscaba en cada rincón para encontrar algo que me llevara hasta ti, al no obtener resultado llamando a la sede de tu empresa de aquí.

»Por suerte encontré una documentación y en ella aparecía el nombre del bufete de abogados asociado al tuyo, el que llevó tu defensa en el juicio. Me presenté allí para tener respuestas y fue un tal George el que se reunió conmigo y me contó la verdadera versión de lo que sucedió mientras yo estaba incapacitada. Creí que me volvería loca cuando supe la verdad de lo que te hicieron mis padres. —Lloró desconsolada.

—Fue muy duro irme sin poder verte ni una vez, fue insoportable dejarte atrás, Amanda. No tuve otra opción, me bloquearon todas las vías para que ni siquiera pudiera acercarme desde lejos —susurré y asintió, dándome a entender que lo sabía. Imaginé que por George.

—Hace cuatro meses que mi madre falleció, el mismo tiempo que hace que mi padre regresó a Puerto Rico con su familia. Desde que recuperé la memoria supieron que me habían perdido, que

nunca les perdonaría lo que nos hicieron. —Me incliné sobre la mesa y le sequé las lágrimas con la yema de los dedos, sonriendo con amor, el que me seguía transmitiendo.

Una vez la toqué, no pude apartar el contacto de ella, acariciándole las mejillas durante unos segundos, los que alargué.

—¿Y tú dónde vives?

—Yo —sonrió con tristeza—, en el mismo sitio. La casa estaba puesta a nombre de mi madre por una cosa que sucedió años atrás, les convino a ambos dejarla así, sin modificar nada. Al fallecer me perteneció a mí. Yo no eché a mi padre, era su casa también, hasta el final, pero él ya estaba jubilado, por lo que la tensión y las peleas constantes que teníamos fueron el detonante para que tomara la decisión de irse y alejarse definitivamente de mí.

»Ahora mismo no trabajo, vivo con la paga que me quedó del seguro que tenía mi madre. No es mucho, pero como no tengo que hacerme cargo a final de mes de costear un alojamiento, para comer y subsistir me llega y, además, he comenzado a limpiar por horas algunas casas. Cada vez estoy consiguiendo algunas más. —Sonrió más alegre, le devolví el gesto.

»Solo quería verte, tenerte delante otra vez y decirte que estoy bien, que mi vida se encauzó y que no tuviste la culpa de nada. —Contrajo la expresión con ganas de volver a llorar—. Sé que has rehecho tu vida con una chica que se llama Naomi —susurró haciendo saltar todas mis alarmas.

—¿Cómo lo sabes?

—Como ya te he dicho te he estado buscando, lo que me llevó a hacerlo a través de las redes sociales. Pero no encontré tu nombre, no pude dar contigo de esa forma, al principio.

—Correcto. Tengo una cuenta, pero solo con mis iniciales. —Me quedé para mí comentar que tenía otra de repuesto, la que me hice para saber de Naomi cuando me bloqueó—. Es difícil identificarla porque no tengo puesta una foto de perfil y encima es privada —asintió.

—Pues un día se me ocurrió la gran idea de buscar en Google, en imágenes. Di con una tuya —sonrió triste, bajando la mirada a nuestras manos unidas— y no sé cómo, pero, por casualidad, esa fotografía me llevó hasta el perfil de una chica llamada Naomi, una joven muy bonita. Por curiosidad busqué su perfil en Instagram y tachán, su última publicación era una fotografía en la que aparecía junto a ti, en un jardín precioso.

»Cuando te vi no me lo podía creer, me ilusioné tanto al comprobar el aspecto que tenías, la sonrisa que quedó retratada junto a ella. —Me apretó la mano. Así era, recordaba perfectamente ese instante que estaba comentando. Naomi subió una de las tantas fotos de nosotros juntos, pero en todas las que tenía en su perfil, solo sonreíamos y a la que se estaba refiriendo, estábamos tomando una copa de vino en el jardín. En ninguna quedaban retratados nuestros besos y abrazos.

»No me pude resistir —sonrió tímida—, era tanta la emoción que le escribí por privado hace poco, cuando lo descubrí. En el primer mensaje le pregunté si te conocía y si tenía contacto contigo, para mi sorpresa me respondió —asintió—. Me dijo que era tu pareja y me preguntó quién era yo.

»No quise meter la pata —se sonrojó—, por lo que solo le respondí que te dijera que había hablado con Amanda Suárez, que te hiciera saber que yo estaba bien y que te creía, que todo había pasado y que nunca dudé del hombre que eres. Automáticamente quiso saber si había habido algo entre los dos, a lo que le comenté que yo no era nadie para hablar de esos temas. Desde que le di a enviar al último mensaje he dudado en si actué bien. —Sonrió con tristeza, evitando mi mirada.

—Tranquila, no dijiste nada fuera de lugar, Amanda, para nada. —Le apreté la mano.

—¿Se enfadó? —Hizo una mueca.

—Un poquito. —Hice un gesto gracioso con la cara para quitarle peso a la verdad, lo último que quería era que se sintiera culpable. Pero ante su levantamiento de ceja porque todavía me conocía muy bien, opté por ser sincero—. Al saber de ti se llevó todas las cosas de mi casa. —Carraspeé.

—Lo siento mucho —se preocupó—. No era mi intención, yo solo...

—Eh, te he dicho que no pasa nada, ¿vale?

—¿La amas como me amaste a mí?

—No lo sé —respondí con sinceridad, abriéndome en canal porque era lo que se merecía, nos lo merecíamos los dos. Acerqué mi silla a la suya y le acaricié la mejilla—. ¿La verdad? —tanteé y cuando asintió me lancé—. Hasta hace un día pensaba que sí, te lo prometo, sabes cómo soy. Pero desde que tu nombre apareció de nuevo en mi vida y me quedé en *shock*, te juro que no sé ni lo que siento, ni lo que quiero. Dentro de mí soy un caos lleno de sentimientos encontrados.

—¿Vives en España? —dijo emocionada por mis palabras.

—Sí, desde que el juicio se celebró y la sentencia fue a mi favor. —Hice una pausa—. Cuando Naomi me preguntó quién eras y al no decirme nada más, por mucho que le pregunté, porque, joder, que ella supiera tu nombre, de la nada, y que tú salieras a relucir después de tanto tiempo... mis alarmas saltaron y no me lo pensé, hice la maleta corriendo para venir hasta aquí.

»La necesidad de saber qué narices había sucedido me hizo actuar por impulso, obedeciendo a lo que quería y deseaba llevar a cabo, que no era otra cosa que conocer de primera mano en el estado en el que estabas, para no terminar de volverme loco, otra vez.

»Todo ha sido muy rápido, el descubrimiento, el viaje junto a Carlos, nuestra llegada a Nueva York... el miércoles estuve con él en el despacho de George y me transmitieron el mensaje que dejaste para mí, el de que estarías cada viernes en nuestra cafetería... —No me dejé ningún detalle por comentarle.

—¿Está aquí Carlos? —preguntó sorprendida.

—Sí. Si te apetece podemos comer los tres juntos.

—Claro, me encantaría. —Sonrió emocionada. Un gesto precioso que me deshizo por dentro.

Mis sentimientos estaban a flor de piel, hasta reconocí su olor, con el perfume que le encantaba y a mí me volvía loco cada vez que lo aspiraba sobre su piel. Siempre tan fresca, tan natural, tan de todo... Me encontraba fuera de juego, pero a la vez tenía la sensación de que todo el amor que le tuve había aflorado con más intensidad al tenerla al lado, al estar hablando por fin, cara a cara, lo que pensé que jamás volvería a darse.

Era tan caótica la situación, tan inesperada y chocante... y a la vez tan latente y fuerte que por mi cabeza pasaron cientos de pensamientos sin control, los que seguramente ordenaría, clasificaría y descartaría cuando lo viera desde otra perspectiva, en frío.

Me alegraba tanto verla, por mucho que os lo intente explicar no alcanzaría a que entendierais bien la felicidad que me recorría. Después de lo que sufrí pensando en que su vida había terminado, aunque siguiera respirando, seguido por los sentimientos contradictorios de saber que se recuperó, que se valía por sí misma, pero a la vez sin ningún recuerdo de los que había vivido...

Tenerla junto a mí me daba paz, una inmensa que hacía años que no experimentaba. Me encantaba, no lo podía evitar, lo que vivimos fue demasiado fuerte como para borrarlo todo de un plumazo y lo que parecía olvidado, retornó con mucha intensidad, descolocándome porque estaba dividido en mis sentimientos y emociones.

No podía dejar de observarla embobado. Éramos Amanda y Alonso, dos personas que conectaron desde el primer instante, un hombre y una mujer que se enamoraron nada más verse... y lo más fuerte es que todo seguía manteniéndose, al menos mi corazón así lo sintió.

Capítulo 35



Nos fuimos andando hacia el apartamento ya que estaba cerca. Caminábamos charlando, poniéndonos al día de todo el tiempo que habíamos estado separados, lo hice con mi brazo rodeándole los hombros. Era un gesto de cariño, los dos sabíamos que no significaba nada, como también lo necesario que fue para ambos. No supe si lo hice por protección, por instinto o porque mi corazón me pedía volver a recordar los momentos en los que fuimos tan felices.

Llegamos al edificio y cuando estuvimos frente a la puerta del ascensor, se la abrí para que pasara primero. Se sonrojó y se le dibujó una sonrisa tímida preciosa, desviando la mirada de mí. Me trajo tantos recuerdos que mis labios también se curvaron.

Al llegar al rellano del apartamento nos acercamos a la puerta y abrí. Soltó un suspiro porque el lugar, como a mí, le traía infinidad de recuerdos, solo que ella se quedó con los buenos por mucho tiempo.

—¿Carlos? —Alcé la voz para que apareciera—. Mira a quién tenemos por aquí —dije cuando se asomó por el pasillo.

—Hombre, mi amiga, Amanda. —Sonrió con cariño, de oreja a oreja, abriendo los brazos para abrazarla.

Se conocían muy bien, fueron grandes amigos, formando un equipo de tres.

—No pasan los años por vosotros. ¡Qué barbaridad! —Rio feliz.

—Ni por ti. Estás preciosa, Amanda. —Le pellizcó una mejilla haciéndola reír más—. No te imaginas lo que me alegro de que estés bien, de que la vida te haya devuelto la memoria que perdiste. Te mereces lo mejor. —La hizo emocionar y ella solo pudo asentir ante sus palabras.

—Le he propuesto que coma con nosotros —comenté para relajar el ambiente.

—Por supuesto, es un honor. —Le hizo un guiño, provocando que sonriera contenta.

—Quiero aprovechar que estáis los dos aquí para pedirlos perdón, por lo que hicieron mis padres. Sé que, aunque Alonso fue el más afectado, tú también lo tuviste que pasar muy mal, por nuestra

amistad y porque estoy más que segura de que no te separaste de él en ningún momento, sufriendolo con más intensidad.

—Amanda, la única víctima fuiste tú. No tienes que pedirnos perdón y menos por las acciones de otras personas —intervine y Carlos asintió.

—Es lo que siento, lo lamento de verdad —repitió de nuevo, emocionada.

—Creo que hoy vamos a necesitar todos barra libre, lo que caiga será bien recibido. —Rio Carlos, cambiando de dirección la conversación.

—Sí, creo que es una maravillosa idea. —Estuve de acuerdo mirando hacia Amanda. Ella me sonrió con timidez, la que tanto me gustaba cada vez que la provocaba en una época pasada.

—Dadme cinco minutos y nos vamos —nos pidió Carlos perdiéndose por el pasillo.

Sin ganas de quedarnos encerrados en el apartamento por el buen día que hacía y que había mejorado por el reencuentro, salimos del edificio dirigiéndonos a un restaurante que estaba cerca. La terraza daba a un parque grande, de un verde intenso y en ella ocupamos una mesa, acomodándonos en cuanto nos trajeron las primeras tres jarras de cerveza.

—Porque se está dando este momento —dije levantando la mía para brindar.

Animados me imitaron y dimos el primer trago para celebrarlo. A Carlos le sonó el teléfono y se levantó pidiéndonos un momento con un gesto, alejándose unos pasos de nosotros para atender la llamada. Eso sí, la cerveza no la soltó, se fue con él.

—¿Estás bien? —le pregunté al notar que se había quedado muy callada. La agarré de una mano y se la acaricié.

—Sí, es que es todo es un poco raro. Desde lo que nos sucedió, hasta llegar a este día. —Rio nerviosa—. Es contradictorio porque te he esperado durante mucho tiempo, pero en realidad no te esperaba. —Volvió a reír—. No pensé que sucediera lo de hoy, a pesar de que cada viernes no faltaba a mi cita en la cafetería. —Se encogió de hombros.

»Tengo una sensación extraña, los recuerdos y las sensaciones me asaltan constantemente, pero también me siento una desconocida para ti que fuiste el hombre que hizo más bonito mi mundo. —Se emocionó y le acaricié una mejilla, retirándole una lágrima que se le escapó—. Desde que recobré la conciencia, la memoria, te he echado mucho de menos —se sinceró, tragando saliva—. He vivido aferrada al pasado, a la ilusión de poder verte, aunque fuera una sola vez más. —Sonrió triste.

—No eres la única que está así, Amanda, te lo aseguro —asentí comprendiéndola—. Ahora estoy aquí, feliz y emocionado de reencontrarme contigo, no sabes cuánto. También me siento muy confuso con todos los sentimientos que me recorren, pero lo único que tengo claro es que no cambiaría por nada este día. El poder verte de nuevo ha sido inexplicable. Ha significado demasiado, tanto que no sé cómo expresarlo. —Me incliné hacia el lado y nos abrazamos. Le di varios besos en la cabeza.

—¿Cuándo tienes que regresar a España? —susurró.

—No lo sé. —Sonreí cuando nos separamos—. ¿Ya me estás echando? —Levanté una ceja, divertido—. Joder, lo mío es de récord. —Reímos.

—No, por mí que ojalá que no te fueras nunca —continuó con expresión risueña, pero desvió la mirada hacia delante, dejándola perdida.

—¿Sientes lo mismo? —susurré.

—Mucho más —me confesó, emocionándose.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan segura?

—Nunca he dejado de saberlo. —Sonrió tímida—. Es lo único que tengo claro en mi vida. —Hizo una pequeña mueca. Tragué saliva—. Desde que te he visto, mi corazón ha vuelto a acelerarse, pero también soy consciente de que tu vida está muy lejos de aquí. Ahora tienes una nueva y yo no formo parte de ella. Me duele mucho haberlo perdido todo, haberte perdido a ti, más de lo que pensé cuando me enteré de que tenías una relación.

—Tengo un problemón de tres pares de cojones, como diría tu hermana Violeta —nos interrumpió Carlos al acercarse y vi el cielo abierto por su aparición justo en ese instante porque me había quedado sin palabras.

—¿Tu hermana? ¿Tienes una hermana? —preguntó extrañada Amanda, sorprendida—. ¿No he recuperado toda la memoria? Eso no lo recuerdo.

—Sí que lo has hecho. —Solté una carcajada, a la que se unió Carlos—. Ni yo lo sabía hasta hace poco, imagínate el percal. Tranquila, te lo explicaré. —Le hice un guiño. Desvié la atención hacia Carlos—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué problemón?

—Resulta que ayer subí una foto a Instagram y puse la ubicación, con el comentario de que estaba perdido en la Gran Manzana y ¿a qué no sabéis quién lo ha visto y me ha llamado para que nos veamos? —Levantó las cejas varias veces, de forma graciosa.

—Ni idea, dejaste a muchos conocidos aquí. —Sonrió Amanda, intrigada.

—Judith. —Rio él.

—¿En serio? —Se contagié.

Amanda la conocía de sobra porque Carlos en aquella época tuvo más de un lío con ella.

—Sí —confirmó él.

—¿Y dónde se supone que está el problemón? Porque yo no lo veo y estoy seguro de que tú no lo encuentras por ningún lado, por mucho que lo hayas dicho. —Quise saber levantando una

ceja.

—El problemón —remarcó con retintín, haciéndome sonreír—, es que os tengo que dejar. Lo siento, lo sé, lo sé, mi presencia es invaluable, pero ¿qué queréis que os diga? La tentación es demasiada y sabiendo que está esperando. —Se frotó las manos, haciéndonos reír. Se mostró ante ella como siempre.

—Como he dicho, ningún problema. —Le hice un guiño—. Nos vemos en el apartamento a la hora que sea. Si estoy durmiendo cuando llegues, ni se te ocurra lanzarte encima de mí en la cama, que nos conocemos. —Los hice reír.

—Mira, para que veas que soy un hombre de palabra, lo que ya sabes... pero ahí va —habló Carlos, dirigiéndose a Amanda. Cogió la jarra de cerveza y la dejó con la boca abierta cuando se la bebió sin respirar, regresándola vacía a la mesa.

Riendo los tres, de esa forma se despidió dándole un beso en la mejilla junto a un abrazo y el mío tampoco faltó, uno con fuerza y significativo entre los dos.

—Tranquilo, lo pasarás mejor con ella que con nosotros —le dijo ella con una bonita sonrisa.

Animado se alejó de nosotros. Vimos cómo paraba un taxi y se montaba en él. Miré a Amanda y le propuse algo.

—¿Y si compramos comida para llevarla al apartamento?

—Me gusta la idea —asintió sonriendo.

—Pues nos terminamos la bebida y nos vamos. ¿Qué te apetece comer?

—¿Te sigue gustando el *sushi*? —preguntó.

Menudos festines nos dábamos, nos encantaba a los dos.

—Me vuelve loco. Soy muy básico y no cambio de gustos. —Reímos.

No lo he dejado ver, ni comentado, pero había algo que me atormentaba y no podía quitármelo de la cabeza porque aparecía en mi mente constantemente, Naomi. La tenía muy presente, pero ello no disminuía la felicidad que sentía, provocada por lo que estaba viviendo.

Aturdido, así me encontraba por la confusión que tenía encima porque Amanda tiraba mucho de mí, como sucedió desde el inicio de nuestra historia. Disfrutamos de conversaciones y también de silencios, todo de forma muy natural.

Terminamos la cerveza y nos fuimos caminando hacia un japonés que había cerca, agarrados de la mano. No éramos nada, pero lo fuimos todo y quedó mucho por el camino... Era difícil explicarlo. Los nuevos sentimientos que nacían, de diferente manera, muy distintos a lo que anteriormente vivimos, todavía tenía que asentarlos, interiorizarlos y digerirlos.

Entramos para pedir y salimos cargados con una bandeja de cuarenta piezas de *sushi* con una pinta exquisita, además de varias salsas para acompañarlos y una ración de tallarines con gambas. Una delicia todo que nos hizo la boca agua.

Fue gracioso porque nos miramos, asentimos, le quité de la mano la bolsa que había cogido y nos pusimos a correr para llegar al apartamento cuanto antes, sin poder parar de reír, como dos niños. Cuánto había echado de menos esos momentos...

Capítulo 36



Lo colocamos todo en platos, encima de la isla de la cocina, donde íbamos a comer. Abrí una botella de vino blanco y lo serví en las copas, contento.

—Me alegro mucho de verte sonreír así —dije levantando la mía, para hacer otro brindis.

—Y yo de hacerlo, eres el responsable. —Amplió el gesto, chocando la suya.

No tardamos en meterle mano a la comida que teníamos delante, soltando suspiros y jadeos de placer por cada pieza que nos llevábamos a la boca. Terminamos riendo como dos tontos, pero joder, es que todo se deshacía en el paladar y los sabores se diferenciaban del resto.

En ello estábamos cuando mi móvil sonó y al tenerlo al lado vi de quién era el mensaje que recibí. Se me revolvió el estómago al acceder a él. Pensativo y triste, no puede evitarlo ni ocultarlo para que no fuera evidente cómo me afectó el leerlo.

Naomi: *Eres más falso que todas las cosas. ¿Cómo puedes dejar tiradas a las personas de esta manera? Pensé que eras más hombre. Eres la mayor decepción de mi vida y lo peor de todo es que pensé que eras diferente, que realmente me querías.*

—¿Estás bien? —Se preocupó Amanda.

—Sí. —Carraspeé—. Es de Naomi —negué levantando el móvil y cuando lo bajé, me quedé mirando la pantalla bloqueada—. Está fuera de sí, pero la entiendo —susurré.

—Yo también —murmuró con tristeza—. Tu forma de irte, por lo que me has explicado, no ha sido la mejor. Debe estar confusa, nerviosa, preocupada, con miedo de haberte perdido. Imagino que tú también lo estás pasando mal con la situación.

—Sí —susurré dejando el teléfono a un lado—. Me siento extraño, no me ubico ahora mismo. —Apoyé los codos en la isla y me froté la cara.

—Lo siento —susurró.

—No lo hagas. —Giré la cabeza hacia ella—. En ningún momento me he arrepentido de la

decisión que tomé, Amanda, y menos después de conocer la verdad y poder encontrarnos porque, hasta que George no me dijo las cosas claras, vine a ciegas. En la vida hay veces que por muy bien que estemos, hay que priorizar ciertas cosas y tú, por todo lo que vivimos, lo que significaste para mí y por lo que te pasó, eras mi prioridad. No podía quedarme de brazos cruzados sin saber si algo había cambiado referente a tu vida. —Le acaricié una mano—. Sufrí mucho por ti, no te merecías lo que te sucedió y aunque no lo fuera, siempre me sentí responsable de ello.

—No lo fuiste. —Me apretó la mano—. Fue el dichoso mueble que se movió en el peor momento —asintió convencida, con una expresión... reímos los dos, a pesar del tema que era. Me alegró ver de la forma en la que se lo tomaba—. Imagino lo que te afectó el daño que te hicieron mis padres, el que te culparan directamente y sin miramientos, teniendo que enfrentarte a un juicio por algo tan horroroso como lo que se inventaron. Querían que pagaras a toda costa, cuando no debías hacerlo. Ellos no contemplaron, ni se pararon a pensar, porque no les importó, en cómo yo me sentiría por lo que te hicieron, si hubiese estado consciente. —Se le aguaron los ojos.

—No llores. —Estiré una mano para acariciarle la mejilla—. Ya está, vamos a dejar este tema enterrado, ¿vale? No sirve de nada que lo sigamos sacando. Cada uno vivimos un calvario, de maneras distintas, pero así fue. Lo importante es que estamos aquí y que tú estás perfectamente.

—Alonso, me has hecho muy feliz viniendo. Te lo juro, no sabes la paz que me has dado porque cuando tuve toda la verdad en mi poder, llegué a pensar que el daño que te hicieron lo pagarías conmigo, haciéndome responsable también. —Bajó la vista.

—¿Cómo podría hacer eso? —La agarré de la barbilla, para que no dejara de mirarme—. Ni en mil vidas sería posible esa opción, ¿me oyes?

—Gracias —susurró—. No tienes que preocuparte por mí, no quiero que lo pases mal en tu relación. Eras feliz, lo vi en las fotos. No pierdas a Naomi, no me perdonaría nunca el haber sido la causante de ello. Te quiero con todo mi corazón y por eso solo deseo tu felicidad, Alonso. Con quien quieras, pero libre y derrochando amor. No te mereces otra cosa que lo mejor.

—Y, ¿qué te digo yo a ti ahora? —dije con un nudo en la garganta— Ya te he dicho que estoy muy confundido, que no sé lo que quiero. Todo ha sido muy precipitado e inesperado, me ha cogido por sorpresa y aún no me ha dado tiempo a asimilar nada. —Curvé un poco los labios, tenso—. No sabes cómo valoro tus palabras hacia mí, tu generosidad. Creo que me debo muchas conversaciones con la almohada —dejé salir el aire lentamente.

»Nunca te dejé de amar, pero hice todo lo posible por borrarle de mi vida porque los recuerdos eran una losa demasiado pesada como para soportarla. Me hacían mucho daño, me consumían y deterioraban, sin poder ponerle freno. Pero, te soy sincero, Naomi... ella fue capaz de conseguir que mi mundo volviera a cambiar, dándole un vuelco a mi corazón.

»Y aunque te he tomado como prioridad, por lo evidente, porque tenía que estar aquí, sé que ella se merece también que le dé su lugar. No lo ha perdido, Amanda, solo que no he podido dárselo por el impacto que me llevé desde el momento en el que pronunció tu nombre, ni siquiera pude reaccionar para evitar que se fuera de mi casa, cuando tendría que haber bloqueado todas las salidas y arrastrarla a hablar del tema, con sincerad.

»No pude, no me salió, lo que no quiere decir que no lo necesitara y quisiera hacerlo. Naomi es una gran mujer y después de tantas cosas por las que ha pasado, no se merece que le hagan daño. Ahora está muy enfadada, a la vista queda. —Señalé el móvil con un gesto de la cabeza—. El mensaje que me ha enviado sé que lo ha escrito dejándose llevar por la rabia y el miedo. Solo tiene veintiséis años y quiera o no, aún le cuesta controlar sus arrebatos por la edad. —Con todo lo que iba diciendo asentía emocionada, con los ojos nublados por las lágrimas.

»Si te digo que no me muero por besarte de nuevo te estaría mintiendo, pero también te mentiría si no te digo que faltarle el respeto a ella, de esa forma, no me lo podría perdonar. Gracias.

—¿Por qué?

—Porque con esta conversación me acabo de dar cuenta de lo que quiero realmente. —Tragué saliva, sin apartar los ojos de los suyos—. Al decir estas palabras y al sentir la presión en el pecho que me ha provocado su mensaje, he descubierto que, en este momento de mi vida, ella es mi prioridad —confesé con sinceridad.

—Es lo que quería oír —me sonrió con amor—, aunque me duela escucharlo y perderte, era necesario. Me va a ayudar a seguir hacia adelante. Sé que la amas, te conozco —me acarició la mejilla—, al igual que sé que nunca me dejarás de querer, aunque sea de una forma distinta, pero con eso me conformo.

»Me hubiera encantado volverte a ver sin que hubiera personas de por medio, pero la vida continuó avanzando, era lo que debía ser. Como te he dicho te quiero feliz y libre. Me quedo con la tranquilidad de la importancia que tengo para ti, que no has dudado en venir rápido para saber de mí.

—Ven aquí. —Me levanté e hice que ella hiciera lo mismo.

La abracé con fuerza, lo mismo que recibí por su parte. Con lágrimas en los ojos nos desahogamos, apretándonos, sin querer soltarnos.

Pasamos la tarde juntos, salimos a pasear por la ciudad y recorrimos muchos de los lugares a los que nos gustaba ir en el pasado. Durante ese tiempo la puse al tanto de todo lo que me había sucedido: de la muerte de mi padre, de la aparición inesperada de mi madre y de mi hermana, lo que me llevó a contarle lo que descubrí de mi padre, todo lo que me ocultó... Se quedó asombrada, pero se alegró mucho por mí, referente a mi madre y hermana, aparte de darme el pésame por la pérdida.

La dejé en la puerta de su casa. Nos despedimos con otro fuerte abrazo, quedando en que iríamos hablando porque no queríamos perder el contacto.

Fue un abrazo tan sano, tan limpio, con tanto cariño y tantos sentimientos, que creo que los dos nos dimos cuenta de que siempre quedaría entre nosotros algo muy difícil de romper.

Capítulo 37



A las siete y media de la mañana salimos del apartamento para ir hacia el aeropuerto. La noche anterior avisamos para que lo tuvieran todo preparado para el viaje de regreso.

Abordamos el avión antes de la hora prevista, por mi parte con sentimientos entremezclados. Rozando las nueve, emprendimos el viaje con hora de llegada a España entre las tres y tres y media de la tarde, aproximadamente. Mientras esperábamos en la terminal a que dieran vía libre para volar, hablé con mis asesores fiscales, para que se pusieran manos a la obra. Les había pedido que le hicieran una donación a Amanda. Necesitaba que llevara una vida desahogada. Me daba igual si le parecía bien o no.

Era una mujer muy poco materialista y no le gustaba aprovecharse de nada, pero sabía que lo necesitaba y esperaba que lo aceptara, aunque las protestas las escuchara desde España y no precisamente a través de un teléfono, si no por los gritos que daría. No era lo único que había movido, también había vuelto a contratarla en mi empresa y al final del día se lo notificarían. Iba a ocupar el mismo puesto que tuvo que abandonar forzosamente. No se merecía menos, bastante había sufrido y para mí, suponía mucha tranquilidad dejarla cubierta en todos los aspectos que estaban a mi alcance.

La noche anterior cuando llegué al apartamento, después de despedirme de ella, llamé a Amin. En un principio pensé que no descolgaría, o que lo haría, pero enfadado, nada que ver con la realidad. Fue todo lo contrario, en cuanto escuché su voz supe que todo estaba bien con él. Me saludó con el mismo cariño de siempre y de la misma forma hablamos.

No le conté mi historia porque me parecía un poco frívolo hacerlo por teléfono, pero sí le dije que no había terceras personas y sí, una dolorosa carga del pasado a la que me había tenido que enfrentar, sin saber qué me iba a encontrar al llegar a Nueva York. Por supuesto, le dije que se lo explicaría con detalle en cuanto lo viera. Su respuesta fue que no me preocupara, que él estaba tranquilo porque siempre había creído y confiado en mí y que lo seguiría haciendo.

Me puso al tanto de que Naomi se había ido con su abuela una temporada, ya que en su casa estaba muy inquieta y agobiada. Que lo estaba pasando muy mal y que no quería ni oír hablar de mí, pero contradiciéndose, ella no dejaba de mencionarme, aunque fuese para maldecirme, pero mi nombre siempre lo tenía en la boca. Me lo dijo riendo como haciéndome ver que estaba muy

enrabietada, pero más que eso yo sabía que era frustración, decepción y miedo.

El vuelo se me hizo muy pesado y no por las horas que duró. Lo que lo provocó fueron las vueltas que le di a la cabeza, sin descanso. Tenía muchas ganas de encontrarme con Naomi, de tenerla delante, motivo por el cual cuando aterrizamos en España, solo fue Carlos quién se bajó del avión, deseándome que todo fuera bien y que no tardara en regresar con ella de la mano. Yo no me moví del asiento, volvimos a despegar veinte minutos después, cuando nos dieron permiso, con destino a Marruecos, queriendo y necesitando recuperar a Naomi.

La última conversación que tuve con Amanda, en el apartamento, me hizo ver con claridad la verdad de mis sentimientos. Puede que por el choque emocional que me llevé, por su aparición inesperada, me pareciera que esos sentimientos se habían emborronado hacia Naomi, sin saber hacia dónde tirar. Pero en realidad fui consciente de que el motivo de cómo me sentí al volver a ver a Amanda, al poder tocarla y sentirla de nuevo, fue provocado por la avalancha de sentimientos que se acumularon con el tiempo, desconcertándome, hasta que todo se asentó en mi interior.

Amanda siempre ocuparía un lugar muy especial en mi corazón, uno que atesoraría siempre. Pero nuestro tiempo había pasado, por doloroso que sonara, porque mis sentimientos no iban encaminados a como ella se merecía.

Quería a Naomi, la amaba, era la mujer con la que quería compartir el resto de mi vida. Eso si ella me dejaba estar a su lado, claro, porque era consciente de que me haría morder el polvo, aunque se estuviera muriendo de ganas por estar conmigo. Tenía claro que no iba a parar hasta conseguirla, me costara lo que me costara y tardara el tiempo que ella necesitara.

Reconozco que una parte de mí se sentía mal. Tenía la sensación de que dejaba abandonada a Amanda, a pesar de que había intentado facilitarle la vida con todo lo que había ordenado. Pero no podía hacer otra cosa, habían pasado cuatro años desde que tuve que dejarla atrás, a la fuerza, y si la vida cambia muchas veces de un día para el otro, con tanto tiempo de por medio, era normal que el curso de mi historia hubiera cogido otro rumbo, y más después de todo lo que sucedió.

Me negaba a pensar en lo que habría sido de nosotros si no hubiera existido aquel fatídico día, no tenía sentido hacerlo porque me martirizaría y no venía a cuento. Nuestros caminos se habían separado y lo único que podía hacer era cuidarla desde la distancia, porque así sería siempre, y desearle todo lo mejor. Una vida llena de felicidad, como se merecía, como ella había hecho hacia mí, a pesar de sus sentimientos.

Cuando aterricé en Tánger, cerca de las cinco y media de la tarde, me dirigí a pasar el control. El policía de la frontera me reconoció y sonrió al ver que me acercaba.

—Te gusta mi país —dijo sonriente.

—Me encanta. —Le devolví el gesto—. Vengo directamente a empadronarme, voy a ver si me dan la nacionalidad —bromeé haciéndolo reír.

—Por tu cara y tus visitas, que no son de entradas de trabajo, algo me dice que lo que te trae tanto por aquí es una mujer.

—Eres muy buen poli. —Reímos.

Cuando salí del aeropuerto me monté en un taxi que me llevó hasta la calle más próxima del Riad. Esa no vez no había hecho reserva, pero no hubo problema para que me dieran una *suite*. Agradecí que fuera así porque llevaba muchas horas viajando.

Dejé el equipaje en la habitación y subí hacia la terraza para llevarme algo al estómago. Tenía un cansancio muy grande por el cambio de horario y por lo que pesado que había sido el día, y eso que me había movido nada y menos.

En cuanto Rachid me vio aparecer vino a abrazarme, sonriéndome. Añadió también un levantamiento de ceja por la cara que le puse cuando nos separamos.

—¿Enfadados?

—Sí. —Reí negando—. Naomi no sabe que estoy aquí.

—Me la encontré en la calle hace dos días, cuando llegó a la casa de su abuela. Iba cargada con el equipaje y la acompañé para ayudarla, la vi triste y desanimada —me confesó.

—Va a querer abalanzarse sobre mí en cuanto me vea, o algo peor —negué imaginándolo—. Pero bueno, tengo que enfrentarme a lo que sea.

—No quisiera estar en tu lugar. No hay mayor problema que una mujer enfadada.

—Tienes razón. —Reí y se unió a mí en las risas.

Comí unos pinchitos de *kefta* con patatas, que acompañé con un refresco de naranja. Me lo pensé mucho antes de escribirle un mensaje a Naomi, ya que no sabía si colarme directamente en la casa de su abuela o intentar quedar en un territorio más neutral.

Alonso: *Siento no haberte escrito antes. Me gustaría darte todas las explicaciones que necesitas y te mereces, para que puedas entender todo lo que ha sucedido.*

Naomi: *Vete a la mierda, viejo verde.*

Solté una carcajada al leer su respuesta, por eso y porque visualicé perfectamente cómo la habría verbalizado. No lo sentía, no me veía de esa forma, pero el pronto del temperamento pudo con ella, dejándome saber lo enfadada que estaba.

Alonso: *¿Y los viejos verdes no tenemos derecho a explicarnos?*

Apreté los labios cuando recibí su respuesta, sorprendido y conteniéndome. Sustituyó las palabras por un emoji muy esclarecedor, uno de una mano cerrada, con el dedo corazón hacia

arriba. Acababa de hacerme una peineta en toda regla, pero después de lo de «viejo verde», tampoco me pareció demasiado. Volví a reír sin poder contenerme.

Cuando me calmé sonreí con cariño al recibir otro mensaje, pero esa vez de Amanda.

Amanda: *¿Has llegado ya a España? ¿Todo ha ido bien?*

Alonso: *Hola, bonita. Llegué y me fui, jajaja... Carlos se quedó en España, yo estoy en Marruecos. Naomi está aquí, en la casa de su abuela que es marroquí. Aún no la he visto, espero que sea pronto. ¿Qué tal estás tú?*

Le hablé natural, sin querer esconderle nada porque necesitaba mantener una relación sana y sincera con ella, sin tener que medir las palabras. Y sabía que Amanda agradecía que fuera así, la conocía muy bien.

Amanda: *Yo bien, pero lo de la donación te lo podías haber ahorrado. —Acompañó a sus palabras con varios emojis con los ojos mirando hacia arriba—. No has debido hacerlo, sabes que la casa donde vivo es mía y tengo el dinero suficiente para comer y mantenerme. Espero que no te sienta mal ni te ofendas, pero lo he rechazado. No lo puedo aceptar, Alonso. Si te soy sincera lo que sí me encantaría es que volvieras a reubicarme en el puesto que tenía antes de que pasara todo.*

Acepté su decisión porque no quería incomodarla ni meterle presión, respetándola, teniendo a mi favor la baza del otro movimiento que había hecho, sin que ella me lo pidiera. El sueldo que recibiría a final de mes por desempeñar el mismo trabajo de hacía años era bastante elevado. Me había encargado de engrosarlo a conciencia, incluyéndole varias pagas por beneficios, por si la primera jugada me salía mal, como había sucedido.

Alonso: *Ya estás dentro de la empresa, Amanda, solo que todavía no lo sabías. Te llamarán dentro de unas horas para notificártelo. Vuelves a formar parte de la plantilla, no hace falta que te presentes en la oficina hasta el día en el que te digan que te incorporas.*

Amanda: *¿En serio? ¿De verdad? ¿Lo has hecho antes de proponértelo? Yo...*

Alonso: *Era una sorpresa y claro que es de verdad. Puedes contar conmigo para lo que necesites, sin dudar.*

Amanda: *Gracias, estoy muy emocionada. Lo sé de sobra. Y créeme si te digo que ojalá que entre tú y Naomi se arregle todo, que puedas recuperar la sonrisa. Te quiero y te querré con todo mi corazón, por eso tu felicidad es la mía. Mañana iré a la oficina, estoy nerviosa, jajaja...*

Alonso: *Yo también te voy a querer siempre, bonita. Gracias por tus buenos deseos, me llenan el corazón. Los míos son idénticos hacia ti. Ahora envío un correo a la empresa para notificarlo, no habrá problema, es más que nada por si te presentas y no puede atenderte nadie de recursos humanos porque estén en alguna reunión o con cualquier otro tema. Así lo adelanto y estarán esperándote.*

Lo hice de manera inmediata, después de intercambiar varios mensajes más y despedirnos. Se merecía tener ese puesto, era suyo, el que se quedó a mitad de camino por las circunstancias.

Capítulo 38



Después de saciar el hambre y de tomarme un corto espacio de tiempo para pensar, relajado, le hice una videollamada a mi madre. Estuvimos conversando mientras yo me tomaba un té, hablando de temas cotidianos, no entré en ningún detalle de los míos porque como a Amin, quería contárselo cara a cara. Me hizo gracia, por llamarlo de alguna manera, que mi hermana se negara a hablar conmigo, ni siquiera se mostró delante de la cámara para que la viera. Estaba muy molesta y ofendida por lo que le había hecho a Naomi, por cómo había actuado.

Desde que se conocieron conectaron al instante, eran uña y carne y siempre se mencionaban cuando no estaban juntas. Por eso estaba de su parte, sin conocer mi versión, ni interesarse en hacerlo. Yo no lo llevaba mal, al contrario, me hacía feliz ver la unión que habían creado y el apoyo que habría tenido Naomi de mi hermana. Tiempo al tiempo, me dije, y no quedaba mucho para que ese tiempo llegara...

Sin pensarlo más, salí del Riad y me dirigí hacia la casa de Fátima. Me paré ante la puerta unos segundos antes de decidirme a llamar. Escuché la voz de Naomi, diciendo algo a gritos, pero en árabe. Supuse que sería un «ya voy» español o algo parecido.

Abrió rápido, sonriendo, sin saber quién estaba esperando al otro lado. Estaba preciosa, con una chilaba de color turquesa, decorada con ribetes bordados en blanco. Todos mis sentimientos colisionaron en mi interior al verla. Menuda diferencia, me dije pensando en las sensaciones que había sentido junto a Amanda.

—¡Abuela! Llama a la policía que el que ha llamado es un delincuente —gritó.

Sus palabras provocaron que Fátima viniese corriendo, apurada. Apareció a su lado con una escoba, en alto, dispuesta a utilizarla. Pero al verme la bajó despacio, sonriendo de medio lado, asintiendo satisfecha. El palazo se lo llevó Naomi, en el culo, por el susto que le había dado.

—¿Lo piensas dejar fuera? —Miró de reojo a su nieta.

—Abuela, ¿lo vas a seguir defendiendo? —habló indignada y enfadada, cruzándose de brazos.

Con sus palabras supe que Fátima le había hablado bien de mí, que no se había puesto en mi

contra en ningún momento.

—¿Ya no te acuerdas lo que nos pasó con tu padre? ¿De lo mal que actuamos por no escuchar su versión? —negó.

—No, si verás. —Soltó un bufido—. Al final se me va la cabeza y termino en la cárcel con mi madre —dijo metiéndose hacia dentro, con rabia.

—Hijo, adelante. —Se apartó dándome paso. Cuando lo hice nos abrazamos y la saludé en condiciones—. Te va a costar que te escuche, está insoportable y se pelea hasta con su sombra. Ni con quince años parecía tan cría como ahora —suspiró—. Voy a preparar té bien cargado, lo vamos a necesitar.

—Gracias, Fátima. —Sonreí agradecido.

Ella se fue hacia la cocina y yo me desvié hacia la sala principal, en la que Naomi estaba tumbada en un sofá, bocarriba y con los pies cruzados en alto, de lado hacia la pared. Tenía la mirada perdida en el techo, con los labios fruncidos y sacando morros. Contuve el reír con la situación, solo faltaba que se me escapara una carcajada en ese momento...

—Naomi... —dije sentándome al final de sus piernas.

—Será que no hay más sitio para que no me molestes —resopló intentando darme un empujón con el pie, para alejarme—. Naomi no te quiere ni ver, así que ignórala y todos felices —dijo hablando en tercera persona.

—Naomi me quiere con todo su corazón y está muy enfadada conmigo porque no actué como ella quiso. No porque yo no quisiera, sino porque hay situaciones en la vida que pueden llegar a bloquear, sin que uno pueda hacer nada para evitarlo.

—¡Qué te vayas al carajo! —gritó fulminándome con la mirada.

—¿Desde cuando hablas así? —Levanté una ceja, sabiendo perfectamente el motivo.

—Desde que me junto con tu hermana, no te jode. —Fue tan rápido que no lo vi venir. Un trapo convertido en pelota se estrelló en su cara. Levanté la cabeza viendo a Fátima molesta— ¡Abuela! —se quejó, incorporándose.

—Si te vuelvo a escuchar hablar así, vas a probar con la mano que eduqué a tu padre. —La señaló—. No se te ha educado para que tengas este comportamiento y en mi casa, en mi hogar, no tolero las faltas de respeto —sentenció. Hasta a mí me tiró para atrás, la verdad, porque impuso.

—Bueno —dije carraspeando para intervenir, para que no se saliera más de control— Naomi, ¿te apetece ir a tomar algo?

—¿Contigo? Ni a la esquina —respondió cruzando las piernas, retándome con la mirada. Era

obvio que cualquier cosa que dijera se lo iba a tomar a mal—. Y no te creas que me voy a achantar porque tengas a mi abuela de tu parte —me advirtió entrecerrando los ojos, señalándome con un dedo.

—No te estoy pidiendo que me perdones, solo que me escuches.

—Escuchar a un embustero es perder el tiempo. —Levantó la barbilla.

—¿En qué te he mentado yo?

—En que había otra.

—Eso no es verdad, no sabes lo que dices. Amanda fue muy importante en mi vida y lo seguirá siendo el resto de mi vida.

—¿Encima la mencionas delante de mí? ¿Vienes a restregarme en la cara que estás con ella? ¡Sinvergüenza! —gritó y otra vez apareció Fátima.

Nos había dejados solos, regresando a la cocina para darnos nuestro espacio. Se quedó muy cerca, con una pala de madera en una mano, un accesorio de la cocina. La llevaba en alto, dispuesta a rectificarla otra vez y hacer uso de ella si no entraba en razón.

—No, no. —Me levanté con las manos por delante, frenando que lo hiciera. No pude evitar reírme con la situación.

—Dile algo más en ese tono, con esa falta de respeto, y lo paso a él por encima, pero hasta a ti llego. Avisada estás, niña. —Se asomó por un lateral de mi cuerpo, señalándola con la pala.

—No chilles —le dije cuando reaccionó haciéndolo.

Se levantó y se dirigió hacia la salida de la sala, con una rabieta.

—A mí me vas a decir tú lo que tengo que hacer. Ja, ja, ja... —habló con ironía, me dio girándose hacia nosotros.

—No estoy con Amanda, por desgracia todo acabó hace cuatro años. Lo que me une a ella no es nada de lo que piensas.

—¿Por desgracia? ¿Por desgraciaaa...? Me estás tocando las narices.

—Cállate y siéntate en el sofá —le exigió Fátima, señalándolo.

La obedeció sin rechistar, sabiendo que estaba sobrepasando los límites hacia ella.

—Sí, por desgracia —continué—. Ojalá nunca se hubiera terminado porque significaría que todo lo que nos pasó, no hubiera sucedido. Fue un calvario, de las cosas más duras que puede vivir una persona, sin poder enfrentarse a ello, asumiendo solo las consecuencias.

—¿Es la hora de los melodramas? No me vengas con rollos. Dime claro que la quieres, que no la has olvidado y que te has dado cuenta de que es la mujer de tu vida. Deja de dar tantos rodeos. Ya te he escuchado, ya sabes dónde está la puerta.

—No, no se va a ir y ni se te ocurra decir algo al respecto —intervino Fátima, dejándola callada otra vez. Nos dejó solos unos segundos, en silencio, y apareció con el té—. Lo vas a escuchar así tenga que atarte y taparte la boca. Por las buenas o por las malas, tú decides.

—Abuela, ¿no te das cuenta de lo sucio que es todo? Cada palabra que dice...

—Sucio es lo que estás haciendo tú. No te reconozco. Después de todo lo que hemos vivido deberías de haber aprendido la lección. Pero como parece que te has vuelto una inmadura y ni me he dado cuenta, tomo las riendas yo. Repito, por las buenas o por las malas, pero a este lo escuchas.

—Pues aquí no, sois dos contra una. —Se levantó y se le notó afectada por su abuela.

—Vamos a la terraza del Riad a tomar algo —propuse.

—Cómo me entere de que le montas un escándalo allí, te vas a enterar —la advirtió de nuevo Fátima—. Si quieres que se te trate como una adulta demuestra que lo eres.

—Abuela... —Tragó saliva, pero Fátima no reculó—. Lo escucharé y cuando lo haga, que se vaya y no vuelva más. Voy a cambiarme, pero que sepáis que lo hago en contra de mi voluntad. —Salió de la sala murmurando, dejándonos solos.

—Te lo he dicho, hijo, peor que con quince años —soltó un suspiro mientras servía el té—. No sé qué le ha pasado, ella no era así. Desde bien pequeña ha sido muy madura, me cuesta ver los impulsos y las faltas de respeto que está teniendo, los que nunca se habían dado. Es joven y muchas veces bromista, con unas salidas... pero hasta el punto de comportarse como lo ha hecho hoy... supongo que entre unas cosas y otras se ha desbordado y tiene que enfrentarse a sí misma.

—Tranquila —negué sonriendo, aceptando el vaso que me dio—. Estoy seguro de que me escuchará y de que lo comprenderá todo. Al menos eso espero. —Carraspeé.

—Eres buen hombre, no me equivoco —asintió sonriéndome con cariño—. Sea lo que sea lo que te ha sucedido, sé que quieres a mi nieta y, sobre todo, buscas protegerla.

—Gracias, Fátima —dije emocionado—. Lo sabrás, pero necesito que la primera en conocer la verdad sea Naomi.

—Lo entiendo, lo respeto y me gusta. Así debe ser. —Me acarició la mejilla, sentándose a mi lado, en el sofá.

Capítulo 39



Cuando Naomi salió de su habitación se fue directa hacia la puerta, para esperarme allí.

—Lo dicho, deberías dejar el Riad y venirte aquí —me dijo Fátima acompañándome hasta la puerta. Me lo había propuesto mientras esperábamos a que apareciera y terminábamos de tomarnos el té—. Sabes que esta es tu casa, aunque la enana esté así —lo dijo en tono bajo, inclinándose hacia mí. Curvé los labios.

Naomi ya estaba en la calle, con la vista fija hacia el final de la cuesta, marcando morros por si se me había olvidado su enfado y reticencia.

—Lo vamos viendo. —Le di un beso en la mejilla—. Muchas gracias por todo, Fátima.

Cuando cerré la puerta, Naomi comenzó a andar hacia el Riad, por delante de mí. La dejé a su aire porque quería llegar lo más pacíficamente posible, evitando alguna reacción por su parte, si me ponía a su lado.

También entró la primera a la terraza, decidida. Rachid me miró antes de sonreírle y de saludarla. Cuando ella fue hacia una mesa, asentí hacia él, respondiéndole la pregunta no dicha de que el asunto estaba complicado. Al sonreírle me devolvió el gesto.

Me tuve que reír, a pesar de todo, cuando la vi sentada en la última mesa que estaba pegada al muro de piedra. Tampoco tiene mucha gracia, diréis, pero es que ese no fue el motivo por el que reí. Estaba sentada, sí, pero dándole la espalda a la mesa y a mí, girada hacia la Medina, observándola.

—¿Qué os pongo? —preguntó Rachid, aguantándose la risa igual que hacía yo en ese instante, al ver el plan tan maravilloso que tenía.

—A mí una cerveza —respondió ella, sin moverse.

—A mí otra. —Le hice un guiño y se fue divertido, dejándonos solos.

Se quedó de espaldas mirando el móvil e ignorándome por completo. Esperé en silencio a que Rachid nos trajese las bebidas, para no tener que parar de hablar si aparecía, o todo podía ser que

nos pillara en medio de una discusión, bueno a ella, porque yo no tenía intención de pelear. Por eso opté por mantenerme callado, lo más tranquilo que pude.

Rachid volvió a aparecer, poniendo encima de la mesa un plato de frutos secos y pasas, y otro con olivas, como acompañamiento a las cervezas.

—Naomi, ¿puedes mirarme?

—Estoy muy bien así, no me apetece verte la cara más. —Me hizo una peineta por encima del hombro, recreando el emoji que me envió.

Negué sonriendo, conteniéndome para no empeorar las cosas. Me levanté y ocupé la silla que tenía a su lado, quedando frente al muro de piedra, no era muy alto.

—Voy a explicarte lo que ha sucedido, el motivo de la reacción que tuve y todo lo que necesites saber...

—¿Qué pasa? ¿Qué cuándo te pedí la explicación de quién era esa mujer no podías hablar y ahora sí? Enmudeciste. ¿Tengo que escucharte cuando a ti te salga de los huevos? Vamos. —Bufó.

—Mi hermana te está afectando más de lo que imaginaba. —Puse los ojos en blanco.

—A tu hermana no la nombres porque te saco los ojos.

—Ratifico lo dicho —negué divertido porque no me veía, continuaba con la vista fija hacia la Medina.

—Tienes cinco minutos. Ese tiempo es el que estaré callada, pero cuando termines me iré y quiero que me dejes en paz. No vuelvas a aparecer en mi vida, ni cerca de ella. —Bajó el tono de voz.

La observé de reojo identificando un pequeño cambio en ella.

—Vale...

—Pues rapidito que ya han empezado a descontarse los segundos. —Movié una mano.

—Todo sucedió hace cinco años. Me enamoré de Amanda.

—Y todavía lo estás —susurró y pude ver la mueca que hizo, involuntaria porque la rectificó rápido.

—Fue una historia muy especial, una que nació en Nueva York. Por aquel entonces...

Comencé a relatarle todo, sin dejarme ningún detalle por pequeño que fuera, y, aunque al principio hizo más muecas, llegó un punto en el que giró la cabeza hacia mí, conforme fui

avanzando en la historia. Pude ver el brillo en sus ojos, la contención que hizo por no derramar ninguna lágrima. Pero perdió la batalla porque terminó llorando mientras yo llegaba hasta el final, hasta el día anterior que me despedí de Amanda.

—¿Entiendes ahora por qué reaccioné como lo hice? —susurré dejando vagar la mirada hacia ningún punto en concreto—. No pude controlar la reacción como hubiera querido y necesitado, me dejaste en *shock* al decir su nombre. Para mí ella continuaba en el mismo estado que cuando me fui de Nueva York, el bloqueo que sentí y para colmo que fueras tú la que te refirieras a ellas, sin poder encontrarle ninguna lógica...

»Aprendí a vivir con la carga de lo sucedido, me costó horrores encontrarle sentido a la vida después de ello. Me consumí, me hundí y muchas cosas más. —Tragué saliva—. Todavía duele recordarlo, fue demasiado duro y devastador. Cuando la vi, sentí una paz difícil de expresar.

»He disfrutado de un día entero junto a ella, nos hemos reencontrado, la vida nos lo debía. No ha pasado nada entre nosotros, no te voy a negar que mi cabeza era un caos por abrir la caja de los recuerdos y dejar salir todas las emociones enterradas, pero precisamente gracias a ti supe lo que quería de verdad.

—¿A mí? —murmuró.

—Sí. —Sonreí sin mirarla—. Por lo que provocaste en mi interior al enviarme el último mensaje. —Me encogí de hombros—. Gracias a ese texto, lo que representaba y a la última conversación seria sobre ti con Amanda, todo encaja para mí.

»He regresado de Nueva York con la tranquilidad de saber que está bien, de que no le falta de nada, aunque como te he dicho, he querido aportar mi granito de arena para que su situación mejore mucho más. No se merecía menos. —Fijé la mirada en el muro.

»Antes de ir a la casa de tu abuela me ha escrito para preguntarme si había llegado bien y también me ha dicho que haga todo lo posible por recuperarte porque mi felicidad es la suya, solo quiere verme sonreír —negué sintiendo presión en el pecho, aún costaba demasiado, era demasiado reciente—. Solo deseo que todo lo que le suceda sea bonito, que la vida no le ponga más trabas que superar.

»Pero no puedo tener sentimientos hacia ella como los tengo hacia ti. Eso quedó en el pasado, por mucho que la siga queriendo, pero de otra forma distinta. Se puede querer a varias personas, en el sentido de que son importantes para uno, pero jamás estarán en el mismo nivel dentro del corazón, porque solo hacia una en concreto late con más fuerza y se desborda, marcando la diferencia.

—Lo siento —susurró—. Lo lamento todo, yo...

—Yo también lo siento. —Giré la cabeza hacia ella, con expresión triste.

—Sus padres le fallaron... —murmuró emocionada, sintiendo su dolor por lo que le había sucedido a ella, referente a su madre—. Me da mucha pena, lo ha perdido todo. —Se tapó la cara y lloró. Le acaricé la espalda y pude respirar tranquilo porque no me rechazó el gesto.

—Ella no querría que la viéramos de esa forma, es una luchadora, una guerrera de la vida. Para mí ha sido muy esclarecedor nuestro reencuentro, pero a ella también le ha servido para cerrar

una etapa que todavía mantenía viva. Seguirá adelante, sin cargas del pasado y estoy seguro de que todo le irá genial.

»¿Sabes? Si no te hubiera conocido seguramente estaría allí, no lo voy a negar, aunque solo fuera por mi paz mental y por complacerla después de tanto dolor. Pero tú eres mi presente y espero que mi futuro. Naomi, no puedo imaginarme la vida sin estar a tu lado porque me volvería loco.

—Pues te va a costar un huevo y parte del otro recuperarme. —Carraspeó—. Entiendo la situación y te felicito por haber ido a su encuentro, era lo que debías hacer. Pero de ahí a que te diera igual yo, a que ignoraras mis mensajes y que no fueras capaz de darme una explicación, por mínima y rápida que fuera, por muy bloqueado que estuvieras... no me merecía eso. Me lo has hecho pasar muy mal, he llorado mucho por tu culpa.

—¿Cómo puedo compensarte? —Continué acariciándole la espalda.

—¿Me lo preguntas? —Me miró como si le hubiera preguntado lo más raro del mundo—
Cúrratelo tú, guapo. —Puso los ojos en blanco.

—Muy bien. —Fruncí los labios, para no reír—. ¿Cuánto tiempo tardas en hacer la maleta?

—Yo no me voy para España.

—¿Quién ha dicho España? —Levanté una ceja—. Yo tampoco tengo pensado regresar todavía, pero ¿no me has dicho que me lo curre?

—Sí. —Me miró de reojo.

—Pues déjame demostrarte que me lo puedo currar y mucho. —Le hice un guiño y se le escapó una sonrisilla que no pudo ocultar.

—¿Tú vas a hacer la tuya?

—No la he deshecho. —Reí cuando hizo un gesto infantil, como que no estaba muy conforme.

—Está bien —soltó un suspiro peliculero—, pero como no te lo curres, a la vuelta te olvidas de mí.

—Eso no va a suceder...

Capítulo 40



Tres horas después embarcamos en un avión privado que llegó desde Málaga. Aunque Naomi tenía puesta una coraza, en sus ojos se reflejaba la ilusión de estar junto a mí y de emprender un viaje inesperado que nos acercaría otra vez.

La tripulación al completo nos recibió sonrientes y Naomi, que iba por delante de mí, una vez saludó a todos, localizó al piloto y se dirigió a él.

—¿A dónde nos dirigimos señor comandante? Es que me hablo muy poco con él y he venido a ciegas. —El comandante aguantó la risa y me miró, esperando que le diera la aprobación para contestarle. Divertido le hice un gesto de afirmación.

—A Luxor —respondió sonriendo.

—¿Y qué vamos a hacer en Egipto con el calor que hace? —preguntó con voz ahogada. Se giró hacia mí, sorprendida y con expresión de querer matarme—. Madre mía, madre mía. —Se puso las manos en los mofletes—. Que allí van los barcos petados de turistas y luego están las dichas excursiones, mientras te ahogas de calor. Espero que no me la hayas jugado. —Me señaló con un dedo, ante la mirada atenta de la tripulación, los que intentaban no reír.

—Nada que ver con la realidad, tranquila. —Carraspeé y le pedí que se acomodara.

—¿A Egipto? ¿En serio, Alonso? —Se dejó caer en el asiento.

—Sí —susurré mirándola de reojo, conteniéndome, sin saber cuánto tiempo podría aguantarme para no reír.

—Me vas a putear hasta el último día de mi vida —resopló.

—No hables así —protesté, pero con tono calmado.

—¿A Egipto? —preguntó de nuevo mientras se abrochaba el cinturón, sin creérselo.

—A Egipto —afirmé soltando al final una carcajada.

—Una amiga hizo un crucero por el Nilo y todos los barcos iban a tope. La gente estaba apelotonada, eran viejos y hacía un calor de muerte, por lo que la piscina siempre estaba llena. Yo solo aviso.

—Lo he tenido todo en cuenta.

—A Egipto —repitió, esa vez para ella, sin salir del asombro.

Perdí la cuenta de cuántas veces resopló mientras el avión tomaba velocidad para despegar. Me encantaba verla así porque muchas veces me ponía en su lugar, en su edad y me hacía gracia. No era una niña, pero tampoco una mujer cercana a mi edad. Era una joven que muchas veces no sabía gestionar las emociones y le salían de forma espontánea. Protestaba por todo, le costaba estar de acuerdo, pero estaba a mi lado y eso era lo único importante. Divertido iba a estar, ya os lo digo.

Nos sirvieron la cena, y antes de empezar, Naomi se puso los cascos para ver una película. Fue otra de las actitudes con la que respondía a su indignación, todo por intentar aislarse de mí cuando en realidad necesitaba todo lo contrario. No me supo mal porque sus miradas me transmitían paz, de vez en cuando, al ver la compresión y aceptación escondida por su parte, aunque reaccionara contrariamente.

Todo había sido un caos desde que nos conocimos, tanto por mi parte como por la suya. Los factores externos nos habían pasado factura y no podía dejar de preguntarme si esta vez sería la definitiva para poder comenzar de nuevo, sin sobresaltos, sin temores, sin separaciones... Esperaba y deseaba que sí, con todo mi corazón.

Cabezota era un rato y durante las horas que duró el vuelo no me dirigió la palabra en ningún momento, ni para soltar algunas de las suyas.

—Y yo que he echado dos chaquetas por si por la noche hacía fresquito —murmuró adormecida cuando aterrizamos, desabrochándose el cinturón. Solté una carcajada, haciéndola resoplar.

Eran las tres de la madrugada cuando dejamos el avión atrás, despidiéndonos de toda la tripulación. Un coche nos esperaba a pie de pista, en el que cargaron las maletas y nos montamos. Nos llevó hasta el control policial para que nos sellaran los pasaportes y nos acompañaron hasta la entrada de la terminal, donde nos esperaba un coche con chófer privado.

—¡Dios, qué calor! Y mira la hora que es. —Lloriqueó—. No quiero imaginarme cómo se estará de las doce de la mañana hasta las cuatro de la tarde —se quejó entrando al vehículo.

—No será para tanto, ya lo verás.

—¿Al avión le ha quedado combustible suficiente? Lo digo para volver a montarnos y que nos lleve a las Maldivas, como mínimo —dijo girada hacia mí.

—Allí podremos ir en otra ocasión.

—Menos mal que te pedí que te lo curraras, si no lo llego a hacer —negó—. Se ven las ganas que le has echado. —Volvió a poner morros, aguanté la risa.

—No te anticipes a los hechos —dije despreocupado.

El taxista nos miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor, sonriendo. Éramos un espectáculo, al menos no hablaba español y no se enteraba nada, todo lo interpretaba por los gestos de Naomi y el tono de voz que utilizaba. Nos llevó directos a uno de los muelles de Luxor, donde nos esperaba el yate privado que nos llevaría por el Nilo durante los días que estuviéramos. Nada que ver con los cruceros que había mencionado, ni por asomo, porque era solo para nosotros.

—¡Qué pasada! —exclamó emocionada cuando un hombre que trabajaba en la seguridad nos abrió paso.

El lugar estaba muy vigilado y tenían que escoltarnos.

—Un barco lleno de turistas... —bromeé recordándole sus palabras.

—¿Solo estaremos los dos?

—Y la tripulación. —Le hice un guiño.

—No me vengas en plan zalamero, ¿eh? Todavía te lo tienes que currar mucho, esto solo es el envoltorio del pastelito. —Levantó la barbilla.

—Anda vamos hacia el camarote, mañana ya veremos el barco.

—Habrá almohadas de sobra, ¿no? Porque una va en medio de los dos, que lo sepas.

—No nos faltará de nada. Lo acepto. —Reí.

Cuando llegamos al camarote ya estaban las maletas, dos de ella y una mía. La que me correspondía iba muy cargada porque me llevé de todo a Nueva York, al no saber el tiempo que tardaría en regresar.

Naomi miró todos los rincones, la emoción podía con ella. La sonrisa no se le borraba, ampliándola por cada cosa que descubría y es que no faltaba ningún detalle, disponíamos hasta de lo más mínimo. Una terraza complementaba la estancia y con la espalda apoyada en la puerta no aparté la vista de ella, con los labios curvados al ver cómo salía y entraba, y volvía a darle un repaso a todo el interior. Cuando se cansó o se dio por satisfecha, cantarina, abrió una de sus maletas y cogió lo que necesitaba para después de la ducha, que fue hacia donde se dirigió. Era tarde y, al menos yo, tenía el cuerpo abatido por tantos viajes seguidos.

Mientras se duchaba deshice la maleta y lo coloqué todo en uno de los armarios. Como me sobró tiempo fui hacia la terraza y me senté. Relajado estuve en ella, hasta que salió del baño y la sustituí.

Más renovado, pero también más cansado porque el agua me desinfló, entré en la habitación. Naomi se había dormido, abrazada a la almohada y sonreí al ver otra a lo largo de la cama. La supuesta separación, me dije, negando.

Me tumbé a su lado y pasé por encima de la barrera, sin hacerme notar mucho para que no se desvelara.

—Te amo —murmuré después de darle un beso en la mejilla.

Capítulo 41



—Viejo verde, despierta.

Escuché la voz lejana, pero el zarandeó fuerte que vino después provocó que me incorporara rápido, para ver qué sucedía. Dormido todavía, no supe ni dónde estaba.

—¿Qué pasa? —Quise saber preocupado.

—Que me muero de hambre y llevo cinco minutos esperando a que te despiertes.

—Toda una vida... —Puse los ojos en blanco y reí por la mueca que puso.

—No te cachondees que ha sido un infierno el tiempo de espera, ¿eh? —Se levantó de un salto.

—Esperemos que haya desayuno en Egipto —bromeé.

—Cállate que, al menos yo, puedo defenderme con el idioma, pero tú lo tienes crudo.

—Me he asegurado de que la tripulación controle mi lengua.

—No la controlé yo, la van a controlar ellos —bromeó, pero con un tono chulesco, dejando ver que no se bajaba del burro.

—Eso es un golpe bajo. No tiene que ver con la realidad —dije caminando hacia el armario, para coger la ropa.

—Shhh... —Se puso un dedo en los labios, parando los movimientos de sus manos que habían estado alisando, encima de la cama, la ropa que se iba a poner.

Me olvidé de la mía y me apoyé en la puerta del armario, cruzando los brazos. Se había quitado la parte de arriba del pijama, dejando toda la piel expuesta. Tuve que contener las ganas que se apoderaron de mí para no arrastrarla a la cama, sobre todo, cuando se quedó solo con la braguita y se la quitó sin dejar de mirarme, para ponerse el bañador con movimientos muy, pero que muy lentos, tardando más de la cuenta.

Sentí movimiento en la parte baja de mi cuerpo, la tensión al excitarme. Estaba provocándome y mejor no podía estar haciéndolo porque lo que buscaba lo consiguió. Si hubiera acortado la distancia se hubiera dejado llevar, porque también lo deseaba, se reflejaba en toda ella. Aunque su orgullo intentara poner resistencia.

No hice nada para que sucediera, todavía no era el momento. No quería ser yo el que precipitara cuando se diera. Pero, aunque no me decidiera, no dejé de observarla hasta que estuvo vestida por completo. Cuando salió a la terraza cogí varias bocanadas de aire y abrí el armario, cogiendo lo que necesitaba para entrar en el baño, porque ni me había lavado la cara.

Salimos del camarote y nos encontramos con una limpiadora. Nos saludó amablemente, con una sonrisa, y le correspondimos en todo. Continuamos recorriendo el pasillo y subimos por las escaleras hasta llegar a la terraza principal, donde el desayuno decoraba una mesa entera, mediana. No estábamos navegando, continuábamos atracados justo delante del Templo de Luxor.

—¡Qué maravilla! —dijo acomodándose en el sillón acolchado que rodeaba la mesa.

—¿El templo o el yate?

—Las dos cosas, todo es bonito menos tú —respondió mientras le hacía una foto al templo.

—Gracias, preciosa. Es todo un detalle. —Terminé riendo.

—No hay de qué, viejo verde. —Cogió una tostada y colocó una tortilla de verduras encima—. Por cierto —habló después de tragar el primer bocado—, la piscina es perfecta. Tiene que ser una pasada ver el templo dándote un baño, con una cerveza bien fría. Es un lujo.

—Pues ya sabes, cuando quieras.

—Pero yo quiero ir al templo.

—¿No te vale con verlo desde aquí y así te ahorras ahogarte de calor? Más que nada, porque fue de lo que te quejaste, y no una vez.

—No, no; tengo que hacerme muchas fotos en el templo y quiero verlo de cerca. Cuando terminemos nos refrescamos aquí, se está increíble —dijo de carrerilla, dándolo por hecho, incluyéndome.

La verdad es que no daban ganas de moverse del yate, teniendo todo al alcance. A pesar de estar al aire libre, un techado nos daba sombra y varios dispositivos refrescaban con aire fresco y una fina capa de agua, pulverizada, enfocados directamente hacia nosotros. Era de agradecer y mucho, porque a ratos costaba respirar el aire tan caliente de la zona.

—Ahora resulta que tú eres la que quieres perderte por Egipto con esta temperatura y yo el mortificado. —Fruncí los labios, divertido—. Cómo cambian las cosas, ¿eh?

—Y más que tienen que cambiar —me advirtió sonriente, antes de darle otro mordisco a la

tostada.

Me encantaba verla así, tan natural y tranquila, con el pelo suelto y el moreno de su piel, con un vestido veraniego de color blanco, estilo ibicenco. No podía estar más bonita.

Desayunamos rápido, porque, cuanto antes saliéramos mejor, ya que el calor se intensificaría con el paso de las horas. Bajamos del yate escoltados por dos policías turísticos, los que se mantuvieron a cierta distancia para darnos privacidad. No se separaron de nosotros, hicieron el mismo recorrido hasta llegar al Templo de Luxor y también por el interior. Rechazamos la opción de tener un guía y fuimos a nuestro aire.

Una hora y media después el calor era insoportable, pero la niña era la más feliz y ni lo notaba, mientras yo hacía de fotógrafo personal, grabándole vídeos y haciéndole todo tipo de fotografías; lo que no dejaba de decir, emocionada, era que más tarde las clasificaría para subir muchas a Instagram.

Con todo visto, los mismos escoltas nos llevaron en coche hasta el Templo de Karnak. Sería el último lugar de nuestra ruta turística, en la que el calor terminó por hacerse insoportable.

Al regresar al yate nos despedimos de los policías, antes de subir a la terraza a comer. Nos sirvieron dos cervezas bien frías que nos supieron a gloria, acompañadas con olivas y patatas bien fritas, con dos cuencos de salsas.

—Qué buena pinta tienen las patatas, solo les falta una hamburguesa al lado.

—Si la quieres, las hay —dije mirando la carta.

—Sí, acabo de verlas. —Las señaló—. Pues lo tengo claro, yo quiero una hamburguesa gigante.

—Vale, yo también me pediré otra.

Cuando dejamos las cartas a un lado le sonó el móvil, con una llamada de su padre. Yo aproveché para llamar a mi madre, la tenía al tanto de todo, pero así me entretenía contándole por encima lo que habíamos visto.

—Más vale que cuides de mi cuñada o pierdes los huevos. —Escuché la voz de mi hermana cerca de mi madre y el suspiro de ella.

—No le hagas caso, hijo.

—Tranquila. —Sonreí.

—Seguid pasándolo bien y tened cuidado, te quiero.

Nos despedimos y colgué casi al mismo tiempo que Naomi.

—Me ha dicho mi padre que lo podrías haber avisado con tiempo y se hubiera venido.

—Para todo hay su momento. Ya regresaremos en familia.

—¿En familia? —Soltó una carcajada.

—Quien ríe el último, ríe mejor.

—Pues la última en reír he sido yo, tú ya lo has hecho demasiado.

—Uy, estás peleona. —Sonreí y me centré en el camarero que se puso a nuestro lado para tomarnos nota.

Le pedí las hamburguesas, gigantes y completas, y otro plato de patatas porque casi no quedaban.

—¿Te imaginas que tardan y somos los únicos clientes?

—No se les ocurriría. —Le hice un guiño.

—Encima de viejo verde, chulo. —Puso los ojos en blanco.

—Y dale con esas palabritas.

—Las que te mereces. —Se encogió de hombros y dio el último trago a la cerveza, haciéndole un gesto al camarero para que se la repusiera. Añadí otra para mí.

—Te la estás buscando. —Carraspeé.

—No. Te la estás buscando tú, que deberías besar el suelo que piso.

—Pues no me falta mucho. —Arquee la ceja, aguantando la risa.

El capitán vino a avisarnos de que íbamos a empezar a movernos para dar un paseo. Nos quedaríamos por la zona porque a la mañana siguiente queríamos visitar varios lugares importantes, como el Templo de la Reina Hatshepsut, y la noche la pasaríamos en Luxor.

—Una pregunta —le dijo Naomi.

—Dígame. —Sonrió el capitán.

—¿Sería posible hacerme algunas fotos como si llevara el yate, con un fondo bonito?

—No hay problema. Pueden subir cuantas veces quieran, si les apetece.

—¡Gracias! —dijo emocionada y agradecida.

—Cualquier cosa que necesiten no duden en pedirlo, a cualquiera del personal o a mí mismo.

—Muy amable —le contesté asintiendo.

—¿Me puedo hacer una foto con usted?

—Por supuesto.

Sonreí cogiendo el móvil al vuelo porque me lo lanzó antes de levantarse de un salto del sofá, para ponerse rápido junto al capitán. Les saqué varias fotografías para que eligiera la que más le gustara.

Nos trajeron las hamburguesas y las comimos mientras el barco navegaba, dejando a ambos lados las orillas del Nilo, donde se veía una pobreza tremenda de las personas que vivían por los alrededores o a pie del mismo río.

Cuando terminamos nos metimos directamente en la piscina, para disfrutar de las vistas que ofrecía estar en movimiento, frescos y remojados, y qué bien nos sentó. Pedimos dos copas de ginebra con tónica, las que nos dejaron en el filo de la piscina.

—Por nosotros. —Levanté la copa, preparado para que me soltase una de las suyas.

—Por mí y por todos los míos, incluida tu madre y tu hermana, pero tú no.

—Muy bonito. —Aguanté la risa—. Te estás quedando a gusto.

—Acción, reacción —dijo con retintín.

Y no me lo pensé más ni lo retrasé, me lancé sobre ella. Intenté cogerle la copa para dejarla en el borde de la piscina, pero con el forcejeo se derramó entera en el agua. Se quedó con la boca abierta, mirando el nuevo color de nuestro alrededor y aproveché para quitársela, agarrándola a ella de la cintura, para que no se me escapara. Con el cuerpo inclinado hacia ella, la pegué todo lo que pude a mí.

—Te advierto que puedo chillar y pasas la noche en el calabozo egipcio. No quiero imaginarme en qué condiciones, pero me da igual —me advirtió.

Al ver que no me separaba lo hizo, empezó a chillar, pero entre risas nerviosas mientras intentaba soltarse. Tenía la solución perfecta para callarla de golpe, por lo que actué en consecuencia.

La besé agarrándola de la nuca para que no se alejara. Al principio se resistió, cómo no, pero poco tiempo tardó en seguirme el ritmo, aferrándose a mi cuello, dejándose llevar por la necesidad y por lo que deseaba, deshaciéndose entre mis brazos y en mi boca que no le daba tregua. Y lo sentí, volví a tener la sensación de que no necesitaba nada más, solo a ella.

—A mí ponme como quieras mirando hacia las pirámides, pero no vuelvo contigo hasta que me pidas matrimonio, hincando la rodilla en el suelo y con un anillo como Dios manda.

—¿Te quieres casar conmigo? —pregunté incrédulo y se me escapó una carcajada porque no me lo esperaba.

—¿Te tengo que explicar de nuevo cómo tienes que pedírmelo? —Rio.

—Me ha quedado muy claro —susurré pegándome más a ella y volvimos a besarnos con intensidad, una que provocó que nos olvidáramos de dónde estábamos, dando rienda suelta a la pasión que sentíamos y que había quedado pausada.

Cuando el ambiente se caldeó demasiado y me sentí a punto de explotar, me separé de ella y la agarré de un mano para salir de la piscina. Agradecí que en el camino hasta el camarote no nos encontráramos a nadie, porque entre que tenía el bañador chorreando, pegado al cuerpo, y el tamaño de mi miembro, que más duro y erecto no podía estar, hubiera sido un espectáculo para la vista de cualquiera.

Sintiendo la anticipación recorrerme, los últimos pasos por el pasillo los hice corriendo, llevándola conmigo. Soltó una carcajada viéndose arrastrada, pero se le cortó en cuanto la acorralé contra la puerta, después de cerrar. Volví a besarla cómo necesitaba, desesperado, comiéndome sus labios mientras que mis manos trabajaban desnudándola.

Cuando el bañador desapareció de su cuerpo la cogí a peso, lamiéndole los labios. Estaba tan excitado, me sentía tan desbordado de sensaciones... debatí interiormente en si alargarlo o no, pero acalló mis pensamientos en cuanto se resbaló por mi cuerpo y se quedó de pie frente a mí.

Con una sonrisa pícaro agarró la cinturilla de mi bañador y lo bajó de golpe, al igual que hizo ella, hasta quedarse de rodillas. Tragué saliva porque como se le ocurriera...

—¡Joder! —Y tanto que se le ocurrió y lo llevó a cabo.

Mi miembro desapareció dentro de su boca, al principio despacio, como si lo degustara y así estaba siendo porque de vez en cuando se relamía y jugaba con el glande sin apartar los ojos de los míos, arrastrando las gotas de placer que escapaban de él. Con la mandíbula apretada, en tensión, no pude dejar de observar cómo jugaba con esa parte de mi cuerpo.

Loco, así me sentí cuando una de sus manos cubrió la parte baja de mi miembro, al mismo tiempo que lo hacía desaparecer otra vez en su boca, tomando un ritmo que fue incrementando, haciéndome perder la cordura. Soltando un jadeo la agarré del pelo, enrollándolo en una mano. Desesperado, al límite, porque perdí la cuenta del tiempo que continuó, tuve que guiarla en los movimientos hasta el punto de querer correrme, tal y como estaba.

Pero no era el pensamiento que tenía porque me urgía que siguiera acoguéndome en su interior, pero en una zona mucho más abajo de su cuerpo. La separé levantándola de los brazos y la besé desesperado, en un intento de calmarme un poco. No conseguí una mierda porque sus manos se fueron a donde no debían, martirizándome otra vez.

—¿Estás arriesgando demasiado? —susurré sobre sus labios, mordisqueándoselos.

—Quiero hacerlo al máximo. —Contuvo el aire cuando mis dedos se posaron sobre su clítoris.

Le abrí las piernas con un pie, comprobando con satisfacción lo mojada y excitada que estaba, colando varios dedos en su interior y frotando y acariciando todo lo que fui encontrándome. Cuando quiso rodearme el miembro otra vez, retiré mi mano de ella y la empujé hacia la cama.

Cayó de espaldas, quedándose expuesta para mí porque abrió las piernas a conciencia, para darme la mejor visión de todo Egipto. Di gracias a que la cama era elevada y no tenía que modificar la posición, ni ella adaptarse. Me colaría dentro sin problema y no tardé en hacerlo, arrastrándola hacia el filo.

Agarrándole las piernas, dejándolas en alto conmigo entre ellas, acaricié su zona íntima con el miembro, restregándolo para sentir la suavidad y lo resbaladiza que estaba. Y ya no pude aguantarlo más, el gusto que sentí fue demasiado, sumándolo a la contención que llevaba acumulada... me posicioné y entré con un solo movimiento, provocando que soltara un jadeo y se removiera sobre la cama.

Un puñetero placer inmenso me recorrió, un placer que no pude contener y me moví como un loco, entrando y saliendo sin descanso, con un ritmo frenético buscando llevarnos hasta el final a los dos, mientras mis ojos se deleitaban con el vaivén descontrolado de sus pechos, a merced de mi ímpetu. Y de esa forma gimió desesperada, dejándose vencer por un orgasmo intenso, al que me uní pocos minutos después.

Caí a su lado sin respiración, rodeándola con los brazos, necesitando no sentir ninguna separación entre los dos.

Capítulo 42



Acabábamos de aterrizar en El Cairo, después de haber pasado en el Nilo los cinco días más fascinantes que jamás hubiéramos podido imaginar.

No nos faltó ningún templo importante por visitar. Debo mencionar Abu Simbel porque nos dejó maravillados. Las mañanas, sin prisas, para las visitas. Las noches reservadas para nuestra relajación, navegando por el río tomándonos una copa, bañándonos en la piscina, descansando en las hamacas, las horas en la terraza, acurrucados, por no hablar de los momentos sensuales y excitantes, que empezaban como precalentamiento hasta que subían de nivel y nos encerrábamos en el camarote para ponerle solución.

Había sido todo un éxito la primera etapa del viaje. Ahora nos llevaban hacia el hotel en el que había reservado. Nos quedaríamos en una *suite* que tenía una piscina privada en la terraza, mirando hacia las pirámides. Iba a flipar, como le había dado por decir. Me había repetido un montón de veces las ganas que tenía de ver la imagen que tantas veces había visto retratada en fotografías. Y lo haría, a cualquier hora si quería.

Era una realidad que seguía chinchona, pero como también que a la mínima de cambio estaba abrazada a mí, sin ver el momento de alejarse. Con cualquier excusa se acercaba y no podía gustarme más, estaba encantado de sentirla otra vez tan cercana, a pesar de alguna salida de tono de vez en cuando.

—Alonso, mira allí, se ven las pirámides —habló emocionada, señalándolas a lo lejos.

Se veían desde la carretera por donde circulábamos. Sonreí rodeándole los hombros con un brazo, agachándome un poco para verlas mejor. Íbamos acortando la distancia con ellas porque la carretera también llevaba a nuestro hotel. Su expresión era de sorpresa, sin apartar la vista del paisaje, sin cerrar los labios.

Cuando llegamos al hotel nos recibieron en la puerta y se ocuparon de nuestros equipajes, guiándonos hasta la *suite*. Naomi iba cantarina hacia la habitación, pero la felicidad que mostraba se quedó en nada en cuanto abrieron la puerta y nos dieron paso al interior.

—La leche —dijo con un jadeo, llevando la vista de un lado al otro.

Al fijarse en la terraza, corrió hacia ella al darse cuenta de que teníamos una panorámica perfecta de las pirámides.

—Alonso, acabas de convencerme de que debo darte una oportunidad. —Aplaudió dando saltitos.

—Pensaba que me la habías dado hacía días. —Arqueé una ceja.

—Lo que pasó por el Nilo se queda en el Nilo, lo que pase en las pirámides, puede que me lo lleve para España o aquí se quede —dijo con tono de humor

Caminó hacia una nevera pequeña que había en un lateral y después de mirar en el interior un rato, sacó dos cervezas.

—Entonces en qué quedamos, ¿me la das o no? —Carraspeé siguiéndola, después de que me diera la mía.

—Tú tírame una foto preciosa y lo vamos negociando.

Se sentó de lado en la piscina y levantó la cabeza. Metió un pie dentro del agua y el otro lo dejó fuera, con la pierna flexionada donde apoyó un brazo sosteniendo la cerveza. Le hice una foto de revista, espectacular. Se veía preciosa con las pirámides detrás.

—¿Qué? —le pregunté enseñándosela.

—¡Dios! ¡Me encanta! —dio un pequeño grito— Para el Instagram, la subo ahora mismo. — Feliz lo hizo, sin perder tiempo y cuando se levantó se colgó de mi cuello y me dio un beso.

—¿Solo un beso?

—No, si quieres te la... —Se echó a reír, dejándolo en el aire.

—Te voy a prohibir que hables con mi hermana.

—Sí hombre, antes te dejo de hablar a ti.

—Bueno, tampoco lo pongo en duda. —Reí recordando que por ella mi hermana todavía me tenía bloqueado.

—Jo, mira. —Hizo una mueca y fruncí el gesto—. Acabo de ver en el post anterior, el de Abu Simbel, un comentario de Amanda —lo dijo con tanta tristeza... puso la pantalla frente a mí para que lo leyera.

«Estás preciosa. Disfruta mucho de un viaje tan fascinante como la compañía. Pasadlo muy bien».

—Lo ha escrito sintiéndolo de verdad, ella es así.

—No lo dudo, después de todo lo que me contaste... pero no puedo evitar sentirme triste. —
Contrajo el gesto—. Por eso no he subido ninguna foto contigo, porque me pongo en su lugar en
todo momento —confesó haciéndome sonreír con cariño. Sentí orgullo, por el corazón tan noble
y grande que tenía.

—Ven aquí. —La atraje hacia mí, abrazándola—. Es un gesto muy bonito por tu parte. —Le
acaricié la nariz con la mía.

—Todo es muy reciente para ella, necesita tiempo —susurró.

—Lo sé, como también que, si me apartara de ella, para siempre, sufriría más —murmuré
besándole la frente, dejando los labios apoyados en ella—. Te quiero —susurré.

La amaba con todo mi corazón. Pese a sus arrebatos era una persona muy empática y con unos
sentimientos muy nobles y fuertes, aparte de todo lo evidente. No me respondió, se quedó
callada, pero el abrazo con fuerza que me dio, escondiendo la cara en mi pecho, me dio la
respuesta sin necesidad de que la pronunciara.

La situación cambió en pocos segundos, ni me dio tiempo a reaccionar. Se separó de mí rápido y
se deshizo de la ropa, de toda, quedándose desnuda. Se lanzó a la piscina y nadó hasta el borde,
cogiendo la cerveza y llevándosela a los labios. La verdad es que era el mejor lugar que había
para soportar el calor que hacía, por lo que seguí sus pasos y desnudo, me lancé para ir a su lado.

—Espera, trae otras dos cervezas. —Las palabras las dijo tarde, las escuché lejanas, cubierto por
completo por el agua.

—Oh, lo que quieres es verme caminar desnuda delante de ti —se quejó cuando saqué la cabeza.

—Tenías que haber sido más rápida, igual que has corrido para meterte. —Reí—. ¿Vas o voy?
—Pregunta tonta, porque sabía que sería yo el que terminaría saliendo, pero por intentarlo...
porque sí, quería verla desde todas las perspectivas y caminando hacia la nevera, que se agachara
y regresara hasta mí, todo ello desnuda, no tenía desperdicio.

—¿En serio me lo preguntas? —Agrandó los ojos, sorprendida.

Solté una carcajada negando y me impulsé para salir. Las vistas las disfrutó ella, de mí.

—Más vale que me compenses bien —dije dejando los dos botellines en el borde.

—Se me están ocurriendo muchas cosas ahora mismo. —Se mordisqueó el labio inferior, sin
apartar los ojos de mi miembro—. Oh, lo estás haciendo a propósito. —Me señaló.

—¿Yo? ¿El qué? —Volví a reír.

—Sí, tú. Te recuerdo que, el que te lo tienes que currar eres tú.

—Vaya por Dios —susurré haciéndome el ofendido.

Tenía gracia, porque precisamente poco no me lo estaba currando, pero me encantaba verla así, tan descarada y cómoda, sabiendo los dos que, ni yo tenía que hacer nada más para «currármelo», ni ella esperaba que lo hiciera. Ya me la había ganado.

Volví a lanzarme al agua y me acerqué a ella, quedándome apoyado con los brazos en el borde. En silencio, dejamos la vista fija en las pirámides. Me apartó un brazo y sonreí al ver cómo se colocaba delante de mí, volviendo a ponerme el brazo como lo tenía. De esa forma quedó rodeada por mí, con la espalda en mi pecho.

—Si no fueras tan mayor no me cabe la menor duda de que serías el amor de mi vida —cortó el silencio con tono de humor, girándose entre mis brazos hasta quedarse de cara.

—Puedo ser tu *Sugar Daddy*. —Le besé frente.

—Para eso tengo a mi padre. —Soltamos una carcajada.

Estuvimos jugando un poco en el agua, flotando también. La sensación era muy placentera y el cuerpo lo agradecía por el calor extremo que pasábamos. Llevé los botellines de cerveza hacia la zona en la que no cubría y después le pedí que me acompañara cuando me senté en un saliente que hacía de banco ancho, en el que podías tumbarte quedándote a remojo. Nadó por el agua, hasta que se puso de pie y sus pechos quedaron al aire, con el agua resbalando por ellos.

Sensual se acercó despacio y la guie para que se sentara entre mis piernas, pero, antes de que lo hiciera, sostuve sus pechos con las manos, amasándolos y llevándomelos a la boca. En cuanto se sentó, duro como me había puesto, me clavé en su espalda. Juguetona se restregó hacia atrás y solté una especie de gruñido al sentir el gusto que me produjo.

Resbalé las manos por cada parte de su cuerpo que quedaba a mi alcance, parándome un tiempo en los pezones, con los que jugué provocando que contuviera varias veces el aire. Con la cabeza echada sobre mi hombro, con las pirámides frente a nosotros, las que ella no veía en ese instante porque había cerrado los ojos... Le abrí las piernas apoyándolas en las mías y posé la palma de la mano abierta en su zona íntima, haciendo presión.

—Alonso... —dijo con un pequeño jadeo.

—Dime preciosa. —Le lamí el cuello.

—No pares o no te perdono en la vida. —Volvió a jadear cuando le apreté el clítoris, como represalia a sus palabras, pero divertido.

Jugué con los dedos sobre cada pliegue y parte, despacio, sin prisa, disfrutando de verla cada vez más acelerada y necesitada. Quería encenderla por completo mientras le lamía el cuello. Aceleré los movimientos y buscó sentarse sobre mi miembro. Apreté la mandíbula cuando empezó a rozarse contra él.

Antes de que llegara al orgasmo la moví rápido, encajándome en ella y entré en su interior, abriéndole al máximo las piernas con las mías. De espaldas a mí, sentada y con mi miembro en

su interior, no permití que se moviera durante un rato, interiorizando la sensación de sentirme encajado hasta el fondo en su cuerpo.

Una puñetera locura y cuando se desesperó y tomó el control, empezando a moverse encima de mí, terminé por volverme loco, llevándola a ella al mismo estado al coger un ritmo frenético en cada embestida, mientras mis dedos jugaban con su clítoris, al que tenía pleno acceso al mantenerle las piernas abiertas, expuesta por completo para mí.

Gimió corriéndose y cuando se calmó, la moví hasta dejarla de rodillas en el banco, agarrada con las manos del borde y la penetré desde atrás, soltando un jadeo por el placer que sentí. Ya no hubo más paradas, ni marcha atrás, en ese punto me llevé al límite manejándola cómo necesitaba, hasta vaciarme con intensidad, una que me dejó rígido al principio y sin fuerzas al final.

Ese fue nuestro comienzo en El Cairo, donde no solo fuimos a visitar las pirámides de cerca, si no, que recorrimos la ciudad, el gran zoco y hasta dimos un paseo en barco por el Nilo, con otros paisajes diferentes mientras cenábamos.

Una de las noches que decidimos no movernos del hotel, estábamos disfrutando de un buen vino en la terraza de la *suite*, con un precioso espectáculo ante nuestros ojos.

En un momento en el que se levantó de la hamaca en la que estábamos tumbados y fue al baño, tuve la oportunidad para hacer lo que llevaba varios días pensando. Las pirámides lucían iluminadas, destacando en la oscuridad, la noche estaba perfecta y yo tenía en mi poder lo que había conseguido sin que ella se diera cuenta.

De pie esperé a que saliera a la terraza y se acercara a mí. Cuando lo hizo, me agaché poniendo una rodilla en el suelo y la agarré de una mano, besándosela con cariño, sin apartar los ojos de los suyos, que estaban emocionados. Con la mano que tenía libre saqué de un bolsillo un anillo de oro blanco y diamantes, dejándolo frente a ella. Sus ojos se cubrieron de lágrimas contenidas.

—¿Quieres ser la mujer de este viejo verde? —pregunté mirándola con intensidad y con una sonrisa de medio lado.

Carraspeé porque no reaccionó, con las lágrimas resbalándole por las mejillas.

—¿Vas a ser mi *Sugar Daddy*? —susurró con la voz ahogada.

—Voy a ser todo lo que quieras y necesites en tu vida. Déjame demostrarte que ni un solo día te arrepentirás de aceptarme.

—Quiero una vida a tu lado. Aceptó. —Lloró más y me levanté cogiéndola en brazos, empezando a dar vueltas, riendo los dos, sintiéndonos los más felices.

—Mierda —lamenté.

—¿Qué? —Me miró extrañada.

—Se me ha caído el anillo a la piscina. —Reí.

Menuda pedida de mano, me dije, en nuestra línea.

—¡Oh, Dios míooo...! ¿Dónde está? —Empezó a mirar en el agua cuando se separó de mí.

—¿Misión de rescate? —La miré de reojo, sin poder parar de reír.

—Ya te digo, como si tengo que beberme toda el agua de la piscina, pero como que me llamo Naomi que ese anillo termina colocado en mi dedo. —Jadeó y se lanzó al agua directamente, vestida, provocando que me doblara de la risa.

Cuando me calmé un poco me tiré también y fui el que lo encontró, sacando la cabeza con el anillo en alto. Nos besamos emocionados y se lo coloqué donde pertenecía. Un símbolo de nuestro amor, uno de la nueva vida que nos esperaba. Teníamos un camino en común por recorrer, el que se convertiría en el proyecto de nuestras vidas.

¿Cómo no casarme con la mujer que me devolvió la alegría de vivir? ¿La que consiguió que mi corazón volviera a latir con intensidad?

Capítulo 43



Hacía dos meses que habíamos regresado de Egipto comprometidos y el día en el que estábamos era uno muy especial, cumpliríamos el deseo de darnos el «sí, quiero».

Nos habíamos alojado todos en el hotel palacio, en Marruecos. En él se celebraría el enlace y la ceremonia por lo civil, la que acreditaríamos en España para que la registraran y quedara oficializada.

Por la noche nos separamos para dormir cada uno en una habitación. Naomi se fue a la de mi hermana Violeta y yo, cómo no, me quedé con Carlos. Me llevé una sorpresa porque me puso la cabeza como un bombo, diciéndome que cada vez que veía a mi hermana le ponía...

Ver para creer, me dejó alucinado y conociendo a ambos, sabía cómo terminarían, si no había sucedido ya, porque no quise tocar el tema, tenía la cabeza muy centrada en otra cosa, solo en el enlace próximo. Agradecí que pasara a las bromas, a las que me uní pidiéndole que no me hiciera tío antes de tiempo.

Cuando me desperté lo hice nervioso, sintiéndome inquieto. Mientras me vestía y preparaba para el momento, se me pasaron un montón de escenas de mi vida por la cabeza.

Salí a la terraza y me apoyé en la barandilla, viendo que ya estaba decorada y preparada la zona del jardín en el que se celebraría la ceremonia. Todo se veía perfecto, impecable, como también la mesa gigante y redonda donde se daría el convite. Seríamos muy pocos, habíamos querido hacerlo lo más íntimo, por lo que solo estaríamos los de siempre. No nos hacía falta nadie más.

Mi madre apareció por la habitación, preciosa, y esperó a que pasara por el baño para irnos hacia el altar, a esperar a mi futura mujer.

—Estás guapísimo, hijo —murmuró emocionada, con los ojos brillantes. Levantó las manos y me agarró la cara, besándomela.

—Guapa estás tú, mamá. Más que eso. —Le sonreí con cariño—. Quiero decirte que estoy muy orgulloso de ti —confesé provocando que su cara se contrajera, conteniéndose para no llorar—. Nada de lágrimas que las maquilladoras van a ir detrás de ti, persiguiéndote. —Carraspeé antes

abrazarla.

Con una gran sonrisa, salimos de la mano hacia los jardines donde ya estaban todos los invitados. Nos paramos delante de Cata y me agaché para darle un beso en la frente, con un gran abrazo. Estaba tan emocionada que no podía ni hablar, pero ni falta que hizo, entre nosotros sobraban las palabras. Luego abracé a Mariano.

—Para esto hemos quedado los hermanos —comentó mi hermana Violeta, con descaro, refiriéndose a ella y a Carlos.

Estaba junto a él, colgada de su brazo. Mi amigo me miró divertido, manteniéndose callado porque si abría la boca era para soltar una carcajada.

—Venid los dos, anda, que os lleváis una colleja de regalo —dije abriendo los brazos para recibirlos.

Carlos avanzó encantando, con lo que le gustaban los abrazos... Mi hermana lo hizo a regañadientes, pero en cuanto la rodeé con los brazos se relajó, soltando un suspiro, lo que me hizo sonreír.

También saludé y abracé a Tatiana y a Fátima. Eran toda mi familia, aunque faltaba Amin que iba a ser el encargado de entregarme a su hija. Dato curioso fue que aceptó con mucha alegría el que lo hiciéramos en su país de origen y en un hotel que no era de su propiedad. Ante todo, quería que fuera nuestro día especial y si el lugar lo elegimos nosotros, para él era el apropiado.

Me coloqué delante del altar con mi madre saludando al señor que iba a encargarse de la ceremonia. Nervioso, sintiendo las manos sudorosas, me giré para mirar de frente el camino por el que tenía que aparecer la mujer de mi vida, la que no tardaría en llegar.

Cuando la vi del brazo de su padre, caminando hacia mí, tragué saliva. Parecía un ángel caído del cielo, los ojos se me nublaron y cuando les faltaban los últimos pasos para ponerse a mi lado, corrí hacia ella, sin poder esperar a que llegara al altar.

Amin al verme acercarme hasta ellos asintió y sonrió. La soltó del brazo para que nos pudiéramos dar el último beso de solteros. Y así fue, delante de todos los que queríamos, con una Naomi conteniendo las lágrimas, con una brillante y maravillosa sonrisa.

Estaba preciosa. El vestido que había elegido era de palabra de honor y se le ajustaba al cuerpo. Toda la tela de cintura para arriba la decoraba un bordado fino y discreto, conjuntada con la falda de seda que tenía una caída impresionante.

—Eres la novia más guapa del mundo. —Le acaricié las mejillas.

—Y tú el viejo verde más cañón y que más me pone —murmuró haciendo que el padre le diera una colleja pequeña y todos rieran, incluidos nosotros.

Comenzó la ceremonia y llegando al final, pedí un momento para decir unas palabras, las que

improvisé sobre la marcha...

—Quiero decirte que hoy es uno de los días más felices de mi vida y todo es gracias a ti. Tengo a todas las personas que quiero conmigo y a la mujer que más amo. Aunque he sabido amar con todo mi corazón antes de ti, no fue nada comparado a lo que mi corazón siente en estos momentos, y no es otra cosa que la felicidad más absoluta de saber que estoy con la persona perfecta y en el camino correcto. Seré tu viejo verde, pero el único capaz de mirarte como si fueras el ser máspreciado de este planeta.

—Rebato eso —intervino Amin, divertido, provocando que todos riéramos.

—Me refiero como hombre. —Levanté una ceja.

—Hijo, pues matiza —continuó con la broma.

—No, si ahora va a llamar al padre otra cosa —habló Violeta, liándola más.

—Que te amo mi vida —continué centrándome solo en Naomi.

—No me emociones más, que estoy estrenando maquillaje y es de la línea de mi cantante favorita —susurró. Todos volvieron a reír.

Cuando nos declararon marido y mujer la cogí en brazos y la besé con fuerza y pasión, dejándola sin respiración. Ahora sí, me dije, todo se veía de diferente color. Un camino que se presentaba dulce y, aunque a veces se tornara lleno de espinas, nunca dejaría de ir a su lado, sosteniéndola la mano.

La ceremonia fue perfecta e íntima. Estuvimos todo el día comiendo, bailando y bebiendo, pero no ese día solo, sino los tres siguientes en los que continuamos alojados en el hotel, disfrutando de sus maravillosas instalaciones.

Violeta y Carlos fueron los más ausentes. En más de una ocasión tuvimos que ir a la habitación de uno u otro para sacarlos, porque se perdían al mínimo descuido.

Capítulo 44



La noche anterior nos despedimos de todos. Regresaban a España en avión privado, todos menos Fátima que se quedaba en su casa y nosotros, que teníamos por delante un viaje a las Maldivas para disfrutar de la luna de miel.

—Tengo una resaca que me muero —se lamentó Naomi mientras desayunábamos.

La miré divertido. Tenía puestas las gafas de sol porque todavía no soportaba la claridad por el dolor de cabeza que tenía. Yo no estaba mucho mejor, pero aguantaba el tipo.

—Cómetelo todo que te sentará bien. —Le di el último sorbo al café.

—Eso me dijiste anoche, en la cama y con tu cosita en... —Se señaló la boca—. Lo hice y mira cómo me he despertado. —Hizo una mueca.

Solté una carcajada por el momento al que se estaba refiriendo. Después de varios comentarios más y de que ella terminara, porque yo lo hice antes, nos levantamos para ir directos al vestíbulo del hotel ya que habíamos dejado todo el equipaje allí, antes de salir al jardín para ocupar una mesa.

—Dentro de poco podrás dormir en el avión. —Pasé un brazo por encima de sus hombros, acercándola para darle un beso en la cabeza—. Nos quedan muchas horas por delante y te despertarás como nueva.

—Me quema toda la tráquea. —Rio y sonreí.

—Normal —negué—. Anoche parecía que tu padre y tú teníais una competición a ver quién de los dos bebía más cubatas.

—Secos, estábamos secos. —Reímos, pero con una mueca al sentir las consecuencias, nos callamos de golpe—. Por cierto, ayer me dijo mi padre que cuando quisiera podía comenzar a trabajar telemáticamente en su empresa.

—¿Y qué le dijiste? Siempre quisiste tener uno, aunque conmigo también puedes hacerlo. Tienes dónde elegir. —Le hice un guiño.

—Le dije que a la vuelta hablaríamos porque ahora solo quería disfrutar de mi recién estrenado matrimonio y de los caprichos de mi *Sugar Daddy*.

—¿Eso le dijiste? —Reí, pero controlándome.

—Es que me lo tengo que pensar. Tu hermana y yo estamos creando una página de maquillaje y de cosmética, y hemos hablado de tener nuestra propia línea patentada, así que prefiero disfrutar del proceso. Estoy convencida de que nos convertiremos en una empresa de éxito y que, poco a poco, ampliaremos el abanico de productos con todo lo que se asocie a la belleza. Estamos muy ilusionadas con el proyecto. —Me sonrió.

Hicimos una pausa al llegar al vestíbulo. Nos despedimos de varias personas que se encontraban detrás de la recepción y nos dirigimos a la entrada principal donde nos dijeron que nos esperaba el vehículo, cargado con las maletas, para llevarnos al aeropuerto.

—Estoy convencido de que lo conseguiréis —continué con la conversación cuando estuvimos montados—. Y si necesitáis un empujoncito para empezar, os compraré todo lo que vayáis sacando. Yo no lo disfrutaré, pero la persona que vive conmigo se pondrá como loca. —Reí al ver su expresión, al referirme a ella.

—Hombre de poca fe —negó—. Pero te como igualmente. —Se inclinó sobre mí, llenándome la cara de besos.

—De la que no me fio es de mi hermana. —Carraspeé.

—Con lo bonita que es. —Puso los ojos en blanco—. Lo único es que se le va la lengua, pero tiene un corazón de oro. —La defendió como hacía siempre. Sonreí con cariño porque me encantaba.

Cuando llegamos al aeropuerto fuimos directos a la pista. El avión esperaba por nosotros, con la tripulación fuera para recibarnos con sonrisas. Esa vez no reconocí a ninguno, pero no hubo problema en que ellos lo hicieran hacia mí, sabiendo perfectamente que era el dueño de la aerolínea.

Subimos las escaleras mientras se encargaban del equipaje y una vez dentro, fuimos hacia los asientos. Giramos hacia ellos y...

—¡Sorpresa! —gritaron Carlos y Violeta, con los brazos en alto, sonrientes de oreja a oreja.

Sorprendido, así me quedé sin poder reaccionar. No fui el único, Naomi pasaba la mirada de uno a otro, sin creerse que estuvieran delante de nosotros.

—¿Me has dado esta sorpresa? —Me miró emocionada.

—Este qué sorpresa te va a dar. —Rio mi hermana—. Ha sido idea mía y gracias a los medios económicos de mi prometido, que tiene parte de la herencia que me corresponde, pero que yo no quiero —nos explicó mientras se acercaba a ella. Se abrazaron y empezaron a saltar sin soltarse.

—Tú te lo dices todo sola —contesté negando y desvié la mirada hacia Carlos, levantado una ceja—. ¿Cómo que prometidos? —Aguanté la risa.

—Tío, cualquiera le lleva la contraria a tu hermana en algo que se le meta en la cabeza —me respondió al oído cuando nos abrazábamos. Solté una carcajada.

—¡Qué emoción! —gritó Naomi—¡Ay! ¡Nos vamos los cuatro a las Maldivas! —Aplaudió mientras ocupábamos los asientos.

Estaba alucinando, pero por la sorpresa que me había llevado. Me hacía ilusión que estuvieran con nosotros en el viaje y pasar unos días juntos. Lo que no impediría que disfrutara de momentos íntimos con Naomi, así tuviera que encerrar a mi hermana con Carlos y tirar la llave. Curvé los labios al pensarlo, convencido de lo bien que nos lo íbamos a pasar disfrutando los cuatro.

Perdí a mi mujer durante el vuelo. Se sentó junto a su cuñadísima y yo lo pasé charlando con Carlos, viendo alguna que otra peli y también durmiendo.

Cuando aterrizamos en Male nos llevaron hacia el lugar donde nos esperaba una avioneta, la que puso rumbo hacia la isla privada que había reservado.

Las chicas alucinaron con las vistas desde el aire. El paisaje era espectacular, el color del agua alucinante y todo ello decorado con infinidad de resorts y cabañas sobre el mar, repartidas por muchas islas.

Aterrizamos en la que sería solo para nosotros. En ella solo había una casa impresionante, a pie de la arena. Contaba con una piscina frente al mar con barra y todo, pero no era la única. En total tenía tres piscinas, la que os acabo de decir, la segunda en el patio central de la casa rodeada por una zona ajardinada y, la tercera quedaba hacia un lateral de la casa.

El porche impactaba, por la decoración tan detallada y porque abarcaba toda la casa. La cocina y el salón eran gigantes, además de los siete dormitorios con vestidor, hidromasaje y baño propio. La isla pertenecía a un empresario y la alquilaba completa.

La vivienda se dividía hacia los dos lados de la piscina. Cada parte llevaba a alas donde estaban habitaciones. Carlos y Violeta se fueron a un ala en busca de la *suite* principal y nosotros hicimos lo mismo, pero sentido contrario, hacia el ala opuesta. Si nos lo proponíamos, ni nos encontraríamos hasta que tuviéramos que regresar.

En el mar disponíamos de hamacas y de columpios flotantes, así como una cabaña que solo era a modo solárium; con barra, hamacas, piscina interior y un tobogán directo al agua.

Después de dejar todo colocado en las habitaciones, las chicas corrieron, yendo de un lado al otro, haciéndose fotos de todo tipo. Carlos y yo abrimos una botella de vino y nos sentamos en el porche, mirando la maravilla que teníamos delante y nos rodeaba, interiorizando la paz que transmitía todo.

—¿En serio con mi hermana? —le pregunté mirándolo de reojo, con los labios fruncidos.

—¡Qué bonito, tío! —Hizo como si se secara las lágrimas—. Tu padre se emocionaría si viera que nos convertimos en cuñados.

Soltamos una carcajada al mismo tiempo.

—Si mi padre viera la que hemos liado y que encima estás con su hija, nos desheredaría —negué porque había cambiado todo tanto... los secretos que quiso llevarse con él se habían destapado todos.

—Ya te digo, y luego le daría un infarto. Pero bueno, volviendo a lo de tu hermana... no sé lo que pasará con nosotros, pero te garantizo que cuando estamos juntos todo explota a nuestro alrededor. Disfrutamos como niños y tenemos una atracción muy grande.

—Ya que estás... entre explosión y explosión a ver si le cambias un poco la lengua que tiene. —Reí.

—Es ella, en su esencia. ¿Por qué cambiar a una persona? A mí me atrajo todo el conjunto. Assimila que no todo el mundo puede ser tan correcto como tú y cuidado, que puedo terminar hablando igual. —Se dobló de la risa.

—Lo tengo claro, no intento cambiarla, solo que se controle en algunas ocasiones. Te tiene cogido por los huevos. —Me uní a él.

—¿Me notas enamorado o con algún síntoma parecido? —Quiso saber, agrandando los ojos.

—Te noto que estás pillado, sí. Para arruinarme la luna de miel, ya te digo que estás más que pillado —dije en tono bromista.

—Somos lo más bonito que os podía pasar durante estos días. —Se acercó y besó mi mejilla, siguiendo con la broma, haciéndose el emocionado.

—Bueno, dejémoslo en que tampoco me desagrada. —Volví a reír.

Sinceramente, por momentos fui alegrándome cada vez más de la compañía extra que habían supuesto mi hermana y Carlos. La isla compartida era más divertida y había tiempo para todo, hasta para pasar horas y horas a solas con Naomi.

Fueron doce días mágicos donde hicimos esnórquel, fiestas, barbacoas, dimos paseos en yate y por la playa, recorriendo toda la isla. Tuvimos servicio de cocina, limpieza y un mayordomo constantemente, así que disfrutamos de todas las comodidades.

Regresamos llenos de amor, pero no solo nosotros, también Carlos y Violeta que por días se les vio más unidos, cómplices y acaramelados. Había surgido una gran chispa entre ellos que saltaba por los aires.

¿Y en qué mejores manos para que mi hermana fuera feliz? En ningunas otras, ya os lo digo. Carlos era mi hermano de corazón, y más feliz no podía estar por ellos y por la situación.

Epílogo



Ocho años más tarde...

—Mi vida, ¿a qué hoy vas a ser el niño más bueno del mundo?

Esa pregunta la hizo Naomi, dirigida hacia nuestro hijo, con una sonrisilla de lo más irónica porque desde bien temprano la tenía desesperada. El pequeño nos había despertado colándose en nuestra cama y se había puesto a saltar, emocionado, y desde entonces no había parado. Era una fecha muy especial para él y estaba más eufórico de lo normal.

—No mamá. Mi primo y yo vamos a ser hoy muy crueles contigo y con la tata Violeta —soltó él, como si nada, provocándola más.

—A vosotros os amordazo hoy, vamos si lo hago —dijo Violeta entrando en la cocina con la tarta de tres pisos que había ido a recoger.

Le di un sorbo al café, divertido, sin moverme de la isla de la cocina para que no me pillaran en medio. Era el sexto cumpleaños de Hugo, nuestro hijo, y de Martín, el de Violeta y Carlos. Sí, vinieron al mundo el mismo día, a pesar de que los médicos nos dijeron que Hugo nacería una semana después que Martín. Se adelantó y nació una hora antes que él.

Ambas se encontraron con la noticia de que estaban embarazadas unas semanas después de que regresáramos de las Maldivas, justo donde se concibieron.

Violeta y Carlos se casaron un año después de nacer los niños, en Marruecos. Lo hicieron en el mismo lugar que nosotros. La boda fue calcada en todo, hasta en los invitados y es que fue el regalo de bodas que les hicimos Naomi y yo. Me empeñé en hacerme cargo, a pesar de las protestas de Carlos porque Violeta estuvo más que feliz con la noticia. Era mi hermano, mi familia, la persona que siempre había estado junto a mí en las buenas, pero, sobre todo, en las malas y peores, por lo que me nació darles ese regalo. La ceremonia fue preciosa y emotiva, con nuestros bebés siendo testigos de todo, aunque lógicamente no fueran conscientes. El viaje de novios nos sirvió para abrir la caja de los recuerdos. A los cuatro sí, porque Naomi y yo también los sorprendimos apuntándonos, como hicieron ellos en el nuestro. Regresamos a las Maldivas, a la misma isla y casa porque la paz, la tranquilidad, la armonía y la felicidad que vivimos, era

muy bien recibida de nuevo al ir con los niños.

Mi madre se vino a vivir a la ciudad y Fátima con ella. Desde que se conocieron encajaron perfectamente. Mi madre no había rehecho su vida sentimentalmente, siempre decía que no necesitaba nada más que tenernos a todos junto a ella, que éramos su felicidad. Quién sabe lo que la vida puede deparar, lo mismo terminaba conociendo a alguien en ese aspecto, pero por el momento todavía no había sucedido.

Fátima dejó atrás su país porque no quería perderse por nada del mundo el ver crecer a sus bisnietos, incluyendo también a Martín, de corazón, porque así lo consideró desde el primer instante. Solo regresaba a Marruecos cuando nosotros viajábamos, haciendo escapadas en las que mi madre no faltaba porque se enamoró del país y de la cultura. La abuela de Naomi tenía muy buena salud y desde que los problemas desaparecieron, rejuveneció con mucha más vitalidad.

Amin y Tatiana se convirtieron en marido y mujer tres años atrás y se decantaron por irse de luna de miel a visitar las ciudades más importantes del mundo. Un viaje que alargaron al máximo y disfrutaron como niños, dando muestras del amor que se tenían en cada rincón y escenario. Estuvieron tres meses viajando, viviendo su historia de amor que más bonita y sincera no podía ser. Tatiana nos había demostrado a todos con creces lo buena persona que era, y debo decir que, los comentarios que Carlos y yo hacíamos al principio refiriéndonos a ella, antes de tener un acercamiento más directo, el que nos llevó a que todo se encauzara, los referentes a mencionarla como la «siliconada», como hacían el resto, dejaron de tener valor y peso, pareciéndonos despreciables e indignantes. Ni uno solo de esos comentarios consentíamos que dijera alguien del club y en más de una ocasión, tanto Carlos como yo, nos habíamos acercado a personas para sacarlos de su error. Para eso o para pasar a intimidarlos directamente.

Nosotros no utilizamos nunca ese calificativo de manera ofensiva hacia ella, simplemente sucede que te acostumbras a oír cómo se refieren a alguien, como si interiorizaras un mote, y te sale de manera natural. Pero jamás volvió a salir de nuestros labios ni un comentario parecido hacia cualquier persona. Fue una lección de vida, una que dejaba claro que las personas se miden y valoran por su interior, sin importar la apariencia que tenga. Creemos que somos conscientes de ello, que lo llevamos a cabo por nuestros principios, pero no es verdad, aunque sea en contadas ocasiones, alguna vez siempre se peca en caer en el error de hacer algún comentario que puede ser doloroso para otra persona, sin darnos cuenta o simplemente comentándolo entre amigos. Tatiana era feliz con lo que le gustaba, le encantaba todo el tema de la estética y la belleza y era totalmente respetable, aunque a veces a las personas se les fuera la lengua porque juzgan sin conocer. Continuaba con su firma de joyas, la que seguía en alza y era muy aclamada.

La madre de Naomi salió de la cárcel meses atrás y vendió todas sus propiedades para no dejar nada atrás. Se marchó de España y se trasladó a Miami a vivir, a comenzar una nueva vida. Fue lo mejor decisión que pudo tomar, irse bien lejos de todos nosotros porque no la queríamos cerca, ninguno.

Saco a relucir un tema sin importancia, pero como habéis seguido mi historia os comento que la denuncia que le puse al investigador privado que conocía del Club, al que contraté para que recabara información de Naomi y saber dónde encontrarla cuando me apartó pensando que yo había participado con su padre en lo que le hizo a su madre, provocado por esa mujer... Como

decía, la denuncia surtió efecto y le quitaron la licencia para seguir ejerciendo, aparte de que le impusieron una multa elevada de la que fui el beneficiario. El dinero me importó una mierda, lo único que busqué al hacerlo fue que pagara por la jugarreta que me hizo, para que no volviera a repetirse con cualquier otra persona y ocasionara un mal mayor.

Violeta y Naomi triunfaron en el mundo de la cosmética y del maquillaje, colocándose entre las firmas más reconocidas y virales del mundo. Se curraron mucho el *marketing*, los productos, los embalajes... triunfaron a base de ilusión y de esfuerzo, lo que las llevó a lo más alto.

Y, por último, no puedo dejar de mencionar a Amanda. Mi tranquilidad y satisfacción no podían ser mayores porque sabía de buena mano que era inmensamente feliz. Atrás quedaron el desconcierto, las dudas, los miedos... toda la carga que nos pesó durante demasiado tiempo. No asistió a nuestra boda por motivos de trabajo, como nos dijo pidiéndonos disculpas en una videollamada que nos hicimos. El motivo fue que llevaba poco tiempo trabajando otra vez en la empresa y no quería pedir unos días libres. De nada sirvió que yo le recordara que estaba hablando y diciéndoselo directamente al jefe, lo único que provoqué fue que riera. Le pedí con un gesto a Naomi que no insistiera porque sabía perfectamente lo responsable que era. Antes de colgar nos deseó todo lo mejor y que lo pasáramos en grande en nuestro día. Debo decir que Naomi y ella poco a poco, con el tiempo, empezaron a mantener una relación de amistad en la que yo me aparté, en cierta forma, y la habían afianzado. Eran muchos los viajes que hacíamos a Nueva York y muchas veces no por mi trabajo, que ya que estaba allí le echaba una ojeada, pero el principal motivo era ella, Amanda. En uno de esos viajes, conocimos al que hoy en día continuaba siendo su pareja. Sí, encontró el amor, uno fuerte e intenso que la hacía estar radiante. Como me dijo cuando me lo adelantó en una llamada que le hice para saber cómo le iba, no nos equivocamos en tomar caminos separados porque los dos habíamos encontrado a las personas perfectas que nos complementaban e iban a nuestro lado con amor. Me agradeció que me alejara de ella, en el sentido sentimental, porque lo entendió cuando lo conoció a él, gracias a ello lo encontró. Tenían mellizos y estaban casados, una boda que no nos hubiéramos perdido por ningún motivo, en la que reímos, lloramos y dejamos que se desbordaran todos nuestros sentimientos y emociones, acompañados de nuestros compañeros de vida, nuestros motores.

De vuelta al presente, a la celebración del cumpleaños de Hugo y Martín en nuestra casa...

Lo que me reí cuando después de que los dos pequeños apagarán las velas, empezara una guerra de tartas en el jardín, viendo a los niños escaparse de las manos de sus madres, Naomi y Violeta, y correr sin que pudieran cogerlos. Vi tanta tarta de un lado para el otro, que no pude parar de reír en un buen rato, como hacía Carlos a mi lado. Hasta que dos buenos trozos impactaron en nuestras caras, dejándonos callados de golpe.

—¡Esto es la guerra! —gritó Carlos, levantándose de la silla con los brazos en alto, después de retirarse los restos más grandes de la cara.

Salió corriendo directo hacia las culpables, porque fueron nuestras mujeres quienes nos atacaron. Lo imité lanzándome hacia ellas, rodeado de carcajadas y de pequeños gritos.

Felicidad, con esa palabra puedo resumir mi vida, y esperaba y deseaba que continuara, a pesar de los altibajos que nos pudiéramos encontrar en el camino que teníamos por delante.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Instagram: @carlotamanzanoautora

Twitter: @ChicasTribu